



Una nueva vida le espera,
pero su pasado no
la ha olvidado.

LA
HIJA
FUGITIVA
JOANNA REES

La hija fugitiva

Joanna Rees

Traducción de Dolors Gallart



Rocaeditorial

LA HIJA FUGITIVA

Joanna Rees

Londres, 1926. Anna Darton está huyendo de un terrible crimen que se vio forzada a cometer. Sola y aterrorizada, su salvación aparece de la mano de Nancy, una bailarina sin complejos del Zip, un club nocturno de mala reputación. Reinventándose a sí misma como Vita Casey, Anna se convierte en parte fundamental de la vida del club, metiéndose de lleno en un mundo hedonista de bailes, fiestas y moda.

Cuando conoce al apuesto Archie Fenwick, Vita decide enterrar su sentimiento de culpa, aceptando la promesa de amor sin condiciones que Archie le ofrece. Pero sus secretos del pasado pronto la alcanzarán de nuevo y, cuando la gente cercana a ella empieza a verse afectada, Vita se verá obligada a enfrentarse a esos secretos con el riesgo de perder todo lo que ha conseguido.

ACERCA DE LA AUTORA

Joanna Rees es una autora *best seller* internacional con más de veinte años de experiencia. Es profesora de escritura creativa en escuelas y bibliotecas y regenta una empresa de edición de novelas. Está casada con Emlyn Rees, con quien tiene tres hijas.

ACERCA DE LA OBRA

«Glamurosa, cautivadora e increíblemente evocadora. Una historia con la dosis justa de drama, romance y suspense que fascinará a las lectoras que buscan una buena novela histórica.»

WHAT'S BETTER THAN BOOK

Para Roxie, con todo mi amor

La invención de Miss Casey

La despertó un agudo silbido. Permaneció inmóvil un segundo y, entre las sacudidas del tren de vapor, recordó que había huido a medianoche, corriendo a campo traviesa bajo la luz de la luna. Recordó haber visto el tren parado, despidiendo impacientes bocanadas plateadas en el aire nocturno y que, tras lograr abrir el vagón de madera con mano trémula, se había acurrucado en un pequeño hueco que estaba detrás de la carga de mercancías y los paquetes de la fábrica. Después, el agotamiento y el terror la habían transportado al negro ámbito del sueño.

Tenía las piernas rígidas y la mejilla dolorida por haber estado apoyada tanto tiempo contra el frío metal del tren. También tenía frío, mucho frío. Le castañeteaban los dientes y le temblaba el cuerpo. Hacía un frío glacial. Sintió la misma especie de angustia palpitante que la atenazaba antes de caer dormida, como si el miedo revoloteara en su interior, igual que las aves de la pajarera de su madre.

¿Cuánto hacía que no paraba el tren? ¿Cuánto faltaba para llegar lo bastante lejos?

¿Acaso se encontraría lo bastante lejos alguna vez?

Pensó en la escena que, sin duda, tenía ya lugar en su casa. Imaginó las caras demacradas de sus padres cuando descubrieran el cadáver de Clement en la cuadra... el grito ahogado de su madre.

¿Pensarían siquiera en su hija? ¿Se habrían percatado ya de su ausencia? «Probablemente no», se contestó a sí misma con amargura. Su madre siempre había sido una presencia etérea, desdibujada, sujeta a prolongados episodios de enfermedad, preocupada tan solo por sus pájaros y su absoluta insistencia en disponer de tranquilidad. En contraste con la timidez de su madre, su padre tenía un carácter tempestuoso, y siempre había dejado muy claro que Anna, al igual que su madre, no era más que un motivo de irritación para él, unos seres situados por debajo de los perros en su jerarquía de valores.

Era, sin embargo, posible que sus padres hubieran llegado enseguida a la conclusión correcta, ayudados sin duda por Mark, el mozo de cuadra. Ella nunca le había caído bien a ese hombre. Estaba segura de que no se haría rogar para describir cómo la había visto salir corriendo como alma que lleva el diablo. En ese caso, lo más probable era que hubieran llamado a la policía. Quizá la estaban persiguiendo ya...

Volvió a tratar de sofocar la sensación de miedo. Se había ido lejos, ¿no? Había escapado.

Por la rendija de debajo de la puerta del vagón, alcanzaba a ver un par de centímetros del mundo exterior. Estaban a finales de febrero y las vías discurrían a toda velocidad flanqueadas de matas recubiertas de escarcha.

Se puso en pie tambaleándose, entumecida por el frío. Estiró con dificultad los brazos, envueltos en varias capas de ropa bajo las mangas del mejor abrigo de lana de su madre. Su aliento formaba un copo de vapor frente al rostro mientras agitaba los pies, con las manos bajo las axilas, aterida. Después se frotó la cara y notó la marca que le había dejado en la piel el distintivo en relieve de la máquina contra la que había estado recostada. «Casey», leyó en el hierro grisáceo.

Casey.

Podría ser su apellido.

«Miss Casey.» No era mala cosa empezar un nuevo día con una nueva decisión. Como la decisión de esconderse en el tren, una decisión rápida capaz de cambiarle la vida. La desesperación presente daría paso a una forma inédita de funcionar, impetuosa, impulsiva. Se transformaría en lo contrario de lo que había sido hasta entonces, una joven relegada y reprimida, inmersa en una existencia monótona y gris. Aquello se había acabado de una vez por todas, porque ahora había huido de Darton Hall. Ella, Anna Darton, podía ser cualquier persona, cualquiera.

Casey... sí.

Lo iba adoptar como apellido. ¿No era eso lo que había decidido? Que se iría reinventando sobre la marcha. Esa era la única manera que tenía de encarar aquel terrorífico descenso hacia el futuro, comparable a un montón de granos que iban cayendo en un reloj de arena.

«Verity.» Se le ocurrió de repente, sin saber por qué. Nunca había conocido a nadie que se llamara Verity, aparte de aquella trabajadora de la fábrica que una vez vio bailando en la Fiesta de Mayo en aquellas vacaciones de hacía años. La sonrisa de aquella muchacha de opulento pecho irrumpió en su recuerdo.

Verity, sí. Sonaba bien, resolvió. En ese mismo momento, por primera vez en su vida, era libre de permitir que aflorase la versión más auténtica de sí misma. Y puesto que estaban en 1926, podía atreverse a ser una mujer moderna, igual de moderna que aquellas intrépidas sufragistas de las que despotricaba su padre.

—Verity Casey—pronunció en voz alta.

A su alrededor, el ritmo del tren sonó como el comienzo de una canción. Verity Casey no tenía por qué estar asustada. Podía ser valiente.

Iba a ser valiente.

Sesenta segundos

El tren aminoró la marcha al llegar a las afueras de la ciudad. Los frenos de las enormes ruedas produjeron un chirrido ensordecedor bajo las tablas de madera del vagón. Tras veinte minutos de esfuerzos y forcejeo, había conseguido correr la puerta varios centímetros. Entonces se situó delante, ella, Verity, mirando discurrir los arrabales. Ofreció la cara al sol, que había salido por fin, ansiosa de recibir un poco de su calor.

No se había atrevido a esperar que el tren viajara hacia el sur. Sin embargo, hacía menos de una hora, cuando el tren había atravesado despacio una estación, había oído anunciar a alguien que aquel convoy era un mercancías con destino a Londres.

Aquello era un regalo del cielo. El tren podría haber ido a cualquier sitio. Le habría dado igual, con tal que se alejara aquel opresivo valle de Lancashire que siempre había considerado como su hogar. Al final resultaba que su punto de destino no era un lugar cualquiera. Era Londres, sede de pintores, poetas, chicas liberadas, músicos y la clase de personas que ella consideraba importantes. Soñaba con respirar el mismo aire que ellos. El hecho de llegar a Londres podía tener una inmensa repercusión.

Observando las vías y las altas paredes de ladrillo de los márgenes, negras de hollín, pensó que todo aquello tenía un aspecto inhumano, muy distinto del alegre ajeteo que había imaginado a raíz de sus ocasionales lecturas del *Daily Sketch*. Tampoco le importaba, de todas formas. Cualquier cosa era buena para distraer el pensamiento de la constante irrupción de Clement, semejante a una bola ardiente en su cerebro. «No pienses en él ahora —se dijo—. No pienses más en eso. Terminaste con eso ya. El reinado de terror de Clement se acabó para siempre.»

Respiró a fondo el aire denso, detectando en la niebla un olor a azufre que le recordó el de las cerillas. Se preguntó si Martha encendería el fuego en el salón esa mañana. Por un instante, la idea de que Martha estuviera allá y ella aquí le produjo una sensación de vértigo, como una constatación de su libertad. Era libre, ¿no? Por fin.

Por encima del talud de las vías, los bloques de pisos pardos se elevaban sobre el fondo blanco del cielo. Vio una cuerda tensada entre dos mugrientas ventanas, donde habían puesto a secar unos desastrados pololos grises. «Mira que ventilar la ropa interior en público», pensó.

Sonrió, recordando la tira de encaje que había añadido a unos pololos suyos, que después tiñó de rosa. Martha se había quedado horrorizada. La severa ama de llaves de su madre no entendía que el hecho de llevar unos pololos desenfadados y una tirita de bonito encaje debajo de las estrictas faldas tenía la capacidad de alegrarle el día a una muchacha.

Claro que Martha, con su pelo gris y su expresión adusta, siempre había pertenecido a la misma escuela que su madre, la que creía que toda la ropa debía ser utilitaria y funcional. Esa era la manera como enfocaban la vida en general, con temor a hacer cualquier cosa que pudiera llamar en lo más mínimo la atención. Lo suyo era un mar de aburrimiento total.

¿Debería sentirse culpable por haberse liberado de ellas? Probablemente sí, pero lo cierto era que no sentía culpa ninguna. En realidad sonreía, bendiciendo a los habitantes de aquellos bloques de pisos, a pesar de su terrible ropa interior. «Que Dios os bendiga», pensó.

Anhelaba encontrarse allí mismo, en la ciudad, entre la gente, las tiendas, los teatros y los cafés. Allí estaban... muy cerca, tanto que casi alcanzaba a olerlos. Pero ¿cómo? ¿Cómo podría integrarse en ese mundo? Ahora que había huido, ¿cómo demonios iba a hacer para salir adelante? Como si se hiciera eco de sus pensamientos, el estómago le emitió un sonoro gruñido de hambre.

Se apartó de la vista, porque otro tren se detuvo en una vía paralela. Tenía un distintivo verde oscuro y las ventanas enmarcadas con pintura dorada. Asomó la cara y vio a un hombre vestido con un elegante traje que alargaba el brazo para recoger una maleta de cuero del portaequipajes en uno de los abarrotados vagones.

¿Adónde debía de ir ese tren? ¿O ese mismo donde ella estaba, por cierto? De hecho, ahora que lo pensaba, quizá ni siquiera fuera a parar a una estación de pasajeros. ¿Y qué explicación iba a dar, si alguien la sorprendía en medio de la maquinaria? Podrían sancionarla... o hasta cabía la posibilidad de que la descubrieran.

En el otro tren, en cambio, podría pasar disimulada en medio del gentío. Se apresuró a coger la bolsa de viaje de tela del rincón. Tenía que subir de inmediato a ese tren. El pulso se le aceleró con la decisión que acababa de tomar. Era muy arriesgada. Si alguien miraba por la ventana, la verían.

«A partir de ahora, tienes que resolver las cosas una por una.» Hizo resonar las palabras dentro de su cabeza, deletreándolas como si las pusiera sobre el papel con la máquina de escribir del estudio de su padre.

—Sesenta segundos —susurró, armándose de fuerzas—. Vamos, Verity Casey. Tú puedes.

Se caló la gorra roja de lana y se subió el cuello del abrigo. Después, arrojó a toda prisa la maleta a la vía y, haciendo votos para que todo saliera bien, saltó tras ella.

King's Cross

Aterrizó en la dura gravilla, con el corazón desbocado. Nunca se había sentido tan vulnerable, ni tan pequeña. Su instinto de supervivencia asumió, no obstante, el mando cuando miró el gran vientre de hierro del tren, con sus terroríficos pistones.

«Tú puedes.»

Se subió la falda y saltó entre vías y traviesas, como si estuviera huyendo de Clement por las piedras del lecho del arroyo. Siempre había sido más rápida que él, y seguiría siéndolo a partir de ahora.

La puerta del tren era más alta de lo que había previsto. Le costó auparse hasta el estribo, para poder accionar la manecilla de madera. Cuando se soltaba la falda que se le había enganchado, oyó el crujido de tela rasgada.

La puerta se abrió hacia ella y por poco no perdió el equilibrio.

«Sesenta segundos. Ya casi está...»

Lanzó la bolsa hacia adentro y luego subió. Una vez franqueada la puerta, se apresuró a enderezarse y se alisó la ropa, consciente de que temblaba de pies a cabeza. ¿La habría visto alguien? Era difícil de saber. No obstante, el tren se puso en marcha de improviso y los pasajeros comenzaron a moverse en los compartimentos de ambos lados.

—¿Se encuentra bien, señorita?

Era un hombre ceñudo, con una gorra puntiaguda, un revisor, advirtió con sobresalto. Al pasar de un vagón a otro, la había visto en la plataforma. De haber llegado un segundo antes, habría presenciado su inelegante entrada.

Lo observó mientras desplazaba la vista de su persona hasta la puerta de madera, pero enseguida comprendió que había descartado la posibilidad de que pudiera haber llegado desde el exterior. Bajó la mirada hacia los nudillos de sus manos, todavía rasguñados y cubiertos de sangre. Había olvidado ponerse los guantes y necesitaba acicalarse un poco. Para no parecer... no parecer —Jesús, apenas si podía pensar en esa palabra— una «criminal».

Se apretó contra la pared del pasillo, colocando las manos a la espalda.

—Solo estaba tomando el aire —dijo, tratando de disimular el temor en la voz con una altiva elevación de la barbilla, una de las cosas que había retenido de aquellas horrendas clases de elocución a las que se había sometido por insistencia de su madre.

Se dio cuenta de que se le había soltado una larga mecha de cabello del moño con que siempre lo llevaba recogido y tuvo que reprimir el impulso de apartárselo de la cara.

—Tenga cuidado, señorita. El estribo queda muy alto aquí. Sería una pena que una señorita tan guapa se cayera y echara a perder ese abrigo tan bonito —advirtió el revisor, llevándose la mano a la gorra, antes de proseguir su camino hacia el siguiente vagón—. King's Cross dentro de dos minutos —la oyó anunciar.

Posó la vista en el abrigo a cuadros de color lila de su madre. Por primera vez cayó en la cuenta de que su aspecto podía llamar la atención, de que el revisor sería capaz de identificarla por el abrigo y el gorro, en caso de que le preguntara alguien. No le preguntaría nadie, se aseguró a sí misma. Estaba a punto de convertirse en una persona más dentro de una populosa metrópolis.

Abrió la ventana y se asomó, mientras aparecía a la vista el andén. Los mozos de estación arrastraban los carros entre la multitud de viajeros. El tren redujo velocidad y se detuvo con un estremecimiento en medio de un estruendoso silbido de vapor debajo del reloj redondo, cuyas agujas señalaban las nueve y media.

Anna —no, «Verity», se recordó a sí misma— abrió la puerta y bajó, antes de precipitarse por el andén hacia un banco de madera. Una vez allí, sacó los guantes de cabritilla que había robado de la cómoda de su madre. Después, con la cabeza bien alta y la actitud de quien tiene algo importante que hacer, se abrió paso entre el gentío hacia la barrera de control de billetes.

Un corpulento revisor de poblado bigote gris taladraba los billetes antes de dejar pasar a los viajeros al concurrido vestíbulo. ¿Qué le haría cuando descubriera que no tenía billete?

«Ahora eres la flamante Verity Casey», se recordó a sí misma. Verity Casey podría haber perdido perfectamente el billete. Podría venir, por ejemplo, de York para pasar unos días en Londres, en la elegante mansión de su tía.

«Me tiene que creer», machacó para sí, mientras se acercaba con una tímida sonrisa al revisor. La cocinera siempre le había dicho que podía conseguir lo que quisiera con solo batir las pestañas y resaltar su mirada azul de angelito.

—El billete, señorita.

—Ah, sí, claro —contestó, riéndose de su propio despiste por no tenerlo ya listo. Introdujo la mano en el bolsillo del abrigo de su madre, sin dejar de mirar al revisor a los ojos—. Uy, qué extraño —exclamó, frunciendo el entrecejo—. Si estaba aquí hace un minuto. —Se puso a revisar de forma ostensible el otro bolsillo y luego el bolso—. ¡Oh, no! No me diga que se me ha caído.

Miró al suelo tras ella y después volvió a posar la vista en el revisor, tan convencida de su mentira que hasta habrían podido saltársele las lágrimas.

—Oiga. ¡Perdone! —A su espalda apareció una mujer acompañada de un mozo con un carro lleno de equipaje—. ¿Qué es lo que pasa? Nosotros tenemos prisa.

El revisor volvió a observar la mirada suplicante de Anna, antes de tomar una decisión.

—Pase, señorita. Pero la próxima vez tenga más cuidado.

Titulares

Aferrada a su bolsa de viaje, con el porte de quien tiene un lugar concreto adonde ir, Anna salió de la estación, observando los automóviles y los ómnibus, los taxis y las bicicletas. El ruido y el trajín eran casi apabullantes y el aire estaba cargado de humo, pero el hecho de encontrarse en la ciudad ejercía de todas formas un efecto embriagador sobre ella.

A su paso encontró indicativos del Ferrocarril Metropolitano y vio como la gente desaparecía por las escaleras de la acera hacia los andenes subterráneos. Luego reparó en una valla publicitaria que anunciaba un espectáculo en Drury Lane. ¿No era ese un teatro de variedades que había en Covent Garden? Cómo le gustaría ir allí, pensó. Pues ¡iba a ir! A partir de entonces, pensaba hacer todo lo que quisiera.

Siguiendo el impulso de la multitud, llegó a la cola de los taxis. Le dio la impresión de que todo el mundo parecía muy decidido. Entre el bullicio observó a dos orondas mujeres vestidas de negro, con vistosas plumas en los sombreros, que pasaron llevando un par de perros sujetos con correas. Tras ellas reparó en un muchacho que empujaba un carro de madera lleno de lecheras de metal y luego en tres caballeros, que empuñaban todos un bastón. El del bigote poblado se tocó el sombrero, saludándola.

«Todas estas vidas —pensó—, todas estas personas tan ajetreadas...» Se sentía insignificante a su lado. De repente, le parecía que Darton Hall quedaba muy muy lejos.

Ya cerca del final de la cola, se planteó tomar un taxi. Pero ¿para ir adónde? No tenía ni idea de adónde podía ir en Londres, ni de dónde se iba a hospedar.

Abandonando la cola para pensarlo mejor, se detuvo junto a un muchacho que vendía periódicos. Entonces se le ocurrió que quizá pronto saldría ella misma en las noticias. Se imaginó los titulares y al chico gritando: «Herederero de Textiles Darton encontrado muerto. La hermana ha desaparecido».

Se quedó paralizada, leyendo a toda prisa las portadas con el corazón en un puño, antes de tranquilizarse diciéndose que era demasiado pronto para que el escándalo hubiera saltado a la prensa. No tardaría mucho, sin embargo. Con el resentimiento que reinaba entre los trabajadores

de la fábrica a causa de sus condiciones de trabajo, cualquier percance que afectara a la odiada familia Darton iba a ser motivo de regocijo y habladurías en los periódicos.

Un reportaje de la portada del *Daily News* atrajo su atención. La palabra le saltó a la vista, realizada como si de una fotografía se tratara: «ASESINATO».

La cara ensangrentada de Clement surgió ante ella, como si la hubieran expuesto también a la luz de un fotógrafo. ¿Era eso lo que dirían los periódicos cuando se enteraran de lo que le había ocurrido? Seguramente, porque ella sabía muy bien que no entenderían que había tenido que hacer lo que hizo, que no había tenido más remedio. Nadie la había creído nunca. Jamás, en lo tocante a Clement.

Se imaginó esposada en el banquillo de los acusados, escuchando la implacable sentencia de labios de un severo juez tocado con una peluca blanca. Aun así, si tuviera que enfrentarse a la misma situación, actuaría de la misma manera, entonces y siempre, no le cabía duda.

No obstante, ahora se daba cuenta de que la conciencia del hecho... de su crimen... se iba agrandando con cada hora que pasaba, dando lugar a algo difícil de definir. Sentía culpa, terror e incredulidad por todas las decisiones que había tomado y todo lo que había dejado atrás. Por encima de todo ello predominaba, sin embargo, un sentimiento de indignación. Clement había recibido su merecido. ¿O acaso no? Si no hubiera hecho lo que hizo, él habría seguido atormentándola para siempre. Tenía que elegir entre su vida o la de él.

«No pienses en eso. Ya pasó. Se acabó», se dijo, obligándose a reanudar el camino.

—¿Busca algo, señorita? —le preguntó el chico del puesto de periódicos.

La sobresaltó oírle, con su extraño acento de las clases obreras de Londres, pero advirtió que solo quería ser agradable.

—Ah, no. Bueno, sí, un hotel.

—Pruebe en el Gran Hotel Midland. Queda justo ahí —precisó, señalando un imponente edificio de ladrillo rojo, con una torre de reloj, que había un poco más allá—. Todas las personas elegantes van allí.

—Gracias —musitó. Él inclinó la cabeza, antes de seguir con su pregón—: ¡Extra! ¡Extra! Léanlo todo aquí.

El gran hotel

Anna subió con intrepidez las escaleras de piedra del lujoso hotel. Enseguida se fijó en el portero, vestido con una elegante librea gris. Era mayor que ella, pero no mucho, y bien parecido, según se percató. No estaba acostumbrada a ver hombres tan bien afeitados y aseados, y al ver que le sonreía, se ruborizó.

—Buenos días tenga. Bienvenida al Gran Hotel Midland —la saludó, llevándose la mano al sombrero.

—Hola —respondió ella.

—¿La ayudo con la bolsa?

—No, no, gracias. No pesa casi.

En ese preciso momento, sin embargo, tropezó en el último escalón y él la sostuvo agarrándola por el codo. Se recuperó de inmediato, incómoda por el traspie.

—Lo siento —se disculpó.

—No tiene por qué.

Cuando el joven la acompañó hasta la puerta giratoria de madera y le indicó que entrara directamente, tuvo que reprimir una risa nerviosa. ¡Una puerta giratoria! El portero, que pasó después de ella, advirtió su expresión y sonrió.

—¿Quiere volver a pasar?

—No, no, gracias —declinó, aunque le habría divertido repetir.

—Voy a buscar al botones —anunció él, mientras se ponía de puntillas, como si tratara de localizar a alguien.

Anna se puso a examinar detenidamente el interior del hotel. La vasta escalera que arrancaba desde el suelo decorado con una hermosa combinación de baldosas se dividía en dos tramos, iluminados ambos por unas ventanas que debían de tener por lo menos un metro y medio de altura. Las paredes estaban pintadas de rojo y había unas macetas enormes con unos espléndidos helechos.

En el vestíbulo reinaba una gran animación. Un grupo de señoras mayores se dirigía a la zona de sofás y los camareros pasaban con bandejas de plata en la mano. Hasta allí llegaba,

amortiguada, la música de un cuarteto de cuerda.

—Me tenía que reunir con mi tía, pero ha tenido un retraso —explicó al portero, esperando que resultara creíble la mentira—. Por eso necesito una habitación. Una habitación individual, solo para una noche.

—Muy bien, señorita —dijo el portero, como si fuera una explicación completamente lógica—. No veo al botones. Sígame y la acompañaré a la recepción.

Se abrió paso con soltura entre la multitud, llevando su bolsa de tela ante sí, pero Anna casi tuvo que correr para seguirlo. Cuando llegaron hasta el imponente mostrador de recepción, llamó a uno de sus colegas para que la atendiera. Después se retiró, llevándose una vez más la mano al sombrero.

—Me llamo Wilf —la informó—. Si necesita algo... lo que sea... durante su estancia, no dude en solicitar mi ayuda.

Su expresión era tan simpática que ella también sonrió. Tal vez Londres no fuera a ser tan inhóspito, a fin de cuentas.

El empleado de recepción estuvo consultando con ostentación los libros de registro antes de acceder a buscarle una habitación. Una sola noche de alojamiento iba a costarle una tercera parte del poco dinero que tenía, pero era demasiado tarde para echarse atrás.

—Si es tan amable de firmar aquí —dijo el hombre, encarando un pesado libro con encuadernación de cuero hacia ella.

Cuando levantó la mirada hacia su cara, advirtió no obstante que entrecerraba los ojos, como si le hubiera captado el pensamiento.

Desasosegada por aquel escrutinio, escribió su nombre, Anna Darton, y su dirección, casi de forma automática. Después, al darse cuenta del error, la asaltaron las dudas. Ya era demasiado tarde para tacharlo, sin embargo. El empleado la observó con cara de dubitativa burla, pero no hizo más preguntas.

Sentía las mejillas encendidas mientras seguía al conserje, ataviado con librea, hasta el ascensor y después por el mullido pasillo del tercer piso. ¿Por qué no había escrito «Verity Casey»? Se había hecho el propósito de arrancar desde cero, pero había fallado a la primera complicación.

El conserje abrió la puerta de una acogedora habitación y dejó su desgastada bolsa de tela en un soporte de madera para maletas, antes de llevarse la mano al sombrero. Mientras se alejaba, sin haberla mirado a la cara, Anna se preguntó si no debería haberle dado una propina.

—¡Espere! —dijo, hurgando en el bolsillo—. Tenga —añadió, entregándole el billete que había sacado.

—Es demasiado, señorita —señaló, sorprendido, el joven.

Era cierto, pero no tenía cambio, ni tampoco podía pedírselo al muchacho. Por ello, sofocando

la creciente sensación de estar con el agua hasta el cuello, resolvió que, por una vez, podía ser generosa y efectuó un mudo gesto, como si las propinas de tal cuantía fueran algo normal.

El joven se marchó, sonriendo. Una vez sola por fin, cerró la puerta y se apoyó en ella, dejando escapar un resoplido.

El cuarto era pequeño, con una diminuta chimenea de baldosas y una repisa sobre la cual reflejaba la luz de la ventana un espejo ovalado. Junto a esta había una cama de madera con un edredón de seda azul claro y una preciosa silla tapizada a juego. Comparado con su dormitorio, era una gloria, moderno y agradable a más no poder. En una barra de madera reposaba un juego de toallas con el monograma del hotel, solo para ella.

Mientras admiraba las sofisticados frisos de la habitación, se planteó qué iba a hacer. Enseguida la asaltó una especie de vértigo. Lo había logrado. Estaba de verdad allí, en Londres, en un hotel de lujo, donde había dado una magnífica propina. Se sentía extravagante e intrépida.

Cogió una toalla y, tras mirar a ambos lados del pasillo, se dirigió al cuarto de baño compartido. Una vez hubo corrido el pestillo, se quedó de pie junto a la gran bañera de porcelana, mirándose al espejo, con la sensación de que aquellos ojos azules eran los de una desconocida. Qué distinta era de la niña que había sido hasta hacía tan solo unos días. Era como si hubiera crecido diez años en una noche. Se le notaba en la cara.

Dando la espalda a su reflejo, se desvistió, se lavó en la bañera y después se puso su mejor vestido azul. Fue un alivio librarse de las diversas capas de ropa que llevaba puestas.

De regreso a la habitación, se soltó el cabello y lo cepilló. Su pelo aún conservaba vagamente el olor de su casa. Después de trenzarlo y recogerlo con las horquillas, satisfecha con su apariencia, se puso a mirar por la ventana las otras ventanas que daban al patio trasero del hotel y decidió ser valiente. Ahora que había llegado hasta allí, debía salir a explorar. ¿Quién sabía cuánto tiempo le quedaba antes de que alguien la descubriera? Para cuando llegara el momento, quería tener algunos recuerdos buenos que justificaran el tiempo que había pasado como fugitiva.

Sin atreverse a usar el ascensor sola, bajó lentamente las escaleras, admirando los artísticos adornos de las paredes y el pulido pasamanos de madera. Al cruzarse con algún otro huésped, se preguntaba qué impresión debía de causarles. ¿Veían a Verity Casey, una elegante joven capaz de encajar en la alta sociedad de Londres, o a Anna Darton, una muchacha asustada que había cometido un crimen horrible? Ojalá fuera buena la primera respuesta.

—¿Es la primera vez que viene a Londres, señorita? —le preguntó el portero, Wilf, cuando salía.

Asintió, cabizbaja. ¿Acaso se notaba tanto?

—¿Queda lejos Piccadilly Circus? —preguntó.

—Coja un ómnibus. Justo allí —dijo, señalando la parada—. Así verá las calles y los monumentos.

6

Eros

Anna estaba acostumbrada a oír despotricar a su padre sobre la «flagrante inmoralidad» de muchos londinenses, pero observando desde lo alto del ómnibus el colorido y esplendor de la ciudad, llegó a una conclusión muy clara. Ella misma iba a ser una de esas personas de flagrante inmoralidad, y cuanto antes, mejor.

Estaba tan absorta mirando a toda esa gente y los edificios que casi le faltó tiempo para bajar la escalerilla del ómnibus en el último minuto en la parada del final de Regent Street.

Se quedó parada en la acera, entre las bocinas de los automóviles, la estatua de Eros y la marquesina curva del teatro Criterion. Solamente había visto Piccadilly Circus en una de esas estampas de los paquetes de tabaco que había robado en el escritorio de Clement. No se acababa de creer lo que le sucedía. Estaba allí de verdad, en persona.

Las palomas alzaron el vuelo como una salva de aplausos y, aunque pudiera parecer un desatino, en su fuero interno pensó que podrían estar felicitándola. En ese momento preciso caía en la cuenta de que en realidad no había tenido esperanzas de salir airoso de aquel trance, de lograr desaparecer de esa forma. La constatación le producía una extraña euforia nerviosa.

Detuvo la mirada en un par de mujeres abrigadas con pieles de zorro y visón, y un niño con un traje con chaleco de cervatillo y una gorra del mismo material, brincando al lado de una niñera que empujaba un aparatoso cochecito de color azul marino. Un veterano soldado pasó cojeando apoyado en unas muletas. «Pobre hombre.» Otro valeroso combatiente herido por aquella espantosa guerra. ¿Por qué se había llevado a todos los hombres buenos y dejado con vida a monstruos como Clement?

Cruzando la calle, se encaminó a la estatua de Eros, estremecida por el tenebroso recuerdo de Clement. Tal vez, si tocaba la famosa estatua, le traería suerte. Tal vez eso convertiría en real a Verity Casey. Rogó por que así sucediera, mientras subía los escalones y acercaba una mano temblorosa al curvado y ennegrecido bronce. Las cabezas de pescado de la intrincada forma le devolvieron una mirada fría.

Deslizó la mano sobre el pulido borde de la fuente, rodeando la estatua. En su base ponía: «Su fuerte y compasivo corazón y las grandes capacidades de su mente...».

El fuerte corazón de Clement había dejado de latir y su mente despejada estaba muerta también. Sobrecogida por la enormidad de aquellos hechos inapelables, Anna elevó la mirada hacia el arco de Eros, recortado sobre el color gris de las nubes. Era ella quien le había hecho eso. Su hermano se había ido para siempre, por su culpa. De improviso, le vino a la memoria una imagen de Clement de niño, riendo por Navidad con la boca manchada de nata, y tragó saliva, con los ojos anegados de lágrimas.

Empezaba a lloviznar y la gente pasaba presurosa por la acera, abriendo los paraguas. Desde la altura donde se encontraba, cada disco negro se le antojó como un rechazo personal, un recordatorio de su culpa y desesperanza.

La embriagante euforia de antes se esfumó de golpe y los hechos se le representaron como bofetadas, igual de tangibles que las gotas de lluvia. En su huida lo había abandonado todo, lugares y personas. Era una fugitiva sola en aquella terrorífica metrópolis, con solo dos libras en su haber y sin la sombra de un amigo. A una chica como ella podían ocurrirle cosas terribles. Había dado por sentado que aterrizaría de pie, pero ¿y si caía de bruces? ¿Qué haría entonces?

Volvió la mirada hacia la punta de la flecha de Eros y, con la cara inundada de agua, formuló un deseo: «Por favor, quien sea... sálvame, por favor».

No sucedió nada, sin embargo. Anna aguardó cinco minutos por lo menos, acogiendo como un castigo la lluvia que, cada vez más densa, le empapaba la lana del abrigo. Sabía que debía buscar algún resguardo, pero estaba como clavada en la base de la estatua. Al menos allí de pie, en el centro de Londres, podía imaginar que, de momento, se encontraba en la calma del ojo de un huracán. En caso de que se alejara, lo más seguro era que la derribara un torbellino de angustia e indecisión.

Soltó un fuerte estornudo y luego se estremeció, con un entrechocar de dientes. Entonces se acordó del tren y del frío glacial que había pasado esa noche.

—Vamos —se dijo en voz alta—. Te tienes que calmar.

¿Qué le recomendaría hacer Martha? Sin duda le recetaría una comida caliente y dormir bien. Sí, probablemente era la mejor solución. Regresó al hotel con el ómnibus y se llevó una decepción al no encontrar a su nuevo amigo, Wilf, en la puerta. Cenó temprano, sola en el comedor. Aunque el pastel de carne y riñones acompañado con judías estaba delicioso, no podía evitar pensar en lo caro que le salía cada bocado.

Mientras comía, trató de concentrarse en los sucesos ocurridos antes de su huida de Darton Hall, pero era como si estos perdieran precisión en su memoria, como si se emborronaran.

Al pensar en su casa, solo alcanzaba a ver los difuminados bloques grises de Darton Hall bajo la lluvia del anochecer. Recordaba todo lo que había precedido a su huida como si le hubiera acaecido a otra persona, en otro momento. La discusión que había mantenido con su padre a propósito de Clement, a la que él había puesto fin con una bofetada, mandándola a su habitación.

Una vez allí, había abierto con precipitación los anticuados cajones de su cómoda y había metido la ropa en la bolsa de tela, con la cara anegada de lágrimas.

Ahora se preguntaba qué habría ocurrido si hubiera logrado marcharse solo con aquella determinación. Si su cólera y su angustia hubieran persistido, o si se hubiera venido abajo y hubiera regresado a la casa antes de que nadie se hubiera dado cuenta de que se había ido. Si hubiera sucumbido a la misma pauta que había presidido su vida: miedo y culpa, seguidos de remordimiento y penitencia.

En lugar de ello, Clement había interceptado su huida y la determinación inicial se había convertido en una necesidad.

Ahora ya estaba hecho. No había forma de volver atrás.

Después de la cena, recorrió despacio las zonas comunes del hotel, maravillada de que hubiera una sala de fumadores para señoras, lamentando no tener agallas para entrar. En uno de los salones había una conferencia, y un concierto de violoncelo en otra, pero no quiso entrar en medio de los asistentes, por temor a llamar la atención. No obstante, ansiaba poder hablar con alguien... con cualquier persona... para dejar de estar a solas con su conciencia. Nadie reparó en ella, sin embargo. Más tarde, cuando se metió en su cama, Anna se sentía tan sola que estuvo llorando hasta que la venció el sueño.

La camarera

Anna despertó temblando, pese a que la habitación estaba bastante caldeada, puesto que la doncella había encendido el fuego la noche anterior. Al principio pensó que aún estaba en Darton Hall y, al recordar, se bajó de un salto de la cama, como si así pudiera distanciarse del terrible sentimiento de culpabilidad. Se vistió de prisa y, al contar el dinero, se dio cuenta de que iba a tener que tomar una resolución.

El día anterior tenía embrollado el pensamiento, pero entonces lo veía con claridad meridiana: si sus padres habían avisado a la policía y habían llegado a la conclusión de que podía haberse subido a un tren, seguro que irían directamente al hotel más cercano y la localizarían. Además, encontrarían la evidencia: su nombre en el libro de registro.

No, solo le quedaba hacer una cosa. Tenía que encontrar otro sitio donde alojarse, sin demora. Y eso no era todo. Iba a tener que encontrar algún tipo de trabajo. Nunca se le había ocurrido pensar que el hecho de existir saliera tan caro en la ciudad. No tenía reparos en ensuciarse las manos. Estaba perfectamente enterada de la labor que habían realizado las jóvenes de buena sociedad en el Guy's Hospital y sabía que no tendría ningún inconveniente en «mezclarse con las masas», tal como diría su madre. Pero ¿cómo lo iba a conseguir?

En el desayuno, estuvo sentada en una mesa pequeña situada entre dos frondosas aspidistras, mirando a los otros comensales, aquejada de un terrible dolor de cabeza. Cruzó la mirada con varias personas, con la esperanza de que alguna se apiadara de ella y le dirigiera la palabra, pero todos se obstinaron en mantenerse en su caparazón.

Se sentía abrumada por las resoluciones que iba a tener que adoptar sola, sin nadie que la guiara. Trató de recordar su decisión de llevar una vida impetuosa, pero ahora que se encontraba sumida en ella, le resultaba más difícil de lo que había imaginado.

Pese a su afán por marcharse, las decisiones impulsivas que había tomado, una tras otra, en el curso de las cuarenta y ocho horas precedentes, tenían de repente un peso abrumador. Le parecían alocadas, carentes de planificación. Todavía no había elaborado ningún plan.

—Si no le molesta la pregunta, ¿es difícil conseguir un empleo en un hotel como este? — preguntó Anna a la camarera, mientras esta le servía el té.

La joven tenía una cara poco agraciada, con unos grandes ojos castaños.

—No sabría decirle, señorita —contestó con sobresalto, un poco a la defensiva, como si Anna cuestionara su derecho a tener ese trabajo—. Sé que hay una lista de espera. En los hoteles de esta categoría siempre las hay.

Anna asintió, sonriendo a la muchacha.

—Comprendo.

Se sentía estúpida por haber ofendido a la camarera y también patética por haber intentado tan solo cruzar la barrera de clases que desde el punto de vista de esta se erguía sin lugar a dudas entre ambas.

—Verá, es que no puedo permitirme seguir aquí —confió, con la esperanza de salvar la situación, ansiosa de granjearse la simpatía de la joven.

—No son muchas las personas que pueden. Vale más una noche aquí que lo que yo gano en un mes.

La noticia le sentó como un mazazo. ¿Cómo iba a sobrevivir si alguien como aquella muchacha, con un empleo decente, ganaba tan poco?

En ese momento Anna se hizo cargo de lo mal preparada que llegaba, con la vida que había llevado, a su situación actual. Su capacidad para montar a caballo o ejecutar unas cuantas figuras y piruetas de ballet no iban a serle de ninguna utilidad en Londres, seguro, como tampoco su mediocre habilidad para tocar el piano. Sabía coser y le encantaba el mundo de la moda, pero ¿cómo podía aprovecharlo para ganar dinero?

—Necesito encontrar otro sitio donde hospedarme. Antes de que llegue mi tía —se apresuró a añadir, recordando su mentira—. ¿Sabe dónde podría encontrar alojamientos más baratos?

—Yo vivo con mis padres —respondió, con un encogimiento de hombros, la muchacha—. No sabría decirle.

La pensión

Anna hizo despacio el equipaje, alargando hasta el último minuto su estancia en el hotel. Había pensado que sería capaz de llegar a Londres y reinventarse, de iniciar sin esfuerzo una vida de glamur y abundancia. Estaba convencida de que en aquella ciudad había un espacio para ella, esperándola, pero ahora veía lo necia que había sido.

Mientras embutía la ropa en la bolsa de tela, trató de armarse de valor para afrontar el mundo exterior. Aquello había sido probablemente la parte más fácil, concluyó. Ahora iba a tener que poner a prueba su fortaleza, pese a que tan solo anhelaba volverse a meter en la acogedora cama y taparse hasta la cabeza con el edredón.

Al dejar el hotel, se alegró de ver a Wilf en la puerta.

—¿Adónde se va? —le preguntó él.

Posó la mirada en el cielo gris y en la ajetreada calle.

—No lo sé.

—¿No lo sabe? —consultó con una sonrisa irónica, que le hizo tomar conciencia de lo ingenua que debía de parecer.

—Mi tía se ha retrasado y he decidido quedarme en Londres, pero necesitaré un sitio mucho más barato donde alojarme.

—Necesitará una pensión —concluyó él—. Cuesta encontrar una buena. Eso tengo entendido. He oído que hay algunas en Brunswick Square.

—¿Dónde está eso?

—En Bloomsbury.

—Gracias —dijo, como si hubiera oído hablar alguna vez de Bloomsbury, lamentando no tener dinero para dejarle una propina.

—Yo de usted tomaría el tren metropolitano —añadió el portero, percatándose de su confusión—. Encontrará los planos en King's Cross. Buena suerte, señorita —le deseó mientras se iba.

Anna sintió una punzada de pesar al tener que alejarse de aquel lujo y aquella amabilidad.

Compró un plano, pero era difícil localizar Brunswick Square, sobre todo porque el metropolitano era mucho más complicado y aterrador de lo que había previsto.

Se sentó en el borde del asiento tapizado y, aferrada en el reposabrazos de cuero, contempló su reflejo en la ventana oscura. Cuando las luces empezaron a vacilar, le inundó el miedo. ¿Y si el tren metropolitano quedaba atascado o si se paraba? No le gustaba la manera como la miraba el hombre que iba agarrado a la correa de cuero, ni el ruido que hacía el tren al silbar por los túneles. Le aterrorizaba la posibilidad de perderse, hasta que recordó que, de hecho, ya estaba perdida. Tenía estornudos y temblores. No se encontraba nada bien.

Cuando llegó a Brunswick Square, sentía un martilleo en la cabeza. Caminando por la acera junto a las negras rejas, observaba las hileras de sucias casas adosadas. Aquello era muy distinto del Gran Hotel Midland.

No le quedaba otra alternativa, se recordó a sí misma. Además, tenía unas ganas tremendas de acostarse. Sentía escalofríos en la espalda. Como siempre había sido fuerte y casi nunca había tenido que guardar cama, le asustaba la idea de caer enferma. ¿Cómo iba a cuidar de sí misma si se ponía enferma? ¿Y si se moría?

En la ventana de la tercera casa, Anna vio un cartel en el que ponía « Habitaciones libres » y empujó la verja, que se abrió con un chirrido. Llamó a la puerta, rogando por que le abriera una persona amable. En el umbral apareció una mujer de cara colorada, manos ásperas y delantal sucio, que la escrutó de arriba abajo con expresión fría. Cuando le explicó que buscaba alojamiento y que había visto el cartel, la mujer chasqueó la lengua.

—No estás nada mal tú, ¿eh? —dijo otra mujer con tono de lascivia. Anna se percató de que quien había hablado era la mujer de la casa de al lado, desde el otro lado de la reja. Llevaba un chal con flecos rojos, el pelo teñido de un color naranja de lo más chillón y los labios pintados de un rojo igual de intenso que el del chal—. ¿Buscas donde quedarte?

—Sí —reconoció Anna, dando un paso en dirección a ella.

—Eh, Rose, déjala en paz. —La dueña de la pensión se adelantó para agarrar a Anna del brazo—. Venga aquí, señorita —dijo.

Anna miró confundida a Rose, la vecina, que soltó una carcajada de connivencia y se pasó la lengua por los labios, antes de entrar tras la otra mujer por la mugrienta puerta principal.

—No le conviene hablar con mujerzuelas como esa —le aconsejó—. Si pudiera, se la comería viva.

Anna estaba desconcertada. Aparte de Wilf, Rose era la única persona que se había mostrado amable con ella desde su llegada a Londres.

La casa estaba impregnada de olor a tocino cocido y el papel de la pared ennegrecido, surcado de vetas de humedad. Anna procuró tranquilizarse, diciéndose que no estaba tan mal, pero aun así, tuvo que hacer un gran esfuerzo para no taparse la nariz con el cuello del abrigo.

En la cocina, situada al fondo, una gigantesca olla hervía encima de una estufa negra y el fregadero estaba atestado de platos sucios.

—Soy la señora Jackson —dijo la mujer.

A punto de presentarse como Verity Casey, Anna pensó en el último momento que el nombre podía resultarle ridículo a la señora Jackson.

—Yo soy Anna —optó por declarar.

—¿Se va a quedar mucho tiempo? ¿Tiene trabajo? —preguntó con suspicacia la señora Jackson.

—No, no tengo. Verá, es que acabo de llegar y...

—No tiene muy buena cara. ¿No estará en estado? Porque si está en estado, no la voy a aceptar.

—¡No! —exclamó Anna, asombrada de que la mujer pudiera concebir tales sospechas de ella—. Es que me duele la cabeza, eso es todo.

—Sí, ya. Perdone que le pregunte, pero una de mis últimas pupilas nos causó una buena complicación.

—¿Quién es?

Anna se volvió y vio a un hombre con unos brazos como jamones que entraba por la puerta de atrás, vestido con una camiseta sucia y los tirantes bajados.

Anna dio un paso atrás. Aquello le daba mala espina... aquella gente no parecía trigo limpio. Viendo como aquel individuo la miraba de hito en hito, se le erizó el vello de la nuca. Se dio cuenta de que no debería haber entrado en esa casa. Debería haber buscado más, hasta encontrar un sitio respetable.

—Una nueva. Acaba de llegar —informó la señora Jackson.

El hombre se acercó a Anna y le escrutó la cara, antes de palpar con dedos mugrientos el cuello de su abrigo de lana.

—Un mes por adelantado —dictaminó, mientras Anna retrocedía para evitar su aliento en la cara—. Se puede quedar en la habitación del tercero.

Reprimió las ganas de echar a correr, pese a la aprensión que le encogía el estómago. Entregó casi el resto del dinero que le quedaba a ese hombre, que le provocaba casi el mismo grado de terror que Clement. Mientras subían las desvencijadas escaleras, la asaltó un sentimiento de rabia contra sí misma, pero era como si se hubiera quedado sin energías.

Se encontraron con una muchacha rubia, vestida con ropa moderna, que la observó con curiosidad.

—Vaya, una chica nueva —dijo, con una sonrisa de complicidad perturbadora—. Buena suerte con esa habitación.

—No le haga caso a Suzanna —intervino el señor Jackson.

Anna, no obstante, la siguió con la mirada mientras la chica se iba haciendo aspavientos escaleras abajo. Al oír otras voces de mujeres jóvenes, recuperó un poco el ánimo. Quizá podría encontrar alguna amiga allí.

El señor Jackson abrió la puerta de una habitación pequeña, situada en la punta del pasillo.

Colocado en precario equilibrio encima de una silla, un orinal desportillado recogía el agua que caía de una gotera del techo. El aire era acre, cargado de residuos de humo y humedad. A eso debía de referirse la tal Suzanna al desearle suerte en esa habitación. Era espantosa. No alcanzaba a figurarse siquiera lo que diría Martha de saber que se alojaba en un sitio tan horrible. En todo caso, ya era demasiado tarde para echarse atrás.

Se estremeció y trató de componer una sonrisa para decirle al señor Jackson que estaba conforme, pero este se marchó sin miramientos dando un portazo. Anna se mordió los labios, procurando no venirse abajo, mientras depositaba en el suelo la bolsa de tela. ¿Cómo podía haber sido tan tonta para entregar todo su dinero antes de inspeccionar la habitación? Estaba molesta consigo misma por haberse dejado estafar de esa manera. Y esa chica, Suzanna, debía de haber pensado que era una idiota de remate.

Oyó una pareja que discutía al otro lado de la pared. Después percibió un ruido, como si pegaran a alguien, y a continuación, un grito. Corrió, sobresaltada, a la puerta y la abrió. El señor Jackson se encontraba al otro lado, apoyado en el desvencijado pasamanos, como si estuviera esperándola.

—Más vale que se ocupe de sus propios asuntos, señorita —dijo, incitándola con un gesto a volver a su habitación—. Sea juiciosa, eso es.

Desvalijada

La fiebre se declaró con alarmante intensidad, hasta tal punto que Anna fue incapaz de levantarse a la mañana siguiente. Permaneció, presa de escalofríos, alternados con sudores, en la cama húmeda, escuchando los extraños ruidos de la casa, sin saber muy bien qué era real y qué producto de sus sueños.

Por más que apeló a su voluntad, era como si los huesos se le hubieran vuelto de plomo, de modo que renunció a intentar vestirse. En un momento determinado, la señora Jackson subió a la habitación y le sirvió con malos modos una sopa. Anna trató de asegurarle, entre temblores, que pronto iba a mejorar. Llegada la noche, no obstante, entre los borrachos que merodeaban abajo en la calle y la pareja que se peleaba al otro lado de la delgada pared, se sintió tan desgraciada que hasta pensó si no iba a morir. Y después, por la mañana, la fiebre seguía empeorando.

Transcurrieron varios días en los que perdía y recuperaba alternativamente el conocimiento, en los que deliraba pensando en Clement. En una ocasión, creyó que Clement estaba con ella en la habitación, diciéndole que guardara silencio, y pese a que una parte de sí misma sabía que estaba a solas, a millas de su casa, aun así temblaba de terror. Otras veces lloraba... por Martha, precisamente. Mientras los días se sucedían, confundidos con las noches, Anna llegó a estar convencida de que aquello era el final.

La despertaron casi una semana después el sonido de las campanas y el canto de los pájaros, un domingo por la mañana, temprano. Anna se dio cuenta de que estaba hambrienta... y lo bastante restablecida como para poder ponerse en pie.

Se dirigió con piernas temblorosas al desaseado cuarto de baño, donde recibió con gusto el agua fría para quitarse los acres restos de sudor. Cuando se miró al espejo, vio que tenía ojeras y la tez amarillenta.

—No te has muerto —le dijo a su reflejo—. Ya es algo.

De nuevo en su cuarto, se sentó con un suspiro en la cama y cogió la ropa para vestirse. Introdujo la mano en el bolsillo para contar el resto del dinero y forjar un plan, pero los billetes ya no estaban allí. Buscó en la bolsa y en la ropa dos veces más, sin resultado. Una creciente desesperación se adueñaba de ella.

Abajo en la cocina, no tuvo agallas para enfrentarse a la señora Jackson y hablarle del dinero desaparecido. La mujer no manifestó ninguna alegría por que estuviera mejor, solo alivio por que no hubiera muerto. Pidió algo de desayuno, pero la señora Jackson contestó que no tenía gran cosa y que debía esperar en la sala de estar. Suzanna, la chica que había visto en la escalera, le sonrió cuando entró en la reducida habitación. Estaba acostada en uno de los sofás, con los pies apoyados en un brazo, fumando un cigarrillo.

—Tuviste una buena fiebre —comentó.

—Sí.

—Estábamos preocupados por ti.

«Preocupados para robarme», le dieron ganas de replicar.

—Estoy mejor, creo.

Debía de ser más o menos de su edad, pero Suzanna parecía tener mucha más experiencia de la vida. Hablaron del tiempo y al final Anna reunió el valor para decirle que le habían robado.

—Claro, como no cerraste la puerta con llave... Aquí no te puedes fiar de nadie.

Anna asintió, con la impresión de ser una estúpida.

—No sé qué voy a hacer ahora, sin dinero. Necesito un trabajo, sin tardar.

Suzanna acercó la cabeza, mirando hacia la puerta como si temiera que la oyera la señora Jackson.

—Podrías trabajar para Rose.

Anna se acordó de la vecina, que la había observado con expresión impúdica.

—¿Trabajar de qué?

—Ay, qué verde estás —se mofó Suzanna.

Ante la confusión de Anna, Suzanna decidió sacarla de su ignorancia.

—Presta servicios personales. Nosotras... —abrió una pausa para dar una calada al cigarrillo—... recibimos visitas de algunos caballeros.

Anna notó que empezaba a ruborizarse.

—Yo no podría, es que...

—No es para todo el mundo, eso es verdad —concedió Suzanna, renunciando a convencerla. Luego se puso de pie y cruzó los brazos sobre la delgada cintura, observando a Anna—. Si estás tan mal de dinero, yo podría comprarte ese abrigo —ofreció, mirando el abrigo de cuadros de Theresa Darton, que Anna llevaba colgado del brazo.

—¿Este? —preguntó Anna, levantándolo.

—Sí. Necesito un abrigo nuevo y me gustó bastante el tuyo cuando lo vi el otro día.

Anna no pudo evitar pensar que el dinero que le entregó Suzanna unos minutos después era un tanto sucio, pero le daba igual.

Cuando la señora Jackson trajo el té, Anna se sirvió una generosa cantidad de azúcar y después

cogió el periódico que había doblado encima de la mesita contigua a la chimenea y lo hojeó, buscando alguna noticia relacionada con Darton. También leyó todas las notas necrológicas, por si mencionaban a Clement.

No había nada relacionado con Lancashire, sin embargo, de modo que devolvió el periódico a su sitio. En el último momento vio un anuncio de un espectáculo. Pasó el dedo sobre la fotografía del coro de revista. Aquellas chicas, con sus piernas largas y espléndidas sonrisas... cómo le gustaría ser una de ellas. Así podría formar parte de algo, mientras que entonces se sentía como un fantasma. Estaba allí y a la vez no estaba.

Salió a pasear y encontró una iglesia en la esquina de la calle. El servicio había terminado. Anna entró de todos modos y se sentó en un banco, posando la mirada en la cruz de madera de encima del altar.

Había confiado en convertirse en Verity Casey, una joven con un espléndido futuro, y al final había perdido todo el dinero y, con ello, la esperanza. Después de pasar la peor semana de su vida, sola y enferma, rezó para que empezaran a irle mejor las cosas, atormentada, no obstante, por una angustiante sensación de miedo. La venta del abrigo de su madre solo le serviría para subsistir poco tiempo y pronto iba a quedarse sin un penique. ¿Qué ocurriría entonces?

La pensión era mala, pero estar en la calle sería cien veces peor. La palabra «indigente» irrumpió en su cerebro. Sabía muy bien la vergüenza que acompañaba a la condición de indigente. Su padre creía que quienes se quedaban sin casa eran unos degenerados y unos débiles mentales, totalmente merecedores de la desgracia que se abatía sobre ellos. Él y Clement siempre habían sido aficionados a burlarse de los pobres y los desdichados. Aunque tal vez tuvieran razón. Quizá también ella se merecía la suerte que iba a correr.

Se planteó un instante la oferta de Suzanna, la posibilidad de trabajar para Rose, pero sería incapaz de hacer algo así. ¿Era esa la única opción? ¿Vender su cuerpo para poder comer?

Tal vez debería mandar un telegrama a sus padres y reconocer lo que había hecho. Les pediría que le pagaran el billete de regreso y después tendría que entregarse a la policía y afrontar su castigo... aunque todo aquello le resultaba ya un castigo suficiente.

Por otra parte... había llegado ya hasta allí. Hasta Londres, a un lugar que solo había visitado en sueños. Se acordó del anuncio del periódico y de las sonrientes coristas.

—Por favor, Dios —susurró—, ya sé que no creemos mucho el uno en el otro últimamente, pero, por favor, si estás ahí, dame fuerzas.

Desmayo

Ruidos... voces y dolor. Un dolor intenso lo laceró mientras afloraba a la conciencia desde un pozo de oscuridad.

Vio una cara borrosa. Una mujer con un sombrero blanco. Una enfermera?

Voces.

—Creo que está recobrando el conocimiento. ¿Clement? Clement, ¿me oyes?

Unas sombras cada vez más próximas, más perfiladas. Madre... con un vestido negro, la cara pálida, inclinada hacia él. Intentó moverse, pero no pudo. Tenía algo en la cara. ¿Qué? Una venda... ¿Dónde estaba?

—¿Puede hablar? —La voz de su padre, impregnada de impaciencia.

—Dale tiempo, Darius. —Otra voz de hombre. Un atisbo de su cara. ¿Era el doctor Whatley?

—. Es un milagro que haya salido de esta.

Las personas se volvieron a difuminar y luego sintió una aguda punzada. Un aguijón en el brazo.

Dolor, pero breve. Una vaga sensación de calidez.

Después un recuerdo: ella... Anna... la muy zorra.

La chica del abrigo verde

Resuelta a no ceder a la propuesta de Suzanna de trabajar para Rose, Anna optó por recorrer las calles, para descubrir la ciudad, con los ojos bien abiertos por si se presentaba alguna posibilidad. Seguro que lo fundamental era ser positiva, se decía. Algo tenía que salir, ¿no?

Yendo cada día más lejos, primero había visitado el British Museum y después, en Trafalgar Square, la National Gallery, que la dejó maravillada con su profusión de obras de arte.

Ese día, recorriendo la avenida Shaftesbury, tarareaba «Bye Bye Blackbird», procurando no perder la entereza ni fijarse demasiado en la lluvia.

Su madre, Theresa, siempre le había dicho que el hecho de cantar —en otro lugar que no fuera la iglesia— era algo vulgar e innecesario, pero a Anna siempre le había encantado la música y, cuando estaba sola, se pegaba al aparato de radio para escuchar con fruición las románticas canciones de la última hornada.

Se detuvo a buscar refugio en la marquesina de un teatro. Como aún no estaba abierto, se puso a observar a través de las puertas acristaladas el vestíbulo, imaginando cómo sería la sala a la que conducía la alfombra roja. ¿Y si se quedaba hasta la hora del espectáculo? Tal vez podría ir a hablar con el encargado y conseguir un empleo en la taquilla, o incluso como chica de la limpieza. Estaba dispuesta a todo, absolutamente a todo.

En ese momento reparó en una chica que corría entre el tráfico, esquivando los paraguas, mientras sostenía con la mano un sombrero campana de fieltro verde. Sin poder evitarlo, Anna se quedó mirando a aquella joven dotada de un glamur increíble, como si acabara de salir de la portada de una revista de moda.

Llevaba un abrigo largo verde bordado con unos motivos de inspiración china, cuyo reborde de piel rozaba los zapatos de gamuza de tonalidad esmeralda, ornados a su vez con hebillas de diamante de imitación. Anna jamás había visto nada tan extravagante. La chica, sin embargo, parecía llevar aquel atuendo con la misma desenvoltura como si se tratara de algo anodino.

Todavía estaba registrando todos y cada uno de los detalles de su apariencia cuando la chica llegó delante del teatro, a corta distancia de Anna, de tal forma que esta tuvo que despegar la vista

de ella para no pasar por maleducada. «Ay, Dios mío. Igual esta chica trabaja aquí. Igual es una de las actrices, o una de las bailarinas del cartel.»

Cuando se aventuró a mirar de nuevo, vio que la chica consultaba el reloj de muñeca de plata y después volvía la vista hacia ella, como si buscara a alguien. Tenía los ojos resaltados con una gruesa línea de kohl, los labios con un llamativo carmín y las mejillas sonrosadas y brillantes a causa de la lluvia.

Anna dirigió la mirada al frente, descargando la bolsa de tela sobre las rodillas. Dejó de tararear, con el pulso acelerado, sintiendo que era una persona gris y sin relieve al lado de aquella aparición. Era ridículo permanecer allí, como si tuviera algo que hacer en ese lugar. Además, la joven la había sorprendido observándola, de modo que se veía obligada a seguir fingiendo.

Era difícil renunciar a su escrutinio. Qué hermosa era, Dios santo. ¿Cómo se podía llegar a ser así? ¿Cómo se lograba tener tanto estilo y tanta despreocupación al mismo tiempo?

—Dígame... ¿no estará esperando a alguien, verdad? —le dijo la chica, como si de repente se le hubiera ocurrido algo. Anna tardó un instante en caer en la cuenta de que se dirigía a ella. Tenía un deje americano—. ¿Eres la amiga de Edith, por casualidad?

La chica la miró a los ojos y entonces se dio cuenta de que aquel era el momento... el momento de cortar la conversación, de confesar que no tenía idea de qué hablaba.

O tal vez no. Tal vez fuera el momento de hacer lo contrario... de convertirse de veras en otra persona. El momento de convertirse en Verity Casey.

La joven se acercó de improviso, alargó la mano y agarró a Anna del brazo, sin esperar una respuesta, riendo.

—Eres ella, ¿no? Qué divertido, ¿eh? ¡Esa malvada de Edith! Es muy propio de ella dejarte aquí plantada, pero claro que después de lo de anoche, dudo que se haya acostado siquiera —añadió con tono confidencial, antes de estallar en risas.

«Es tu ocasión. —Una voz interior la espoleó, más apremiante que sus miedos—. Adelante. Es tu ocasión.»

—¿Conoces a Edith? —dijo Anna.

Jamás se había propuesto llegar a ese extremo de audacia, pero no podía soportar la idea de que la chica se fuera. Estaba tan desesperada que le parecía que merecía la pena asumir un riesgo tan monumental.

—¡Ja! Lo sabía. Lo sabía, en cuanto te he visto. Edith dijo que eras bonita... o lo dio a entender. Pero se quedó corta, claro. Eres preciosa —afirmó, antes de entrelazar el brazo con el de Anna y echar a andar con ella por la acera. El mero hecho de estar cerca de ella era como recibir la irradiación de luz de una estrella—. Será mejor que nos demos prisa. No te imaginas cómo se pone el señor Connelly si nos retrasamos unos minutos. Edith tendrá que reunirse con nosotros allí. ¡Taxi!

12

Taxi

—Caramba, qué chaparrón está cayendo ahora —exclamó la joven, mientras se instalaba en el asiento de cuero marrón del taxi con un suspiro de satisfacción, tras indicar al conductor que se dirigiera al hotel Savoy.

¿No era ese el sitio adonde iba la gente rica de la alta sociedad?, pensó Anna. ¡El Savoy! ¡Estaba de camino hacia el Savoy con aquella asombrosa y sofisticada joven americana!

Anna observó, hechizada, cómo la chica abría el cierre de su bolso de piel de serpiente, extraía una polvera dorada con motivos en relieve y comprobaba el estado de su impecable maquillaje, que retocó empolvándose las relucientes mejillas. Estuvo tentada de precisar que aquella llovizna londinense no era, ni por asomo, un chaparrón. No tenía nada que ver con la lluvia horizontal que bajaba de los montes Peninos por detrás de Darton Hall, capaz de dejarla a una empapada en cuestión de segundos. Eso sí que era un chaparrón. Aquello era... era...

Era poco menos que un milagro.

«Pero ¡tengo que parar, ahora mismo! —se dijo Anna—. Tengo que parar, ¿no?» Con cada segundo que transcurría, no obstante, se iba enredando más y más en la situación propiciada por el error de aquella magnífica criatura. Justo cuando no tenía otra perspectiva ante sí que la indigencia... o peor incluso, la posibilidad de convertirse en una de las «damas» de Rose... aquello suponía una posible cuerda de salvación que no se decidía a romper con la verdad.

—No me acuerdo de tu nombre —reconoció la joven—. Yo soy Nancy, aunque seguramente ya lo sabes —añadió, acompañando sus palabras con su particular risa cantarina.

—Ah, yo me llamo Verity. Verity Casey —mintió Anna, procurando adoptar un acento distinto al suyo, que pareciera moderno y no dejara entrever sus orígenes, ansiosa por presentar una buena imagen.

—¿Verity? Ah. Creía que Edith había dicho otro nombre. —Nancy juntó un instante los perfectos arcos de las cejas, y enseguida se olvidó de la cuestión. Cuando alzó la mirada de la polvera, Anna advirtió que tenía los ojos verdes y la nariz un poco respingona. Era más joven de lo que cabía deducir de su sofisticada vestimenta—. Mmm, bueno, pues yo te voy a llamar Very.

No, no suena bien. Vita está mejor. Sí, mucho mejor. Mi querida Vita. Yo siento una gran admiración por la señorita Sackville-West.

Anna nunca había oído hablar de la mujer que mencionaba Nancy, pero estaba demasiado cautivada con la joven.

—Vita —repitió—. Me gusta.

Con la cara vuelta hacia la ventana, paladeó la innovación, sonriendo para sí mientras circulaban por Charing Cross y dejaban atrás el Hipódromo para dirigirse a Trafalgar Square. Vita. Podía llamarse Vita, ¿no? «Soy Vita. Vita Casey —se dijo para sí—. Vita, Vita, Vita.» Cuanto más lo reproducía en su cabeza, más le gustaba, como si se estuviera probando un extravagante vestido y comprobara que le quedaba bien.

Si Nancy creía que era posible, entonces tenía que serlo. Apretó los labios, con una embriagadora sensación en el pecho que la apremiaba a reír y a revelarlo después todo. No podía, sin embargo. No iba a hacer eso, de ninguna manera.

Nancy cerró de golpe la polvera.

—Y dime una cosa, Vita, ¿cuántas audiciones has hecho hasta ahora?

«¿Audiciones?»

—Eh... —farfulló, armándose de valor para decir la verdad, pero Nancy la interrumpió de inmediato.

—Bueno, no te preocupes. Es más importante que tu cara quede bien que la velocidad con que bailes. Desde que Loretta se fugó con ese horroroso hombrecillo, nuestra compañía se ha ido al garete. Y Edith ha respondido por ti —agregó—, aunque no entiendo por qué el señor Connelly le tiene tanto afecto a Edith. Supongo que tú sabrás mejor que yo por qué está liada con ese viejo arribista...

A lo largo del confuso monólogo que siguió a continuación, lo único que quedó claro fue que Nancy había dado por descontado que «Vita» estaba al corriente de todo lo relacionado con Edith, quien, por lo que Anna alcanzó a discernir, parecía ser una chica de la alta sociedad venida a menos. De una forma indirecta, Nancy dejaba entrever que la relación de Edith con el tal señor Connelly iba más allá de los límites estrictamente profesionales y que no era la primera vez que «la malvada» Edith se valía de sus «considerables encantos» para abrirse camino en asuntos de trabajo.

Anna escuchaba, sobrecogida. Era como si de improviso fuera partícipe de un excitante juego. Qué maravilloso era verse implicada en ese chismorreo banal, después de haber estado rumiando tan tenebrosas ideas.

Mantuvo la cara vuelta hacia la ventana para ocultar su rubor, mientras Nancy seguía charlando sobre el señor Connelly. Cuando pasaron junto a la Columna de Nelson, alargó el cuello para verla en toda su altura. Era enorme. Casi tan enorme como el engaño que estaba propiciando.

—Yo, siendo americana, no me escandalizo por gran cosa, desde luego, y no soy quién para juzgar a nadie por que se agencie un viejo rico, pero lo que no me explico es cómo pudo llegar ni a tocar a ese repulsivo hombrecillo.

Entonces se dio cuenta de que Nancy había abierto por fin una pausa y de que le tocaba intervenir a ella. Asombrada por su propia osadía, Anna inclinó la cabeza hacia Nancy con aire confidencial.

—Bueno, Edith me comentó unas cuantas cosas de él —aventuró, dejando flotar la insinuación. Nancy abrió los ojos, previendo un torrente de habladurías. Luego, adoptando un tono dramático, añadió—: Pero no puedo decir nada más, de verdad. No estaría bien.

Nancy enarcó las cejas y esbozó una sonrisa de picardía, resuelta sin duda a averiguar ese «más» que por lo visto ocultaba Vita.

A Anna le producía una sensación de vértigo el atrevimiento con que mentía y las imprevisibles consecuencias que ello podía tener. Al mismo tiempo, no obstante, se sentía orgullosa de ser capaz de asumir tales riesgos.

—Pare aquí —indicó de improviso Nancy al conductor, que se detuvo en medio del tráfico. Vita vio el hotel Savoy al otro lado de la calzada—. Tardaríamos una eternidad en dar la vuelta.

—Eso sí, señorita —concedió el hombre.

A juzgar por la sonrisa que le dirigió a través del retrovisor, debía de haber estado escuchando la conversación.

Anna aguardó en la acera mientras Nancy pagaba el taxi, observando el elegante coche que giró en la entrada del hotel. Era un Rolls-Royce Phantom, estaba segura. Su padre había dicho que iba a encargar uno, ahora que la fábrica estaba en pleno rendimiento.

Era una ocasión de darse aires, pero no le dio tiempo. Nancy la agarró del brazo y, enlazándolo con el suyo, mientras sostenía el sombrero con la otra mano, echó a andar por la acera. Varios taxistas hicieron sonar el claxon a modo de piropo. Al mismo tiempo, sonó la campanilla de un tranvía y empezaron a redoblar las campanas de la iglesia de St. Martin-in-the-Fields.

—Ay, Dios mío —murmuró Anna para sí.

Era como si estuviera en una montaña rusa que iba demasiado deprisa. Estaba convencida, con una certeza absoluta, de que tarde o temprano se iba a estrellar.

El camerino

Anna jamás habría reparado en el callejón lateral, que comunicaba con la calle Strand, ni en la discreta puerta de entrada de los artistas por la que la hizo entrar Nancy. Desembocaron a un pasillo semejante a un túnel, de paredes de ladrillo, alumbrado tan solo por unas cuantas lámparas de gas. Anna tuvo que entornar los ojos para adaptarse a la súbita penumbra.

—Bienvenida al Zip Club —dijo Nancy, haciendo repiquetear los tacones en el suelo de piedra—. Esto de aquí atrás no es gran cosa, pero tenemos cierta fama. —Soltó una carcajada y volvió la cabeza, componiendo un mohín.

—¿Ah, sí?

¿A qué se refería concretamente con eso de «fama»? A Anna —no, a Vita— le costaba respirar.

—¿No te ha explicado nada Edith, cariño? Somos uno de los mejores espectáculos nocturnos de toda esta ciudad de locos. Habrás oído hablar de nosotros, ¿no?

«¿Espectáculos nocturnos?» Vita recordó su anhelo de convertirse en un personaje de flagrante inmoralidad, aunque nunca creyó que se fuera a cumplir. Entonces comenzó a flaquear. Sus padres la matarían, si supieran dónde estaba. «Pero nunca se enterarán —se recordó a sí misma. Aquello no mitigó, de todas formas, su aprensión—. ¿Dónde diablos me estoy metiendo?»

Justo entonces irrumpió en el angosto pasillo un hombre vestido con pantalones de tweed y una camisa arremangada.

—A las cinco en el escenario. Llegas tarde —señaló con sequedad a Nancy, que reaccionó con una mueca, poniendo los ojos en blanco.

—No le hagas caso a Jerome. Es músico y, para colmo, nervioso —declaró, mientras abría una puerta de color verde oscuro por la que hizo pasar a Vita.

En la pared del fondo había un largo tocador, cubierto de diversos tarros de polvos y cepillos de maquillaje, alternando con varios espectaculares ramos de flores inmersos en jarrones de porcelana, que empezaban a marchitarse ya. Encima del tocador, los espejos llegaban hasta el techo, intercalados con ganchos de los que pendían sombreros y tocados. En el aire flotaba un denso olor a perfume y a humo de la instalación eléctrica.

Sin percatarse en lo más mínimo de la impresión que todo aquello causaba en su invitada, Nancy avanzó para coger un fajo de sobres y luego dejó caer el bolso en un sillón de cuero verde y cogió un vestido que estaba colgado en la parte de atrás.

—Por lo visto, las otras se han cambiado ya. Mira, puedes ponerte este —dijo, lanzándolo a Anna, que a duras penas logró recogerlo, con las manos aferradas todavía a su bolsa de tela—. Es uno de repuesto. Puedes cambiarte allí detrás —añadió, distraída con los sobres. Señaló el biombo lacado de negro del rincón, sobre el cual pendían varias medias de color rosa—. Aunque por aquí no hace falta ir de modosa. Ya lo hemos visto todo.

Anna miró el vestido de seda de color crema que reposaba en su brazo. Era la prenda más atrevida que había visto nunca. Un vestido de bailarina. Lo tenía de verdad encima del brazo. Y era delgadísimo. Casi parecía una combinación, de no ser por las brillantes ristas de flecos. No podía ponerse eso... ¿a que no?

—Ya has oído a Jerome. Será mejor que vayamos —advirtió Nancy, dejando los sobres en el sillón para empezar a desvestirse—. Connelly está hecho un manajo de nervios con el reajuste de nuestros números.

Se desprendió del abrigo con desparpajo, dejando al descubierto un vestido de encaje negro y verde muy sofisticado y desenfadado, que le llegaba justo por debajo de la rodilla. La faja de seda negra que llevaba atada con un holgado lazo en torno a la estrecha cadera le daba un envidiable aspecto un tanto varonil.

Sin dejarle tiempo para seguir admirando los detalles, Nancy se quitó el vestido por encima de la cabeza con soltura y se quedó tranquilamente delante de ella, con solo unas preciosas bragas rosas, como si fuera el modelo de un patrón de costura.

Anna apenas había visto nunca a otra chica en ropa interior, y menos a una que parecía sentirse tan a gusto en su cuerpo. Nancy tenía un aspecto... imponente. No sabía que existieran unas prendas tan preciosas como aquella. Le daban ganas de tocar la seda y pasar los dedos sobre el encaje. La sangre afluyó con fuerza a las mejillas.

Apresurándose a desviar la vista, Anna se metió detrás del biombo, temerosa de que Nancy advirtiera su rubor. Se quitó con manos trémulas los guantes y se desabotonó la fina chaqueta de algodón. Detuvo un instante la vista en la gastada ropa que llevaba. Por debajo del vestido, la falda larga todavía conservaba manchas del barro que se le había prendido en el borde durante su huida de Darton Hall. Su mejor blusa de los domingos, que siempre había sido su prenda de vestir favorita, parecía entonces irremisiblemente sosa y anticuada. Pensó en el deslucido corsé que llevaba, cuya tela empezaba a amarillear a causa del tiempo y del sudor. «Tengo que parar con esto. Tengo que decirle la verdad a Nancy, ahora mismo.»

Había ido demasiado lejos, sin embargo. ¿Cómo podía salir ahora de aquel atolladero?

Quizá podía cambiarse muy despacio y perder el tiempo mientras ideaba un plan. Entonces, sin

embargo, oyó una nueva voz. Una voz de hombre.

—Me han mandado a buscaros. Las otras ya han salido.

Alargó el cuello y, al mirar al espejo, se dio cuenta de que veía bien la puerta. En el umbral había un hombre joven de tez lisa, con una cinta métrica en el cuello. Llevaba unas pequeñas gafas de carey, una camisa azul con las mangas arremangadas, un chaleco de punto y unos elegantes pantalones de color azul claro, del tipo de los que su padre habría considerado adecuados para ir a jugar al golf.

—¿Qué tal, Percy? He ido a recoger a la amiga de Edith —oyó decir a Nancy.

Anna cayó en la cuenta de que Percy podía verla perfectamente en el espejo.

—Vita, ven que te presentaré a Percy —la llamó Nancy—. Es un cielo.

Percy la saludó con una inclinación de cabeza y, cuando la miró a los ojos, se preguntó si percibiría el terror que sentía.

Con el pie derecho

«Soy Verity Casey... Vita. Abreviado, Vita», se decía a sí misma, procurando no ceder al pánico mientras Nancy tiraba de ella hacia el centro del escenario. Debía haber aprovechado para echarse atrás antes de haberse puesto el traje, pero Nancy no la había dejado sola... ni tampoco había parado de hablar... ni un segundo.

Los minutos se alargaban, mientras Anna adaptaba la visión a las luces, observando el Zip Club, con ganas de pellizcarse. Se encontraba de veras en un cabaret londinense... aunque de día... y además, en el escenario.

Delante percibía una zona en penumbra, con una pista de baile rodeada de mesas vacías, y al fondo, unos compartimentos oscuros con sofás. El aire olía a polvo, a alcohol rancio y a humo. Era fantástico.

—¿Dónde está Edith? —susurró Nancy con extrañeza, como si Vita lo supiera—. Es un bicho raro, como bien sabemos todos, pero normalmente no llega tan tarde. —Era evidente que le molestaba que le hubiera tocado presentar ella a Vita.

Nancy estaba deslumbrante con el traje de escena. Tenía una piel perfecta y, aunque no era alta, parecía como si tuviera unas piernas muy largas. Rezumaba con naturalidad clase y estilo y, a su lado, Anna —¡no, Vita!— se sentía horriblemente cohibida. Era pavoroso saber que se precipitaba hacia el momento en que la iban a descubrir, pero ansiaba tanto causarle una buena impresión a Nancy...

Al ver que Nancy se ahuecaba el negro flequillo de su melena de paje, Anna tuvo que reprimir el impulso de imitar su gesto.

Se apresuró a mirar a su alrededor, hacia los lados del escenario, como si también la dejara perpleja la ausencia de Edith, aunque en realidad quería detectar una vía de escape, en caso de que tuviera que salir corriendo... que era lo más probable.

Las otras cuatro chicas, vestidas igual que Nancy, se dispersaron tras ella, adoptando su posición en el escenario. Todas la miraban con intensa curiosidad. Bajo el resplandor de las luces, era como si estuviera desnuda. En su interior fue creciendo un nudo de angustia que casi le bloqueaba la respiración. Una de las muchachas, que tenía una ondulada melena de lustroso pelo

moreno, le dispensó un gesto de simpatía. Anna le correspondió con una débil sonrisa. ¿De veras creían que podía ser una de ellas?

—Señor Connelly, esta es la chica nueva, la amiga de Edith —anunció Nancy, sujetándola de la muñeca para conducirla hasta la parte anterior del escenario, donde se llevó una mano a la frente para protegerse los ojos de las luces—. Usted dijo que podía pasar una audición. Es una muñeca, ¿no le parece?

Nancy se volvió y alargó las manos hacia Anna con una amplia sonrisa, como el mago que presenta a su ayudante, pero desde la zona en penumbra no hubo reacción alguna, aparte de un quedo murmullo de voces masculinas. Nancy dejó caer los brazos y, tras encogerse de hombros, le guiñó un ojo para tranquilizarla. Todavía no se había producido ninguna reacción.

Anna no sabía dónde meterse. El reluciente vestido se le pegaba a las piernas y las lentejuelas reflejaban la luz. Debía de ser pecaminoso eso de llevar los hombros descubiertos de esa forma. Resistió la urgencia de tirar del escote del vestido de flecos, que se tensaba por encima de los pechos con una obstinación agobiante. Solo Dios sabía qué iba a ocurrir si se empezaba a mover. ¡Claro que no tenía ninguna intención de bailar, por supuesto! Le bajaba un reguero de sudor por la espalda, tenía los puños crispados y se le había puesto la piel de gallina.

—¿Nombre? —preguntó una áspera voz masculina desde las sombras, provocándole un sobresalto.

—Ann... no... eh... Verity.

—Más fuerte.

—Verity. Verity Casey, señor. Mis amigos me llaman Vita.

Dispensó una tenue sonrisa a Nancy, con un nudo en la garganta. «Ay, qué horrible.» Se estaba metiendo en un lío tremendo.

—¿Tiene un contrato, señorita Casey? —preguntó la voz desde la oscuridad.

Nancy sacudió la cabeza, animándola a responder.

Anna se escudó los ojos de la luz, tratando de ver quién le hablaba.

—No, señor.

—¿Podría empezar a trabajar de inmediato?

—Eh... sí.

Se produjo un confuso ruido de voces y después advirtió a un hombre sentado frente a un piano cerca del borde del escenario y vio que era Jerome. Este abrió una partitura y la colocó en el atril. Luego dio una calada y dejó reposar el cigarrillo encima del piano. El humo ascendió formando una espiral en medio de la oscuridad.

Anna clavó la vista en el pulido suelo negro del escenario, salpicado de diminutos hoyuelos dejados por los tacones.

—Va a querer ver cómo bailas —susurró Nancy, acercándose más—. No tienes más que

seguirme. Empezamos el calentamiento con el charlestón. Adelantas el pie derecho y entras al octavo compás. —Efectuó una grácil demostración del paso y Anna advirtió de inmediato que era una excelente bailarina.

Aunque había bailado de forma ocasional durante toda su vida, Anna no estaba preparada para aquello. Había asistido a las clases de ballet con la detestable señorita Scott, que golpeaba el suelo con un bastón mientras las niñas practicaban los plié y jeté. También las hacía desfilas con unas pesadas enciclopedias en la cabeza para que aprendieran a caminar con donaire. En una ocasión había propinado un palmetazo tan fuerte en la mano de Anna que la palmeta se había partido. También había recibido clases de baile de salón, pero su madre había interrumpido la actividad, después de que Clement hubiera oído que algunos de los obreros espían a las muchachas.

Anna había ido en una oportunidad a la sala de baile de Preston, de modo que conocía el charlestón y lo había practicado siempre que había tenido ocasión. Lo bailaba a su manera, a escondidas de su madre, con el gramófono que Clement tenía en el salón. No tenía, con todo, ni idea de si lo hacía correctamente. Si se ponía a agitar los brazos a los lados en ese momento, tal como solía hacer, seguro que quedaría como la niña locuela que era. Tenía que decir algo.

Se armó de valor, avanzando hacia el borde del escenario, pero justo cuando casi le sobresalía la punta de los pies, Jerome empezó a tocar unos cuantos compases animados, que la hicieron retroceder de un salto. Las chicas rebulleron, preparándose para bailar.

—Cinco, seis, siete... —musitó Nancy.

—Espera un momento, Jerome —pidió alguien, y el piano paró bruscamente.

Ya estaba allí. Había llegado el momento de su humillación. Desde la penumbra, parecía como si dos o tres personas estuvieran enzarzadas en una conversación cada vez más acalorada. Miró a las otras chicas, que retrocedieron un poco en el escenario. El calor de las candilejas la estaba agobiando.

—Maldita sea, Jack —oyó que exclamaba un hombre. Un americano—. Tienes dos meses, como máximo, o, si no, este sitio va a cerrar. Te lo digo yo.

—¿Qué pasa? —susurró Nancy.

Se inclinó a un lado, mirando a Jerome, que se encogió de hombros.

—Eso es todo por hoy —oyó decir a alguien al fondo de la sala, con voz de enojo.

—Pero pero —intervino Nancy—. Y qué hay de... —Señaló a Anna.

—Está bien. Servirá para el puesto. Hemos terminado. Ve a ver a la señora Winters para el contrato. Próximo ensayo, mañana a las once.

—Ah, qué bien. Ha sido fácil —se felicitó Nancy, juntando las manos—. Por lo visto, ya eres de la compañía. Ven, que te presentaré a las demás.

Las chicas

—Estas son Emma y Jane, Betsy y Jemima —anunció con entusiasmo Nancy, mientras las chicas formaban un corro a su alrededor—. Ella es Verity, pero la llamamos Vita.

«Está ocurriendo de verdad. De veras creen que soy Vita.»

—¿Qué tal? Vita, ¿no es eso? —dijo una de las chicas, tomando primero la iniciativa. ¿Se trataba de Emma, Jane o Betsy? En todo caso, era la que le había dirigido un gesto antes—. Soy Emma —se presentó.

Anna —no, Vita— estrechó la mano que le tendía, tratando de recordar que Emma era la que tenía el pelo negro ondulado y ojos de color azul oscuro. Luego estaba Jemima, con las pecas. Se sentía como un polluelo en un nido, sometida al escrutinio de aquellas acicaladas y hermosas jóvenes. Se recogió detrás de la oreja una mecha de pelo que se le había soltado de la diadema. ¿Cómo hacía aquella —Jane, ¿no era esa?, la morena alta— para mantener en orden aquellos lustrosos rizos? Jamás había visto unas jóvenes tan guapas. En el lugar de donde provenía ella, la mayoría de mujeres llevaba una existencia gris, de sumisión. Aquellas rutilantes y gloriosas chicas correspondían a una especie femenina completamente distinta. Era como si hubiera entrado en una película de Greta Garbo.

—¿De dónde eres, Vita? —preguntó Jane.

—Ah, eh...

—¿De qué conoces a Edith?

Era otra de las chicas, Betsy, le parecía, una pelirroja con rizos y colorete en las mejillas.

—Bueno, yo...

—¿Qué edad tienes? Perdona que te lo diga, pero es que estás jovencísima.

—De todas formas, tiene unas piernas estupendas —terció Nancy, dándole una amistosa palmada en los muslos.

Se sobresaltó con el contacto, ruborizada. Nadie le había elogiado nunca su cuerpo.

—Diecinueve... veinte casi —mintió, abrumada por tantas preguntas.

De repente, las chicas callaron, dándose codazos. Otra joven tapada con una estola de piel, pero vestida con el mismo atuendo de las coristas, atravesaba con paso firme el escenario en

dirección a ellas. Llevaba el mismo corte que Nancy, aunque tenía el pelo rubio, los ojos felinos muy maquillados de negro, las cejas muy finas resaltadas con una raya, según los últimos códigos de moda, y la boca pintada de rojo brillante con un arco de cupido especialmente puntiagudo.

Detrás de ella había otra chica con ropa de calle, tímida y cohibida. A diferencia de ella, la otra irradiaba autoridad y, con el solo peso de su mirada, las demás se apartaron de Vita.

—Ah, Edith, cariño. Ya has llegado —dijo Nancy, alejándose del grupo—. ¿Dónde estabas? Te hemos estado esperando y...

—No te creerías la mañana tan horrorosa que he tenido. Y si he llegado tarde es por tu culpa. Te he estado esperando un buen rato, Nancy.

Hablaba con tono duro y acusatorio y un engolado acento de clase alta. Su voz era la de una déspota.

De modo que aquella era Edith, cayó en la cuenta Vita. De ello se desprendía que la chica que iba detrás era la persona a quien le había robado ella el empleo. No era «bonita», tal como había dado a entender Nancy... era magnífica. Tenía una exótica piel morena y una esbeltez perfecta. ¿Cómo había podido confundirla Nancy con ella?

—De todas maneras no importa, querida. He encontrado a tu amiga, Vita, y el señor Connelly le ha dado el trabajo. El puesto para completar la fila, tal como querías. Es perfecto, ¿no?

—¿A quién? —replicó, echando chispas por los ojos, Edith—. ¿A quién le ha dado el trabajo?

—A Verity... Vita —respondió, menos segura, Nancy, con un asomo de temblor en la voz—. Creía que era tu amiga, ¿no?

—¿A ella? —Edith enseñó los dientes, asestando una mirada furibunda a Vita—. No la había visto nunca en toda mi vida.

En el lapso de silencio que se produjo, Vita notó las miradas concentradas en ella. Nancy se tomó un momento para contestar, mientras se hacía cargo de su error.

—Vaya, qué pifia —dijo, con los brazos en jarras—. Vita, ¿no eres...?

Clavó la mirada en los ojos de Vita, que tragó saliva, desestabilizada por la expresión de asombro de Nancy.

—No, lo siento. Es que...

—¡Eres una idiota de remate, Nancy! —Edith apretó los labios con furia, mientras Nancy dejaba escapar una queda exclamación—. ¿No ves que salta a la vista que es una impostora? Como si yo fuera a ser amiga de alguien como ella. ¡Cómo sois los americanos! —Levantó los brazos con gesto de desdén, antes de acercarse a Vita—. ¿De dónde vienes? —preguntó, golpeándole sin miramiento la clavícula con el índice hasta el punto de hacerle perder el equilibrio—. ¿El Troc? ¿El Kit Kat? Esas chicas son unas arteras que siempre tratan de meterse aquí.

—Lo siento, le juro que no lo soy, yo... lo siento mucho.

Vita retrocedió, demasiado asustada para llorar. Edith estaba tan furiosa que parecía capaz de pegarle. Vita había visto suficientes veces aquel tipo de mirada como para saberlo.

En ese momento entró en el escenario una mujer bajita de pelo gris rizado, vestida con un sencillo vestido negro y una rebeca de color verde botella encima de los hombros.

—¿Verity, no es así? —dijo con voz cansina, consultando un cuaderno—. ¿La señorita Casey?

Aquella debía de ser la señora Winters, a la que le habían indicado que fuera a ver.

—Sí, soy yo —respondió de manera automática, sin pensarlo.

Era lo único que podía hacer, la manera de salir de la línea de tiro de Edith. Se apresuró a rodearla para dirigirse hacia la señora Winters, pero Edith también reaccionó deprisa y la quitó de en medio de un empujón. La señora mayor observaba con consternación aquella desusada refriega.

—¿Qué ocurre? —preguntó, mirando alternativamente a Edith y a Vita.

—Esto es intolerable. Es una impostora. No tiene por qué estar siquiera aquí. Llame a Jack para que vuelva —insistió Edith, con voz cada vez más histérica—. Insisto. Tenemos que aclarar ahora mismo este terrible enredo. No le deje firmar nada.

—El señor Connelly ha salido del edificio —explicó, con tono glacial, la señora Winters.

Estaba claro que no le gustaba nada que Edith le diera instrucciones y que también desaprobaba la intimidad de trato que esta mantenía con el señor Connelly.

—Bueno, pues vaya a buscarlo —espetó Edith, como si la mujer fuera una imbécil.

La señora Winters hinchó el pecho, retocándose la posición de las gafas.

Vita desplazó la vista hacia un lado y vio a Percy, que observaba la escena de brazos cruzados, tratando de reprimir una sonrisa.

—¡Agh! —gruñó con exasperación Edith, antes de dirigirse con aspavientos hacia la salida, rozando con el hombro a Percy—. ¿Es que tengo que ocuparme de todo aquí?

—¡Edith, espera! —la llamó Nancy.

Vita se quedó cabizbaja, deseando que el suelo se abriera para engullirla. Entonces Jerome dejó caer la partitura sobre las teclas del piano, produciendo un ruido discordante.

Percy se acercó con paso decidido, mientras las chicas daban rienda suelta a los murmullos de asombro. A punto de echarse a llorar, Vita lo miró, implorándole que se pusiera de su parte.

—No le hagas caso —susurró a Vita—. Querida señora Winters, el señor Connelly ha dejado bien claro que quiere contratar a la señorita Casey. Se ajusta perfectamente a todo lo que querían las chicas. Además, como todos sabemos, es esencial no perder más tiempo, así que lo mejor será no complicar más las cosas. Vita firmará los papeles y después estoy seguro de que una de las chicas le irá a buscar una taza de té y unas galletas. Se la ve agotada, como de costumbre.

Por primera vez, la señora Winters esbozó una sonrisa. Un poco de amabilidad tenía un evidente efecto positivo, incluso con ella, por lo visto.

Wisey

Vita tenía ganas de pellizcarse cuando las chicas la llevaron a los camerinos, después de haber firmado los documentos que traía la señora Winters.

—Qué amables sois conmigo —dijo a Jane, mientras esta la acompañaba de regreso por el angosto pasillo.

Jane la miró de soslayo, sonriendo.

—Yo misma me he sentido como un conejo paralizado por los faros, querida, pero pocas veces he visto a alguien más valiente que tú. Nadie le planta cara a Edith Montgomery.

—Tampoco es que le haya plantado cara —objetó Vita, curiosamente al borde de las lágrimas—. La verdad es que no pretendía llegar tan lejos. Me he dejado llevar por Nancy y quería decirle la verdad, pero ella no paraba de hablar y... —Abatió la cabeza—. Lo cierto es que mi vida ha sido tan horrible últimamente y necesitaba tanto encontrar un trabajo... Por eso he mentido.

—Anímate, mujer. Todo el mundo cuenta trolas de vez en cuando —aseguró Betsy.

—Y sobre todo en este mundillo —convino Jemima.

Todas estallaron en risas mientras entraban en el camerino. No había rastro ni de Nancy ni de Edith.

—Mira, da igual cómo hayas entrado. El caso es que estás aquí. Ya has oído a ese hombre y, además, has firmado los papeles que ha traído la señora Winters. Olvídate de Edith y de esa otra chica, quien sea. Francamente, no habría dado la talla —afirmó Jane.

—¿De verdad?

—De verdad. Aquí no hay sitio para las apocadas, pero tu cara sí queda bien.

Todas las jóvenes empezaron a desnudarse con la misma desenvoltura que había demostrado Nancy. Vita se dirigió con nerviosismo a un rincón, cogiendo su falda y su blusa de los domingos.

—¿Quién ha cogido los palitos de algodón? —preguntó Betsy, buscando en el tocador. Jane le acercó una caja—. Gracias, cielo —prosiguió Betsy, empezando a quitarse el contorno de ojos—. ¿Habéis oído de qué hablaban esos hombres? ¿De veras creéis que solo nos quedan un par de meses? —consultó a las demás.

—No hagas caso —contestó Jane, pulverizándose con perfume las axilas. Luego se puso unas gafas para inspeccionarse el cabello en el espejo, tras lo cual se retocó la línea del pelo con la punta del dedo—. El Zip Club no tiene problemas. Todas las noches está lleno. Ya sabes lo dramático que es Connelly.

Vita se refugió detrás del biombo, escuchando la animada conversación.

—¿Y dónde te hospedas? —preguntó Jane, justo cuando Vita terminaba de vestirse y salía de detrás de la mampara con su bolsa de tela.

Viendo a las chicas vestidas con su ropa de calle, Vita se sintió totalmente falta de gracia. Emma llevaba un abrigo de lana azul cielo con un sombrero a juego y Jane un abrigo marrón y un turbante con un voluminoso broche en la frente.

—En Brunswick Square. En una pensión.

—Ah. ¿Y qué tal?

Vita dejó escapar una amarga carcajada.

—¡Uf! Preferiría estar en cualquier otro sitio. —Era consciente de que debía de dar una imagen excesivamente sincera, de persona necesitada, pero no podía evitarlo. Betsy y Jane tenían la mirada pendiente de ella—. En el cuarto de al lado hay una pareja que se pelea toda la noche —continuó, pasando a ejemplificar las riñas—. Ven aquí... tortazo... no, Billy, no.

—Ay, Jesús. Qué cosa más horrible —dijo Jane, soltando una risa alarmada.

—Sí, desde luego. Y aparte, está el burdel de la casa de al lado. La mujer que lo lleva, Rose, da hasta miedo. Pero no me puedo permitir ir a otro sitio.

Optó por callar, reprimiendo las ansias de contarles lo difícil que había sido últimamente su vida, sin contar con ninguna recomendación ni empleo, el miedo que había pasado estando sola y enferma. Le sentaba bien hablar con ellas, comprobar que la escuchaban. Era como si fuera una flor marchita y su atención el agua que la hacía revivir.

—¿Y en casa de la señora Bell? —sugirió Betsy a Jane.

—¿Dónde es eso?

—Todas nos alojamos allí —explicó Jane, ajustándose el turbante en el espejo—. En casa de la señora Bell. No está mal de precio, aunque ella es más bien de armas tomar. Percy nos recomendó.

—Ah, qué bien —dijo Vita, con un asomo de envidia.

Le parecía genial que estuvieran todas juntas.

—Queda una cama libre en nuestra habitación del ático. En invierno hace un frío tremendo, pero este año ya ha pasado lo peor —añadió Betsy.

—¿Creéis que podría quedarme con ella? —preguntó Vita, aferrándose en el acto a aquella posibilidad—. Os lo agradecería mucho. Y no causaría ninguna molestia, os lo aseguro. Me da

igual dónde sea o si la cama es más o menos cómoda... Es que no soporto pasar otra noche en el sitio donde estoy.

Jane consultó con la mirada a Betsy, antes de anotar la dirección en un papel.

—Toma. Dile que vas de parte nuestra —dijo, entregándoselo—. Aunque no te garantizo que acepte.

—Gracias. Sois muy amables.

Vita ignoraba cómo iba a localizar la pensión sola y también lo que iba a decirle a la señora Bell, pero mientras apretaba el papel contra el pecho, dejó a un lado la aprensión. Lo único que importaba era que le habían echado un cabo al que agarrarse.

Una mujer de más edad entró en el camerino. Llevaba un vestido de color amarillo claro y el pelo teñido de rubio, recogido con horquillas y cubierto con una redecilla rosa. La especie de residuo de glamur que mostraba hizo sospechar a Vita que podía haber sido una corista en su tiempo. Aunque no era vieja, presentaba un aspecto ajado mientras observaba a Vita desde la puerta, frunciendo los labios pintados de rojo en torno a un cigarrillo.

—¿Adónde vais con tanta prisa las dos? —preguntó, mientras Betsy cogía el bolso y ponía la petaca en su interior. La mujer chasqueó la lengua y se acercó, antes de ajustar con mano firme la posición del turbante en la cabeza de Jane—. Así está mejor.

—Gracias, Wisey —dijo Jane, cotejando el efecto en el espejo—. Vamos al Lyons Corner House. Te habría invitado, si no fuera porque tenemos una cita —explicó, mirando a Vita.

—Ah, no, claro, no importa —respondió, sorprendida de que se hubieran planteado siquiera la posibilidad de incluirla.

Jane entrelazó el brazo con Betsy, que puso cara de excitación.

—Alex y Tommy.

—Que lo paséis bien —les deseó Wisey con expresión de ironía.

—Ah, Wisey, esta es la chica nueva, Vita —la presentó Jemima, poniéndose el abrigo.

Después se marchó con Emma. Vita no tenía ganas de quedarse sola con Wisey, que la estaba escrutando con aire de recelo.

—Estoy al corriente de todo —declaró Wisey—. Nancy lo ha explicado sin pelos en la lengua, enfadadísima. Fíjate que ha tenido que salir corriendo detrás de Edith de esa manera... Aquí todas hacen lo que dice Edith sin chistar. Menos tú, por lo visto.

—Sí, tengo que reconocer que he engañado a la pobre Nancy. No me extraña que esté molesta.

Wisey asintió en silencio y después se puso a ordenar los vestidos.

—Seguro que tus padres no saben que estás aquí, ¿verdad? —Al ver que Vita no respondía, emitió un gruñido, como si se confirmaran sus sospechas—. Bueno, ahora estás aquí. Y mientras estés aquí, si respetas las normas, todo irá bien.

—Lo procuraré. Se lo prometo —aseguró Vita.

Se había percatado de la advertencia implícita en el tono de Wisey. Un paso en falso bastaría para hacerla salir de allí, tan rápidamente como había entrado.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó Wisey, observándola con suspicacia.

—Veinte.

Wisey esbozó una mueca de incredulidad.

—Dieciocho.

—Bueno, no te metas en líos, Verity.

—Se lo prometo.

—No sé de dónde eres ni lo quiero saber, pero supongo que no habrás visto la vida nocturna de estos lugares. Aquí viene toda clase de individuos. Quieren bailar y emborracharse. Tienes que ser inteligente y no dejar que nadie abuse de ti.

Se acordó de Clement y de las miles de veces en que había abusado de ella a lo largo de su vida.

—Sé cuidar de mí misma.

—Bueno, ya lo veremos.

Wisey la miró con ojos entornados mientras aplastaba la colilla del cigarrillo en el cenicero del tocador.

Jerome asomó la cabeza por la puerta y, después de calarse un sombrero marrón, lanzó unas llaves al aire.

—Yo me voy, si todavía quieres que te lleve, Wisey —dijo.

—No puedo —contestó esta con un suspiro—. Todavía tengo que devolver estos trajes a Percy. Como él tenía que marcharse, le he prometido que los dejaría en su taller.

—Yo me ocuparé —se ofreció Vita.

Le gustaba Percy y sentía curiosidad por ver su taller.

—Ah, bueno, si no te importa —aceptó Wisey—. Es que mi madre está en el hospital. Tengo que ir a verla y resulta que Jerome necesita ir a Hammersmith.

—Por supuesto, será un placer —aseguró Vita, contenta de haber encontrado algo que hacer y poder recompensar, en parte, la acogida que le había dispensado aquella gente.

—¡Vaya, qué sorpresa! —comentó Wisey a Jerome, mientras recogía un montón de ropa—. Por fin, una chica amable.

El caos de Percy

En la callejuela adoquinada del laberinto de calles de los alrededores de Covent Garden, Vita observó la puerta de madera y después el papel que le había dado Wisey.

A través de la puerta abierta del taller contiguo, vio a un curtidor que golpeaba una larga piel de animal. El hombre le dirigió un silbido admirativo, pero ella apenas se percató, pendiente de dos italianos que discutían al lado. Entonces pasó un niño en bicicleta, con el cesto cargado de barras de pan, y a Vita le gruñó el estómago. Por una ventana se oía a alguien que afinaba un violín y, al mirar el letrero, vio que era la tienda de un lutier.

Dejando en el suelo su bolsa de tela, desplazó la carga de vestidos encima del brazo para llamar con los nudillos a la puerta. La voz de Percy le llegó sobre un fondo de música.

—Está abierto. Pase.

Accionando con dificultad la manilla, se agachó para entrar en el hueco más pequeño de la gran puerta de madera.

—Ajá, eres tú, la chica nueva —dijo Percy, ajustándose las gafas en la nariz—. Bienvenida al caos.

Vita se quedó parada en el umbral, observando la asombrosa escena que tenía ante sí. Al otro lado de las macizas puertas, no había ningún indicio de aquel espectacular despliegue. El «caos» de Percy era, en realidad, un tesoro.

En el techo alto de la habitación, una claraboya arrojaba luz sobre un alto banco de trabajo fabricado en madera, con forma de herradura. Las paredes estaban pintadas de blanco, aunque una de ellas no era visible, pues quedaba completamente oculta por los rieles de los que colgaban trajes de todos los colores imaginables. En una esquina, unos cuantos maniqués sin cabeza lucían voluminosos vestidos de crinolina, y en uno de los bancos había una hilera de cabezas de madera cubiertas con pelucas y tocados de plumas.

—Wisey me ha pedido que te trajera esto —anunció Vita, al caer en la cuenta de que Percy aguardaba una explicación—. Perdona, he tardado una eternidad en llegar aquí.

—Será porque has cogido el itinerario más largo. ¿Sabes que hay un callejón por atrás que casi comunica con el Zip?

Se levantó de la mesa de trabajo y, tras esquivar una amplia tabla de planchar, se acercó ella para recoger los trajes. Vita sacudió los brazos, aliviada por haberse librado de su peso.

Tuvo que reprimir las ganas de hundir la cara en la hilera de rutilantes bufandas de plumas e impregnarse del delicioso aroma a rosa de los trajes. Se limitó a alargar los dedos y acariciar una vaporosa pluma blanca de avestruz, que reposaba encima de una pila de abanicos, en el banco.

—¿Y tú haces todo esto? —preguntó.

—Casi todo. Trabajo para todos los teatros y reservo las mejores piezas para las chicas del Zip. Pero no se lo digas a nadie, ¿eh? Estas que has traído son para las coristas del Adelphi, para la semana próxima.

—Es increíble lo que haces. Todo es tan...

—Yo de ti no me dejaría impresionar tan deprisa. En general tengo que remendar las prendas en casa, o aquí en mi taller... siempre mal pagado y con una fecha límite demasiado ajustada.

Vita sonrió. Percy no iba a conseguir rebajar su entusiasmo. Pasó las manos por encima de unos retales de seda roja que había encima del banco de madera.

—Siempre he soñado con hacer algo así... con tener alguien que lo hiciera para... Es algo que siempre quise aprender —confió.

El mero hecho de expresarlo en voz alta parecía una tontería. En el lugar de donde ella provenía, aquellos singulares ideales habrían sido sofocados de un manotazo por sus padres, que siempre habían desdeñado todo asomo de creatividad que había demostrado. Solamente le habían permitido aflorar su interés Meg y Ruth, que dejaban que curiosease cómo cortaban las telas en la fábrica, y también John, que de vez en cuando permitía que le ayudase a mezclar los tintes para el algodón. Aun así, siempre le había fascinado el tejido que producía la fábrica y a menudo soñaba con los millones de usos que debían de tener los fardos de material que su padre exportaba a América.

Casi esperaba que Percy se burlara de ella, tal como habría hecho su padre, pero él reaccionó con una calurosa sonrisa.

—¿De dónde eres? —preguntó.

—De ningún sitio.

—¿De ningún sitio? —dijo Percy, antes de traspasar la tela con un alfiler—. Me gusta ese lugar. Tiene un panorámica muy amplia.

Vita soltó una carcajada.

—No te conviene saber nada de mi pasado.

—¿Ah, no?

—No. Lo he dejado atrás. Ahí, en el pasado.

El hecho de expresarlo de esa manera le confirió una sensación de fuerza, como si realmente fuera cierto.

—Ah, ya veo. No hay nada que se mantenga fijo en ningún sitio. Ya lo entiendo.

Se echó a reír por primera vez desde hacía semanas y, al cruzar la mirada con la de él, se dio cuenta de que simplemente procuraba ser amable.

—Será mejor que me vaya. Tengo que encontrar ese sitio del que me han hablado las chicas, la casa de la señora Bell. Ojalá me acepte. Me faltan palabras para explicar lo horrorosa que es mi pensión.

—Ah, entiendo —dijo Percy—. Bueno, si quieres, la llamaré yo antes y la pondré al corriente.

—¿De verdad?

—Sí, pero a cambio, no me vendría mal que me echaras una mano, si no te importa. No tienes prisa, ¿no?

La pensión de la señora Bell

En el salón de la pensión de la señora Bell, situada en una callejuela próxima a Tottenham Court Road, Vita consumía una segunda ración de pastel de manzana con natillas, convencida de que era el manjar más delicioso que había comido nunca. Lo devoraba con ansia. Hacía mucho que no comía bien. Después de lo ocurrido ese día, su estado de ánimo había mejorado de forma sustancial, y una vez superada la debilidad provocada por la fiebre, tenía un apetito voraz.

Aunque las chicas habían asegurado que era de armas tomar, Vita consideraba que la señora Bell era muy agradable en realidad. Era una mujer entrada en carnes, con la cintura ceñida por un delantal de flores y el cabello gris peinado con pulcros rizos. Llevaba unas gafas colgadas de una cadena y olía a lavanda.

—Uy, mi Percy es un gran muchacho. Tiene un corazón de oro —aseguró la señora Bell con su marcado acento escocés, después de que ella le hubiera explicado cómo la ayudó en el teatro y cómo había pasado después la tarde en su taller.

Le detalló que le había preparado té, antes de ponerla a trabajar deshaciendo dobladillos y después planchando unos trajes para los actores del teatro de Shaftesbury. Le confió lo cautivada que había quedado con la afluencia de visitas de personas del mundo del teatro, hasta que al final se había marchado para acudir a su casa, dejando a Percy con unos amigos. Había decidido ir directamente allí y no volver ni una sola vez a Brunswick Square.

—Uy, cuidado con ese pastel, señorita, porque, si no, te va a dar una indigestión —advirtió la señora Bell.

Vita se apresuró a dejar la cuchara en el plato, recordando las normas de educación, y la señora Bell se rio por lo bajo, antes de retirarlo.

Había cuatro mesas pequeñas cubiertas con manteles gastados, pero planchados. En las paredes, cubiertas con papel de rayas, había varias fotografías enmarcadas de la familia real, entre las que destacaba por su tamaño un retrato del príncipe de Gales, cuyos ojos presentaban un azul verdoso de especial intensidad. Justo al lado, había un gran reloj de madera con un péndulo de latón, que producía un audible tictac. Envuelta en aquel clima hogareño y acogedor, tan opuesto

al ambiente del establecimiento del señor Jackson, le parecía como si todo aquello hubiera sido un horrible sueño.

—Ha sido muy amable sirviéndome otra ración de pastel. Estaba delicioso.

—No tienes que darme las gracias. Esto no es el palacio Holyrood, querida. Es solo el pastel de la hora del té. Sí, también era el preferido de mi James.

La señora Bell sacó una cadena de oro y encima del delantal apareció dentro de un voluminoso colgante la foto de un soldado. Cogiéndola entre los dedos, besó la imagen.

—¿Puedo verla? —preguntó Vita.

La señora Bell le enseñó el colgante. Un hombre vestido con uniforme militar le dirigió una mirada severa desde la fotografía en blanco y negro.

—Es muy elegante. ¿Es una tela escocesa Black Watch o Stewart?

—¿Tú las sabes distinguir?

—Claro. —Vita examinó el traje. Desde su infancia sabía diferenciar la urdimbre de la trama de los distintos tipos de telas y siempre le habían interesado también los patrones, los estampados y los lugares de origen de los tejidos—. Yo diría que es un Hunting Stewart.

—Qué curioso que entiendas de eso —comentó, impresionada, la señora Bell—. Su regimiento pertenecía al Noveno de los Royal Scots. Estaba tan guapo cuando se fue a la guerra... —elogió con orgullo, antes de recoger el tazón de Vita.

Vita reparó entonces en un gato tuerto, muy gordo, de color beis y blanco, que entró por la puerta y se dirigió hacia ella. Después de cruzar el tramo de alfombra verde, se pegó ronroneando a sus piernas.

—Ah, este es Casper —lo presentó la señora Bell—. Normalmente no congenia con los desconocidos, así que puedes tomarlo como una buena señal.

Vita sonrió y alargó la mano para acariciar al animal, recordando con una punzada de dolor la suerte que había corrido Spot. Para castigarla por una leve indiscreción, Clement había ahogado a su querida gata y a su camada de gatitos dentro de un saco que hundió en el arroyo de detrás de la fábrica. Con solo diez años, aquel acto de crueldad le había partido el corazón.

«No pienses en Clement —se reprendió con severidad—. No pienses más en él.»

—¡Ay! —exclamó, al sentir en la mano el contacto de algo acerado en la piel del animal.

Lo cogió en brazos y se puso a escrutarle el esponjoso pelaje.

—¡Jesús! Mire —dijo, extrayendo un alfiler.

Lo entregó a la señora Bell, junto con el animal.

—¡Vaya por Dios! Otra vez has estado en el cuarto de Percy, ¿a que sí, rufián? —interpeló con afecto al gato—. No te imaginas las cosas que hace Percy allá adentro —confió a Vita—. Toda clase de creaciones. Aunque con los alfileres es un desastre. Los deja por todas partes. Deberías

darle las gracias a la señorita Casey, Casper —añadió, dirigiéndose al gato—. Te habrías llevado un buen susto si te hubieras empezado a lamer, ¿eh?

La señora Bell soltó una carcajada, depositando el gato en el suelo y luego se prendió el alfiler en el delantal.

—Hay una cama en el piso de arriba, en el cuarto de las chicas. El pago del alquiler es semanal... por adelantado, los sábados. Y no tolero que se presenten por aquí señores ni pretendientes. ¿Entendido?

—Sí, de acuerdo —aceptó Vita—. Lo único que le quería pedir es si puede esperar para la primera semana. Es que acabo justo de empezar hoy a trabajar en el club con las chicas.

—Pues no, querida —rehusó, sacudiendo la cabeza, la señora Bell—. Si no tienes dinero, no te puedo alquilar la cama.

—Pero lo tendré pronto, se lo prometo —suplicó Vita. El gato se puso a maullar, dando vueltas en torno a sus piernas. Vita se quedó mirando a la señora Bell, convencida de que no podría soportar tener que volver a aquella horrenda pensión de Bloomsbury—. No le daré ningún problema, se lo juro. Deje que me quede, por favor.

—Bueno, puesto que le has caído bien a Casper, por esta vez me saltaré las normas, pero será mejor que no me decepciones.

Rodolfo Valentino

Tumbada en la cama de la pequeña habitación del ático, Vita contemplaba la franja de luz que, proveniente de la alta ventana, incidía sobre la chimenea. La sombra de la hilera de medias tendidas recortada en la pared evocaba una fila de coristas.

Se estiró en el lecho y después se incorporó y se desató los zapatos. Se desprendió de ellos con alivio, dejándolos caer al suelo. Sabía que debería desvestirse, pero de nuevo, acostada sobre el edredón de satén de color salmón, percibiendo el leve rebote de su cuerpo encima del colchón de muelles, se sentía en la gloria.

Ahora que por fin había encontrado un buen cobijo, se dio cuenta de que estaba agotada, seguramente más cansada de lo que había estado nunca, pero de una manera completamente distinta. Era como si hubiera estado viviendo con un molesto zumbido en la cabeza que hubiera desaparecido de repente, aportándole por primera vez una sensación de paz.

Suspiró y, colocando las manos detrás de la cabeza, se puso a observar las otras dos camas, donde dormían Jane y Betsy. En el tocador que mediaba entre ambas vio diversos frascos de perfume y del espejo colgaban collares y sombreros, junto a una foto de Rodolfo Valentino, con la mejilla marcada con el carmín de un beso. En los cajones entreabiertos se atisbaban bragas y blusas, la puerta del armario estaba medio tapada con un bañín de seda y encima del sillón de mimbre había ido a parar una redecilla para el pelo.

Aunque todavía se encontraba en una pensión, que tampoco estaba a la altura del Ritz, la principal diferencia entre aquella habitación y la que tenía en casa de la señora Jackson era tan rotunda que le hizo recordar el libro ilustrado de Dickens que había tenido de niña. Evocando las escenas dibujadas, sintió como si hubiera ido pasando por las páginas de su propia historia para emerger en una etapa inédita.

Ni en sueños habría llegado a creer que pudiera llegar a codearse con personas como Nancy, Percy y las chicas. El hecho de que la sacaran de la calle y la salvaran se le presentaba como un episodio inefable, de tintes religiosos casi. Y no solo la habían salvado, sino que cuidaban de ella. Wisey y la señora Bell se habían mostrado ya más atentas y acogedoras con ella que su propia madre.

Aquello había ocurrido de verdad. Llevaba únicamente dos minutos en aquella cama y ya sentía que formaba parte de ese mundo, de ese grupo de chicas, de esa casa, y que la vida que estaba destinada a llevar desde el principio era la de Vita Casey y no la de Anna Darton.

Levantando las piernas, efectuó una rotación con los pies y examinó sus finos tobillos. «¿Son estos los pies de una bailarina?», se preguntó. ¿Sería posible que encontrara la forma de quedarse allí? Pese a que el corazón le respondía que sí, al cerrar los ojos la asaltó un sentimiento de miedo.

No sabía bailar.

Había dado el pego hasta el momento, pero ¿qué ocurriría cuando las chicas y el señor Connelly se enteraran de la verdad? Respiró hondo, procurando recobrar la calma. Había logrado culminar el día, gracias a su ingenio tan solo, y había llegado bastante lejos. ¿Quién sabía lo que podía depararle el mañana?

Casper se sale con la suya

Cuando Vita despertó, la habitación estaba bañada con una luz plateada que se colaba por un calado de la cortina. Se sentó de golpe, al darse cuenta de que alguien la había tapado con una manta de lana, que olía a humedad.

Betsy y Jane dormían, arropadas en sus camas... o cuando menos eso creía. Estaban diferentes sin el maquillaje. A Betsy le habían quedado unos jirones de tela en el cabello y sus mejillas embadurnadas de crema. Jane yacía de lado, con las manos cerradas en forma de puño, como si quisiera ahuyentar a cualquiera que se acercara.

Debían de haber hecho ruido al llegar, pero Vita no las había oído. Debía de estar profundamente dormida.

Se sentó en el borde de la cama y se puso con cuidado de pie, procurando mitigar el crujido de los muelles. Tenía que quitarse la ropa, pero antes debía localizar el baño. No se atrevía a utilizar el orinal para no despertar a las chicas.

Bajó al primer piso por la escalera de madera y, tras recorrer a tientas un pasillo, descendió un nuevo tramo de escalones. En el rellano de la planta baja dio un respingo al ver a Casper, el gato, que se puso a ronronear alrededor de sus tobillos.

—Hola, minino —susurró, temerosa de disgustar al animal, que, de alguna manera, la conducía por el pasillo hacia la puerta del fondo, incrementando el volumen de sus ronroneos.

Al percibir la luz que se filtraba por debajo de la puerta, la alivió comprobar que no era la única persona despierta en toda la casa. Quizá aquella fuera la habitación de la señora Bell, o tal vez la de Emma y Jemima.

Casper se puso a maullar, empujando la puerta con el hocico, como si quisiera entrar. Luego la miró con su único ojo.

Llamó quedamente a la puerta, pero no obtuvo respuesta. El gato le dio un zarpazo, impaciente por entrar, y Vita probó a accionar la manilla.

—Perdón —dijo, abriéndola—. El gato quería entrar y...

Asomó la cabeza por el resquicio mientras el animal se colaba por él, pero enseguida se detuvo, inundada por un intenso rubor que se propagó rápidamente por todo su cuerpo.

Percy estaba de pie junto a la cama, de espaldas a la puerta, besando a... un hombre... que solo iba vestido con los pantalones y una camiseta de tirantes. En ese instante, el gato brincó a la cama, sobresaltando a los dos amantes, que se separaron de un salto. Percy volvió la cabeza y cruzó la mirada con la de Vita. Tenía las mejillas coloradas y los labios rojos. Estaba distinto sin gafas. El otro hombre se apresuró a recoger la camisa que había dejado encima de la cama.

Se había quedado tan atónita que en un primer momento no se le había ocurrido cerrar la puerta.

—Lo siento —musitó, retrocediendo a toda prisa, lamentando haber visto aquello.

Cerró la puerta con la cara crispada, con ganas de llorar.

La puerta se abrió tras ella.

—Espera —dijo Percy con un apurado susurro—. Entra y, por amor de Dios, cierra la puerta.

Vita obedeció la indicación y después pegó las manos y la espalda contra la madera pintada. Con la manilla de latón clavada en la columna, recorrió con la mirada la habitación, llena de burras con ropa y una cama pequeña arrimada a la pared de la chimenea. En la repisa había una botella de vino y dos copas, y en la mesa de madera contigua a la cama vio una máquina de coser y una lámpara.

Retuvo el aliento, observando cómo Percy se acercaba y se distanciaba alternativamente de ella, rascándose la barbilla. Saltaba a la vista que estaba furioso. Por su parte, el joven que lo acompañaba sonreía, divertido por su estado. Abotonándose tranquilamente la camisa, no parecía afectado en lo más mínimo por aquella horrenda situación.

¿Cómo podía estar tan calmado? Aquello era espantoso. Había oído hablar de hombres... de ciertos hombres... que... ni siquiera conocía las palabras idóneas para expresar lo que hacían... unos hombres que besaban... que se besaban de esa forma.

En la fábrica se había tratado el asunto una vez. Recordaba que su padre había mandado azotar a un hombre, al que había tratado de «marica», y que este desapareció poco después. Aparte, estaba el caso de Oscar Wilde, al que aludían con frecuencia en los periódicos. Clement calificaba la homosexualidad como el peor de los pecados.

La escena en la que acababa de irrumpir no podía ser mala ni pecaminosa, sin embargo. Aquella persona era Percy, el amable y encantador Percy, que se había portado tan bien con ella.

Percibía en su expresión tanta vergüenza y un anhelo tal de comprensión que se le partía el corazón. ¿Acaso creía que podía perjudicarlo de alguna manera?

Quien rompió por fin la tensión fue el joven de ojos azules, que no paraba de mirar a Percy mientras se abrochaba la camisa.

—Bueno, ya conoces nuestro secreto, bonita. ¿Cuál es el tuyo?

De repente fijó la vista en ella y, tomada por sorpresa, Vita los miró alternativamente a ambos. Captó que esperaban de ella una especie de compensación por la información que ahora poseía. Un secreto, querían un secreto suyo. Este surgió en su cerebro, con toda su dimensión y osadía.

La verdad sobre lo que había hecho, sobre quién era. De qué había huido y por qué. Al fin y al cabo, ellos se merecían la verdad. No podía revelarles, sin embargo, ese secreto. Ni a ellos, ni a nadie.

De todas formas, necesitaban algo, sin demora.

—No sé bailar.

—¿Cómo? —contestó, molesto, Percy, dejando caer los hombros—. ¿Y ya está? ¿Es lo único que estás dispuesta a confiarnos?

Lo dijo como si los hubiera traicionado. Como si fuera a traicionarlos.

—No lo entiendes —replicó—. Lo que quiero decir es que soy una mentirosa... una impostora. Me lo he inventado todo. Le he mentado a Nancy, y nunca había estado en un teatro ni en un cabaret, y no digamos ya como bailarina.

—Estoy perdido. —El otro hombre levantó las manos, conminándola a callar—. Aclárame mejor todo esto, por favor.

Vita advirtió que tenía un acento exquisito y una piel muy fina. En realidad era bastante guapo. En su lugar de origen, apenas veía ningún hombre de cerca, y los que veía tenían mugre en las uñas y flema en los bronquios. Ese hombre, en cambio, parecía salido de un cuadro del Renacimiento. Podría haber posado como modelo para la pintura de un ángel.

—Ella es Vita, la joven modista de la que te he hablado, la que me ha ayudado antes. Vete a saber cómo... el caso es que ha conseguido que Connelly le diera trabajo —explicó Percy.

—¿Y de verdad no sabes bailar? —preguntó el hombre, plegando con una sonrisa el arco de los labios.

—No como Dios manda. No como ellos creen que sé bailar —precisó—. Lo que es seguro es que no soy una bailarina.

No debió habérselo dicho, no debió haberles revelado lo mentirosa que era y hasta qué punto había traicionado la confianza de Percy. Ahora él estaba en su derecho de delatarla, de contárselo a la señora Bell y a las chicas. Podía hacer que la echaran de la casa, incluso esa misma noche...

—Vaya vaya —murmuró el joven. Se mordió el labio, como si fuera a tomar una decisión—. En ese caso, quizá podamos confiar en que cada cual va a guardar el secreto del otro. Claro que, si no queremos que tengas complicaciones, lo menos que podemos hacer es enseñarte, lo antes posible.

—¿Enseñarme?

—Sí. Solo hay una vía posible. Tendremos que salir a bailar. ¿Qué opinas, Percy?

Captó una mirada de connivencia entre ambos.

—¡Perfecto! Vámonos pues —resolvió de repente Percy. Después se volvió hacia la ropa colgada con ímpetu—. Vístete.

—¿Cómo... ahora? —preguntó Vita, estupefacta no solo por la invitación, sino también porque ello representaba que de algún modo la había perdonado... por la intrusión y por haber mentado.

Estaban en el mismo nivel, eran amigos.

—Sí, ahora —confirmó Percy, sacando un vestido de color azul índigo de un colgador que inspeccionó de arriba abajo antes de observar a Vita, como si calculara su talla—. Edward tiene razón. Vas a tener que aprender antes de mañana... porque, si no, esas chicas te van a despedazar, créeme.

Sardinas

Al cabo de media hora, estaban listos para salir. En el cuarto de baño, Vita se había lavado y puesto el vestido que le había dado Percy, deprisa y en silencio, con un cosquilleo en el estómago. Al ver que realmente le concedía una oportunidad, volvió a sentir la misma sensación que había experimentado en el tren, la sensación de zambullirse de cabeza en el futuro, sin el más mínimo control.

De regreso al cuarto de Percy, Edward emitió un silbido al verla y, sujetándose la falda, ella le correspondió con una inclinación.

—Te queda bien —aprobó Percy, enarcando las cejas.

Edward abrió con cuidado la ventana de guillotina.

—Shh... —susurró—. La señora Bell está justo abajo. Sígueme.

—¿Adónde vas?

—No vamos a salir por la puerta —explicó Percy—. Normalmente, él no debería estar aquí.

Vita recordó la severa advertencia de la señora Bell en cuestión de pretendientes, mientras observaba cómo Edward sacaba una pierna por encima del alféizar para apoyarla en la cornisa de ladrillo que rodeaba la pared. A continuación, se metió el cigarrillo encendido entre los labios y le tendió la mano.

Se volvió a mirar a Percy, que iba vestido con una chaqueta beis y un sombrero canotier. Se palpó los bolsillos, para cerciorarse de que llevaba lo necesario, antes de apagar la lámpara contigua a la máquina de coser. Vita vio que sacaba un par de almohadas de debajo de la cama y las disponía bajo el edredón componiendo la forma de una persona dormida. Después entreabrió la puerta del pasillo.

Dado que el vestido que le había prestado Percy era estrecho, lo subió para tratar de franquear la ventana de la manera más grácil posible, aunque no era tarea fácil. Percy lo había sujetado por detrás con alfileres para adaptarlo a su tipo y le aterrorizaba la posibilidad de rasgar la tela. Solo Dios sabía lo que podía llegar a costar una prenda como aquella. En todo caso, seguro que era más de lo que ella estaba en condiciones de reembolsar.

Percy se llevó un dedo a los labios reclamándole silencio y le indicó con un gesto que siguiera a Edward.

La piel se le erizó con el frescor de la noche, pero la causa principal del castañeteo de los dientes era la adrenalina. La cornisa apenas tenía poco más de un palmo de ancho y estaba a una altura considerable. Edward la llevó de la mano mientras la recorría, hasta llegar al tejado de un cobertizo.

—Hay un truco —musitó Edward—. Mira.

Descendió con rapidez la vertiente hasta el ancho saliente del final y ella lo siguió. Edward la cogió en el último minuto.

No tardaron en llegar al pequeño muro del fondo del callejón. Edward bajó de un salto y Vita se arrojó a sus brazos. Luego él la depositó suavemente en los adoquines entreverados de hierba.

—¿Dónde está Percy? —susurró, alarmada al ver que no los había seguido.

Edward señaló la ventana. A horcajadas en el alféizar, Percy estaba sirviendo algo en un tazón. Incluso desde aquella distancia, Vita alcanzó a oír el ruidoso ronroneo que emitía Casper lamiendo la cuchara.

—Sardinas... con eso se gana a Casper. Y como Casper lo tiene en tan buen concepto, la señora Bell también —explicó Edward, provocando una carcajada por parte de Vita. No era de extrañar que ese gato glotón estuviera tan encariñado con Percy—. Vamos. Tengo el coche justo allí.

Dirigió la vista hacia el Crossley marrón aparcado debajo de la farola.

Blanchard's

Durante el breve trayecto en el coche de Edward, estuvieron debatiendo cuál era el local más conveniente y, al final, Percy dictaminó que Vita aprendería mejor escuchando a los Ginx Five, la orquesta del Blanchard's, un club del que era miembro Edward. Detuvieron el coche frente a un edificio que Vita habría tomado por la sede de un banco.

La luz se derramaba sobre la acera, donde los hombres ataviados con abrigos y sombrero de copa escoltaban hacia la entrada a mujeres abrigadas con estolas de piel. El portero saludó con efusión a Edward y le sonrió a ella, como si considerara lo más normal que fuera amiga suya. Se estremeció, arrebatada. ¿Acaso no era precisamente aquello a lo que aspiraba cuando llegó a Londres? ¿Conocer a personas distinguidas, personas importantes? Su excitación creció cuando Edward y Percy la cogieron cada uno por un brazo para cruzar la puerta.

Mientras recorrían el amplio vestíbulo, Percy le explicó que antaño había allí una casa de postas. Subieron por unas escaleras cubiertas con una lujosa alfombra a fin de que Vita viera mejor el local.

Abajo había una sala de baile y una pista, llena de parejas que bailaban. Era una sala impresionante, de techos altos, con una atractiva decoración en tonos marrones, plateados y grises. Los apliques de luz en tonos pastel iluminaban la estancia, intercalados con espejos, a juego con las los que recubríanlas columnas que sostenían el elevado techo.

Ni por asomo esperaba encontrar un sitio tan lujoso... ni tan animado. ¡Y la gente! Había gente por todas partes, a esa hora de la noche, vestida con ropa fantástica, bailando simplemente. Bailando como si se fuera a acabar el mundo. Era maravilloso.

Bajaron a la planta baja y Edward pidió bebidas a un camarero. Se sentaron en un sofá con vistas a la pista. Cuando llegó la bebida, Vita respiró hondo antes de tomar la copa que tenía delante, sonriendo con nerviosismo a sus acompañantes. Aquella era la última parte de su iniciación.

—Toma un sorbo —gritó Percy para hacerse oír entre el estridente clarinete y la tronante batería.

—Es un Gin and It —especificó Edward cerca de su oído, mientras lo probaba. El sabor del empalagoso líquido le provocó una mueca—. Más vale que te acostumbres, si no quieres desentonar. Apura este, que voy a pedir más.

Vita asintió, golpeándose el pecho para aliviar el ardor del alcohol. Apenas había bebido antes... solo una copita de coñac con limón de vez en cuando, cuando estaba resfriada, o un sorbo de vino caliente por Navidad, pero nunca algo así de fuerte.

Aun así, mientras procesaba la información, decidió que a partir de entonces aquella iba a ser su bebida. Todo lo que le enseñara Percy aquella noche iba a ser vital para su supervivencia. Él mismo se lo había dicho durante el trayecto en el coche, y ella lo creía. No pensaba decepcionarlo, sobre todo cuando le estaba brindando una segunda oportunidad.

Durante todas aquellas largas noches, grises y deprimentes, en Darton Hall, en que leía libros, en medio del silencio interrumpido tan solo por el lento latido del reloj de pared, siempre había sospechado que, en el mundo exterior, había vida. Una vida de verdad... que se desarrollaba en algún lugar, no la clase de vida que llevaban sus padres, sino la otra, feliz y hedonista, auténtica. No se había equivocado, porque ahora la tenía delante en todo su esplendor.

La música de jazz circulaba por su cuerpo y ella acompañaba con entusiasmo el ritmo con los pies, convencida de que, si algo le ocurriera y se fuera a morir al día siguiente, todo habría valido la pena, solo con haber disfrutado de quella experiencia.

—Es estupendo —dijo—. ¡Ay, Percy!

—Bueno, estás aquí para aprender. Fíjate bien —le aconsejó él, apagando el cigarrillo en el cenicero. Por un momento, a Vita le asaltó la duda de si la había perdonado realmente—. Fíjate en ella —añadió.

Cogiendo su copa de Martini, se comió la aceituna y después apuntó hacia la abarrotada pista con el palillo.

Vita siguió la mirada de Percy, hasta detener la suya en una mujer con un vestido dorado, adornado con tiras de bucles, que bailaba el charleston, proyectando hacia los lados manos y pies, con los ojos entornados. No parecía importarle la película de sudor que le cubría la piel, mientras levantaba la rodilla para golpearla con la palma de la mano y después torcía la pierna para golpear el pie. Con el largo y reluciente collar que rebotaba en su pecho, presentaba un aire de total abandono. Vita observó maravillada cómo su pareja, que bailaba en perfecta coordinación con ella, desde atrás, le besó la curva del cuello. Parecían completamente absortos en sí mismos y estaba claro que les daba igual quién los estuviera mirando y lo que pudieran pensar.

—Ella tiene ese algo, que es tan difícil de definir. Se nota de inmediato, ¿no? —le dijo Percy al oído.

Vita asintió, embelesada, acusando ligeramente los efectos de la ginebra. Se imaginó a sí misma efectuando los movimientos que hacía la mujer, como si corriera sin moverse del sitio. No era tan

distinto de los bailes que ella había inventado para las canciones de la radio. Observando atentamente a la mujer, recordó que se le daba bien imitar las danzas. ¿Sería muy difícil aquella?

—Es una cuestión de creer en sí mismo, de tener confianza, ¿ves? —prosiguió Percy—. Justo igual que ella. Bailar como si estuvieras solo... solo por el placer, sin que te importe un comino lo que piensen los demás. La clave está en no cohibirse.

—Pero es que yo nunca he bailado de verdad. Sí fingiendo que bailaba, pero no es lo mismo.

—Si finges con suficiente convicción algo, verás que se convierte en realidad —aseguró Percy—. Vamos.

La cogió por las manos y la hizo levantarse del asiento. Se acordó del sombrero y lo dejó en el sofá, antes de empezar a tirar de ella hacia la multitud. Vita se volvió para mirar con nerviosismo a Edward, que regresaba a la mesa, pero este se limitó a guiñarle un ojo y levantar la copa.

—Es sencillo —dijo Percy, colocándose frente a ella en la pista—. El pie derecho adelante y luego hacia atrás.

Vita se apoyó en su hombro concentrándose en sus pies. Seguía el resbalar de sus zapatos marrón y blanco por el suelo flotante, ansiosa por no equivocarse.

—Ahora con la cabeza alta —le indicó Percy, levantándole la barbilla—. A ver si puedes hacerlo sin mirar abajo. ¡Ay! —exclamó cuando le pisó el pie.

—Perdón. ¡Perdón! —musitó Vita, mortificada, aunque Percy solo acentuó la presión de la mano sobre la suya.

—Concéntrate —la reprendió.

Sin embargo, sonreía. Se notaba que se estaba divirtiendo.

Había resistido a lo largo de ese día a base de pura adrenalina, sin llegar a creer que fuera a tener un mañana, sin pensar que pudiera llegar realmente tan lejos sin que la descubrieran, pero, con cada paso, tomaba conciencia de que Percy la estaba acompañando hacia el futuro. Y si él lo creía, entonces debía ser verdad. Debía de ser verdad que al día siguiente volvería al cabaret con las chicas, que era Vita Casey... un miembro de pleno derecho de su compañía.

No obstante, sabía que para que todo se convirtiera en realidad, ella también debía creérselo.

Por eso bailaba como si le fuera la vida en ello.

El mejor profesor

Vita no tardó en acostumbrarse a no mirar a los pies y Percy quedó impresionado de la rapidez con que aprendía. Su confianza fue en aumento cuando, al bailar el charleston por primera vez, nadie se dio cuenta de que era una novata. Al final, todas aquellas aburridas clases de ballet debían de haber servido para algo.

Cuando la música cambió después de la sexta canción, Percy se inclinó sobre ella, exhausto.

—¿Podemos sentarnos un minuto? —suplicó—. Necesito recuperarme un poco.

—Desde luego.

—Ah, y fíjate en la hora que es. El espectáculo empezará de un momento a otro.

—¿El espectáculo?

—«La diversión de la noche.» Suele haber bailarines o ese humorista, Eddie, que hace malabarismos.

De nuevo en la mesa, pidió dos copas más y una jarra de agua al camarero. Esa noche en el espectáculo participó un cuarteto que empezó a cantar a capela. Vita escuchaba, embelesada, la armonía de las voces. Un poco más, y habría podido tocar a aquellos hombres de apariencia tan exótica. Su padre se habría escandalizado tan solo de pensar que su hija estuviera cerca de un negro. Pese al odio patológico que él sentía por cualquiera que no fuese blanco, inglés y rico, Vita consideró que aquellos hombres eran estupendos. Percatándose de la fascinación con que miraba, uno de ellos le dirigió un guiño y ella le correspondió con una sonrisa.

En el otro lado de la sala, miró a Edward, que reía a carcajadas. Durante un momento, se fijó en cómo Percy lo observaba, mientras se desplazaba hacia otro grupo, que lo recibió con gritos de alborozo.

—Es divertido —comentó Vita, reparando en la mirada de arrobamiento de Percy—. Y también muy guapo.

Ruborizado, Percy se secó la frente con un pañuelo plegado.

—No vayas a pensar, Vita... Lo digo por lo de antes. No me juzgues, yo...

—Ni se me ocurriría —afirmó con sinceridad ella, apoyando la mano en su brazo—. De verdad. Siento haber entrado de esa forma. —Calló, sonriendo, y al ver que él le entregaba su

pañuelo, aplicó el cuadrado de tela sobre su frente sudorosa—. En realidad, es mentira. No me arrepiento para nada, porque si no, no estaría aquí.

Se arrellanó en el asiento, más cerca de él. Percy seguía observando a Edward.

—¿De veras no te importa? Quiero decir que... ¿no te parece algo vergonzoso?

—¿Por qué me lo tendría que parecer? Los dos sois unas personas estupendas. Lo que sintáis o hagáis es asunto vuestro.

Él guardó silencio un instante, como embargado por la emoción, y después sonrió y dejó escapar una carcajada de alivio.

—Ojalá hubiera más personas como tú. Ojalá no toda la gente se dedicara a juzgar a los demás.

—Uy, ni te imaginas cuánta gente conozco yo de esa clase, tanta que te puedo asegurar que nunca voy a ser así.

—Perfecto. Mantente en tus trece, Vita. Nunca cambies esa manera de ser tan bonita que tienes.

¿Había dicho una «manera de ser tan bonita»? Se ruborizó, conmovida por el elogio. Le dieron ganas de confesar que esa manera de ser era muy reciente, pero entonces advirtió que Percy volvía a mirar a Edward.

—¿Los dos estáis... sois...? Bueno, no es asunto mío. —No sabía qué palabra utilizar. «¿Juntos? ¿Pareja? ¿Amigos?»

—Sí —contestó Percy con un suspiro—. Somos... lo que sea. Lo peor es que yo le quiero —prosiguió con una carcajada sarcástica—. Eso no se lo he dicho a nadie, y menos aún a Edward. Ni siquiera sé por qué te lo cuento a ti. Quizá sea porque te estoy tan agradecido.

—¿Agradecido? ¿Por qué? —preguntó, estupefacta, Vita.

—Él me utiliza de una forma horrorosa —confió Percy—. Nos encontramos en secreto, pero nunca sé cuándo se va a presentar. En condiciones normales, nunca saldría a bailar con Edward. Tenemos que llegar cada uno por su lado y la mitad de las veces me deja plantado o no me hace el menor caso hasta el final de la velada. Y luego, cuando ya pierdo las esperanzas, aparece esperándome después del trabajo y me convence para que lo introduzca en mi cuarto, o me manda un mensaje para que me reúna con él en la habitación que tiene alquilada en un hotel, y yo me dejo enredar de nuevo en su red. El hecho de que tú estés aquí lo legitima todo, en cambio.

Observaron cómo Edward susurraba algo al oído de un hombre, antes de volver la vista hacia ellos y detener la mirada en la cara de Percy. Este lo saludó con la mano y Edward imitó su gesto, prolongándolo un poco para dar a entender que iba a acudir en cuestión de un minuto.

—Ni siquiera sé por qué lo hace —continuó Percy, después de que el camarero depositara las bebidas en la mesa—. Su padre es un lord, ¿sabes? Se formaría un escándalo tremendo si se enterase. Por eso Edward lo mantiene todo en gran secreto con su familia y la gente de su medio, pero en sitios como este actúa al revés. Asume unos riesgos horribles. —Percy emitió un hondo suspiro—. Debo de parecer muy celoso con él, pero la verdad es que a veces lo estoy.

En el ambiente de donde Vita provenía, solo había declaraciones públicas de desaprobación y nadie hablaba de sus sentimientos personales. Era una agradable novedad escuchar las confidencias de alguien.

—¿Y no te va a traer complicaciones?

—Es lo más probable —reconoció Percy con aire de resignación. Vita esperaba que añadiera algo más, pero de repente cambió de tema—. ¿Y tú? ¿Estás con alguien? —preguntó, encendiendo un cigarrillo, mientras Vita engullía con ansia el agua.

—¿Yo? —Soltó una carcajada.

—Sí, tú.

—No —contestó, con expresión de horror.

—Imaginaba que alguien te habría hecho proposiciones al instante. Edward dice que eres la chica más guapa que ha visto en años. Entonces ¿por qué no?

Eran muchas las razones por las que nunca había habido «alguien». ¿Cómo podía empezar siquiera a explicar lo estafalaria que era la situación actual de la persona que había sido hasta entonces o la que había imaginado llegar a ser?

«Un momento... ¿De verdad ha dicho Edward eso de mí?» No le parecía real.

Cuando este llegó a la mesa, tenía las mejillas rojas. Como el cuarteto terminaba su actuación, aplaudió educadamente, sin atreverse a mirarlo. El hijo de un lord consideraba que era guapa... Percy lo había dicho como de pasada. Para ella era como una revelación, porque si Edward era capaz de verla así, como no había imaginado nunca ella, entonces quizá un día otra persona podría percibirla de ese mismo modo.

—Venga. Vamos a bailar —gritó Edward, animándolos a salir a la pista, cuando cambió la música.

—Id vosotros. Yo miraré —dijo Percy—. Es el mejor profesor que encontrarás en toda tu vida, créeme.

El hombre misterioso

Percy tenía razón. Siguiendo las detalladas instrucciones de Edward, Vita estaba realizando grandes progresos, pese a que le pisó los pies en más de una ocasión.

—No te disculpes, nunca —aconsejó él, riendo—. Las damas nunca cometen errores. Si la pifias, continúa, como si lo hubieras hecho a propósito. Eso es lo que mamá siempre enseñó a mis hermanas.

Vita soltó una carcajada, asimilando su sabiduría, y no tardó en bailar con soltura con él, aunque estaba sin aliento. Seguía, con todo, porque quería impresionarlo. Nunca había estado en brazos de alguien tan jovial y divertido.

—Eso es. ¡Eso es! Ya casi lo dominas —la alentaba Edward, y ella se dejaba caer, radiante, en sus brazos, mientras él tarareaba la letra de la canción—. Haz lo mismo que yo.

La hizo deslizar por la pista al son de un rápido foxtrot, presentándola a unos y a otros, mientras las caras se sucedían, borrosas, a su paso, haciéndola reír con sus ocurrencias.

—Esta es Vita... Es una muñeca, ¿eh?... No te interesa saberlo, viejo amigo... Es mía, ¿sabías?... Es una bailarina y me está enseñando.

La música se iba acelerando y los cuerpos se arremolinaban a su alrededor. Vita sentía el golpeteo de los tambores como si fuera el propio latido de su corazón y la música su sangre. Todo pareció difuminarse cuando cerró los ojos y se rindió al ritmo. Después notó el aliento de Edward en la oreja.

—¿Lo ves? Lo llevas dentro, querida. —Y después—: ¿Qué era eso?

La observó, antes de copiar el movimiento que ella acababa de inventarse. Animándola con la mirada, la observó mientras repetía el paso de lado y luego lo imitó, como si ella fuera la profesora. Luego, las parejas que estaban cerca se sumaron a ellos, copiando el paso de Vita. Edward sonrió, enarcando las cejas y ella le sonrió a su vez, con las mejillas doloridas de tanto reír.

Parecía como si los clarinetes chillaran cuando la canción llegó al crescendo. El batería, casi de pie, descargaba con furor las baquetas sobre los platillos.

La pieza culminó entre aplausos y vítores. Un suspiro colectivo de alivio acogió el silencio y la canción más suave que interpretó después la banda. Vita reía alborozada, jadeante, con la mano en el pecho, bañada en sudor.

—Un momento... ahora vuelvo —dijo Edward, abandonándola de repente.

Aturdida, Vita trató de localizar la dirección de su mesa y a Percy. Se llevó la mano a la cabeza, incómoda por haberse desinhibido de esa forma. El corazón le latía con una gran violencia. De repente, notó unos brazos alrededor de la cintura y una mano fuerte y grande, que engulló la suya.

—Hola —dijo un hombre, ciñéndola con el brazo para iniciar un baile lento.

Era bien parecido y, a juzgar por el brillo de sus ojos, lo sabía. Llevaba desabrochado el botón superior de la camisa y lucía una incipiente barba bajo el mentón.

—La he estado observando.

—¿Ah, sí?

—No la había visto antes por aquí. Si no, me acordaría.

Se quedó sin habla un instante. Agachó la cabeza, consciente del contacto viscoso de su mano con la de ese hombre tan alto. Cuando levantó la vista, la dejó prendida de la pequeña insignia que llevaba en la solapa del esmoquin.

—¿Y bien? —insistió él—. ¿Quién es usted, misteriosa joven?

—Soy Verity. Verity Casey, aunque mis amigos me llaman Vita. Soy bailarina, en el Zip Club. ¿Sabe dónde queda? Cerca del Savoy —explicó, todavía sin aliento.

Entonces Percy apareció de repente y, rodeándole la cintura con el brazo, apartó sin miramientos al otro hombre.

—Vamos, querida. No tienes que revelar nuestros secretos profesionales a este individuo. Es hora de irnos. Quítese de aquí, señor mío.

Desconcertada, Vita se dejó llevar por Percy. Se encogió de hombros para disculparse con el hombre. Sin parar de observarla, este se llevó dos dedos a la frente y los levantó a modo de saludo.

—Percy, ¿qué pasa? —preguntó.

—Es un periodista, de la peor especie. De la prensa sensacionalista. No le has dicho nada, ¿verdad?

El desayuno de los campeones

Mientras Edward conducía con descuido por el Soho, Percy explicó a Vita que tenía fama de ser el peor conductor de Londres... sobre todo cuando estaba achispado. Como si quisiera confirmar los rumores, Edward aparcó con desenvoltura junto a la acera, delante de una casa oscura de Gerrard Street y, riendo y tambaleándose, aseguró que iba a volver enseguida.

—Voy a procurarme un poco de alimento esencial —especificó con la lengua algo trabada.

—¡Edward! —exclamó Percy, mirándolo con insistencia.

—No me voy a quedar. Lo prometo.

Lo observaron mientras descendía a trompicones las empinadas escaleras del sótano y llamaba un par de veces a una discreta puerta gris, que solo tenía el número 43 pintado fuera. En el instante en que se abrió, Vita advirtió un resplandor de luces y oyó voces y música, antes de que Edward desapareciera en el interior. Después la noche recobró la calma.

Bajó del coche y se reunió con Percy, que había encendido un cigarrillo apoyado en el capó. El cielo iba adoptando una tonalidad azul. ¿Estaba a punto de amanecer? Aquella era la segunda vez que permanecía despierta hasta esas horas. La primera fue cuando huyó para salvar la vida.

—¿Qué está haciendo? —preguntó, extrañada de que hubiera algo abierto incluso más tarde que el Blanchard's.

—Ha ido a ver a la señora Meyrick. Es bastante famosa, ¿sabes? Regenta el 43 —dijo, señalando la puerta del sótano—. Nosotros estábamos ahí adentro cuando la policía la detuvo el mes pasado.

—¿La detuvieron?

—Bah, es muy ingeniosa para evitar tener que cumplir la normativa de permisos. Ella y Edward son grandes amigos.

Vita reparó en las difusas figuras que se movían detrás de las cortinas de las ventanas, por las que se escapaba un leve ruido de música. «Qué exótico», pensó, sintiendo una repentina afinidad con aquella despreocupada mujer cuyas fiestas duraban toda la noche.

De improviso, se estremeció, acusando el frío de la noche, fuera ya del cálido amparo de la sala de fiestas. Percy se quitó la chaqueta y se la puso sobre los hombros.

—Te sienta bien —alabó, y Vita efectuó una pose riendo. Entonces él le tiró en broma su bastón con empuñadura de marfil y ella ejecutó unos teatrales giros con él—. Te cae bien la ropa, ¿sabes?

—Eres muy amable.

Percy sonrió y entornó los ojos detrás de la columna de humo.

—Te has divertido, ¿eh?

—Me ha encantado —reconoció con fervor.

—Mañana vas a tener que mostrarte confiada. No te dejes intimidar por Nancy y Edith.

—Lo procuraré.

—Y sobre esto, todo esto —abrió las manos, abarcando la calle tal vez, o Londres, o la vida... —, no puedes decirles nada.

Nada sobre aquello. Al instante supo a qué aludía Percy. Se refería a «nosotros».

—Puedes confiar en mí —declaró, con la mano en el corazón.

La puerta del sótano se abrió, dejando salir un torrente de música. Edward subió tambaleándose los escalones, con una bandeja de plata cubierta con un tapete blanco.

—Nunca me decepciona —dijo a Percy con un guiño—. Es tu preferido, Percy.

—¿Qué es? —preguntó Vita.

—El desayuno de los campeones —repuso Edward.

Vita se instaló en el asiento trasero del coche y Edward le pasó con cuidado la bandeja para que la apoyara en el regazo. Notó el calor del metal y, cuando Edward puso en marcha el motor, el coche se llenó de olor a arenque ahumado. ¿Sería eso lo que había traído?

—Esta vez quiere que le devolvamos la bandeja —advirtió Edward a Percy.

Con ello, Vita se dio cuenta de que tenían por costumbre recurrir a ese desayuno y sintió como si fuera partícipe de su secreto.

Miró bajo el tapete. Había dos platos con arenques, huevos y tostadas. El estómago le dio un gruñido.

—No seas tímida. Sírvete —la animó Edward—. Las damas necesitan alimentarse después de tanto bailar.

—Eso es verdad —concedió Vita, salivando.

—Y más las que tienen que participar en un ensayo en un futuro muy próximo. —Percy consultó el reloj—. Tenemos que llevarte a la pensión antes de que se despierten las chicas.

—Pásame una tostada —pidió Edward, alargando la mano.

Percy estabilizó el volante, para evitar que se estrellaran contra la otra acera.

—Espera. Ya conoces las reglas —le recordó alegremente Percy, dando una palmada al aire—. Siempre tomamos el desayuno con arenques en un parque real. Es que somos así de civilizados. Gira por aquí para ir al St. James. Qué barbaridad, chico, ¿cuántos cócteles te has tomado?

La audición

Betsy y Jane se mostraron muy amables en el trayecto de autobús hasta el cabaret, pródigas en palabras de aliento. Por su parte, Vita estuvo en un tris de comentar que había pasado la noche más maravillosa de su vida, pero recordando la promesa hecha a Percy, guardó silencio. Aunque tenía unas buenas dosis de adrenalina y seguramente aún le quedaba ginebra circulando por el cuerpo, mientras se dirigían al escenario para el ensayo, advirtió que Nancy le rehuía la mirada y Edith le ponía mala cara. Vita empezó a sentir los nervios y la sequedad de boca producida por la resaca. Necesitaba con desesperación quedarse y ganar con qué poder pagar la pensión de la señora Bell, pero ¿y si no daba la talla para integrarse en la compañía?

—No te preocupes. Solo tienes que copiar lo que haga yo —la animó Jane.

Aun así, sentía cómo le temblaban las piernas. Trató de imitar los movimientos, pero iba demasiado lenta y tropezó.

Jerome aporreó el piano, provocándole un sobresalto.

—Ya ves —dijo Edith, levantando la mano y mirando con cara de exasperación a Jerome antes de señalar a Vita.

—No te preocupes —la tranquilizó Jane, rodeándola con el brazo—. Lo va a conseguir.

—Lo voy a repetir —declaró Vita—. Esta vez lo haré bien.

Tratando de sofocar una creciente oleada de miedo, procuró concentrarse mientras retrocedía en el escenario para ver bailar a las chicas.

—Y tu parte es así —dijo Betsy, realizando una demostración de unos pasos de claqué.

Vita se mordió el labio y engulló una saliva que le dejó un regusto a ginebra. Era tan rápido... y ella nunca había bailando claqué en toda su vida.

—¿Puedes hacerlo un poco más despacio? —pidió, colocándose al lado de Betsy para reproducir los movimientos.

—¡No! El pie izquierdo —la corrigió Betsy.

Vita no acababa de coger el truco, sin embargo.

—¡Estamos perdiendo mucho tiempo! —protestó Edith.

—¿Por qué no hacemos una pausa y probamos con la canción? —propuso Jerome.

—Apuesto a que tampoco sabe cantar —comentó, furiosa, Edith.

—Sí sé cantar —afirmó Vita, a la defensiva.

—¿Escalas? —preguntó Jerome.

—¿Y arpeggios? —inquirió Edith.

Vita asintió. Los había practicado durante horas en el piano del salón de Darton Hall, aunque nunca los había cantado. Quizá fuera más difícil.

—En do —indicó Jerome, tocando una vibrante introducción con el piano—. Ahora más fuerte, con «ah».

Aquel lugar tenía una acústica asombrosa.

Vita miró a su alrededor e hizo acopio de valor, tratando de encontrar el tono adecuado.

—Ah, ah, ah, ah, ah, ah —cantó a pleno pulmón, mirando a Edith, cuya expresión permaneció inalterable.

Jerome asintió con la cabeza y subió un tono. Vita lo siguió, ascendiendo en la escala. Él enarcó las cejas, claramente dispuesto a ponerla a prueba.

—Más deprisa —exigió—. Ahora con un «mi» en lugar de «ah». Controla el vibrato. Más fuerte, vamos.

Vita notó que estaba sudando. Jamás se había concentrado de esa forma en toda su vida, y las notas eran cada vez más agudas. De un momento a otro, se le iba a quebrar la voz.

—Es suficiente.

Vita calló y, al volverse, vio a un hombre vestido con un traje de color gris oscuro que bajaba hacia el escenario desde detrás de la zona del bar, aplaudiendo con parsimonia.

—Ah, Jack, estabas ahí —dijo Edith, acercándose.

De modo que ese era el famoso Jack Connelly, el propietario del Zip Club, pensó Vita. Cuando lo iluminaron los focos, le pareció que era el tipo de hombre que debía de haber vivido toda su vida adulta en locales nocturnos y bares y apenas había visto la luz del día. No era exactamente guapo. Tenía la piel ajada y el pelo negro untado con brillantina. Con su vistoso traje de milrayas, tenía un aspecto que el padre de Vita habría calificado sin duda como de gánster.

—Esta es la chica. La equivocada —dijo Edith.

Jack Connelly seguía inspeccionando a Vita de pies a cabeza.

—No ha habido ninguna equivocación. Tiene un buen par —dijo, torciendo el bigote—, un buen par de pulmones.

Vita se ruborizó, incómoda con el procaz elogio.

—Pero...

—Cariño, no busques pelea. Me duele demasiado la cabeza para eso —declaró, dirigiéndole una mirada de advertencia a Edith, que la hizo retroceder—. Es lo que necesitábamos. Vamos, señoritas, a ver si hacen un buen papel.

En contra de las recomendaciones del médico

Clement observó la bandeja de plata con el desayuno posada en su regazo y su boca se llenó de saliva agria, se encontraba demasiado mal para comer. Su cuerpo entero era una gran magulladura.

—¿Dónde está? —alcanzó a articular, con la mandíbula comprimida.

Pese a que el dolor era insoportable, espaciaba al máximo las inyecciones, ansioso por recobrar la claridad de pensamiento, a cambio del cálido estado de alivio que lo dejaba neutralizado.

—Nadie lo sabe —respondió Martha, en un tímido susurro—. Se fue. Hemos preguntado por todas partes, incluso en la fábrica. Nadie la ha visto en ningún sitio. Han pasado más de dos semanas y la policía no tiene el menor indicio. Tu pobre madre está muerta de preocupación...

Clement sacó el puño de las sábanas y lo descargó con violencia sobre la bandeja, haciéndola caer de la cama. La taza y el plato de porcelana se hicieron añicos y el huevo frito se estrelló sobre la alfombra. Martha dejó escapar un chillido, retrocediendo.

Con un grito de dolor, Clement levantó los pies de la cama y trató de ponerse de pie, aferrándose a la mesita de noche.

—Todavía es demasiado pronto —advirtió Martha—. El doctor Whatley dijo...

—Al diablo el doctor Whatley —espetó Clement—. Si ninguno de vosotros la va a buscar, lo haré yo.

Se separó de la cama, con un alarido de dolor. Dio dos pasos y se vino abajo. Golpeó el suelo con el puño. Maldita hermana. Cuando la encontrara, a la muy condenada, le haría sufrir en sus propias carnes ese mismo calvario, pero todavía peor.

En la azotea

El resto de la semana transcurrió en un suspiro. Vita invirtió todo el tiempo posible practicando el baile para el espectáculo de la noche del viernes. Cuando no estaba con sus compañeras, ensayaba mentalmente. Por fin había conseguido ejecutar el número varias veces sin cometer ningún error.

La canción que acompañaba el número también empezaba a salir bien. Nancy, Edith y Jemima tenían voces más agudas, de soprano, mientras que Emma y Jane hacían de mezzosoprano. Vita se sentía ya a gusto interpretando la parte de contralto junto con Betsy. Era la primera vez que cantaba a capela en un grupo y estaba entusiasmada.

En uno de los últimos ensayos previos a la función de esa noche, Jerome se había pasado los dedos sobre el cabello ralo.

—Muy bien, señoritas. Ya es suficiente —dictaminó con un resoplido—. Buen trabajo, Vita. Te has superado mucho. Ahora no quiero que te canses demasiado antes de esta noche. Vuelve para el ensayo con la orquesta a las cinco.

Abandonaron las hieráticas poses del final, relajando los músculos con un suspiro colectivo. A Vita le escocían las ampollas de los pies y el corazón le latía con violencia a causa del esfuerzo. Esa noche, si culminaba sin percance el primer espectáculo, quizá la señora Bell le daría una palangana con agua caliente y sal para poner en remojo los pies. No obstante, merecía la pena sufrir ese dolor y ese agotamiento. Sabía que tenía que esforzarse al máximo durante todo el tiempo que pasaba con sus compañeras, porque ahora que estaba allí, no quería marcharse de ninguna manera.

—Eh, chicas, subamos a tomar un poco de aire a la azotea —propuso Jane.

Nancy, por su parte, se alejó sola del escenario y Edith se demoró allí, seguramente con la esperanza de pasar un rato a solas con el señor Connelly. Todavía se consideraba a sí misma como la atracción principal, situada unos peldaños más arriba que el resto de miembros de la compañía. Como una auténtica prima donna. ¿No era esa la expresión que Jemima había utilizado en susurros justo esa mañana, mientras se vestían en el camerino?

Todas las demás se apiñaron detrás de Jane en el pasillo, en dirección a la escalera de incendios. Entre el revuelo de voces que resonaban en las paredes de ladrillo, Jane se lamentó de que Alex y Tommy no las hubieran llamado.

—De todas formas, dijiste que tenía la nariz larga —señaló Emma.

—¿Quién? ¿Alex?

—No. Tommy.

—Eso tampoco le impediría casarse con él —terció Betsy, ganándose un codazo por parte de Jane—. Ni aunque tenga una buena napa.

Vita se echó a reír. No pensaba que unas chicas fuertes como aquellas, endurecidas por el trabajo, fueran tan románticas. Ella siempre había sido algo soñadora, desde luego, pero nunca se había confiado con nadie. Había albergado estúpidas fantasías en las que escapaba... se enamoraba... se precipitaba hacia otra vida más excitante, con un guapo desconocido. Allí en Londres, sin embargo, las chicas eran serias y sus fantasías tenían una vertiente más pragmática, como si sus sueños pudieran hacerse realidad, y también sus pesadillas, por supuesto. En aquellos tiempos de posguerra, con la escasez de hombres disponibles, la peor era quedarse para vestir santos.

—¿Y tú, Vita? Estás muy callada. ¿Le tienes echado el ojo a alguien? —preguntó Emma.

—No —contestó riendo, sin aliento, mientras subían el último tramo de peldaños.

—Hombre, no podemos permitirnos dejar pasar el tiempo —opinó, con un suspiro, Betsy—. Tenemos que encontrar quien nos lleve al altar ahora que estamos en la flor de la vida.

—Pero tampoco todo acaba en casarse, ¿no? —dijo Vita.

—Claro que sí —repuso Jane—. Encontrar un buen partido significa triunfar en la vida, ¿a que sí? —Esbozó una sonrisa—. Se me alegra el alma solo de pensar en la boda. Yo quiero una fiesta por todo lo alto, con vestido blanco, champán... una luna de miel romántica.

Se puso a entonar con énfasis una canción y todas irrumpieron, entre carcajadas, en la azotea.

Un soplo de aire fresco

En la reducida azotea, rodeada por una barandilla, Vita aspiró el aire de la ciudad y, colocándose de puntillas, se puso a contemplar la sucesión de tejados. A lo lejos sonaron las campanas de una iglesia. El zureo de las palomas se mezclaba con el rumor del tráfico de la calle.

Abajo, en la oscuridad del sótano, era posible olvidar qué hora del día era o incluso si era de día o de noche. Se podía pasar por alto un día tan magnífico como aquel, que transmitía la promesa de la primavera después de semanas de lluvia. Para Vita, acostumbrada al clima húmedo de Lancashire, aquello se parecía a las representaciones que se había forjado de cómo debía de ser el tiempo en el extranjero, en Roma, en Venecia, o en cualquiera de aquellas maravillosas ciudades del continente a las que se hacía alusión en las atrevidas novelas que las muchachas intercambiaban en secreto en el colegio.

Por la desenvoltura con que se instalaron aquí y allá y a juzgar por el cenicero lleno de colillas, dedujo que las chicas subían a menudo allí a tomar el aire un rato. En la pared del fondo había un par de cajones y cajas de embalaje. Jane se sentó en uno de ellos y se puso a hacer estiramientos de pies, ofreciendo su cara al sol. Betsy llegó tras ella, con el periódico del día bajo el brazo.

Vita había examinado cada día todos los periódicos que le caían en las manos, pero ese día se concedió un respiro, renunciando a buscar alguna posible noticia relacionada con su familia. En aquella azotea de Londres, se sentía libre. Se repetía una y otra vez que había huido para siempre, hasta tal punto que había empezado a creer de hecho que aquello no era un sueño del que iba a despertar de un momento a otro, sino algo que ocurría de verdad. Imitando a Jane, dirigió la cara hacia el sol y respiró a fondo. Quizá Percy estuviera en lo cierto. Si uno fingía con suficiente convicción algo, podía convertirse en realidad.

—¡Ay, Virgen santa! —exclamó Betsy—. Mira, Vita. ¡Jamás lo adivinarías! Sales en el periódico.

A Vita le dio un vuelco el estómago.

—Justo aquí. Mira —dijo Betsy, señalando una página.

Como si tuviera un lastre de plomo en los pies, Vita se acercó al periódico que Betsy tenía abierto encima de la caja. Jane estaba leyendo por encima de su hombro.

¿Qué habrían visto? ¿Su foto? ¿Un artículo sobre la familia Darton y su trágica pérdida? ¿Habían averiguado quién era realmente y deducido la verdad sobre lo que le había ocurrido a Clement? ¿Como consecuencia de ello, todas las chicas... y peor aún, Percy... conocían ahora su secreto? ¿Y el terrible acto que había cometido?

—Nos escondes cosas, ¿eh? —dijo Emma, leyendo—. Justo delante de nuestras narices.

Vita no comprendía de qué hablaban. ¿Por qué sonreían? ¿Por qué no la miraban con expresión de horror?

—Deberías habernos despertado —la amonestó Jane, con un asomo de envidia en la voz—. No teníamos ni idea de que hubieras salido. ¿Cómo pudiste esquivar a la señora Bell?

Miraba fijamente a Vita, como si la viera de otra manera.

Betsy se aclaró la garganta para leer el artículo.

—«Más tarde, en el Blanchard's, me topé con Edward Sopel, un habitual de la vida nocturna. Bailaba con la señorita Vita Casey, una bailarina muy atractiva incorporada al nuevo número del Zip Club, una joven extraordinaria, moderna. Esperemos que un melocotón tan perfecto no acabe magullado, si sigue retozando con Sopel y su banda de juerguistas.»

Aquello no tenía nada que ver con ella, con Anna, sino con Vita Casey. Debía de ser el hombre que había conocido en la sala de fiestas... el periodista.

El alivio le provocó una transitoria flojera en las piernas.

«Una joven extraordinaria, moderna... un melocotón tan perfecto...» Las mejillas se le encendieron con un sentimiento de orgullo y también de incomodidad. ¿Se trataba de una noticia buena o mala? No tenía ni idea. «No... buena», resolvió. A juzgar por las caras de las chicas, debía de ser buena. Todas sin excepción la miraban de la misma forma en que habitualmente miraban a Edith, con una mezcla de celos y de respeto.

—¿De qué diablos conoces a Edward Sopel? —preguntó, con evidente envidia, Jane—. He oído hablar de él. ¿No es uno de esos tipos distinguidos tan insoportables?

—Me pareció que habías dicho que no salías con nadie. En nuestra hermandad no existen secretos, Vita —agregó Emma, en son de broma.

Vita se disponía a explicarles que había conocido a Edward en la habitación de Percy, cuando tomó conciencia de que ellas no sabían nada sobre las inclinaciones de Percy. Después del detalle que había tenido con ella, no podía traicionar su confianza.

—Es un viejo conocido —mintió—. Me lo encontré y le dije que estaba en la ciudad y entonces insistió para que saliera con él.

No había nada de malo en aprovechar la oleada de admiración suscitada. Le resultaba reconfortante, sí, debía reconocerlo. Se encogió un poco de hombros, como si fuera el tipo de cosas que le ocurrían con frecuencia, cuando en realidad estaba estremecida, felicitándose todavía por haber salido en el periódico solo por aquella razón y no otra.

—Las dos estabais dormidas y, como no conocía las normas, me tuve que ir a hurtadillas.
«Si supieran la verdad...»

Patadas altas

Las chicas todavía chismorreaban sobre el asunto al cabo de cinco minutos, cuando llegó Edith. Quizá se sintiera excluida o tal vez el señor Connelly no le había hecho caso. Era difícil dilucidarlo a partir de su altiva expresión de superioridad.

Vita, que había disfrutado de su repentina notoriedad, dejó de sonreír de repente, al advertir la mirada acusadora que paseó Edith entre las chicas.

—¿Me he perdido algo?

—Vita sale en la columna de Marcus Fox —anunció Betsy, apartándose para que Edith pudiera ver mejor el periódico.

Edith se puso a leer en silencio.

—No es nada —dijo Vita.

—Puede que salgas en los periódicos, pero aunque lo ponga aquí, eso no prueba que seas una bailarina —replicó Edith.

Vita notó, con todo, algo diferente en su voz. ¿Un asomo de celos quizá? ¿De respeto? No, eso no. En el caso de Edith, no.

—Ya lo sé.

—Ya lo sé —repitió, imitando con mala intención la voz de Vita.

Otra vez. No bien había pensado que tal vez Edith fuera a distender su actitud con ella, se daba cuenta de que sucedía lo contrario. No podía desprenderse de la persistente sensación de que Edith había penetrado en su secreto desde el principio.

—Bueno, si eres tan buena bailarina, ¿por qué no nos haces una demostración de tus patadas altas? Estoy segura de que las demás también piensan que hasta ahora han sido patéticas.

Era un reto en toda regla. Vita comprendió que Edith le arrojaba una especie de guante, a fin de ponerla en evidencia delante de las demás. Instintivamente, lo tomó como una afrenta. Ella consideraba que en el último ensayo del número había estado mejor que nunca. Entonces recordó, no obstante, que no era una bailarina. No se trataba solo de superar una audición por los pelos. Aquella noche, además, iba a tener que actuar en el estreno.

—¿Ahora? —dijo, elevando el mentón, mientras procuraba no dejar traslucir el miedo.

—¿Por qué no?

—Bah, Edith, deja en paz a la pobre Vita —dijo Jane—. Has estado fastidiándola toda la semana, y ella ha aprendido perfectamente el número. Estábamos disfrutando de un rato de descanso.

—No sé por qué la defiendes —replicó Edith.

En la mirada que intercambiaron ambas, Vita advirtió que Edith reclamaba una lealtad absoluta.

—Da igual —aseguró Vita, ansiosa por desviar la atención de Edith, puesto que Jane había sido precisamente la compañera que más detalles había tenido con ella. Tenía que hacer lo que le había aconsejado Percy, plantarle cara a Edith, no dejarse intimidar por ella. —La verdad es que me encantan las patadas altas. ¿Puedes esperar un momento? —añadió, concibiendo una idea—. Un momento solo —añadió, ante la estupefacción de Edith—. ¿Quién tiene unas tijeras? Jane, ¿no tendrás algunas en el neceser?

—¿Para qué necesitas unas tijeras? —preguntó Edith, retrocediendo.

Jemima y Betsy soltaron una carcajada de asombro, al advertir su suspicacia.

—Ya lo verás —contestó Vita, mientras Jane revolvía en su bolso, hasta encontrar unas diminutas tijeras, casi tan pequeñas como las de manicura—. Es todo lo que tengo.

—Será suficiente.

Después de cogerlas, Vita fue a plantarse con paso ligero frente a un vidrio de ventana arrumbado contra la pared. Luego, mordiéndose la lengua, empezó a cortar las piernas de los pantalones de color rosado oscuro que llevaba.

—¿Qué haces? —preguntó Jane.

Vita advirtió su expresión de asombro reflejada en el cristal.

—Percy me dio estos pantalones, pero son demasiado flojos para las patadas altas —explicó Vita con dificultad, contorsionándose para cortar por detrás.

Aunque no lo expresó directamente, Percy había adivinado que andaba escasa de ropa y la había ayudado a escoger unas prendas para los ensayos.

—Necesito cambiar de imagen, reinventarme un poco —le había comentado ella.

Aceptando el reto, él le había seleccionado varias propuestas. Algunas, como aquellos pantalones, eran bastante estafalarias, y al principio la habían asustado, pero Percy le había dicho que, adoptando la actitud adecuada, podía llevar lo que quisiera. Solo tenía que experimentar y ser atrevida. Pese a que nunca había sido atrevida hasta entonces, optó por aceptar su criterio. Porque Verity Casey era audaz y atrevida, ¿no? Incluso cuando por dentro temblaba de miedo. Aunque sentía que era un poco sacrílego lo que se disponía a hacer, al pensar en Percy resolvió que él estaría seguramente de acuerdo.

—Deja que te ayude —se ofreció Emma, agachándose para coger las tijeras. Vita notó el frío del metal en el muslo—. ¿Estás segura de que lo quieres cortar?

—De todas formas, ya es demasiado tarde —señaló Betsy.

Vita se enderezó, observando su reflejo en el cristal. Luego se ajustó la corbata de cachemira de Percy, que llevaba ceñida en la frente como una diadema y, de repente, la pierna del pantalón quedó desprendida del todo.

—Uy, qué rara estás —exclamó, riendo, Jemima.

—¿Corto la otra? —consultó Emma.

—Más vale —confirmó Vita—. Si no, quedaría desequilibrada.

Al cabo de un instante, Vita se soltó de los tobillos las perneras recortadas.

—Así está mejor —declaró, doblando el torso con agilidad—. Ya estoy lista.

Edith se acercó y sacudió los hombros para deshacerse de la chaqueta que llevaba puesta por encima, de tal manera que Jemima se vio obligada a recogerla. A continuación, miró el atuendo de Vita con desdén.

—Lo único que necesitamos es comprobar si sabes dar patadas altas o no.

Acto seguido, propulsó hacia el aire una de sus magníficas piernas, sin despegar la vista de Vita. Prosiguió la demostración con una pequeña parte del número, unos pasos de claqué, otra patada alta y un giro.

Vita asumió el protagonismo. Aunque probablemente no iba a poder levantar tan alto las piernas como Edith, estaba decidida a intentarlo. Con las manos en la cintura, repitió la parte del número en la que Edith consideraba deficiente su rendimiento, ejecutando una serie de patadas altas. Pronto se quedó sin aliento, pero no estaba dispuesta a permitir que Edith se diera cuenta. En lugar de ello, respondía a la ardiente mirada de Edith con impasible expresión. Había pasado tanto tiempo acobardada bajo la tiranía de Clement que le producía un especial placer aceptar un desafío con la cabeza bien alta.

—Es suficiente —dictaminó Jane—. Es capaz de bailar tan bien como cualquiera de nosotras.

Edith se detuvo para asestar a Jane una mirada fulminante con la que dejaba claro que todas pensaban que aquella declaración no correspondía a la verdad. Jane reaccionó con una mueca, como si la retara a expresarlo con palabras.

—No me fio de ella —declaró Edith—. No sabemos de dónde es ni lo que trama. —Vita se dispuso a hablar para defenderse, pero Edith la contuvo levantando la mano—. De todas formas, yo creo que lo mejor es mantener a los amigos cerca y a los enemigos aún más. El sábado por la noche, voy a ir a la fiesta de cumpleaños de Annabelle Morton —anunció, como si quisiera impresionar a Vita—. Nancy irá conmigo, claro, pero tú puedes venir, si traes a Edward. Los dos somos viejos amigos —añadió, paseando con aire jocosos la vista sobre las demás, dando a entender que ella y Edward habían sido algo más que amigos.

—Le preguntaré si está libre —respondió con fingida desenvoltura Vita, recogiendo el guante, al tiempo que reprimía un jadeo.

Edith entornó sus azules ojos y clavó la mirada en los de Vita. No se creía que Vita conociera a Edward Sopol. Aquello era una forma de ponerla a prueba.

—Yo no coquetearía con él, en todo caso. Es un hombre sensible. Le sentó muy mal cuando yo puse fin a nuestro... flirteo.

Vita se planteó por un instante desenmascararla y tratarla de mentirosa, pero no podía hacerlo sin comprometer a Percy.

Edith sacó pecho. Si las patadas altas la habían fatigado, no se le notaba para nada.

—Vamos, chicas. Tenemos trabajo. Este espectáculo es un desastre y no querría que nuestra fama quedara perjudicada por culpa de algunas rezagadas. —Miró por encima del hombro a Vita.

—No sé qué le ven. Es horrible. Toma, quédalo, para tu álbum de recortes —dijo Edith, entregando el periódico a Vita.

Esta estaba plegándolo cuando llegó Nancy.

—¿Me he perdido algo? —preguntó con patente decepción al ver que las otras estaban bajando ya.

—Va a acompañarnos a casa de Annabelle —anunció Edith, como si estuviera impartiendo una orden.

—¿Quién?

—Verity, tu amiga.

Tras recibir aquella información, Nancy volvió despacio la cabeza hacia Vita, como si tratara de hallar sentido a la situación, al hecho de que Edith no solo le dirigiera la palabra, sino que la hubiera invitado a una fiesta.

Edith cruzó con aspavientos la puerta para descender por la oscura escalera, precediendo a Emma y a las demás. Una vez solas, Nancy apoyó las manos en las caderas y observó con ojos entornados a Vita.

—Si ella te ha perdonado, también deberé hacerlo yo.

Vita inclinó la cabeza.

—Por si te sirve de algo, todavía me siento fatal por lo que pasó, por haberte mentido.

Nancy hizo revolotear la mano, sonriendo.

—No, déjalo. De todas formas, me caes bien. Tienes agallas. —Ladeó la cabeza y torció la boca—. Pero me temo, mi pequeña Vita, que voy a tener que encargarme de ti.

Vita se echó a reír de repente, intrigada por el sentido de la frase de Nancy. Tampoco le prestó mayor atención, porque estaba demasiado ocupada digiriendo lo que acababa de ocurrir.

—¿Qué es esa ropa que llevas, por cierto?

—Ah —exclamó Vita, inclinándose para recoger las perneras de los pantalones, decidida a no desperdiciar ninguna tela—. Me ha parecido que era mejor así para bailar.

—Sí, me gusta. Te sientan bien —elogió Nancy, cogiendo del brazo a Vita como si fueran

amigas de toda la vida.

Hora de salir a escena

A pesar de la confianza de la que había dado pruebas antes y de la emoción que le produjo haber recuperado la aprobación de Nancy, al caer la noche, Vita estaba dominada por un evidente estado de nerviosismo. Su tocado aleteaba con la cálida corriente de aire que entraba por la puerta del camerino mientras Percy le daba los últimos retoques al traje.

Entre bastidores flotaba un ambiente cargado, que no hacía más que intensificar la inquietud de Vita. Hasta ella llegada el sonido de la orquesta y un murmullo de voces provenientes de la sala. Allí atrás, Edith y Jemima ensayaban arpegios para calentar la voz, mientras estiraban las piernas en la pequeña barra de ballet del pasillo. Emma y Betsy se aplicaban una a otra las lentejuelas doradas en la cara. Vita, que ya tenía puesto el maquillaje, estiraba con incomodidad los músculos de la cara delante del espejo.

—Deja de preocuparte —le aconsejó Percy, colocándose de lado para admirar su perfil.

—Ay, es que no me gustan nada mis brazos —se quejó, sintiéndose expuesta a las miradas. Después señaló el amplio lunar que tenía en el hombro—. Es feo, ¿no te parece?

—Ni me habría fijado en él si tú no lo hubieras comentado. ¿Tú qué opinas, Wisey?

—Vamos, déjate de tonterías. En las películas los pintan y todo. Es lo que yo digo siempre, uno tiene que estar orgulloso del cuerpo que lo alberga —remató.

Vita se echó a reír, asombrada como de costumbre por la sabiduría que demostraba aquella mujer.

—Podrías meterlo un poco más por aquí, quizá.

Pellizcó la tela dorada mirando a Percy, que estaba arrodillado a la altura del dobladillo del vestido, con varios alfileres en la boca. Se volvió a mirar con espíritu menos crítico, decidiendo que a partir de entonces dejaría de cohibirse por la apariencia de sus brazos.

—Así no, porque estropearías la silueta —disintió él, mirando desde atrás en el espejo el vestido que había confeccionado—. ¿Y aquí? —propuso, subiendo el tirante del hombro para después engancharlo con un alfiler—. ¿Está mejor así?

—Sí —confirmó Vita, encantada con el retoque.

Le aterrizzaba la posibilidad de que se le escurriera el vestido, y Percy era el único que lo entendía. Tal vez se debiera a los secretos que compartían ya, lo cierto era que la presencia de Percy hacía cobrar vida a Verity Casey, a la persona que ella deseaba ser, como si le insuflara más energía y arrojo.

—No sé para qué necesitamos estos bultos —dijo, apoyando las manos en los pechos, que llevaba comprimidos en un artilugio con cierre lateral que le había conseguido Jane.

—Un día te alegrarás de tenerlos, créeme —le aseguró Nancy, de camino hacia el tocador.

—No estoy tan segura.

—No sabes la suerte que tienes. Si yo fuera una mujer, querría tener tu mismo tipo, con todas estas fantásticas curvas —afirmó Percy, deslizando la mano por un lado del traje de Vita, admirándola a través de espejo.

—Tiene razón, ¿sabes? —terció Wisey, que también estaba en el camerino—. No tienen nada de malo las curvas.

—Pues yo hasta las regalaría. Como todos sabemos, no sirven de nada. Cómo me gustaría tener un tipo como ella —dijo Vita, señalando con la cabeza a Edith, que ensayaba en la barra de ballet del pasillo.

—¡Bah! Nunca estáis contentas con lo que tenéis —zanjó Wisey, apartándose—. Espera a tener mi edad y entonces te arrepentirás de haberte quejado de nada.

—Tiene razón —apoyó Percy—. El arte nunca miente. Si te fijas en los grandes artistas, verás que siempre ensalzan las formas femeninas.

—Tiene razón —intervino Nancy—. Tienes un tipo precioso.

Vita sonrió, alentada por el elogio.

—Pero tiene que haber alguna manera de hacer que sean más cómodos, ¿no? —Movi6 la espalda, que sentía oprimida por la rasposa tela, reajustando la parte de delante—. ¿No podrías inventarte un diseño algo mejor que este artilugio de Jane?

—Es difícil sin... bueno, ya me entiendes, sin estar yo mismo dotado de la cosa —objetó Percy.

—Yo te podría ayudar. Podríamos diseñar algo que se estire, en lugar de apretar, algo bonito y favorecedor —dijo Vita.

Dirigió una mirada a Nancy, recordando la primera vez que la vio, con su vestido de encaje. Había sentido una especie de anhelo raro, de tocar la tela, o de tocar a Nancy, no sabía muy bien. Se apresuró a ahuyentar aquel vergonzante pensamiento.

—Es una idea genial —aprobó Nancy, sonriendo a Vita y a Percy—. ¿Por qué no diseñáis unas piezas de lencería para todas?

—Podríamos intentarlo, supongo —respondió Percy, tomando distancia para contemplar a Vita—. Así. Estás divina. —Luego añadió, moviendo solo los labios—: La mejor de todas.

Vita sonrió, satisfecha con su apariencia. Hizo rotar los hombros, produciendo un revuelo en los

fleclos del vestido. Después se volvió para abrazarlo, mientras Nancy salía para reunirse con las otras en el corredor.

—Ay, Percy, estoy tan... no sé. Nerviosa.

—Estás excitada. Es lo mismo que nerviosa —declaró con tono tranquilizador.

—Pero ¿y si lo estropeo todo? ¿Esta noche, quiero decir?

—Dos minutos —advirtió Betsy, asomando por la puerta. Al reparar en el vestido de Vita, soltó un silbido—. Estás muy bien —alabó con un guiño.

—Se acabará en un santiamén —la tranquilizó Percy—. Aprovecha y disfruta. Tú, querida, naciste para ser una corista.

Minutos después, Vita trató de reconfortarse con aquellas palabras durante la espera en el pasillo junto a sus compañeras. Mientras hacía ejercicios para calentar las rodillas, por los entresijos de las cortinas alcanzaba a ver el escenario y la sala, captando una efervescencia contagiosa en el ambiente.

—Cinco, seis, siete, ocho —contó Jerome, señalando el inicio del espectáculo.

—Ahí vamos —dijo Jane—. Buena suerte, Vita.

Se puso en marcha e hizo su paraición, cegada por las luces, detrás de Jane. Iba a participar en un espectáculo de verdad... iba a actuar delante de un público, de personas de carne y hueso que habían salido a bailar a un cabaret, que habían pagado para verla.

Sonrió a sus compañeras, entrelazadas para ejecutar un breve número de cancan. Hasta Edith le devolvió la sonrisa.

Por un instante, se preguntó qué diría su padre, Darius Darton, si la viera entonces, pero le dio igual. Se encontraba inmersa en las intensas luces de Londres, amparada por un anonimato total. Con la conciencia de que aquel era el mejor sitio que podía haber encontrado para esconderse, la inundó un sentimiento de euforia.

Un anuncio en el periódico

Darius Darton depositó de golpe la copa de vino junto al plato, provocando un sobresalto de porcelana en la mesa.

—¡Por todos los demonios! Por última vez, ¿la provocaste de alguna forma? —preguntó.

Después de secarse el bigote con la servilleta de lino, la arrojó encima del plato de postre.

—¿Provocarla yo, padre? —repuso Clement sin inmutarse, untando de mantequilla el pan.

No estaba muy seguro de lo que había ocurrido exactamente la noche en que se marchó Anna. Recordaba que había ido a la cuadra y la había visto allí, pero la conmoción le había afectado la memoria y solo había podido rescatar algunos retazos de la discusión que habían tenido. Lo único que sabía con certeza era que su hermana era responsable de la situación en la que se encontraba.

—¿Para hacer que Anna se fuera? ¿Para hacer que se esfumara? —insistió, enfurecido, su padre —. ¿Dónde podría estar, eh? No es posible que haya podido mantenerse por sí misma tanto tiempo.

—¿No podemos volver a llamar a la policía para ver si la localizan? —sugirió Clement.

—Sabes tan bien como yo que no les interesa. Está comprobado que robó dinero y que se llevó una bolsa de viaje. Se fue por propia voluntad —le recordó Darius.

Se produjo un tenso silencio. El padre miró a la madre, que bajó obedientemente la vista. No tenía arrestos para echarles en cara a ninguno de los dos el altercado surgido a causa de Dante, el caballo de Anna, que había tenido lugar antes de su huida, pese a que él sabía muy bien que no le faltaban ganas.

Clement empezaba a sospechar que, además de la intensa preocupación que presidía todas las conversaciones que habían sostenido a lo largo de las semanas anteriores, su madre albergaba también veleidades de rebeldía. Cuanto más se prolongaba la ausencia de Anna, menos ansiosa parecía de que regresara su hija.

Sin recordar los detalles de la pelea con Anna y sin tenerla a mano para poderla castigar, Clement había despedido a Mark, el mozo de cuadra. El hombre debería haberse dado más prisa en pedir ayuda. Sabía que no era justo, pero así era la vida. La vida no era justa, sobre todo en lo concerniente a su hermana.

No era justo, por ejemplo, que su padre siempre la hubiera tratado bien, protegido incluso, mientras que él había tenido que sufrir su rigor.

—Es para hacerte más fuerte. Para hacerte un hombre —había dicho su padre, la primera vez que le había bajado los pantalones y lo había obligado a arrodillarse ante él. Clement no debía de tener más de diez años entonces—. Y puesto que eres un hombre y ahora ya sabes lo que es ser un hombre, no debes contárselo nunca a nadie... ni a tu madre ni a tu hermana.

Se estremeció, asaltado por la misma oleada de vergüenza que lo invadía cada vez que evocaba todas aquellas ocasiones en que había estado en el estudio de su padre, con el pestillo cerrado. Había sido algo horrible y el hecho de que Darius Darton no hubiera vuelto a hacer nunca alusión a ello no hizo más que acentuar el sentimiento de horror. Era como si aquello nunca hubiera sucedido. Sí había ocurrido, sin embargo, y el secreto se convertía a veces un peso de plomo en el alma de Clement.

El tictac del reloj de pie se hizo audible. Theresa Darton había parado de comer.

Clement sintió una oleada de repugnancia hacia ella por su debilidad. Nunca le había plantado cara a su padre, ni por sí misma, ni por él. Ni siquiera cuando era niño, cuando debió de sospechar lo que hacía su marido con él. No había hecho nada para impedirlo.

Ahuyentó el recuerdo. Eran cosas del pasado. La situación era diferente ahora. Su padre seguía teniendo mal genio, desde luego, pero Clement había aprendido a no provocarlo. Ahora que era adulto, sabía cómo tratarlo y, con el tiempo, tomaría su revancha. O si no, preferiría incluso marcharse... si las piernas se lo permitían. En su fuero interno, abrigaba la fantasía de fundar un negocio que le permitiera alejarse de la fábrica. Sabía, con todo, que no eran más que ilusiones, porque su padre lo había educado con un único propósito: que hiciera su voluntad.

Finalmente, cuando el silencio quedó saturado con el mal humor de su marido, Theresa se aclaró la garganta.

—No nos pongamos tan nerviosos por Anna, querido —dijo—. Es malo para todos. He estado rezando para que no le pase nada.

—¡Rezando, ja! —estalló Darius, dirigiendo la mirada al techo, como si fuera una idea ridícula.

Se produjo otro prolongado silencio, hasta que su madre efectuó una nueva tentativa de alegrar el ambiente.

—Por lo menos los negocios van bien. ¿No has dicho que la fábrica producía a un ritmo mayor que nunca? —Trató de mirar a la cara a su marido y luego, con un asomo de optimismo, a Clement.

Detestaba cuando su madre hacía como si supiera algo del negocio. De repente imaginó que alargaba la mano sobre la mesa para golpearla y el ruido que haría su cabeza al estrellarse contra la chimenea.

—¿No es así? —insistió.

—Los extranjeros también suponen una competencia, tenlo bien en cuenta, madre —respondió, optando por no desairarla—. Necesitamos conseguir el monopolio sin tardar. Es la única manera de garantizar el futuro.

Intercambió una mirada con su padre. Ninguno de los dos iba a mencionar delante de Theresa el plan que tenían para lograr el monopolio de la producción. Anna tampoco podía haberse enterado de ello, no era posible.

—¿Por qué no ponemos un anuncio en el periódico? —propuso Clement—. Algo que Anna pudiera reconocer, como una especie de llamamiento.

—¿El periódico? No quiero que la gente piense que... —se dispuso a objetar Theresa.

—¿Qué piense qué, mujer? Podría estar en cualquier sitio —espetó Darius—. Con cualquier persona. Ya sabes lo voluble e impresionable que es.

Clement alargó la mano para apoyarla sobre el puño crispado de su madre.

—No te preocupes. No se puede esconder eternamente.

—Pero ¿y si se...?

—¿Cómo? ¿Con una persona de baja estofa? —preguntó Clement.

Volvió a cruzar la mirada con su padre. Ambos sabían qué podía ocurrirle a una muchacha ingenua como Anna.

—No te angusties tanto, mujer. Lo único que haces es empeorar las cosas. Como si no tuviera bastantes quebraderos de cabeza como para tener que soportar la vergüenza de que nuestra hija ande sola por ahí. —Darius se levantó de la silla, produciendo un desabrido roce de las patas contra el suelo de madera.

—Yo la encontraré —afirmó Clement, adoptando un tono apaciguador.

—Pero si a duras penas te puedes mover... —le recordó con sequedad Darius—. Mientras tanto, pon un anuncio en el periódico.

—Por supuesto, padre. Como tú quieras.

Un nuevo corte de pelo

Vita se asombró de la entusiasmada energía que Nancy estaba desplegando para «encargarse de ella». Incluso había elaborado una lista. El cabello de Vita figuraba en primer lugar, seguido de otros asuntos, como «zapatos», «cejas» y «aprender a fumar... comprar boquilla».

Pese a la resaca que padecía después de las funciones del fin de semana y la participación posterior en el baile de la pista general, Nancy había anunciado que Vita debía reunirse con ella en Hanover Square a las once en punto el lunes por la mañana. Vita se preguntaba cuánto tiempo podría aguantar durmiendo cuatro horas, o menos, por noche.

De todas formas, estaba demasiado contenta con la atención que ahora le dispensaba Nancy como para no acceder a todas sus demandas. Le fascinaba que Nancy hubiera no solo decretado que su apariencia física merecía una inversión, sino que era digna de un alto grado de atención. Aquella atención y esmero iban a ser, además, algo divertido, atrevido y decisivo.

En su vida anterior, la de Anna Darton, su madre nunca se había permitido tales caprichos para sí misma y aborrecía prestarle tanta atención a su única hija. De vez en cuando le compraba un traje nuevo, desde luego, pero más que nada por necesidad, sin que Anna pudiera intervenir para elegirlo. Su madre, que siempre había tenido aversión a ir de tiendas y más aún a gastar dinero, apenas advertía que Anna pasó su niñez vestida con ropa y botas que siempre le iban pequeñas. A Anna le cortaba el pelo Martha, que siempre lo había tratado como una especie de animal desobediente al que debía domar.

Ahora pues, liberada del cuidado de Martha y de la desaprobación de su madre, Vita estaba ansiosa por ver cómo era el santuario adonde acudían a cortarse el pelo las señoras distinguidas. Cuando Nancy la hizo cruzar las altas puertas blancas, no quedó decepcionada.

—Toda mujer con un mínimo de categoría viene aquí —susurró Nancy.

Balanceó la melena corta y la hizo rebotar, antes de retocarse el carmín de los labios, dejando claro que ella era una de las mejores clientas de Raymond. Lo cierto era que se había vestido de manera acorde para la ocasión. Llevaba un abrigo con estola de piel azul noche y unos guantes largos de piel del mismo tono, cerrados con botones forrados de seda.

Vita confiaba llevar con donaire el sombrero con la larga pluma de perdiz que Percy había confeccionado para ella, pero al lado de Nancy se sentía desprovista de gracia. Había tenido que confesarle a Nancy que no tenía dinero hasta que le pagaran y esta había tenido el detalle de ofrecerse a costear el corte de pelo. En ese momento, no obstante, a Vita le preocupaba que fuera muy caro y que ello le supusiera contraer una enorme deuda con ella.

En la recepción, detrás de un ramo de calas blancas, vieron sentada a una joven muy elegante, con corpiño de encaje en el vestido y sombrero a juego. Las paredes estaban adornadas con un sinfín de cuadros de marco dorado y apliques y, en el suelo, lucía una alfombra estampada de tonos lavanda, de un estilo cuya existencia ni siquiera sospechaba Vita.

En el aire captó también un olor inhabitual, mientras entregaba la chaqueta a un joven, que luego las condujo a través de una refinada puerta doble a una habitación inundada de luces, con suelo de baldosas blancas y negras. Al fondo, un hombre vestido con traje oscuro permanecía en pie frente a un espejo que ocupaba toda la pared. Debía de tener unos treinta y cinco años, calculó, aunque la tez bronceada y el bigote engominado lo hacían parecer mayor. Al ver las tijeras que asomaban por el bolsillo de la chaqueta, dedujo que debía de tratarse del famoso Raymond.

—*Bella, bella* —farfulló en italiano, besando la mano de Nancy.

Nancy miró a Vita, que disfrutaba con la atención que esta le prodigaba.

—Raymond, cariño... ¿ves? Esta es mi gran amiga Vita. Necesita un toque mágico —explicó.

Vita se sentó obedientemente en el sillón y Raymond la rodeó con una túnica gris que ajustó en la nuca. Se sintió rara al verse cubierta con aquel material tan sedoso, convertida en blanco de las miradas de Raymond y Nancy.

—¿Me permites? —consultó el peluquero, antes de quitarle las horquillas del pelo, que cayó desparramado sobre los hombros—. Mmm, ya veo.

Después lo dejó caer por la espalda, observándolo a través del espejo. El cabello le llegaba casi hasta la cintura. Se acordó de Martha, cansada y demacrada, que se lo peinaba a tirones con un cepillo gigantesco. Entonces la sensación era muy distinta, como si la estuvieran viendo de verdad.

—Es el color —dijo Raymond—. Tiene un dorado natural muy intenso, con tantos reflejos como el sol.

Vita se mordió el labio, reprimiendo las ganas de reír. El peluquero era efusivo, encantador.

—¿Qué idea tenías... corto? —consultó Raymond a Nancy, percibiendo sin asomo de duda que ella había asumido el mando.

—Corto, sí. Por supuesto. Estilo paje. Estilo paje, eso es lo que habíamos pensado, ¿verdad?

Nancy cruzó una mirada con Vita en el espejo, aunque estaba claro que solo esperaba su asentimiento. Esta fijó la vista en la reluciente navaja que reposaba en la mesa de vidrio, delante de ella.

—Justo aquí, a la altura de la mandíbula. —El leve roce del dedo de Raymond en la piel le produjo un sobresalto. Luego él se inclinó, para situar la cabeza a la altura de la suya—. Quedará fantástico —aseguró, besándose la punta de los dedos.

—Seguro que sí —murmuró Vita, pese a que no estaba nada convencida.

—Ya puestos, te podrías hacer un corte a lo *garçon*, ¿no te parece? —dijo Nancy.

Vita ni siquiera sabía muy bien qué era eso de «a lo *garçon*».

Raymond levantó las largas trenzas de ensortijado pelo rubio y lo ahuecó para crear la clase de volumen que Vita había tratado de controlar a lo largo de su vida.

—Empecemos —anunció con decisión, apoyando el pie en la palanca que había debajo del sillón.

Desprevenida, Vita soltó un chillido cuando el sillón se levantó dando unas ligeras sacudidas. Después Raymond la hizo girar, alejándola del espejo, y empezó a dar tijeretazos. Vita observaba cómo caía su larga melena.

Cuando miró abajo, las largas guedejas desmayadas a su alrededor, en el suelo, le evocaron las colas de los zorros, despertando así el horripilante recuerdo de la cacería de Darton Hall.

La cacería

La partida de caza de finales de invierno era una tradición que los Darton mantenían a regañadientes, en contraposición con su carácter frugal. A Theresa Darton le daba pena que los cascos de los caballos destrozaran el césped y, además, sospechaba que los terratenientes de la zona acudían para fisgar o incluso robar. Darius, no obstante, decretó que la ocasión era buena para elevar la moral y mantener el prestigio de la familia.

El motivo real radicaba en la dura competición que libraban los Darton y los Arkwright, propietarios de las fábricas situadas al otro lado del valle. Darius quería asegurarse de que las personas influyentes tuvieran un trato de favor con la empresa de los Darton. La cacería le procuraba, asimismo, una ocasión de denigrar a su enemigo jurado, Malcolm Arkwright.

El día de la caza del zorro era un momento difícil para Anna... y aquel año fue peor. Si bien, por una parte, se alegraba de disfrutar de un paréntesis en la tediosa monotonía de su vida en Darton Hall, por otra la enfurecía que no la autorizaran a participar en ella. Clement no era tan buen jinete como ella y tenía poca paciencia con los caballos. Sabía perfectamente que lo habría superado, solo con que le hubieran permitido montar.

Había rogado muchas veces poder tomar parte, pero su padre no quería ni oír hablar de ello, pues la ponía en el mismo saco que a su madre, en el de las hembras débiles y de poco carácter, demasiado frágiles para hacer frente a los elementos o cazar con los hombres. Tal vez su madre encajaba en la definición, pero Anna no. Ella sabía que era fuerte y resistente, aunque su padre nunca le fuera a dar la ocasión de demostrarlo. Ese año, una vez más, había tenido que conformarse con oír los cuernos de los jinetes en la lejanía y el rumor del galope de los caballos.

Se quedó en el alféizar de la ventana del rellano, oculta detrás de las gruesas cortinas de brocado, aguardando el regreso de los jinetes, con intención de ser la primera en salir con las bandejas de coñac. Allá arriba en la casona, tenía tan poco contacto con nadie que hasta los individuos de caras coloradas que se habían presentado ese día eran mejor que nada. Tendió la vista hacia las colinas cubiertas de nieve, empañando el vidrio con el aliento, atenta por si veía correr un zorro por el campo.

Fue durante aquella espera cuando oyó a Martha y a Elspeth, la fregona, que bajaban cuchicheando por las escaleras, sin sospechar su presencia.

—Oí a Jed hablar del asunto en la taberna. Dijo que vio al señor Clement hablando con él.

—¿Con quién? ¿Arkwright?

—Está tramando un plan. Eso fue lo que dijo Jed.

—¿Un plan? —preguntó Martha con tono escéptico.

—Un plan para casarlo con la señorita Darton.

Anna tragó saliva, con el pulso acelerado. Aventuró una mirada entre las cortinas mientras Martha y Elspeth proseguían hacia abajo.

¿Qué habría oído exactamente Elspeth? Debía de tratarse de un error. Clement no podía haberse reunido con Malcolm Arkwright sin el permiso de su padre. ¿Y en cuanto a casarse ella con el señor Arkwright? Él era el gran rival de su padre, cuya sola mención lo hacía montar en cólera.

Se llevó la mano al pecho, tratando de hallar un sentido a lo que acababa de oír. Malcolm Arkwright era un hombre de más de cincuenta años, mofletudo y calvo, con granos en la cara. Aunque tenía un trato jovial, le resultaba horripilante.

Entonces vio moverse algo en el linde de los árboles y Clement apareció en el descampado. Estaba cubierto de fango e iba montado a lomos de Dante, su caballo, tal como descubrió horrorizada. La rabia por que se hubiera llevado a Dante sin su permiso disipó por el momento su disgusto en lo tocante a Arkwright.

Bajó corriendo y salió afuera, justo cuando Clement llegaba a la zona de gravilla de delante de la puerta. Estaba gritando y no era difícil deducir por qué. Dante lo había hecho caer cuando el zorro se había puesto a tiro y no lo había podido cazar.

Nunca había visto tan furioso a Clement como cuando desmontó de su caballo que, por otra parte, parecía herido. Obligando al mozo de cuadra, Mark, a sostener las riendas, se puso a azotar al pobre animal hasta que empezó a sangrar por los flancos.

El caballo relinchaba, sacando espuma por las comisuras de la boca. Anna lanzó un grito, dispuesta a salir corriendo para detener a Clement, pero Martha la agarró y la obligó a quedarse donde estaba.

—Déjalo, más te conviene —le advirtió.

La bola de cristal

El apartamento de Nancy estaba situado en un edificio nuevo, cercano al canal de Maida Vale. Nancy no efectuó ni una pausa para recobrar aliento, mientras se deshacía en elogios sobre las extraordinarias dotes de Raymond. Vita, entretanto, se apresuraba a seguir sus pasos por el vestíbulo de mármol hasta que llegaron al ascensor, donde el botones la saludó ruborizado, tocándose la gorra. Vita trataba de imitar el andar de Nancy, con su confiado vaivén de caderas y su garboso taconeo.

Al verse en el espejo biselado, levantó la mano para palpar su nuevo peinado corto. Era atrevido, majestuoso, fantástico. Ya no parecía una niña asustada, sino una mujer decidida, una londinense concretamente. Pensó un instante en lo escandalizada que quedaría Martha si la pudiera ver, lo cual no hizo más que incrementar su satisfacción por su cambio de imagen.

Cuando llegaron al cuarto piso, Vita sonrió al percatarse de que el botones asomaba la cabeza por la esquina para poder contemplar un instante más a Nancy.

—Te estoy viendo, Freddie —le advirtió ella, haciendo revolotear los dedos mientras dirigía un guiño a Vita, que estaba asombrada con la capacidad que tenía Nancy de cautivar a todos cuantos encontraba a su paso—. Hogar, dulce hogar —dijo, abriendo la puerta blanca. Arrojó las llaves encima de una mesa de mármol contigua al recibidor, antes de quitarse los zapatos de tacón—. Entra.

—¿De verdad es tuyo esto? —preguntó Vita.

Tomó conciencia de que debía de haberse quedado boquiabierta. Estaba ciertamente impresionada con el esplendor del moderno apartamento de Nancy. Era un piso de un solo espacio, dotado de varias columnas blancas. A un lado, había un piano de cola, varios sillones de mullido aspecto y unas cuantas mesas algo recargadas, con patas doradas. Entre las dos columnas, había una estatua de mármol blanco de una mujer semidesnuda. Al examinarla más de cerca, Vita reparó en el parecido que tenía con Nancy.

—Mi hermano —dijo Nancy, percatándose de su mirada—. Es el escultor de la familia. Podría haber sido bastante bueno.

—¿Podría haber sido?

—La batalla de Marne. La segunda —especificó, con un encogimiento de hombros y una sonrisa triste—. El pobre muchacho no tenía ninguna posibilidad. El primero en la línea de ataque, con sus hombres. Al menos no murió como un cobarde.

Vita estuvo en un tris de confesarle a Nancy que ella también tenía un hermano, pero la salvó el ruido de unos ladridos. Un perrillo blanco acudió saltando desde el umbral de una puerta y Nancy lo recibió con puro alborozo.

—Aquí estás, mi chiquitín. Cuánto te he echado de menos.

Recogió del suelo al perro, que se puso a lamerle la cara con entusiasmo.

—Este es Wild —dijo Nancy, pegando la cara a la del animalillo—. Ven, ven. Tengo limonada en el frigorífico.

¿Tenía su propio frigorífico? Vita había quedado intrigada con Nancy desde el primer momento en que la vio, asombrada de que alguien pudiera tener tanto aplomo y estilo. La explicación se le presentó entonces con meridiana claridad: tenía dinero.

Vita siguió a Nancy y al perrillo, reprimiendo las ganas de arrodillarse y pasar la mano por la mullida alfombra. En una pared, había unos elegantes ventanales que daban al parque y un balcón, con una hilera de macetas con altas y frondosas plantas.

—De paso que estás aquí, podríamos buscar algo interesante para ponerte en la fiesta del fin de semana —comentó Nancy desde la cocina—. Seguro que encontraré alguna cosa.

Vita reconoció que era muy amable... y que pronto debería compensarla de algún modo. Nancy ya había pagado la peluquería y ahora le iba a dar un vestido. Nadie se había mostrado nunca tan generoso con ella.

¡Qué maravilla tener un guardarropa con vestidos de moda! ¡Y suficientes para poder prestarlos! Y todo ese espacio... El piso de Nancy era algo que quedaba hasta entonces fuera del alcance de su imaginación. Nunca había creído posible que las chicas pudieran vivir con total independencia y libertad. ¿Podría lograrlo ella algún día? ¿Podría vivir sola, en su propia casa? ¿Con su propio frigorífico y su propia cocina? La idea era tan embriagadora que la dejó sin aliento. Se apoyó en el marco de la puerta, tratando de imaginar lo fantástico que sería ser Nancy.

—¿No te resulta raro vivir sola? —preguntó Vita—. ¿No te sientes nunca sola?

—¿Sola? ¿Por qué diantre tendría que sentirme sola? Wild me hace compañía.

Vita se ruborizó, observando cómo Nancy frotaba la nariz sobre el cuello del perro antes de depositarlo en el suelo, donde, apoyado en las patas traseras, ejecutó unos pasos de baile, suscitando la hilaridad de su dueña. Luego esta lo hizo dar varias vueltas para, a continuación darle un terrón de azúcar.

—¿Por qué trabajas entonces, cuando ya tienes todo esto? —preguntó, mientras Nancy le entregaba un vaso de limonada.

—¿En el cabaret? No es un trabajo. Yo más bien lo considero como un arte. Además, es

divertido.

Vita no se había planteado la posibilidad de que Nancy pudiera trabajar allí por simple gusto.

—¿No querrías hacer algo más?

—¿Como qué?

—No sé. Supongo que si... quiero decir que, si no tienes como objetivo ganar dinero, podrías hacer otras cosas.

Nancy suspiró, quitándose los guantes.

—El dinero siempre es un objetivo, querida, fijate bien. Pero ¿qué otra cosa debería una hacer? Ahí está la cuestión. Yo considero que, ya puestos, tanto da que haga algo que me gusta. Además, es divertidísimo fastidiar a mis padres de esta forma.

—¿Saben lo del Zip Club?

—Sí, claro. Pero no pueden hacer nada para evitarlo —afirmó con orgullo.

Vita tomó un sorbo de limonada y siguió escuchando, hechizada. Qué valiente era Nancy, qué arrojada. Ella nunca había tenido valor para enfrentarse a sus padres.

—Puesto que soy una «decepción» tan grande para ellos —prosiguió Nancy, levantando los dedos para enfatizar la frase—, pensé que tanto daba llegar hasta el fondo y quedarme en Londres y buscar un empleo como corista, en lugar de volver a Estados Unidos. Como el Zip Club me proporciona con qué pagarme los gastos, no tengo que enfrentarme a la ira de mi padre. Además, eso de tener las bebidas a precio rebajado es estupendo. Por otra parte, Goldie... ese es Larry Goldblum, mi abogado... dice que estoy agotando mis fondos, pero, francamente, me da igual. Lo estoy disfrutando. Siempre quise bailar, ir de fiesta y conocer a gente interesante, y de esta manera puedo hacer ambas cosas.

Era reconfortante ver que alguien más tenía problemas con su familia, pero por la manera como lo presentaba Nancy, a Vita le daba la impresión de que era una especie de juego al que se entregaba para llamar la atención. Lo cierto era que, a pesar de sus protestas, Nancy seguía conectada a su familia... aunque la hubieran dejado al margen, por el momento. Seguía teniendo propiedades y un fondo fiduciario. Y aquello... su propio apartamento.

En ese momento preciso cobró realmente conciencia de lo que representaba cortar los lazos con su familia. Su estatus en tanto que Anna Darton había sido consustancial a ella durante toda su vida. La perspectiva de heredar dinero, igual como lo había heredado antes su padre, era un hecho incontestado, como también lo era la seguridad de que nunca debería trabajar. Aquello había cambiado de forma definitiva. Nunca podría tirar de los hilos tal como había hecho su padre. Nunca podría jugar la carta que procuraba la posesión del dinero y conseguir el tipo de marido que siempre había dado por sentado que iba a tener.

¿Cómo iba a encontrar siquiera un marido? Se planteó con un acceso de pánico. ¿Cómo iba a vivir sin tener marido? A diferencia de Nancy, no contaba con medios para vivir de manera

independiente, ningún fondo fiduciario ni nada que le sirviera de red de salvación. En un mundo donde el estatus lo era todo, ella había renunciado por entero al suyo.

Mientras tomaba la limonada, tomó una resolución. Iba a tener que idear un plan sin tardanza, hacer algo para mantenerse a sí misma, porque su trabajo en el cabaret no le iba a procurar un sustento para siempre.

De todas formas, después de lo que había hecho, no iba a disponer de un tiempo tan dilatado, se recordó a sí misma con fatalismo.

Tras apurar la limonada, para distraer la mente de tan sombríos pensamientos, cogió una gran esfera de vidrio que reposaba en un mueble de madera junto a unos candelabros.

—¿Qué es? —preguntó.

—Uy, ten cuidado, que no se te caiga.

Vita se apresuró a devolverla a su sitio y Nancy apoyó una mano en ella con ademán protector.

—Es mi bola de cristal.

—¿Sabes leer en una bola de cristal? —dijo Vita, creyendo que bromeaba.

—No, todavía no, pero llegará el día en que sí pueda. Creo que tengo buenas dotes. Eso es lo que dice la vidente Alice.

—¿Quién?

—Mi vidente —respondió Nancy, como si nada—. Voy a verla al menos una vez al mes.

—¿Qué intrigante. ¿Y qué te dice?

—De todo.

—¿Como por ejemplo?

—Que tengo que volver a mudarme, a una ciudad del extranjero —explicó con un dramático suspiro.

—¿Y tú la crees? Son más bien tonterías, ¿no?

—No, Vita, es algo muy serio —le aseguró Nancy, torciendo el gesto—. Esa mujer es un genio.

A Vita le costó dilucidar si bromeaba o no. A juzgar por su expresión, le pareció que podía haber ofendido a su amiga.

—Perdona. Es que nunca había visto una bola de cristal.

—Entonces igual te voy a llevar conmigo la próxima vez.

—¿Sí? —dijo Vita, con un entusiasmo algo exagerado, confiando recuperar la confianza de Nancy.

Enseguida la asaltó, sin embargo, un sentimiento de miedo. ¿Qué sería capaz de decir de ella la tal vidente Alice? ¿Podría desentrañar sus secretos? ¿Podría percibir la verdad sobre lo sucedido con Clement?

—Puede que sí —respondió Nancy, como si todavía la pusiera a prueba antes de recuperar su buen humor—. Ahora ven. A ver si encontramos un traje fabuloso para la fiesta.

El guardarropa de Nancy

Apoyada en la pequeña silla tapizada, con un elegante cojín de lana en el respaldo, Anna pensaba en su propio cuarto de Darton Hall, con su siniestro mobiliario de caoba y sus blondas almidonadas, maravillada con la contemplación del dormitorio de Nancy, tan distinto. Este contaba con una chimenea negra, adornada con dos esculturas más, y las paredes estaban salpicadas de cuadros con portadas de la revista *Vogue*, enmarcados con sumo gusto. Junto a la cama doble, cubierta con un edredón de seda negro, había un jarrón con unos narcisos espléndidos.

—¡Ja! ¡Mira esto! —exclamó Nancy, desde el interior del guardarropa. Salió descolgando un vestido blanco, que se colocó por delante—. Me puse esto cuando me presentaron en sociedad.

—¿Fuiste una debutante?

—Claro. El mismo año que Edith. Así fue como nos conocimos. —Subió de un salto a la cama para poder verse en el espejo del otro lado—. Oh, sí, su familia es bastante esnob, pero ella tuvo un tropiezo con un tipo indeseable, y ahí acabó todo.

Vita estuvo digiriendo aquella información sobre Edith, mientras Nancy posaba con el vestido, alisando las diversas capas de tul blanco. Habría dado cualquier cosa por haber tenido la oportunidad de debutar en sociedad. En tal caso, no habría ocurrido nada de todo aquello. Posiblemente se habría casado con un buen partido y estaría llevando una vida muy distinta.

En casa habían hablado de ello, desde luego. Theresa Darton había planteado la posibilidad de que Anna fuera a Londres, pero Clement había descartado con tal desprecio la idea que su madre no volvió a tocar el asunto, ni siquiera con su padre.

—Debió de ser todo muy refinado.

—Casi me muero de aburrimiento.

—Pero todas esas fiestas...

—No eran fiestas. Bueno, en todo caso no eran nada divertidas. Era horrible, como si te estuvieran exhibiendo, y el ambiente de desesperación resultaba deprimente.

—¿Desesperación?

—De mi madre, más que nada. Aunque había pocas expectativas para todas las chicas en general. Había pocos hombres que merecieran la pena. Y yo, me niego a engancharme en el carro con un caballo que no sea de mi gusto.

Vita se echó a reír, admirando el espíritu de rebeldía de Nancy. Al fin y al cabo, ella sentía exactamente lo mismo con respecto a Malcolm Arkwright.

—Entonces Edith y yo nos hartamos y nos rebelamos. Una noche nos escabullimos de un baile y yo la llevé a bailar a un cabaret. Mira, que te enseñaré la facha de idiota que tenía.

Vita se imaginó sin dificultad la situación... la manera como Nancy podía haber pervertido a Edith, tal como la estaba pervirtiendo a ella. De todas formas, debía reconocer que no le importaba en lo más mínimo.

Nancy desabrochó el pequeño botón de perla del vestido, desenganchó los cierres del costado y se desprendió de la prenda de seda, dejándola caer en torno a sus tobillos. Luego lo sujetó con un pie y lo lanzó al aire.

Cuando se inclinó para recoger el vestido blanco, Vita vio dibujado el contorno de sus menudos pechos bajo la combinación de seda. Notó como una especie de tirón adentro. ¿Sería por la sorpresa? ¿La excitación? Siempre se había preguntado qué se sentiría al enamorarse, pero quizá debía de ser algo parecido a ese hormigueo en el estómago provocado por un sentimiento de admiración. Nancy era guapísima y, además, confiada y atrevida, todo lo que ella deseaba ser.

—¡Mira qué horrible!

—A mí me parece que te queda estupendo —dijo Vita, con sinceridad.

—Bueno, puede que sí. Tres pobres tipos quedaron perdidamente enamorados de mí cuando llevaba este vestido —admitió Nancy, balanceando las caderas para admirar su reflejo en el espejo.

A juzgar por su tono nostálgico, Vita empezó a sospechar que, aunque ella no quisiera reconocerlo, tal vez el rechazo de la familia de Nancy tuviera auténticas dimensiones de repudio.

—No me extraña. Si yo tuviera que elegir un vestido, me quedaría con uno exactamente igual que este —afirmó Vita, levantándose para examinar el fino encaje del dobladillo—. Está muy bien hecho.

—Mamá lo encargó en París. La señora Clifford-Meade se llevó un buen disgusto.

—¿La señora Clifford-Meade?

—Mi modista. Bueno, la de mamá. Lulu... todo el mundo la llama Lulu... montó el taller cuando riñó con el alcalde y tuvo que ganarse la vida. Es buenísima. Te la presentaré. Tiene una tienda pintoresca con unas cuantas prendas, pero la verdadera magia se opera en la trastienda, con los trajes a medida.

—Me encantaría —declaró Vita, embelesada con aquel mundo de cotilleo que desplegaba Nancy, dispensando al mismo tiempo una parte de su atención en el elegante frunce que tenía la

falda a la altura de la cintura—. Fíjate en estas pinzas.

—Tú debes de coser, ¿eh? —dedujo Nancy.

—Casi nada, pero encuentro fascinantes las piezas de ropa de este tipo. Son como obras de arte. Algún día las confeccionaré yo misma. En todo caso, eso me gustaría hacer.

Nancy la miró con una mezcla de curiosidad y admiración en la cara, como si la viera desde otro prisma.

—Mientras tanto, sí pienso concentrarme en esa lencería —añadió—. Idear algo para domar estos bultos —precisó, apoyando las manos en los pechos con una tímida carcajada.

—Eh, no los escondas, querida. Son una de tus mejores bazas. ¿Por qué crees que te contrató Connelly?

Vita la miró, desconcertada.

—¿Cómo? No sé de qué te extrañas. Los hombres vienen al club para ver mujeres bonitas. Es así de sencillo. Y tú tienes un escote magnífico.

Vita retrocedió, cohibida de improviso. Nancy se echó a reír y, bajando de un salto de la cama, propinó un pellizco al pecho izquierdo de Vita.

—No seas tan timorata. Yo en tu lugar, estaría orgullosa de ellos —declaró—. De todas maneras, si quieres confeccionar algo de lencería, hazlo. No soporto las personas que hablan de esas cosas y nunca las llevan a cabo.

—Pues yo sí lo voy a hacer —balbució—. ¿Puedo ver qué más tienes en el armario?

—Tú misma. Pero antes creo que necesitamos una buena bebida, ¿tú no? ¿Qué quieres?

—¿Un Gin and It? —sugirió Vita, mencionando con aplomo la única bebida que conocía.

—Sí, buena idea —concedió Nancy—. Me gusta tu estilo, Verity Casey.

El invernadero

Clement permanecía sentado con la manta de tartán sobre las rodillas en el frío ambiente del invernadero, mientras su madre introducía trozos de comida entre los barrotes del aviario. Los pájaros trinaban y ella les contestaba con arrullos, como si se comunicara con ellos. La detestaba por su infantilismo y por su negativa a integrarse en el mundo real.

No sabía cuánto tiempo podía seguir tolerando aquello. Golpeó con los dedos el brazo de la silla de ruedas, notando cómo se acumulaba en su interior un sentimiento de justificada rabia. A lo lejos veía el humo que escupía en el cielo gris la gran chimenea de ladrillo del mayor de los telares de algodón. La imagen no hacía más que acrecentar la sensación de hallarse atrapado. Debería estar en la fábrica y no allí.

Martha entró, con la cabeza gacha.

—El caballero está aquí —anunció.

—Bueno, hazlo pasar. No lo hagas esperar —espetó Clement.

El señor Rawlings había acudido desde Mánchester. Era moreno de piel y llevaba un poblado bigote. Su vestimenta, completada con un bombín, le daba un aspecto discreto y anodino, perfecto para su profesión. Clement dudaba si sería tan bueno como había asegurado su contacto en la policía, aunque a juzgar por la tarifa que había acordado pagarle, tenía que serlo.

Clement atajó a su madre cuando esta quiso ofrecerle un té a Rawlings. Estaba ansioso por recibir la próxima inyección y no quería perder el tiempo. Se sentaron en torno a la mesa de *bridge* y, sin más ceremonias, Clement pasó a exponerle lo que necesitaba. Rawlings asintió y luego le aseguró que sería discreto en sus pesquisas. Su madre retorció un pañuelo entre los dedos.

—Si me permite la pregunta, señora Darton, ¿cuál fue el incidente que desencadenó la marcha de su hija? —preguntó Rawlings, mientras efectuaba anotaciones en su cuaderno.

Theresa Darton se mantuvo cabizbaja, rehuyéndole la mirada, como tenía por costumbre hacer. Ella era contraria a la idea de contratar un detective, pero Clement había insistido en que debían tomar el control de asunto, tal como había sugerido su padre. Rawlings había aceptado poner el anuncio en el periódico y también emprender una investigación.

—Hubo un incidente con Dante, su caballo —susurró.

—¿Y qué fue? —preguntó Rawlings.

Clement reclamó silencio a su madre con una mirada, asumiendo el protagonismo de la conversación. No servía de nada que el señor Rawlings hablara con ella. Su madre estaba perturbada y la partida de Anna no había hecho más que empeorar su estado. De nada servía ventilar los detalles de la furia con que había azotado a Dante, aunque estuviera totalmente justificada. Encarando la silla de ruedas hacia la ventana, la hizo rodar, indicando con un gesto a Rawlings que lo siguiera.

—La verdad es que mi hermana no es una persona muy responsable. Además, es increíblemente ingenua —dijo Clement, antes de agregar en voz baja, cuando su madre se puso en pie y se acercó a los pájaros—, y es probable que haya heredado ciertos... eh... problemas. —Se dio un golpecito en la sien—. Comprenderá entonces que es vital que la localicemos para traerla de vuelta a casa.

Rawlings dirigió una mirada a Theresa Darton antes de volverla a centrar en Clement. Este vio, con alivio, que asentía. Esas cosas siempre era mejor tratarlas de hombre a hombre. Acordándose de la última vez que vio a su hermana y de la manera como se había escabullido, crispó el puño con ira. No podía haber ido muy lejos, sin embargo. Era imposible.

—¿Hay algún amigo a quien hubiera podido recurrir? —inquirió Rawlings—. ¿O un familiar?

Clement cruzó una mirada con su madre. No había ningún amigo que mencionar, ni tampoco familiares. No había nadie que hubiera podido prestar cobijo a Anna. Su madre era hija única y sus padres habían muerto hacía tiempo. Su padre había dejado a sus propios padres y hermanas en Liverpool muchos años atrás, acaparando para sí la riqueza de los Darton.

—No, no. No se nos ocurre a nadie —respondió Theresa, con un nudo en la garganta—. Por favor, señor Rawlings, haga lo posible por encontrarla.

—Lo intentaré, señora. Quizá podría describirme la ropa que llevaba cuando se fue, y también algún rasgo distintivo que posea.

Se perfila una idea

Vita estaba impaciente por enseñar a Percy el vestido que le había dado Nancy. Antes, él y la señora Bell quedaron francamente impresionados con su corte de pelo y sus exclamaciones de elogio la hicieron sentir halagada como nunca se había sentido en toda su vida.

El miércoles por la mañana, Vita acompañó después del desayuno a Percy a su taller, en el coche de Edward.

—Se había olvidado por completo que lo dejó ahí el fin de semana —comentó Percy, riendo con indulgencia, mientras circulaban por las calles.

Vita reparó en los brotes verdes de los árboles, que anunciaban la llegada de la primavera. Contemplando las tiendas y los edificios, los autobuses y las bicicletas, se dio cuenta de que se había enamorado de Londres.

Habló con Percy de su visita al apartamento de Nancy, del cumpleaños de Annabelle y de la amenaza de Edith, y de la necesidad de que él y Edward la acompañaran a la fiesta.

—Quiero causar sensación —afirmó, sacando el vestido de la bolsa.

—¿Dónde demonios has conseguido esto? —preguntó Percy, examinando el tejido.

—Lo encontré en el fondo del armario de Nancy. Dijo que lo había llevado a una fiesta de disfraces. Iba de sirena —especificó Vita, acariciando la tela.

—¿Y qué plan tienes?

—Si tú me ayudas, había pensado que podíamos cortar las mangas y dejarlo corto.

—¡Jesús!

—Ya sé que es drástico, pero es como si viera otro vestido dentro de este.

—Bueno, pues ya me dirás en qué te puedo ayudar —aceptó Percy, con aire divertido—. Pero primero me vas a tener que ayudar tú. El casero se presentó de improviso en mi taller y, como según él presenta un alto riesgo de incendio, exige que me deshaga de una parte de mis tesoros.

—Oh, vaya, eso es un problema —lamentó Vita.

Después de bajarse del coche en la plaza donde Edward había pedido que lo dejaran, prosiguieron a pie hasta el taller. Dentro del cavernoso antro, Vita permaneció junto al muro de trajes mientras Percy preparaba té.

—¿Cómo rayos vamos a hacer una selección de todo esto? —planteó.

—Es una tarea imposible, ¿verdad? —dijo Percy, encendiendo la estufa.

—¿Y los teatros no quieren que se los devuelvas?

—Probablemente, pero como yo los confeccioné, son en cierta manera mis hijos. Y yo soy como una urraca... me atrae todo lo que reluce y brilla —reconoció Percy—. No sé qué hacer con ellos.

—En todo caso, no los puedes tirar.

—Quizá si hiciéramos una hábil redistribución... —sugirió Percy.

Vita empezó a revolver las prendas de los colgadores y de repente comprendió que al casero no le faltaba razón. No había una hilera de ropa, sino dos.

—Oh, mira esto —exclamó, descolgando un traje.

Percy se echó a reír, al ver que era lo que le había llamado la atención.

—Ah, sí. El traje de la reina celta.

—Es interesante —declaró Vita, recorriendo con los dedos la parte cónica del busto—. Esta costura en círculo es muy ingeniosa y también la cinta enrollada así, para darle la forma. ¿Y si copiáramos la idea...?

—¿Quién? ¿Nosotros? —preguntó Percy, sonriendo—. Cariño, se supone que debíamos ordenar la ropa y no al revés.

Sin escucharlo, Vita se puso a rebuscar debajo del riel.

—Aquí tienes unas bolsas de percal. Oh, y cinta... justo lo que necesitábamos.

Se puso a cortar el percal para crear una réplica de la parte del busto. Molesto por que no lo ayudaba, Percy la observaba mientras iba apilando ropa encima del banco. Al cabo de un momento, no obstante, le ofreció su colaboración y, poco después, tras varias idas y venidas entre el espejo y la máquina de coser, Vita había confeccionado a base de cinta una prenda provista de unas delicadas copas.

—El borde de la cinta pica un poco —objetó Vita, tratando ya de mejorar el proyecto.

—Puedes utilizar eso, si quieres —dijo Percy, arrodillándose para buscar algo debajo del banco.

Extrajo una tela de seda de un vivo color mandarina y luego unos corchetes prendidos de un cartón.

—Ay, Percy, eres un genio. Me parece que puede resultar —opinó Vita.

Paddy Potts

Viendo cómo su nueva creación iba cobrando forma con la colaboración de Percy y, además, con la perspectiva de la fiesta, Vita empezaba a pensar que sus oraciones habían obtenido respuesta y que, a fin de cuentas, tal vez existiera un Dios. Tenía que pellizcarse para creer que de veras había encontrado un empleo y, cuando la señora Winters le entregó un sobre con dinero el sábado por la noche, le dio un beso en la mejilla.

La función del jueves había sido la mejor y el público las había aplaudido con tanta insistencia que tuvieron que repetir la totalidad del número otra vez.

Ahora comprendía el fervor que manifestaban por el teatro las actrices que acudían al taller de Percy. Incluso su modesta condición de corista había suscitado en ella una pasión. Le encantaba la subida de adrenalina, el olor del maquillaje, la capa de sudor en el cuerpo, el eco de los aplausos después de abandonar el escenario.

En cuanto bajaba el telón, no obstante, lejos del resplandor de las luces, la magia se disipaba y las chicas dejaban caer los hombros. Vita también apreciaba aquellos momentos de camaradería. Esa noche, Jane salió con actitud airada y se quitó de golpe los zapatos.

—Ese maldito cierre se ha vuelto a romper —dijo, echando a andar con un hilarante paso desacompañado por el pasillo—. ¿Dónde está Wisey?

El señor Connelly, que no había visto aún el nuevo peinado de Vita, la detuvo cuando se dirigía al camerino con las demás.

—Mmm. Es una mejoría, sí señor.

No supo si interpretarlo como un cumplido o si más bien daba a entender que su pelo era un desastre antes.

—Gracias —dijo, tocándoselo.

Pese a que tan solo se lo había cortado el lunes, parecía como si lo llevara así desde siempre.

Edith, que iba justo delante de ella, se detuvo para mirar primero al señor Connelly y luego a Vita con expresión de cólera, como si ella se le hubiera insinuado de alguna forma.

—¿Vas a salir a la sala? —preguntó él, entornando los ojos detrás del humo del cigarrillo—. Estoy seguro de que algunos invitados querrían conocerte.

—Sí, denos un momento, por favor —dijo Nancy, cogiéndola del brazo para conducirla al camerino—. Ese hombre me da asco, la verdad —confió en un susurro—. No sé qué le ve Edith.

—Yo tampoco. Seguro que podría encontrar un hombre mejor.

Lo cierto era que a las chicas no les faltaban admiradores, pensó Vita, mientras afluían en compañía de Jane, Emma y Betsy a la sala central del cabaret. Como no había recibido ninguna atención en toda su vida, se sintió extraña al ver cómo las observaban después del espectáculo y que incluso les dedicaban aplausos. No era una sensación desagradable, desde luego.

Nancy sonrió a Jerome, que dirigía la orquesta, y este le sonrió a su vez. Para entonces la pista de baile se había llenado de parejas, que evolucionaban en medio de un ambiente cargado de humo.

Nancy se abrió paso hasta la concurrida zona de la barra y dedicó un dramático guiño a Matteo, el barman. A Vita, que lo había visto un par de veces, le gustaba la manera en la que hacía girar las copas en el aire y la prestancia que tenía con la camisa blanca y el chaleco. Nancy le había dicho que la madre de Matteo era de Malta, dato que tal vez explicaba su piel morena y su apostura. En todo caso, era muy atractivo. Vita se preguntaba qué relación tenían exactamente Nancy y el joven camarero de Jack Connelly. Debían de tener alguna clase de arreglo, porque pese a que Connelly no era el tipo de persona que daría su consentimiento a que se sirvieran bebidas gratis al personal, al cabo de unos minutos aparecieron delante de Nancy una hilera de copas, para ella y sus compañeras. Vita se ofreció a pagar, para no dejar debiendo favores, pero Matteo le guiñó el ojo y rechazó el dinero.

Jemima se fue para reunirse con su novio, pero solo con las cinco que quedaron, cuando brindaron por ellas, Vita sintió como si formara parte de algo especial, impregnado de un pecaminoso encanto.

—Ya podéis vigilar, chicas —susurró Jane, adelantando el torso—. Lolly y Ra están aquí.

Al volver la cabeza, Vita vio a un par de mujeres de aspecto masculino, vestidas con traje de montar, que charlaban en el extremo de la barra. Una de ellas saludó con la mano a Nancy, que levantó la copa devolviéndole el saludo.

—A Ra le va el perico —confió Emma.

—¿El qué?

—Ya sabes —dijo, aspirando, con un dedo apoyado en la aleta de la nariz—. Por eso Nancy es amiga suya.

—Pero ¿quiénes son?

—Una pareja bastante famosa en toda la ciudad —respondió Betsy.

—¿Salen juntas? —preguntó Vita.

—Oh, sí. Lo sabe todo el mundo.

—Amor sáfico. Se ve en todas partes —aseguró Nancy, sumándose a la conversación—. Hoy

en día, toda mujer que se precie es lesbiana.

Posó la vista en la pareja y Vita pensó en la escandalizada reacción que tendría su padre si pudiera ver a esas mujeres que exhibían su relación.

—Bueno, allá ellas si les gusta —dijo.

Nancy le dirigió una mirada que la hizo sentir como si hubiera superado alguna clase de prueba.

—Buena noticia, señoritas —anunció—. Paddy Potts está aquí. Allá en la mesa del fondo. — Señaló a un hombre vestido con un elegante traje negro y un atrevido fular de topos rojos y blancos—. Es rico. Es un banquero. Y le gusta invitarnos a champán. Vamos.

Cogiendo a Vita de la mano, tiró de ella entre el gentío para llevarla al compartimento.

—¡Paddy, cielo! —exclamó al llegar, inclinándose para depositarle una marca de carmín en la mejilla—. Te presento a Vita. Es la chica nueva —explicó. Vita le estrechó la mano, pensando que era enternecedor el rubor que le había asomado a la cara—. ¿No te ha gustado el espectáculo?

—Claro —respondió el hombre—. Siempre me gusta. Encantado de conocerte, Vita.

Nancy ya se lo estaba llevando, tirando de ambas puntas del fular.

—¡Vamos a bailar! —gritó, contoneándose delante de él—. No te quedes cortado sentado ahí atrás.

Vita se echó a reír, viendo cómo Nancy desarmaba a Paddy y lo arrastraba pese a lo alto que era.

Por un breve instante, se preguntó cómo sería su vida si estuviera aún en Darton Hall. Si no le hubiera hecho nada a Clement y aquella fuera una noche como tantas. Tendió la vista sobre la abarrotada pista llena de mujeres con abigarrados vestidos, sobre la que flotaba un aire cargado de sudor y de jazz, comparándola con la seca, insulsa y gris monotonía de Darton. ¿La hubieron presentado a la fuerza su padre y Clement a ese horrible individuo, Malcolm Arkwright? «Probablemente.» Se estremeció, agradecida en lo más hondo por la oportunidad que se le había ofrecido, aunque hubiera tenido que pagar por ella un terrible precio.

«No pienses en eso. No te dejes dominar por la culpa. Disfruta de la diversión que hay aquí.»

Vita salió a bailar también y después, tal como había previsto Nancy, Paddy Potts las invitó a champán y Nancy, Jane, Emma y Vita fueron a su mesa.

—Cómo coqueteas con él —comentó en son de broma Vita a su amiga, mientras esperaban a Paddy Potts, que les dirigió un saludo desde la barra.

—¿Y qué? A él no le importa. Es solo un juego —afirmó Nancy—. Él está felizmente casado.

—Tiene razón. No debes tomártelo todo tan en serio, Vita —agregó Jane.

Vita resolvió que le convenía seguir el ejemplo de Nancy. Al fin y al cabo, parecía muy ducha a la hora de conseguir todo lo que quería. A ella por su parte, no le gustaría nada que un marido suyo fuera a bailar solo al Zip Club, con especímenes como Nancy al acecho.

No obstante, parecía como si los clientes del Zip no se rigieran por el mismo código moral que

le habían inculcado a ella. La gente acudía allí a bailar y a disfrutar, y en el local flotaba un ambiente palpable de libertad.

Jane, Emma, Vita y Nancy se apiñaron en torno a la mesa y Jane señaló las dos parejas que acababan de entrar por el otro extremo del local. Todas se pusieron a hacer comentarios admirativos sobre el voluminoso lazo que llevaba en el pelo una de las chicas, que parecía bastante borracha. Luego Paddy regresó con el champán y lo dejó en la mesa junto con las copas. Cuando se inclinó, Nancy le quitó el fular del cuello. Después se volvió hacia Vita y se lo ató a modo de diadema, con un gran lazo.

—Tú también deberías llevar una —dictaminó Nancy—. ¿A que le queda bien? —Paddy asintió y Vita volvió a sentir lástima por él. Preveía que estaría dispuesto a perder el fular, si con ello complacía a Nancy—. Claro que a Vita todo le sienta bien. Tiene ese... *je ne sais quoi*.

Tocó con ternura la cara de Vita y esta advirtió la expresión de Paddy. Parecía algo abatido por haber dejado de ser el centro de atención de Nancy. Vita, en cambio, sintió como si algo floreciera en ella cuando, al ponerse de pie, admiró su reflejo en el espejo de detrás del bar. ¡Ay, qué maravilloso era formar parte de un grupo!

La música cambió, atacando la inconfundible introducción del tema «Baby Face». Nancy se levantó de un brinco.

—Ah, vamos, chicas —exclamó—. Es nuestra canción.

Tras apurar de golpe una copa de champán, cogió a Vita de la mano y se encaminó a la pista.

Consejos maternos

El sábado por la noche, excitada por la perspectiva de la fiesta de Annabelle, Vita se apresuró a cambiarse después del espectáculo.

—¿Recuerdas cuál es el plan? Te veré en casa de Annabelle —dijo Nancy, mirándose en el espejo. Llevaba el maquillaje de la función y un vestido de encaje azul claro que Vita había tenido ya ocasión de admirar—. Me arreglaré la cara de camino —añadió, rociándose con una generosa dosis de perfume—. Hasta luego, chiquita. Ahora espabila y no llegues tarde. Nos vamos a divertir de lo lindo esta noche.

Acto seguido, desapareció como un torbellino para acudir a una de sus misteriosas citas previas a las fiestas. Vita la despidió con la mano, procurando que no se le notara el nerviosismo que le producía quedarse sola y tener que atravesar toda la ciudad desde el cabaret. Edith, que también iba, había dejado bien claro que no podía ir con ella, porque no había sitio en el coche.

Una vez que las demás se fueron a la pista, Vita se puso el vestido que habían transformado con Percy durante la semana, pero como había quedado muy moderno y atrevido, necesitaba que alguien la tranquilizara. Le correspondió pues a Wisey dar el veredicto.

—Es original, desde luego... —reconoció, admirando los relucientes flecos—. Y vas a pillar un catarro de muerte —añadió, descendiendo la mirada hacia las piernas, antes de acomodar la estola de piel de Nancy.

Vita optó por interpretar como elogioso el calificativo de «original». Wisey demoró las manos sobre la estola, como si la abrazara. Vita se inclinó y le dio un breve beso en la mejilla. Aquel sencillo gesto las sorprendió a ambas.

—Pareces mi madre —dijo.

No era, sin embargo, verdad. Su madre jamás la habría dejado salir de casa.

Por un instante, deseó que su madre pudiera verla entonces. ¿O acaso estaba tan en deuda con su propio marido y su hijo que le pesaría la libertad de su hija? Vita descartó el tenue destello de esperanza. Demasiado bien conocía la respuesta.

—Yo no permitiría que una hija mía saliera con esa pinta —declaró Wisey, con una sonrisa cargada, no obstante, de ternura. Miró a Vita a los ojos—. ¿No deberías por lo menos escribirle a

la pobre mujer, Vita? Me refiero a tu madre.

Vita tragó saliva, preguntándose qué le habrían contado las demás a Wisey. Jane y Betsy habían puesto cara de tristeza cuando les había contado que no se hablaba con su madre y que estaba distanciada de su familia. Le extrañó que Wisey le hiciera una pregunta tan directa. Comprendió que las chicas debían de haber estado chismorreando y que, al igual que ellas, Wisey debía de encontrar rara su situación.

Sacudió la cabeza. El mero hecho de ponerse en contacto con su madre era algo impensable. Wisey permaneció dubitativa, como si quisiera preguntarle algo, pero Vita dio media vuelta, encarándose hacia la puerta del escenario.

En el ómnibus que tomó para ir a Berkeley Square, cubriéndose lo más que pudo con la estola de piel de Nancy, la invadió un gran desasosiego. Sola por primera vez desde hacía días, corroída de nuevo por el sentimiento de culpa, imaginó a su madre pálida y demacrada, con el pelo cada vez más canoso a causa de la preocupación. Para ella debía de ser duro perder a Clement, pero quizá debía de serlo todavía más la vergüenza que Anna había arrojado sobre la familia.

¿Aún estaría buscándola la policía? Tenían que haber llamado a la policía, sin duda. ¿Y por qué todavía no había salido nada en los numerosos periódicos que había consultado? ¿Por qué estaban callando la muerte de su hijo y la desaparición de su hija?

¿Y Clement? Ya debían de haber celebrado su funeral. ¿Lo habrían enterrado en el cementerio, junto a la abuela? Imaginó su tumba, brillante y gris como una anguila, erguida entre las lápidas caídas y la profusión de malas hierbas.

A continuación pensó en su madre, que estaría en el invernadero, con la mirada perdida en el vacío. Se planteó qué ocurriría si, por un momento tan solo, pudiera conseguir que se levantara de ese sillón y despertarla, decirle que había una vida magnífica, maravillosa, que se estaba perdiendo.

Se llevó la mano al pecho, aquejada por un opresivo dolor, producto tal vez de la seriedad con que le había hablado Wisey. No sabía bien si era culpa o pesar lo que sentía. Era como si la preocupación de Wisey tendiera un terrorífico puente entre sus dos vidas.

Se había tenido que marchar. No había tenido alternativa.

En ese momento, se representó en detalle los acontecimientos que habían precipitado su partida. Evocó cómo había irrumpido en el estudio de su padre y, armada de un inusitado valor, insuflado por la rabia, le había exigido que castigara a Clement por haber azotado con tanta brutalidad al pobre Dante. Su padre había replicado, sin embargo, que aquello era asunto de Clement y no suyo, que no debía entrometerse en las cuestiones que no eran de su incumbencia y que nunca llegaría a entender. La caza era un asunto de hombres, en el que no debían inmiscuirse las mujeres.

Sin ceder, ella lo había acusado de no querer ver la crueldad de Clement, no solo en lo concerniente al caballo, sino con respecto a todo el mundo y en particular a ella misma. Estaba

casi a punto de decirle que se había enterado del plan que tenían de casarla con Malcolm Arkwright, pero antes Darius Darton la conminó a deponer su insolencia.

—A ti solo te importa Clement —le gritó ella—. Es lo único que te ha importado nunca...

Entonces él perdió la paciencia. Enfurecido por su desafiante actitud, le dio una bofetada.

Se tocó la mejilla, mirando su reflejo en el vidrio de la ventana del ómnibus. Por un momento vivió una experiencia extracorporal, como si fuera mitad Anna Darton y mitad Vita Casey. No. Había hecho lo correcto. Era mejor para todos que Anna Darton se hubiera esfumado.

La fiesta de Annabelle

Para Vita supuso un enorme alivio llegar por fin a la fiesta y encontrar un ambiente animado. Dejó entre risas que Edward la ayudara a quitarse la estola en el rutilante vestíbulo de la casa de Berkeley Square.

—¿O sea, que esta es la creación? —dijo Edward, admirando su vestido.

Ella hizo ondear el collar de perlas que llevaba, para después dejarlo quieto encima del escote.

—Oh, y me encanta tu corte de pelo. Es magnífico —alabó Edward, tocándole el cabello.

—Pálpalo, venga —lo alentó Vita, haciéndole pasar la mano por la zona de la nuca, que llevaba rapada como la de un hombre.

—Para, que me vas a poner a tono —le susurró Edward al oído.

El escandaloso comentario le hizo redoblar la risa. Le gustaba compartir su secreto y aún encontraba más divertido estar en una fiesta con un hombre tan atractivo. Observando a la multitud y escuchando la orquesta entre el murmullo de las conversaciones, se estremeció de excitación.

—¿Dónde está Percy? —preguntó.

—Ha dicho que nos encontraríamos en el invernadero. Propongo que nos avituallamos de cócteles por el camino. Aquí los tienes —dijo, recogiendo con mano experta dos copas de la bandeja de plata que transportaba un camarero.

—Chinchín —brindó Vita, antes de tomar un sorbo. Entonces se percató de que Edith acababa de llegar—. Ah, mira. Espera. Ahí está Edith. No mires, no mires —advirtió con ademán de complicidad.

Edward estaba al corriente del desafío que le había lanzado Edith y encontraba muy divertida la situación. Vita también les había hablado a él y a Percy de los aires de superioridad con que la trataba y de las pullas que le lanzaba en el Zip Club, para hacerla quedar mal delante de las otras. Ahora, no obstante, al lado de Edward, se sentía en pie de igualdad con Edith por primera vez.

Se volvió un instante y vio la expresión de enojo de Edith. Estaba claro que quería llegar la primera, pero Vita se le había adelantado yendo en ómnibus.

—¿Dónde?

—Justo enfrente. ¡Que no mires, te he dicho! —susurró con excitación, espiando a Edith, que se dirigía hacia ellos.

Nancy todavía estaba junto a la puerta, hablando con alguien.

Cuando Edith se halló más cerca, Edward soltó una sonora carcajada, como si Vita hubiera dicho algo divertido, y luego se inclinó y la besó con ternura en la mejilla, como si fueran amantes. Vita notó que se ruborizaba, justo cuando Edith llegó a su altura. Edward era, no cabía duda, un gran actor.

—Ah, hola, Edith. ¿Te acuerdas de Edward Sopol? —dijo Vita con énfasis.

Edward se volvió hacia ella con expresión de sorpresa.

—Yo no. ¿Nos hemos visto alguna vez?

Se presentó con una actitud tan encantadora, de genuina sinceridad, que Vita tuvo que reprimir una sonrisa al ver la expresión de ira que inundó la cara de Edith cuando le besó la mano. Estaba ruborizada también, mortificada sin duda por haberse puesto en evidencia. Clavó un instante la mirada en Vita, retándola a que dijera algo, pero ella se limitó a sonreírle, saboreando el momento de triunfo.

—¿Ah, sí, Edward? —dijo Edith, como si él mintiera.

Edward observó con aire expectante a Edith y después a Vita, como si aguardara una explicación.

—Bailamos juntas —le informó Vita.

—¡Ah! ¿Estás en la compañía de Vita? —preguntó él con inocencia, agudizando la cólera de Edith.

—No seas bobo, Edward —lo regañó Vita—. No es mía.

La escena se vio interrumpida por una señora que llegó pavoneándose, sosteniendo un cigarrillo con una larga boquilla de marfil.

—Este grupo parece interesante —comentó.

Era alta y elegante, a la manera de un caballo de carreras. Llevaba un vestido negro de noche recubierto de rutilantes gemas y unos largos guantes negros de seda.

—Mi querida Annabelle —saludó con efusión Edward a su anfitriona, besándole la mano. La mujer adoptó un aire de propietaria mientras él le presentaba a Vita y a Edith—. Estas son las artistas del Zip Club.

—Ah. He oído decir que es un sitio muy concurrido —dijo Annabelle, mirando de arriba abajo a Vita y a Edith—. ¿De modo que era ahí donde te escondías, muchacho?

Seguía observando a Vita y a Edith, sin dar claros signos de aprobación.

Vita había quedado tan deslumbrada por el glamur y la excitación que conllevaba la compañía de baile que no se había dado cuenta de que la jerarquía social que se percibía en su seno no tenía ningún valor afuera, en el mundo real. Allí eran meras coristas, incluida Edith. De ello se

desprendía que el ascendiente que Edith creía tener sobre ella no fuera real. Ambas se encontraban al mismo nivel.

Annabelle tal vez percibió que había estado un poco brusca, porque se apresuró a sonreír.

—Siempre viene bien tener unas caras bonitas por aquí. Ah, me encanta esto... —añadió, tomando la mano de Vita y despegándola de su cuerpo para poder examinar su vestido—. ¿Dónde lo conseguiste?

—Lo he hecho yo, con la ayuda de un amigo.

—Chic y lista a la vez —elogió Annabelle, estrechándole con calidez la mano—. Yo admiro a la gente que tiene maña con esto de la moda. Algunas de las personas que hay aquí se han presentado con una facha horrible.

Vita se percató de la irreprimible expresión de celos de Edith.

—Ah, mira quién está aquí —dijo Annabelle con una gran sonrisa, mientras se alejaba para recibir a otros invitados.

—Stephen Tennant —explicó Edward, señalando a un hombre vestido con un traje de color crema, con el pelo largo suelto—. Si está aquí es que es una buena fiesta.

Aprovechó el momento para irse en compañía de Vita, con la mano apoyada en su espalda, sin dedicar siquiera una mirada a Edith.

—Noto sus ojos clavados en nosotros —susurró Vita.

—Como dagas —convino Edward—. No te vuelvas.

—No, descuida —aseguró con aplomo ella.

—Siempre es un placer burlarse de los abusones —confió Edward—. ¿No crees?

Vita le dio un apretón en el brazo, sonriendo. Con su ayuda, había logrado algo parecido a una victoria. Edith había fracasado en su intento de imponerse gracias a una supuesta superioridad social y, además, había quedado en evidencia como una mentirosa.

Otra vez ese hombre

Llegaron a la sala principal, donde tocaba la banda de jazz. Vita tomó un sorbo de cóctel, tratando de identificar el insólito sabor del viscoso líquido anaranjado, mientras hacía lo posible por no derramarlo. No era tarea fácil, sin embargo. A diferencia de Nancy, que se movía con total desenvoltura con un cóctel en la mano, Vita se alegró de encontrar un espacio donde descansar junto a la pista, para poder dejar de concentrarse tanto en la copa. Edward y Nancy estaban en el bar y, por entonces, se encontraba sola.

Procurando adoptar una sofisticada postura de desenfado, paseó la vista por la sala, satisfecha con la situación. No contenta con su triunfo sobre Edith, había logrado que se fijara en ella alguien tan importante como Annabelle Morton.

Su padre siempre había dicho que, en los negocios, lo más importante eran los contactos. Vita tenía la impresión de que aquel nuevo mundo que tenía ante sí podía serle de utilidad algún día. En todo caso, de pie allí, mirando a su alrededor, constató que se sentía más a gusto en ese mundo que anteriormente en Darton Hall.

Levantó los hombros, cambiando de pose, a la manera como solía hacerlo Nancy. Era verdad aquello que le había dicho Percy, que si uno fingía con suficiente convicción algo, se convertía en realidad. En ese momento, le bastaba con simular confianza.

Entonces lo vio, al otro lado de la pista de baile.

Era el periodista de la otra noche, en el Blanchard's, Marcus Fox. Ahora que él también la había visto, era demasiado tarde para huir. Se dio la vuelta, tomando un sorbo, mientras la abandonaba la presencia de ánimo. Al girar la cabeza, vio que se abría paso entre la gente en dirección a ella.

—Vaya, la deslumbrante señorita Casey. Está más cautivadora que nunca, si me permite que se lo diga —elogió, asombrándola al citar de memoria su nombre—. Me gusta su peinado.

¿Hablaba con sinceridad? Era difícil dilucidar si se burlaba o no de ella.

—¿Debo concluir que usted y el escurridizo Edward Sopol salen juntos? —preguntó, enarcando una ceja.

Se acordó de la advertencia de Percy y del cuidado especial que debía tener al hablar de Edward. Lo último que le convenía era que ese reportero se pusiera a hacer indagaciones. Tal vez lo mejor era tratar de darle una respuesta enigmática.

—No creo que eso sea asunto de su incumbencia, señor Fox.

—No tiene por qué ser tan seca, señorita Casey —contestó, burlón—. No la voy a morder. Aunque sí devoraría con ganas cualquier información que tenga con respecto a Sopol. Lleva meses dándome el esquinazo, y a mis lectores les deleitaría saber en qué anda metido el hijo de lord Sopol. Como el rey está tan susceptible, hay un mercado enorme para los chismes relacionados con los hijos descarriados. Pero Sopol es bastante misterioso, ¿no cree?

Vita dio un paso atrás, molesta.

—No quiero hablar con usted. Se trata de la vida de las personas, no de un juego.

—En eso se equivoca.

—¿O sea, que está satisfecho de publicar chismes? ¿Igual como hizo la última vez que hablamos?

—Yo estoy aquí simplemente para trazar el catálogo de las idas y venidas de la alegre juventud —replicó con sorna, abarcando con un gesto a la concurrencia—. Y a mí me parece que usted ha entrado claramente en escena. Annabelle me ha dicho que era la persona más indicada para tener en cuenta.

Vita tomó un trago de su cóctel mientras el hombre seguía hablando, sin mirarlo. Si bien por una parte la halagaba que Annabelle hubiera destacado su presencia, aquel individuo tenía algo que la ponía nerviosa, como si esperara a que tuviera un tropiezo.

—Pensaba que lo tomaría como un cumplido. La mayoría de jóvenes de su posición estarían encantadas con la publicidad.

—Puede que yo no sea como las otras jóvenes.

—Evidentemente.

¿Qué quería decir? Se volvió para mirarlo bien por primera vez, y en ese mismo instante tuvo la sensación de que se había percatado de todas sus mentiras.

—Siento curiosidad por saber de dónde es. No acabo de localizar su acento, porque a veces tiene una especie de desliz, como ahora precisamente. Eso no hace más que acentuar su encanto, querida. Yo diría que es del norte de Inglaterra, ¿no?

La miró con cara de sagacidad y Vita sintió cómo el rubor se propagaba por sus mejillas. No era posible que supiera quién era...

—Bertie, ven un momento —llamó Marcus Fox a un fotógrafo—. Señorita Casey, ¿le importa que le hagamos una fotografía?

—Sí, me importa y mucho —contestó con un asomo de pánico, al ver cómo levantaba la cámara el hombre de la chaqueta verde.

Lo último que le convenía era volver a salir en el periódico, y menos aún con una fotografía.

—Vaya por Dios —exclamó, riendo, el señor Fox—. Una chica tímida, qué cosa más rara. Bueno, ya la pillaré un día de estos.

—Lo dudo.

—Seguro —afirmó, mientras ella le volvía la espalda y se alejaba a toda prisa por la esquina de la pista hacia las ventanas del jardín, ansiosa por perderlo de vista—. Es usted una necia al plantearme un reto así.

El plan de Nancy

Vita estaba decidida a disfrutar de la fiesta, a pesar de la inquietante presencia del señor Fox. No era un cometido difícil. Había mucha gente fabulosa que observar por todas partes y, además, Edward y Percy organizaron una divertida competición de beber en el mirador. Luego, cuando la orquesta empezó a tocar charleston, entraron todos a bailar. Era maravilloso dejarse llevar en medio de un remolino de invitados por el frenesí de la música.

Cuando se dio cuenta de que hacía un rato que no veía a Nancy, Vita abandonó la pista para ir a buscarla. Nancy estaba sentada en mitad de las escaleras del vestíbulo, fumando un cigarrillo con actitud abatida. Vita se instaló a su lado, contenta de poder descansar los pies.

—¡Ay, estoy agotada! —exclamó—. No sé cuántos cócteles de esos me he tomado. Son fuertes, pero deliciosos. Me noto un poco piripi.

Se quitó el zapato plateado y se masajeó la planta del pie. Nancy enarcó las cejas a modo de tácito asentimiento, pero sin romper el silencio. Vita intuyó que ponerse a charlar sobre los doloridos que tenía los pies no era lo más aconsejable, de modo que permanecieron calladas un momento, observando la fiesta y los elegantes invitados que se arremolinaban bajo la rutilante araña del salón, produciendo de vez en cuando un estruendo de risas entre el murmullo de la conversación. Era un ambiente realmente embriagador, se dijo Vita.

Atisbaron a Edith, que salía por las puertas de la terraza con Stephen Tennant y sus amigos.

—Edith te odia —dijo Nancy, aspirando el humo del cigarrillo con un ojo cerrado.

—Bueno, ya me había dado cuenta —respondió sin inmutarse.

—¿Sabes que sí salió con Edward una vez? —prosiguió Nancy.

—¿De verdad? Pero si Edward ha hecho como si no la hubiera visto nunca. La ha...

—Ha sido una cosa maliciosa —declaró, tajante, Nancy—. Así actúan las personas como él.

—Ah.

Vita se dijo que Edward no había obrado bien dejando en evidencia de ese modo a Edith. No esperaba que los adultos participaran en unos juegos tan complicados.

—Y Edith está celosa —añadió Nancy.

—¿Celosa? ¿De qué?

—De ti. De la manera como has llegado y te has hecho un lugar. De que hayas tenido el valor de integrarte así en la compañía de baile por tus propios medios, mientras que ella tuvo que acostarse con alguien.

Vita cogió el cigarrillo de la mano de Nancy.

—Me da igual —declaró, contenta de haber fastidiado a Edith.

Con lo horrible que había estado con ella desde que llegó, por fin sentía que estaban en paz.

Dio una calada al cigarrillo, notando el acre roce del humo en la garganta. Había estado fumando para practicar y ya se le daba bastante bien. No era tan sofisticada como habría querido, pero era solo una cuestión de tiempo. Se aventuró a mirar a Nancy, que por fin accedió a mirarla con una irónica sonrisa. A Vita le agradó sentir que estaba divirtiendo a su amiga.

—Imagínate... Connelly —dijo Nancy.

Vita esbozó una mueca. La idea de ver fundidos a Edith y a Jack Connelly en cualquier forma de romántico abrazo le resultaba horrorosa.

Nancy levantó los dedos reclamando el cigarrillo, mientras Vita enviaba al aire lo que pretendía ser una elegante nube de humo, satisfecha de haber levantado el ánimo de Nancy con su presencia.

—¿Tú crees que de verdad... hicieron el asunto... ya sabes? —preguntó Vita.

—¡Hicieron el asunto! —repitió Nancy, con cara de asombro—. ¡Nadie dice «hacer el asunto»!

Vita lo había dicho ex profeso para tratar de escandalizar a Nancy. Aunque se esforzaba por parecer atrevida, entonces se sintió como una idiota por querer adoptar aquellos aires mundanos. Nunca había hablado del «asunto» con nadie.

—A veces me dejas de piedra, Vita. Francamente, es como si vinieras de otro planeta.

Nancy ni se figuraba hasta qué punto estaba en lo cierto. Darton era un mundo muy distinto de aquel. Se acercó a Nancy y se apoyó en su brazo.

—Es que soy inocente. Por eso te tengo a ti, para que me pongas al tanto. Yo quiero aprender, Nancy, de verdad —imploró a su amiga—. Quiero saberlo todo.

Nancy siguió fumando un minuto y luego juntó la cabeza con la de Vita.

—¿Sabes lo que me ha dado el hermano de Annabelle? —dijo.

Por la descarada curva de la comisura de sus labios, Vita dedujo que se traía alguna travesura entre manos.

—No. ¿Qué?

—Esto —respondió Nancy, sacando dos píldoras del bolso de terciopelo, que mostró a Vita.

—¿Qué es?

—¿Qué es? —repitió, burlona, Nancy, con fingida inocencia en la voz—. Mmm. Bueno... yo diría que son una especie de encanto mágico.

Nancy se mofaba de ella, pero Vita seguía sin saber a qué se refería.

—En serio. ¿Qué es? —volvió a preguntar.

—Bueno, ¿por qué no lo vamos a probar? —propuso con picardía Nancy—. Si es que te apetece lanzarte un poco a la aventura, claro.

Era otro reto, y Vita Casey no era de las que se echaban atrás, ¿a qué no?

—Eso siempre —confirmó, dejando que Nancy la cogiera de la mano para ponerse de pie—. Tú primero y yo te sigo.

El baño

Nancy se procuró una botella entera de champán para su misión secreta, junto con dos copas de cristal, que entregó a Vita. Esta, que había supuesto que iban a reunirse con los demás en la terraza, de donde llegaban todavía sonidos de música y estridentes risas, se llevó una sorpresa al ver que Nancy la conducía al piso de arriba y, después de recorrer un estrecho pasillo, proseguía el ascenso por otro tramo de escaleras. Cuanto más se alejaban de la fiesta, más se le hacía evidente a Vita su grado de borrachera. Nancy también estaba bastante achispada, de modo que subieron los últimos escalones dando traspiés, tropezando una con otra.

—Shh... —reclamó silencio Nancy entre risitas, antes de abrir una de las puertas del corredor.

—¿Qué hacemos?

—Este es el cuarto de baño de la madre de Annabelle —explicó Nancy—. Da la casualidad de que conozco al hombre que lo diseñó —añadió, echando a andar sobre la suntuosa alfombra de color crema para accionar el lujoso interruptor de bronce—. La madre de Annabelle es más rica que Creso, así que se hizo construir esto.

Cuando se encendieron las lámparas de la pared, Vita soltó un silbido, impresionada. El cuarto de baño estaba decorado como una especie de templo, con columnas y una zona más elevada que albergaba una bañera de mármol.

—¿Qué haces? —preguntó Vita, mientras Nancy se quitaba los zapatos y se dirigía a la bañera.

Una vez allí, se inclinó y colocó el tapón.

—La primera vez que tomé esto, fue en la bañera. Quiero que tú vivas la misma experiencia —dijo, levantando el bolso de terciopelo.

Vita no estaba segura de qué era «esto», aunque suponía que se trataba de las píldoras que le habían dado a Nancy. ¿De eso se trataba? ¿Por qué se comportaba de una manera tan rara, con tanto secretismo? ¿Y qué hacían en un cuarto de baño? Estaba demasiado bebida y aturdida para protestar. Hasta el momento, aquella había sido la mejor noche de su vida. No se le ocurriría qué otra cosa mejor podía hacer que vivir una aventura con Nancy.

—Ahora, apuesto a que la señora M tendrá algún extraordinario aceite perfumado en alguna parte —declaró Nancy, empezando a abrir los diversos y delicados tarros que adornaban el

resplandeciente estante, con una confianza y audacia que admiró a Vita—. Ah, sí... este. Huele. Es divino —dictaminó, acercándose a la nariz. Luego abrió los grifos de plata y vertió con prodigio ademán el tarro en el chorro de agua—. Y un agua bien caliente... ya está.

¡Hablaba en serio! Vita dirigió una mirada a la puerta. No podía tomar un baño, ni delante de Nancy, ni en una fiesta. ¿Cómo se le ocurría?

—Nancy, no podemos —quiso argüir.

La nube de vapor que ascendió por la bañera venció, no obstante, su aprensión. Del grifo salía agua caliente, de verdad. Se acercó para poner la mano debajo. Salía sola, como por encanto.

—¿A que es genial? —dijo Nancy—. Yo me baño muchas veces en las fiestas. Nadie pone reparos.

Vita observó, maravillada, cómo retiraba el envoltorio metálico del tapón del champán. Durante toda su vida le habían hecho creer que solo los hombres podían abrir las botellas de champán, pero Nancy lo hacía con toda naturalidad, sin ayuda de nadie.

—Las copas, rápido rápido —reclamó Nancy.

Vita las preparó mientras Nancy retiraba el tapón, que salió disparado contra el techo para luego aterrizar en el lavabo. Luego sorbió la espuma que amenazaba con desbordar de las copas.

—¿Estás lista? —preguntó, depositando la suya en el borde de la bañera, antes de sacar las píldoras—. Te voy a presentar la cara salvaje de la vida.

Vita detuvo la mirada en las píldoras que tenía Nancy en la palma de la mano.

—Sé atrevida, Vita —la alentó—. Yo estoy aquí y te prometo que no te voy a dejar. Tú misma has dicho que la vida hay que vivirla. Si de veras quieres ser intrépida y desenfundada, tienes que aprender a disfrutar como se debe de las fiestas. Vamos pues.

Vita permaneció dubitativa, tentada de echarse atrás, pero Nancy la desafiaba con la mirada. No se podía negar. Era demasiado tarde. Además, si ella le prometía que no la iba a dejar, ¿qué podía ocurrirle de malo? Se santiguó, antes de ponerse la píldora en la boca para engullirla con un trago de champán.

—Y ahora, en serio, métete en la bañera —le indicó Nancy—. Es el mejor sitio.

—No puedo.

—Solo tienes que quitarte la ropa y entrar. Solo estoy yo aquí —destacó Nancy, como si los escrúpulos de Vita fueran algo ridículo.

Vita soltó una queda carcajada nerviosa, estremecida de arriba abajo, y al cabo de un momento se desprendió del vestido, las picardías y las medias. Tampoco era algo tan grave estar desnuda rodeada con la calidez del baño y, además, Nancy lo consideraba como algo muy normal. Introdujo un pie y, con un gemido de éxtasis, se sentó entre las burbujas del agua.

—No me puedo creer que de verdad esté haciendo esto.

Nancy sonrió, tarareando en voz baja mientras encendía unas velas, antes de apagar las luces.

En la pared empezaron a danzar las sombras.

—¿Qué? ¿Aún nada?

Vita no entendió a qué se refería.

—No, pero esto es fantástico —reconoció con un suspiro, entregándose al cálido contacto del agua con los ojos cerrados.

No tenía ni idea de cuánto tiempo había transcurrido o si se había quedado traspuesta. El caso era que de lo único que tuvo conciencia después, fue sentir como si se estuviera fundiendo en el baño, como si se volviera igual de fluida que la misma agua. Sentada en el borde de la bañera, Nancy la observaba atentamente con ojos entornados, trazando surcos con la mano en el agua.

—Es una sensación rara, pero agradable, ¿no?

Vita asintió con la cabeza, aunque no estaba segura de si era capaz de hablar. Veía torbellinos de colores por todas partes, brillantes fognazos verdes y anaranjados. Cerró los ojos, pero eso no hizo más que acentuar el fenómeno. ¿Qué diablos le estaba ocurriendo?

—Espera —dijo Nancy—. Yo también voy a entrar.

Vita percibió a través de una difusa neblina de euforia cómo Nancy se desvestía, arrojando a un lado la ropa, y se introducía en el otro extremo de la bañera. Nunca había visto a nadie completamente desnudo. Advirtió con asombro el gran parecido que tenía con la estatua de su apartamento, la elegancia de la curva de la espalda y la caída de los pechos respingones. No era de extrañar que su hermano la hubiera querido esculpir.

Vita se revolvió, riendo. Estaba desnuda en una bañera, en una fiesta, con otra mujer, pero parecía como si el resto del mundo... la gente de la fiesta... hubiera quedado atrás y solo existiera ese momento.

—¿Y si nos descubre alguien? —logró decir.

Tenía una sensación extraña en la boca; le costaba articular las palabras. Cogió la botella de champán y, cuando trataba de acercársela a los labios, derramó su contenido en el agua. De nuevo soltó una risita.

—He cerrado la puerta con llave, pero te sorprendería saber la cantidad de hombres que estarían encantados de descubrirnos justo ahora —comento Nancy, arrellanándose en la bañera—. Sería como si se hicieran realidad sus más alocadas fantasías.

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

Nancy emitió una de aquellas carcajadas suyas, parecida a un tintineo.

—Estás pero que muy verde, querida. No sabes nada de nada de los hombres, ¿a que no?

Sabía bastante de los hombres, de hombres como su padre y Clement, pero no quería pensar en ellos precisamente en ese momento.

—Más bien no.

—Apuesto a que nunca has besado a ninguno, ¿no?

—No —confirmó, riendo, Vita.

—Yo reclamo tu primer beso —anunció Nancy, incorporándose.

A Vita le dio aún más risa cuando, al cambiar la posición en la bañera, resbaló y sus cuerpos se juntaron hasta tocarse. El resbaladizo contacto era una delicia, como si sus pieles se fundieran en una sola.

No era extraño, sin embargo. Aun así, Vita notó un creciente ardor interior en el momento en que Nancy empezó a moverse, provocando un remolino de agua. Cuando sus pechos se tocaron, sintió una descarga eléctrica. Entonces rodeó a Nancy con el brazo, pegándose a ella.

Luego Nancy aproximó su cara a la de ella, se inclinó y la besó en los labios.

En el Sabbat

A Clement le complació la deferencia con que los obreros congregados para el servicio le abrieron un pasillo mientras se dirigía hacia ellos por el camino de la iglesia, en medio de un respetuoso silencio que ni siquiera se atrevieron a turbar los pájaros desde las altas ramas de los cedros.

Apoyado en las muletas, trataba de no acusar el dolor, consciente de que la cojera le confería más poder. Transmitía el mensaje de que no había nada capaz de derrotarlo. Ni siquiera unpreciado semental. Los hombres se apresuraban a quitarse la gorra y las mujeres agachaban la vista. Ni uno solo osó mirarlo a la cara.

¿Conocería alguno de ellos el paradero de Anna?, se preguntó.

Uno de los obreros quebró el silencio murmurando algo entre dientes. ¿Iría dirigido a él el comentario? ¿Con intención de apuntalar el desatino de esos estatutos que habían redactado, exigiendo mejores condiciones? Según su punto de vista, tenían suerte de tener trabajo. Si no estaban conformes, afuera había muchos más dispuestos a ocupar su lugar.

En el interior del templo, mientras la congregación entonaba con lastimosa torpeza el primer himno, Clement mantuvo la mandíbula apretada, mirando con dureza al padre McDougal, que parecía estar retocando a toda prisa el sermón que tenía previsto dar, a raíz de la imprevista aparición de Clement. Este sabía de sobras que el sacerdote era muy capaz de incitar la insubordinación entre los trabajadores. Al fin y al cabo, él mismo era de extracción proletaria. Su madre había trabajado en la primera fábrica de los Darton, hasta que el nuevo torno de hilar le amputó un brazo. Le pasó por estúpida, desde luego.

Clement se aventuró a mirar a un lado y también atrás, al ver una hilera de trabajadoras jóvenes vestidas con su ropa de domingo. Se fijó en una de ellas, que se apresuró a desviar la vista. Él sonrió para sí, previendo que acabaría averiguando su nombre y en qué taller trabajaba. No estaba seguro de si podría llegar tan lejos como querría, con aquel dolor en la espalda, pero un poco de carne fresca era lo que necesitaba para volverse a sentir humano. Lo único malo podía ser que cometiera la tontería de quedarse embarazada, como pasó con esa rubia hacía unos años. No quería que se volviera a presentar otro niño en Darton Hall, como ocurrió con ese mocoso.

—Esta mañana damos la bienvenida al señor Darton. Estamos muy contentos de verlo caminar, señor —dijo el padre McDougal.

«Renquear, más bien», pensó Clement, mientras inclinaba la cabeza en señal de agradecimiento.

—Oraremos juntos por usted y su hermana.

Clement oyó un rebullir acompañado de murmullos a su espalda. Por lo visto, todo el mundo estaba enterado de que Anna había huido en plena noche, después de robar una suma de dinero. La idea de que su desaparición pudiera presentar una imagen de debilidad de la familia lo hizo montar en cólera.

Pasó el resto del servicio imaginando qué castigo le infligiría a Anna cuando por fin la encontrara. Se imaginó golpeándola con una barra de hierro en las rodillas, para hacerle vivir el dolor de no poder volver a correr, ir en bicicleta, jugar al tenis o montar a caballo, tal como le ocurría a él. También le iba a hacer pagar, uno a uno, todos los momentos que prolongaban su ausencia.

Al final del culto, recorrió cojeando, muy despacio, el pasillo, para que todos tuvieran ocasión de ver lo impedido que estaba... y lo valiente que era, por soportar el dolor que le había ocasionado su hermana.

—¿Puedo hablar un momento con usted, señor?

Era Harrison, el capataz, que apretaba con nerviosismo el sombrero delante de él.

—¿De qué se trata?

—De su hermana, la señorita Darton.

—¿Qué me quiere decir de ella?

—Se está hablando de hacer una colecta, de reunir dinero para ayudar a encontrarla.

Clement se quedó estupefacto. No se le había ocurrido ni por asomo que los obreros pudieran siquiera plantearse tal cosa. Estuvo a punto de contestarle a Harrison que se quedaran con su dinero, pero se lo pensó dos veces. ¿Por qué no iban a pagar los trabajadores la cuantiosa tarifa que exigía Rawlings?

—Eso es... una iniciativa de gran generosidad, Harrison.

—No fue idea mía, sino de las chicas del taller de corte... Meg y Ruth... y también de John. Ellas son las que están más preocupadas. La señorita Darton es muy buena con ellas. Les preocupa adónde haya podido ir, o si se ha perdido...

Clement se enfureció, molesto con el tono sentimental adoptado por el hombre, molesto sobre todo porque, obviamente, en su fábrica se hubiera estado hablando de su hermana, cuando no era asunto de su incumbencia. Anna solo se presentaba por allí alguna que otra vez y ahora ellos fingían inquietarse por ella.

Harrison inclinó la cabeza, dispuesto a marcharse, pero al final cambió de idea.

—Es una buena muchacha —declaró, manoseando la gorra—. Yo estoy de acuerdo con las

chicas de la fábrica. Espero que no le haya ocurrido nada malo.

—Ah, estoy seguro de que se las habrá arreglado de alguna manera u otra —contestó Clement, con una tensa sonrisa—. Cuando quiere, sabe ganarse a la gente, y manipularla también. Estoy convencido de que, donde esté, alguien está cuidando de ella. En cuanto la hayamos encontrado, volverá y pedirá disculpas por haber armado tanto escándalo, no lo duden.

Harrison frunció el ceño, acusando la frialdad del tono de Clement, y después agachó la cabeza y dio media vuelta.

—Gracias, de todas formas, por la idea de la colecta —agregó Clement cuando ya estaba de espaldas—. Será de gran utilidad.

Resaca

Vita despertó en un estado lamentable. Las otras camas del ático de la casa de la señora Bell estaban vacías y la lluvia repiqueteaba en la claraboya. Se puso boca arriba con un gruñido, pero tenía un dolor de cabeza terrible, como si le hubieran golpeado con una porra. Después, poco a poco, las imágenes comenzaron a desfilar...

La fiesta. Los cócteles. Las drogas... porque, sí, claro, habían tomado drogas con Nancy... «¡Nancy!»

—¡Oh! —Vita se incorporó de golpe. Se aferró al armazón de hierro de la cama, porque la habitación empezó a dar vueltas—. Ay, Dios mío, Dios mío —murmuró, retirando la manta, con una necesidad imperiosa de vomitar.

En el cuarto de baño de abajo, con los brazos sobre el estómago, devolvió y luego se lavó la cara y se miró en el espejo. Parecía como si en su interior corriera un torrente de emociones.

Lo que había hecho estaba mal. Sin embargo, en su momento le pareció bien. Entonces, no obstante, la idea de que alguien pudiera enterarse la horrorizaba hasta el extremo de intensificar sus náuseas.

Se asomó al pasillo. ¿La habría oído alguien? En la casa reinaba una extraña quietud. Entonces se acordó de que era domingo. Aquel debía de ser uno de los primeros domingos en que no iba a misa. Pensó en la fría iglesia cercana a Darton Hall y en el obsequioso trato que el padre McDougal dispensaba a sus padres. Toda su vida había tenido que acatar la piadosa hipocresía de su padre. Ese día no. Se salpicó la cara con agua fría, lavando el recuerdo.

—¡Ajá! ¡Está viva!

Era Percy. Se volvió hacia él, sorprendida.

—Ven —añadió, animándola a entrar a su habitación con un gesto—. Tengo té. Y sales. —La observó por encima de las gafas—. No cabe duda, necesitas sales.

Dejó la puerta abierta y Vita entró, consciente de que iba en camisón y de que, tal como acababa de percatarse, lo llevaba puesto del revés.

—No puedo permitir que nadie me vea así —gimió.

—Tenemos todavía un rato antes de que vuelvan todas de la iglesia —la tranquilizó Percy, poniendo un disco en el gramófono, antes de subir el volumen—. La señora Bell tiene que cumplir con todos esos actos de expiación por alojar a una pandilla de coristas libertinas.

Vita esbozó una débil sonrisa, recordando que había prometido ir con Emma y Jane, que le habían explicado que el ayudante del párroco era muy amable y que ellas se divertían sacándole los colores.

—Oh, me voy a ir al infierno —murmuró—. O puede que ya esté en el infierno.

—No sé qué te pasó anoche, pero estabas muy aturullada cuando pediste que volviéramos a casa —comentó, riendo, Percy—. Edward nos acompañó con el coche.

—¿Ah, sí?

Vita se rascó la cabeza. No recordaba cómo llegó a casa. Lo único que recordaba...

Nancy. Ay, Dios. «Nancy y la bañera.»

—Estuvo bien la fiesta —dijo Percy, mirándola por encima del borde de la taza.

—Sí, supongo que sí.

—Causaste sensación con ese vestido.

Abatió la cabeza, abrumada por la vergüenza.

—¡Vamos, mujer! ¡Suéltalo ya! —espetó Percy, riendo—. ¿Con quién estuviste anoche? Porque algo pasó, no me digas que no.

Vita se tapó la cara.

—No te lo puedo contar.

—A mí me lo puedes contar todo.

A Vita le latía con violencia el corazón. ¿Podía contárselo?

—Si te lo explico, ¿me prometes que no se lo dirás a nadie? ¿Nunca?

—Te lo juro.

—Nancy me dio algo... una píldora... y fuimos... eh... tomamos un baño.

—¿Un baño? —Percy derramó parte de la taza de té—. ¿En la fiesta?

—¡Sí!

—Bueno, eso explica lo de la inundación —dedujo.

—¿Hubo una inundación?

—Sí, se armó un buen lío. Annabelle no tenía ni idea de qué pasaba, pero el caso es que empezó a bajar agua por la lámpara del comedor y después se fue la luz y nos quedamos a oscuras.

—Ay, Jesús.

—Yo de ti no me preocuparía. Nadie sospechó nada.

¿Cómo podía estar tan seguro?

—Pero ¿tú no lo encuentras... bueno, extraño? —susurró Vita, sorprendida de que su

revelación no hubiera suscitado una reacción más perceptible por parte de Percy.

—¿Qué, lo del agua que caía del techo?

—¡No! —contestó Vita con exasperación—. El que yo... bueno, que estuviera en la bañera. Con... con Nancy.

¿Por qué no se escandalizaba?, se preguntó. ¿Por qué estaba tan tranquilo?

Percy la miró, enternecido.

—¿Qué esperabas, cariño? ¿Qué te diera una regañina? Soy la última persona en condiciones de juzgarte a ti, hagas lo que hagas. Lo que es por mí, puedes hacer lo que quieras. Mientras te divirtieras, no veo dónde está el problema.

—Creo que sí me divertí.

—Pues entonces, no tuvo nada de malo. Aparte de los desperfectos causados en la mesa con incrustaciones de roble de Annabelle. Es una herencia de la familia, por lo que oí...

—Bah, para —reclamó Vita.

—Eso está mejor —aprobó Percy, sonriendo—. Ahora tómate un té y cuídate esa resaca.

Le hizo beber dos tazas de té y un poco de sales, antes de ir a buscar unas grandes rebanadas de pan tostado con mantequilla y mermelada casera a la cocina. Después de comérselas, se sintió muchísimo mejor. La música, el ruido de la lluvia en el cristal, el té en el estómago, el suave resplandor de la lámpara de escritorio de Percy, pero sobre todo la compañía de Percy, la hicieron sentir a salvo.

Había pasado toda su existencia mirando de reojo, esperando recibir una reprimenda por el más nimio error que cometiera. Percy tenía, sin embargo, razón, ¿verdad? Lo de anoche había sido solo un poco de diversión. Una diversión estrambótica, pero que no había hecho daño a nadie, ¿no? Estaba de una pieza. ¿Y por qué debería darse golpes de pecho? ¿Por qué debía sentirse culpable? La idea de que no tenía por qué sentirse mal le produjo una sensación de vértigo. Nunca se le había ocurrido que pudiera comportarse de una forma tan escandalosa y no tener que pagar las consecuencias.

—Ah, se me olvidaba. Te traje esto del taller —anunció Percy, abriendo la cartera de cuero que había sobre la cama, de donde extrajo su sujetador—. Lo he vuelto a confeccionar con los cambios de que hablamos.

—Ay, eres una maravilla, Percy.

—No sabes cómo me alegro de que nadie me parase y me registrara el bolso —comentó, riendo—. ¿Te imaginas qué explicación iba a dar?

Vita examinó la prenda, entre carcajadas.

—¡Perfecto! —exclamó—. Es justo como lo quería. Sal un momento, que me lo voy a probar.

Tras quitarse el camisón, se estaba poniendo el sostén cuando la puerta se abrió y Percy se precipitó por ella.

Vita dio un chillido, cogiendo una bufanda de la cama para taparse con instintivo pudor. Percy se puso colorado cuando se cruzaron sus miradas. Entonces Vita advirtió que uno de sus pechos había quedado totalmente al descubierto.

—Perdona. Es que Edward está aquí. La puerta de afuera está abierta y él está en la calle, esperando en el coche. Parece como si no se hubiera acostado.

—¿Crees que me ha visto?

—¿Que te ha visto quién? ¿Edward?

—¡No, Percy! La señora Bell —contestó Vita—. Estaba en el pasillo y estoy segura de que me ha visto. ¡Medio desnuda en tu habitación!

—¡Por Dios! No. No creo. Bueno, eso espero.

—Eres un caso —declaró Vita con exasperación. Después, con un gruñido irónico, apartó la bufanda—. Ya que has visto uno, tanto da que veas los dos —dijo, abriendo los brazos para enseñárselos.

Nunca había obrado con tanto descaro, y menos aún delante de un hombre. Era, no obstante, como si reconociera por primera vez la existencia de su cuerpo.

—¡Oh! —exclamó él, mirando.

Enseguida desvió la mirada, pero luego volvió a mirar.

—¿Ves? Este es el material con el que trabajamos, lo que tenemos que controlar.

Percy encogió los hombros, todavía pegado a la puerta.

—Parece una lástima, con lo magníficos que son —repuso, con las mejillas ruborizadas.

La inédita conexión que sentía con su cuerpo la llevó a plantearse si todavía estaría bajo el efecto de las píldoras de Nancy. En todo caso, lo sucedido la noche anterior había producido una transformación en ella, haciéndole sentir más femenina que nunca.

—Ahora para de mirarme boquiabierto y ven a ayudarme a colocar los alfileres a este chisme —reclamó, subiéndose las tiras del sujetador.

Percy lo ciñó por atrás, manipulando con torpeza los alfileres.

—Todavía queda un poco holgado. Mira —dijo. Se dio la vuelta y, en son de broma, se apretó los pechos por los lados, produciendo un impresionante efecto de volumen—. También podríamos hacer que queden así. —Percy enarcó las cejas—. Aunque dudo que cuajara.

—Nunca hay que descartar nada de entrada —replicó Percy—. Tal como ya te he dicho, la moda evoluciona.

Vita fue reajustando el sostén hasta que se sintió cómoda, y entonces Percy marcó la tela con el lápiz especial que usaba, antes de retirar los alfileres.

—¿Y qué vas a hacer con Edward?

—Saldré a ver qué quiere. Debe de estar aburrido y querrá ir a alguna parte. ¿Quieres salir con nosotros?

—No. No estoy lista. Y si no te importa, me quedaré y copiaré el patrón de este en las otras telas.

Ahora que Percy había confeccionado el sujetador tal como ella lo quería, iba a probar a hacer otros por sí misma. En realidad, estaba impaciente por empezar.

El mal genio del señor Connelly

Vita pasó la mayor parte del tiempo que le quedó antes del ensayo del martes en el cabaret perfeccionando el sujetador con la tela de seda de color mandarina. Había estado tan concentrada que apenas tuvo tiempo para pensar en lo que había ocurrido con Nancy. El domingo por la noche, había estado tentada de ir al apartamento de Nancy, pero Percy le había dicho que lo mejor era que dejara tranquila a Nancy y se acostara temprano.

El lunes, cumpliendo su promesa, había pasado el día entero ayudando a Percy a seleccionar los trajes en su taller. Estaba tan contenta con toda la ropa que Percy le había dado que acusó con estupefacción la frialdad con que Nancy correspondió a su sonrisa, cuando Jerome empezó a tocar en el piano la nueva música del próximo espectáculo.

Ella esperaba impresionar a Nancy con la vestimenta que llevaba: los desenfadados pantalones de color verde menta que había cortado por debajo de las rodillas y una túnica roja, acompañada de una diadema rosa adornada con una desmayada y voluminosa flor. Con el pintalabios rojo que le había regalado Nancy, tenía un aspecto bastante llamativo.

El señor Connelly destilaba un mal humor y un descontento tal esa mañana que las chicas se pusieron nerviosas, porque parecía como si estuviera al acecho, esperando que tuvieran un tropiezo. De entrada, les había soltado un sermón exigiendo compromiso y su presencia con los clientes después de la función. De lo contrario, si insistían en marcharse enseguida, más les valdría que se informaran de cómo estaba la situación en los otros cabarets. Con tantos como había, estaba claro que se preocupaba por su futuro.

—Tú... ¿cómo te llamas? —gruñó, levantando la mano para indicar a Jerome que parara, para luego señalar a Vita.

—Vita... Verity —respondió, consciente de que todas las miradas se concentraban en ella.

—Bueno, pues ten cuidado. Y esto va por todas vosotras —añadió, apuntando con el puro la hilera de jóvenes—. Quiero que alternéis, como se debe, con los clientes.

—Sí, Vita. Deberías practicar más —intervino Edith. Con el body azul oscuro que llevaba y la melena rubia recogida, parecía una bailarina de verdad—. No podemos soportar que te retrases continuamente en el ritmo.

Aquello era injusto, pensó Vita, ruborizándose. Ella había mantenido bien el ritmo, ¿o no?

—Perdón —murmuró, desviando la mirada hacia Jane y Betsy, que le dispensaron una brevísima expresión de compasión, concentradas como estaban en tratar de no atraer sobre sí la ira de Connelly.

—Exacto —convino Connelly.

—Probablemente no te sentaría mal dormir un poco más los fines de semana —prosiguió Edith, en voz baja.

Vita acusó con rabia el malicioso tono del comentario. ¿Sería posible que Nancy le hubiera contado a Edith lo que había sucedido entre ellas la noche del sábado?

—¿Y qué rayos es eso que llevas puesto? —preguntó Connelly, que al parecer no había oído el desabrido murmullo de Edith.

Vita repasó con la mirada la indumentaria con la que bailaba y después se dirigió al señor Connelly.

—Es solo para los ensayos.

—Mmm. —El señor Connelly no se decidió a formular una opinión.

Vita lanzó una mirada a Edith, cuyos ojos relucían con expresión de triunfo.

Ruborizada hasta la raíz del pelo, Vita volvió a iniciar el número, rodeando con el brazo la cintura de Betsy por un lado y por el otro la de Jane, sin atreverse a mirar a Nancy.

En su momento, el hecho de bañarse juntas le había parecido lo más natural del mundo, cuando no lo era. Después, había venido el beso, más de uno, y las caricias. La terrorífica intimidad del contacto le había producido un efecto estremecedor, como si su cuerpo despertara por primera vez. En ese momento, sin embargo, lo sentía como algo inadmisibles. Como otro secreto que no podía soportar que conociera alguien más.

No tuvo ocasión de hablar con Nancy hasta el final del ensayo, en el camerino, después de que se hubieran marchado las otras.

—¿Qué tal te ha ido? —se aventuró a preguntar.

—Bien.

Se produjo un breve lapso de silencio. El contacto físico que habían tenido había producido un cambio entre ellas, y no precisamente positivo.

—Pareces... —persistió Vita.

—¿Qué?

—Un poco distante.

—Te he dicho que no me pasa nada —replicó Nancy—. Si quieres ir conmigo a una fiesta y después desaparecer y pasarte varios días seguidos sin hablarme, no pasa nada.

Vita advirtió con alivio que Nancy estaba solo disgustada, molesta porque no se había puesto en contacto con ella, nada más. El domingo debía haber ido a ver a Nancy, sin hacer caso a Percy.

—Lo siento. Pensé en pasar a verte, pero es que... he estado ocupada. He estado trabajando en algo —anunció—. Ya sabes... la ropa interior de la que te hablé.

—Ah —dijo Nancy, sin el menor entusiasmo, una vez le hubo explicado que estuvo trabajando con Percy todo el domingo y después lo ayudó en el taller y también el día anterior.

Vita no tuvo el valor de admitir el lamentable estado de resaca con que se había levantado el domingo.

—Pero con respecto al sábado —tanteó Vita, armándose de valor.

—¿Qué? —la retó Nancy, mirándola a los ojos—. ¿Hay algo que me quieras decir?

Vita apretó los labios y, tras respirar hondo, lo volvió a intentar.

—Solo que eso no debería cambiar las cosas. Bueno, he estado pensando en ello y eso no significa que...

—¿Que seas lesbiana?

Vita, bajó la vista, aquejada por un intenso rubor. La situación se iba complicando.

—¿Y si lo fueras qué? Ya te dije que está muy de moda hoy en día. Toda mujer que se precie es lesbiana —reiteró, impasible, Nancy. Vita se mordió el labio y, de repente, Nancy soltó una aguda y sarcástica carcajada—. ¡Fíjate qué cara has puesto! Más vale que nos olvidemos del asunto —zanjó, encogiéndose de hombros—. Lo que ocurre en las fiestas se queda en las fiestas. Es la norma.

—O sea, que... que ¿no le contarás a nadie... eso... lo que hicimos?

Deseaba decirle a Nancy que, en su momento, había sido fantástico... aunque no se acordara bien de los detalles. Sí tenía conciencia de que habían compartido un grado de intimidad que nunca había imaginado que fuera posible. Entonces, sin embargo, se sentía incómoda, incómoda y un poco avergonzada.

—¿No quieres que se lo cuente a nadie? —dijo Nancy, ladeando la cadera, con la mirada clavada en Vita, que no supo cómo interpretarlo. ¿Acaso se lo iba a contar a todo el mundo? Era peligroso tener que confiar tamaño secreto a una persona tan chismosa como ella—. Pues no, cielo, no lo haré. Guardaré tu secreto.

Vita asintió y, al abrir la puerta, se encontró con Percy plantado justo al lado, cargado con varias piezas de tela en los brazos.

—Ah, ahí está Wisey —dijo Nancy, antes de salir precipitadamente al pasillo rozando a Percy.

—Pero ¿qué le pasa? —preguntó Percy, volviéndose a mirarla.

Vita se encontraba de espaldas y no podía verle la cara. Estaba a punto de echarse a llorar. Sentía como si hubiera hecho algo terrible, pero no acababa de descifrar qué era.

Entonces se le ocurrió que, pese a que ella lo negara, era muy posible que Nancy fuera lesbiana. Por eso no se había casado. Por eso la había relegado su familia. Y por eso había tomado a Vita bajo su protección. ¿Habría esperado algo más de ella? ¿Alguna especie de compromiso verbal en

relación al secreto que compartían, después del sábado? En tal caso, Vita se daba cuenta entonces de que había dicho todo lo que no tenía que decir.

De repente concibió una idea para tratar de arreglar las cosas.

—¿Podemos llevar a Nancy con nosotros cuando salgamos? —consultó a Percy—. Contigo y con Edward, me refiero. La próxima vez que salgamos. No voy a decir nada sobre... bueno, ya sabes. No voy a decir nada sobre vuestra relación.

—Nancy ya es mayorcita y puede sacar sus propias conclusiones.

—¿No habría inconveniente?

—No veo por qué tendría que haberlo. Ahora escucha, que tengo una gran noticia. Connelly quiere que me ayudes con los trajes.

—¿Cómo? —preguntó Vita, olvidándose por un instante de Nancy.

—Sí, estaba charlando con él, ahora mismo. Me decía que le da la impresión de que tienes buen gusto con la ropa.

El indicio en el fuego

Aliviada de que la situación parecía haberse calmado con Nancy, Vita se concentró en aprender el nuevo número, con la ayuda de Jane y de Betsy. De regreso a casa, trabajaba sin parar en la máquina de coser del cuarto de Percy. Estaba tan ocupada que no sospechó absolutamente nada cuando la señora Bell los convocó a ella y a Percy a «una pequeña reunión» en su salón el viernes por la tarde.

—Como no hay una manera fácil de encarar esta cuestión, lo voy a decir tal cual —anunció, retorciéndose las manos, la señora Bell.

Vita dirigió una mirada a Percy, que estaba en el sillón, con Casper en el regazo. Faltando a su costumbre, la señora Bell no llevaba ni delantal ni pañuelo en la cabeza. Vestida con una falda y chaqueta de *tweed*, estaba muy elegante.

—¿De qué se trata? —preguntó Vita, preguntándose si había hecho algo malo.

—Sí, ¿qué es, señora Bell? —la animó a hablar Percy.

La casera respiró a fondo.

—No sé qué es lo que hay entre vosotros dos, y ya sé que no es asunto de mi incumbencia —levantó la mano, sin mirarlos a la cara—, pero no creo que pueda dar mi visto bueno a vuestros... bueno, ya sabéis... sin decir nada. No es que piense que no formaríais un pareja estupenda, no me malinterpretéis, pero tengo que pensar en las otras chicas... y en mi reputación. Esta no es una de esas casas —puntualizó, bajando la voz.

Se produjo un instante de silencio y luego Vita miró a Percy y ambos estallaron en carcajadas.

—Ay, señora Bell. No es lo que usted piensa, de verdad —dijo Vita, levantándose para ir a estrechar la mano de la casera—. No hay nada raro entre Percy y yo.

—¿No? —preguntó, algo perpleja—. Pero yo vi... bueno, no estoy del todo segura de lo que vi, y desde luego no quiero ni pensar en ello, pero el domingo...

—Estábamos trabajando —afirmó Percy.

—¿Trabajando? —repitió, confusa, la señora Bell.

—Es imposible de explicar así —respondió Vita—. Espere aquí, que le voy a enseñar algo.

Subió corriendo a la habitación de Percy y, tras revolver en la pila de sujetadores que había confeccionado, eligió el último.

Una vez abajo, lo mostró con orgullo a la señora Bell, que acarició la seda con los dedos y luego lo examinó suspendiéndolo por las preciosas cintas que servían de tirantes.

—Vaya, ni me habría imaginado —dijo—. Y tú, Percy. ¿Estabas enterado de esto?

—No es distinto de lo que hago diseñando para el teatro —aseguró él—. Y la verdad, creo que Vita ha encontrado algo interesante. Me parece que hasta podría montar un negocio con esto.

Vita le explicó que Percy la había estado ayudando a crear un sujetador idóneo para bailar.

—Estoy intentando ver la manera de hacer otros para mis compañeras. Son unas prendas muy delicadas.

—Sí, ya se ve.

—Es que hay muchas variantes posibles, no solo en las copas, sino en la parte central de aquí. —Lo señaló con la mano—. ¿Ve? Esto tiene que ir acorde con los tirantes y hay que unir con una costura cada una de las partes. Esto es solo un prototipo, pero lo voy a perfeccionar con el tiempo. Percy me ha estado ayudando y no se figura lo mucho que lo he mejorado ya.

—Aprende deprisa y no hay duda de que tiene buen tino para estas cosas —alabó Percy.

A Vita le dieron ganas de abrazarlo.

—Lo que es yo, voy a seguir usando corsé. Pero si fuera joven, seguro que me gustaría tener uno así. Para mí que es tela fina.

—Tela fina —repitió, riendo, Percy—. Ya habla como Vita. ¿Seguro que no son parientes?

—Estaría muy orgullosa de tener una hija como tú —admitió, con una sonrisa, la señora Bell. Vita apoyó la mano en el pecho—. Bueno, ahora voy a encender el fuego y prepararé té para los tres.

—Por nosotros no se moleste, por favor —dijo Percy.

—Sabe Dios cuándo nos van a traer más carbón, si es verdad lo que dicen los periódicos y este lío con los mineros va a peor.

Vita y Percy intercambiaron una mirada mientras la señora empezaba a sacar papeles de la caja de madera del hueco de la pared para estrujarlos. Luego arrojó un poco de carbón encima.

—Pásame las cerillas, Vita, hazme el favor. Están en el aparador. —Encendió el fuego—. Voy a poner el hervidor —prosiguió, dirigiéndose a la cocina—. Después quiero que me expliques más cosas sobre ese sujetador. Ahora me siento como una boba. Imagina que estaba pensando... —Dejando la frase inconclusa, se llevó la mano a la cabeza y se fue a la cocina.

—Es adorable —comentó Vita a Percy, mirando cómo se alejaba.

—Me ha gustado eso, ¿sabes? —dijo Percy, con aire pensativo.

—¿El qué?

—Tela fina.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Vita.

—Como nombre, para tu empresa —repuso Percy.

—¿Empresa? Jesús, no me había planteado llegar tan lejos.

—¿Por qué no?

Vita se acordó de la empresa de su padre y de la fábrica de tejidos. Siempre había sido territorio masculino, algo que solo lo concernía a él y a Clement. Había perdido la cuenta de las innumerables veces en que había preguntado alguna cosa y le habían contestado que se ocupara de sus asuntos. Nunca se le había ocurrido pensar que un día pudiera dirigir su propia empresa.

No obstante, con la fe que Percy tenía en ella, sintió como si se encendiera una chispa en su interior. Quizá también podía ser como aquellas sufragistas de los periódicos, esas mujeres que luchaban por su derecho a hacer oír su voz. Podía ser una mujer que hiciera algo por sí misma. ¿No se trataba sobre todo de atreverse a soñar?

—Bueno, deberías pensarlo, si quieres tomártelo en serio. Creo que la señora Bell tiene razón. Las mujeres jóvenes querrán usar algo así —pronosticó Percy.

Vita respiró hondo, reflexionando. Siempre le habían dicho que no podía tener ambiciones, que las chicas solo podían ser sumisas. Sin embargo, el germen de aquella ambición tal vez residía ya en su interior, aguardando ese momento para aflorar.

—Bueno, quizá más adelante... sí, podría ser un negocio. Podríamos empezar con algo pequeño e ir ampliándolo, según vayan las cosas. Tienes razón, Percy. Y con lo del nombre también. Lencería Tela Fina. —Levantó la mano y la desplazó como si viera escritas las palabras—. Ya me lo imagino en los carteles de publicidad.

—¿No estás bailando más deprisa que la música, jovencuela? —dijo Percy, imitando a la señora Bell.

—Qué va. París. Milán. Roma. Podríamos ampliar hasta el infinito nuestro radio de acción —bromeó, riendo.

—¿Por qué no? —replicó, con una sonrisa irónica, Percy—. Todas las mujeres necesitan llevar ropa interior.

Vita se mordió el labio.

—Y tú participarías conmigo, ¿no? Seríamos socios, mitad y mitad.

—Hombre, eres más bien tú quien lo ha concebido. Pero te ayudaré, desde luego. Supongo que será mejor que avisemos a la señora Bell de que está albergando a una empresaria de categoría internacional.

—La pobre. ¿Sabes? Creo que se ha llevado una decepción al saber que nuestras citas nocturnas son tan inocentes. ¿No sospecha nada? ¿De Edward, me refiero?

—Uy, no. Y ni se te ocurra decírselo —contestó, ruborizado, Percy, mientras dejaba a Casper en el suelo.

—Seguramente sería mucho más comprensiva de lo que crees.

—No, no lo sería, créeme. La otra gente no es como tú, Vita. No lo entienden. Tú eres un caso raro. Aparte, eres la única que conoce mis secretos y no debes divulgarlos.

—Descuida. Te lo prometo.

Se volvió de cara al fuego y alargó las manos para calentarlas con las llamas. Fue entonces cuando vio el trozo de papel arrugado que ardía en el hogar y le saltó una palabra a la vista.

«Darton.»

Conteniendo el aliento, extrajo el pedazo de papel y luego lo pisoteó encima de las baldosas verdes, delante de la chimenea, para apagar las llamas.

—¿Qué demonios estás haciendo? —Percy se había puesto de pie.

Vita se arrodilló y cogió con pulso acelerado el papel chamuscado.

En el diminuto retazo de la fotografía reconoció al instante el retrato familiar que había en la repisa de la chimenea del salón de Darton Hall. Era la única fotografía que existía de ella con Clement y sus padres. Mareada, retuvo entre los dedos el borde carbonizado.

—¿Qué es? —preguntó Percy—. ¿Vita, qué ocurre?

El recuerdo de esa noche

Más tarde, acostada en la cama de la pensión, Vita sentía en el estómago el peso de plomo de la conciencia. La única explicación que había dado a la señora Bell y a Percy era que había reconocido a alguien en el periódico. Debía de ser la página de necrológicas, deducía ahora, tratando todavía de recobrar la calma después de la conmoción sufrida.

Había sido como un presagio, como una reprensión. En el momento preciso en que se proyectaba con entusiasmo hacia el futuro, había surgido aquel horrible recordatorio del pasado.

Escuchando la pausada respiración de Betsy y Jane, envidiaba su conciencia limpia, mientras las lágrimas bajaban rodando hasta la almohada.

Todo aquello que le había costado tanto olvidar irrumpía en su cerebro. Todos los terribles detalles de esa noche. La noche de la cacería. La irrefutable y horrorosa verdad. Cediendo al embate, dio rienda suelta a los recuerdos y lo rememoró todo, como si fuera aquella misma noche.

Recordó que había preparado una sencilla bolsa de tela, con toda su ropa, temblando, con el temor a que la descubrieran de un momento a otro y la cara marcada todavía por el escozor que le había dejado la bofetada de su padre. Cuando por fin logró salir de la casa sin ser vista, comenzó a experimentar una sensación de asombro por su propio atrevimiento. Se estaba marchando de veras. Ignoraba adónde iba a ir. Lo único que sabía era que necesitaba irse, alejarse de aquella terrible prisión.

Mientras caminaba con sigilo por la gravilla de detrás de la casa, la luna proyectó un brillo plateado en las cuadras. Decidió ir a despedirse de Dante. Quería que el pobre animal supiera que había alguien en el mundo que sentía afecto por él, a pesar de que se fuera.

En los establos había un taller donde Mark guardaba las sillas y los arcos y un corredor estrecho con cuatro boxes. Anna encendió una linterna en el taller y, con paso sigiloso, avanzó sobre el suelo de adoquines hasta el último box, donde se encontraba Dante.

Cuando abrió la pesada puerta de madera, el caballo emitió un resoplido. Anna sonrió, pues sabía que esa era su manera de expresar su satisfacción por verla. Aun así, estaba en mal estado. Siempre había sido un animal hermoso y plácido, pero entonces irradiaba un olor metálico de sangre y tenía la respiración trabajosa.

—Hola, bonito —lo saludó, entrando.

Al ir a colgar la linterna en el gancho de la pared, reparó en los jirones de piel desprendida de su flanco. La sangre de las heridas relucía reflejando la luz. Lo tocó a tientas en el costado y los dedos se le mancharon de sangre.

Había querido ir antes, pero Martha la había disuadido, diciéndole que Mark no iba a dejar entrar a nadie en el establo. Entonces se arrepintió de haberles hecho caso, apenada por que su querido caballo hubiera tenido que estar solo en la oscuridad, soportando el dolor.

Se desplazó para acariciarle el morro y apoyó la frente contra él, reprimiendo las lágrimas. Dante emitió una especie de gemido.

—Lo siento. Lo siento mucho —dijo, hurgando en el bolsillo en busca de un caramelo de menta. ¿Cómo podía haber hecho algo tan espantoso Clement?—. Es tan cruel, tan cruel... —susurró—. Ojalá hubiera podido detenerlo. Lo he intentado.

No se percató de la presencia de nadie, hasta que vio una enorme sombra proyectada en la pared. Para entonces ya era demasiado tarde. Clement la miraba desde el umbral de la puerta, con una mueca de desdén. Advirtiendo que había bebido, retrocedió para alejarse de él.

—¿Qué es esto? —dijo, recogiendo la bolsa de tela.

Acto seguido, la arrojó afuera del box, donde chocó contra los adoquines del corredor.

—Me voy —contestó Anna, demasiado furiosa con él para dejarse acobardar.

—¿Te vas? ¿Ese es tu gran plan?

La condescendencia y el desprecio de su voz la llenaron de indignación.

—Solo he venido a ver a Dante...

—¡Después de lo que ha hecho hoy! Mañana mismo lo voy a enviar al matadero.

No miraba a Dante. Solo tenía ojos para ella. Sintió el ardor de las lágrimas en los ojos, pero no quería que Clement las viera. Se mordió con fuerza los labios.

—¿Qué? —la provocó, aproximando a una terrorífica distancia su cara a la de Anna—. ¿No estás de acuerdo? ¿Qué pasa? Estarás contenta, ¿eh? Te ha faltado tiempo para ir a contarle a padre lo que piensas.

¿Sabía lo que le había dicho a su padre? ¿Lo de que siempre se ponía del lado de Clement? ¿Su exigencia de que castigara a Clement por lo que le había hecho a Dante? ¿Habría estado espiando o bien había sido su padre quien se lo había contado todo? En cualquier caso, sintió que ambos se confabulaban contra ella. En aquella casa no podía haber nunca nada privado, ni sagrado.

Anna se armó de valor para no ceder. Alguien tenía que pararle los pies a Clement, y si sus padres no pensaban hacerlo, le correspondía a ella plantarle cara.

—No tenías que azotarlo. Mira lo que has hecho.

Clement entró con dos zancadas en el box y la agarró por el cuello del abrigo, haciéndole casi perder pie. Le apretó la tráquea, constriñéndole la respiración. A su lado, Dante dio un resoplido

y aporreó el suelo con los cascos.

—Te azotaré a ti por tu insolencia, zorra. Dios es testigo de que lo necesitas, para inculcarte un poco de obediencia.

Le dio un empujón, a consecuencia del cual se golpeó la cabeza en los puntales de madera de la pared del establo. Aunque se tapó la cara, entre los dedos vio que Clement se arremangaba.

—Voy a tener que darte una lección.

Le iba a dar una paliza. Era a eso a lo que se refería. Descolgó un látigo. Lo descargó en su mano, disfrutando con la violencia de su contacto.

—Por favor, no, Clement —rogó—. No... no... no.

—¿Crees que te puedes escapar de aquí? —dijo él con desprecio, elevando la voz—. ¿Crees que puedes desobedecernos a padre y a mí y después marcharte? ¿Y adónde ibas a ir? —Le clavó la vista en los ojos, mientras ella retrocedía pegada a los listones de madera hasta la pared del fondo. Dante dilató los ollares. Anna atisbó el reflejo de su propia expresión de terror en las pupilas del caballo—. ¿Qué piensas, que te puedes ir por ahí, contando cuentos? ¿Eh? ¿Mancharías el buen nombre de nuestra familia?

—No, Clement, no.

—No, Clement, no —le hizo burla—. Fíjate. Eres patética. Padre tiene razón. Siempre has sido una decepción. Bueno, pues te voy a decir algo... no vas a ir a ninguna parte. ¡Ven aquí!

Levantó el látigo y, tras encararlo, lo descargó con fuerza, pero ella lo esquivó, saltando en el heno. Con un traspié, aterrizó un poco más lejos, por detrás de Dante.

Desplazó un segundo la mirada hacia la puerta. Tenía que correr hacia allí, antes de que fuera demasiado tarde. Sabía que, cuando estaba de esa manera, no había forma de contener a Clement.

—¡He dicho que vengas! —rugió Clement, abalanzándose hacia ella.

Dante se interpuso, encabritado, entre ambos, con un relincho de terror.

Anna se precipitó hacia la puerta del box. Una vez afuera, se apresuró a cerrarla y corrió el pesado cerrojo mientras Clement gritaba su nombre. Momentáneamente a salvo, pegó los ojos a una ranura. Observó cómo Clement arremetía contra la puerta, hecho una furia.

—¡Vuelve aquí! —chilló, soltando el látigo para empezar a dar tirones a la puerta.

Dante se encabritó y descargó con fuerza las patas sobre la parte posterior de la cabeza de Clement. Su hermano cayó desmadejado en el heno, en una postura que no le permitió verle la cara.

Permaneció junto a la puerta mientras Dante seguía agitando las patas. Con el corazón en la boca, vio cómo volvía a propinar una violenta patada a Clement, que quedó con el cuerpo flácido, boca abajo, encima del heno. Le manaba un hilillo de sangre por la nariz. En ese instante, tuvo la certeza de que estaba muerto.

Apretó los párpados, temblando de pies a cabeza. ¿Qué debía hacer? ¿Entrar para tratar de

salvarlo? No... no. Era demasiado tarde.

En lugar de ello, cogió la bolsa de tela y echó a correr.

Cuando salía de la cuadra, casi topó de bruces con el mozo de cuadra, Mark, a quien seguramente habían despertado los terribles relinchos de Dante. Dio un chillido, apartándose con precipitación de él, y después se fue. No se detuvo, ni siquiera se volvió a mirar. Siguió corriendo, porque de ello dependía su vida.

Las carreras

Clement se apoyaba con esfuerzo en el bastón mientras observaba los caballos que se exhibían en el paddock de Aintree. Aquella era la primera vez que se ausentaba de la fábrica desde el accidente, pero nunca se había perdido un Grand National y no quería dejar de asistir a ese por culpa de su hermana. Cuando Malcolm Arkwright le mandó una nota unos días antes, invitándolo a asistir con él al evento, no dudó un instante. Un día en las carreras era precisamente lo que necesitaba, pese al terrible dolor de piernas que lo atormentaba todavía. Corrigió la postura y soltó una maldición, cuando el bastón se cayó sobre la mullida tierra.

Escrutó las caras, en busca de Arkwright, pero solo alcanzó a ver un mar de sombreros y abrigos. Era un día gris y brumoso, más bien helado, aunque perfecto para las carreras. En torno al paddock reinaba un ambiente de expectación. Los caballos desfilaban, con cabezales y cubiertos con mantas, cogidos de la brida. Todos eran magníficos. La gente charlaba a su espalda, haciendo cábalas sobre cuál iba a ser el ganador. Con los treinta obstáculos distribuidos en un recorrido de cuatro millas, era difícil adivinar quién se haría con el premio de quinientas libras.

—Oí decir que mandó llevar al matadero a ese caballo suyo —dijo una voz conocida a su espalda.

Clement se volvió y vio que era Malcolm Arkwright. Llevaba sombrero de copa y, bajo el abrigo de lana larga abierto, se entreveía un chaleco de brillante colorido, tensado sobre la barriga. El hombre se introdujo el pulgar en el bolsillo para sacar un grueso reloj con cadena de oro.

—Estaba cojo. No tuve más remedio —respondió Clement, faltando a la verdad.

—No es eso lo que he oído —replicó, poco convencido, Arkwright.

¿Cómo se habría enterado Arkwright de lo de Dante?, se preguntó Clement. Tal vez el caballo no merecía aquel final, pensó con un momentáneo sentimiento de vergüenza. Pero no, de nada servía ponerse sentimental. Era solo un caballo. Un caballo que lo había dejado casi paralítico.

Estuvieron mirando el desfile un rato, hasta que se llevaron a los caballos para ensillarlos.

—Y dígame... ¿es usted aficionado a las apuestas, señor Darton? —preguntó Arkwright.

—Estoy aquí, ¿no? —contestó Clement, observando las gradas, que se iban llenando.

—Entonces no me importaría apostar algo a que ha perdido usted a su hermana.

—¿Perdido?

—Vi el anuncio en el periódico —explicó Arkwright, enarcando las espesas cejas—. Supongo que no habrá vuelto a casa. Es un muchacha fogosa —prosiguió, aspirando de manera enfática, como si Anna fuera un caballo y disfrutara con la perspectiva de poder montarlo—. Ya veo que le sacó ventaja.

—Volverá —afirmó Clement, con un ademán despectivo, como si estuviera tan solo siguiéndole la corriente a Anna y pudiera localizarla en cuanto quisiera.

Arkwright emitió un gruñido de satisfacción.

—Perfecto. Estoy harto de esas mujeres que creen que pueden actuar a su antojo.

—Tiene usted toda la razón —convino Clement.

—Quieren votar, fíjese —ponderó Arkwright, riendo, al tiempo que daba una palmada en el hombro de Clement—. ¿Adónde vamos a ir a parar? A esas perras hay que ahorcarlas.

Pese al odio que profesaba a su hermana, después de lo que había hecho, Clement sintió un asomo de culpabilidad. Sabía de lo que era capaz un hombre como Arkwright para domarla. De todas formas, merecía lo que le esperaba, ahora que los había puesto a todos en aquel aprieto. No, su hermana iba a volver y a pagar por lo que había hecho.

—Si le interesa apostar, yo de usted lo haría por Jack Horner. El número veintiuno —especificó Arkwright, inclinándose, como si divulgara una información secreta.

—Pero si no es ninguno de sus caballos —objetó, confuso, Clement.

—Bueno, es que conozco ciertas cosas. Venga por aquí, señor Darton. Dispongo de una buena vista desde nuestro palco.

Clement siguió a Arkwright hasta la parte anterior de las gradas, que ofrecían efectivamente una vista espectacular de la pista, y tomó un sorbo de whisky de la petaca que le ofreció Arkwright. Miró con los binoculares la línea de salida, sorprendido de verla por primera vez con tanta claridad, y enseguida los caballos partieron al galope.

De la multitud brotó una exclamación cuando Grecian Wave y Silvo, ambos favoritos, cayeron en la primera valla. Clement vio a un hombre que arrojaba al suelo la tarjeta de carrera y la pisoteaba, y a una mujer con una estola de piel que se reía de su infantilismo.

Knight of the Wilderness se situó en tercer lugar. Clement lo captó a través de los binoculares. Disfrutaba con los rítmicos movimientos de las patas de los caballos, el percutir de los cascos y el acompasado vaivén de los jinetes. Era excitante.

—Todavía nos queda Becher's Brook —dijo Arkwright—. Alguien va a caer ahí. Siempre ocurre lo mismo.

Clement observó unos niños que rebullían detrás de la muchedumbre, saltando para tratar de ver mejor.

Prestó los binoculares a Arkwright mientras los caballos proseguían su recorrido. Luego, en el último salto, Bright's Boy se situó en primer lugar, por delante de Old Tay Bridge y Jack Horner. Clement se pegó a la valla del palco para presenciar el estruendoso avance hacia el lugar donde se encontraban. Old Tay Bridge iba el primero, pero entonces Jack Horner lo adelantó.

Celebrando con gritos su triunfo, Clement y Arkwright se volvieron de cara y, por un instante, Clement pensó que tal vez se iban a abrazar.

—Es una buena señal —dictaminó Arkwright—. Haga equipo conmigo, joven, y llegará lejos. Ya lo verá.

Clement sonrió, contento de que Arkwright creyera que llevaba la voz cantante... por el momento. Arkwright todavía no se había dado cuenta, pero las condiciones que había puesto Clement para el trato —la concesión de la mano de Anna a cambio de una participación en la fábrica de Arkwright— les reportarían a su padre y a él el monopolio absoluto. Con ello, no solo podría liquidar las deudas que tenían, sino garantizarse una multitud de contratos en el futuro. Sí, muy pronto, el apellido Darton iba a ser el único que contaría.

El respaldo de Nancy

Nancy no estuvo enfurruñada con Vita mucho tiempo. A ello contribuyeron en algo las invitaciones de Edward para que fueran a comer con él y con Percy y también a tomar unas copas en el Kit Kat Club después del espectáculo. Después, el lunes siguiente, Nancy propuso salir de compras, tras lo que concertó una cita con la vidente Alice.

Nancy había dicho que la vidente había aceptado recibir a Vita, la cual tuvo que fingir un entusiasmo que no sentía, ya que en realidad habría preferido quedarse trabajando con Percy. Aparte, el asunto le suscitaba un cierto temor. La vidente Alice había logrado convencer a Nancy de que realmente tenía poderes místicos. ¿Y si de veras los tenía? ¿Qué ocurriría si era capaz de percibir el pasado de Vita?

La imagen de Clement en el periódico le había provocado una gran conmoción. Le había recordado, además, que su familia tal vez aún la buscaba. De todas formas, Clement ya no existía, se repetía a sí misma. Londres era el último sitio donde se les ocurriría buscar, sin duda alguna. Estaba a salvo, ¿no? Lo había conseguido. Se había librado de Clement y de sus lazos familiares y había iniciado una vida completamente distinta, magnífica. Nada podía desbaratar sus logros, ¿o no?

Resolvió hacer lo posible para dejar de preocuparse por el futuro y concentrarse en el presente. No le resultó difícil. Era divertido caminar por las calles e impregnarse de todas las maravillas de la ciudad y, aunque no podía permitirse comprar nada, le fascinaba mirar los escaparates. Nancy no tenía escrúpulos en probarse los modelos más caros que encontraba; y en una boutique nueva de Regent Street, le hizo probar a ella un traje de milrayas muy elegante.

—¿No me voy a parecer un poco a Lolly y Ra? —preguntó Vita, recordando cómo iba vestida la famosa pareja asidua del cabaret.

—Puede ser gracioso. Quiero ver cómo te sienta. Yo también voy a entrar —anunció, describiendo la cortina de satén rosa.

En el probador, después de quitarse la chaqueta, Vita reunió el valor para enseñarle a Nancy su nuevo sujetador. Era el séptimo que había confeccionado, pero tanto ella como Percy estaban convencidos de haber perfeccionado al máximo la prenda y Vita estaba satisfecha con el

resultado. Aquel era el patrón adecuado, no cabía duda. Se lo ajustó, bajando la mirada hacia su escote.

—Ya sé que es un poco estrafalario... el color, me refiero.

—El color es estupendo —declaró Nancy—. Me encanta. ¿Me puedes hacer uno? —pidió, acariciando con los dedos los finos tirantes.

Luego desplazó la mano hacia el pecho de Vita y esta se apartó, incómoda por la intimidad del gesto. Nancy la miraba con aire de propietario.

—Ahora sí voy a poder —respondió, poniéndose la chaqueta de rayas y abrochando los botones—. Ha sido muy difícil conseguir un modelo adecuado, pero creo que ya está. En principio, podría confeccionarlos en otras tallas. ¿De verdad crees que parece una prenda de profesional?

—¡Desde luego! ¿Y sabes a quién le gustaría mucho también?

—No.

—A Lulu —respondió Nancy, como si estuviera concibiendo un plan—. Ya sabes, la señora Clifford-Meade.

—¿Tu modista? —consultó Vita, halagada de que Nancy percibiera un potencial en su creación.

—Sí, estoy segura de que le encantaría. Si ese fuera el caso, podría venderlos en su tienda —aventuró, con los ojos chispeantes, Nancy.

—¿Crees que le gustaría? ¿Así como está?

—A la gente hay que decirle qué es lo que quiere. Y los británicos sois tan tímidos... —bromeó Nancy—. Yo lo veo así: has tenido una buena idea, o sea, que *carpe diem*. Aprovecha la oportunidad, que la vida es corta, y ya está.

—¿Y nada más?

—Hay que tener un poco de descaro, no te lo niego. Pero a ti yo te he visto, pequeña —añadió, apretándole la nariz—. Tienes un don, un instinto natural —aseguró, con creciente entusiasmo.

—¿Tú crees?

—Estoy segura.

Vita estaba que no cabía en sí gracias a los elogios de Nancy cuando salieron, con las manos vacías, de la tienda. Tal como había previsto, con el traje de milrayas Vita tenía un aspecto idéntico al de Lolly. Afuera, esquivando un tranvía para cruzar la calle, Vita siguió hablando del asunto con Nancy.

—Percy y la señora Bell creen que debería montar una empresa.

—¿Lo ves? —dijo Nancy, como si ambos le hubieran dado la razón.

—Pero ¿cómo? —preguntó Vita, dando por un momento alas a la fantasía—. ¿No necesitaría... no sé... un respaldo, una cuenta en un banco ...?

—Lo de la cuenta bancaria es sencillo. Tenemos a ese tipo... Ya sabes, el banquero.

—¿Paddy Potts? —dedujo Vita, acordándose del hombre del fular a topos que había ido al cabaret.

—Tiene un buen cargo en uno de los bancos de más solera del país. Podría abrirte una cuenta. Déjalo en mi mano. Se lo pediré.

Como siempre, Vita quedó sorprendida y maravillada con el convencimiento que tenía Nancy de que nada era imposible.

—Y para las ventas, primero encuentras a alguien que los almacene, como la señora Clifford-Meade al principio. Después te vas abriendo camino, hasta... —Nancy se paró y elevó la mirada hacia la célebre fachada de color verde menta de los almacenes W&T— ... un centro como este.

—No seas ridícula, Nancy.

—¿Por qué no?

—Esto es Withshaw and Taylor —señaló Vita—. Son unos grandes almacenes.

—Exacto, el sitio adonde van a ir a comprar tus futuras clientas.

Se detuvieron a mirar a la empleada que cambiaba el escaparate, vistiendo el maniquí con un sostén faja de algodón. El letrero de abajo aseguraba que proporcionaba un tipo perfecto.

—El tuyo es mucho mejor —afirmó Nancy—. Es mucho más divertido.

—Pero yo no sabría ni por dónde empezar...

Nancy no la escuchaba ya. Se estaba abriendo paso entre las pesadas puertas de madera, agasajando al portero con una de sus rutilantes sonrisas de vampiresa.

—Nancy, ¿qué haces? —preguntó Vita, apresurándose tras ella.

Nancy avanzó con desenvoltura hasta el lugar donde habían visto el maniquí. La zona del escaparate estaba cercada por una pantalla, pero ella la apartó para pasar.

—Perdone —dijo, para atraer la atención de la escaparatista.

La mujer, que llevaba un pantalón de peto de lino bastante bonito, bajó con dificultad el escalón, mientras Vita observaba con admiración las hileras de ropa.

—Tenemos una cita, con ese señor —dijo Nancy, como si se conocieran—. Ya sabe... el encargado de las compras. Para la lencería femenina. ¿Cómo era que se llamaba?

—¿Se refiere al señor Kenton? ¿Lance Kenton? —respondió, confusa, la mujer.

—Ese mismo —confirmó Nancy, haciendo chasquear los dedos—. No sé cómo me he podido olvidar. Me ha hecho usted un favor. Es magnífica la decoración del escaparate —añadió, antes de retroceder hasta el lugar donde se encontraba Vita—. Ya está. Lance Kenton. Es el hombre que necesitas.

—Bueno, puede, cuando haya hecho más de un sujetador.

—Exactamente —corroboró Nancy—. Uy, qué tarde es —exclamó, mirando el reloj—. Vamos, que no quiero hacer esperar a la vidente Alice.

La vidente Alice

La vidente de Nancy atendía en un apartamento de un bloque de pisos situado al lado de una tienda de vinos, en St. James. Nancy estuvo pulsando el timbre durante un buen rato, mientras miraba hacia el cielo haciendo visera con la mano.

—¿Cómo es? —preguntó Vita.

—Ya lo verás.

Nancy sonrió y después empujó la puerta, al oír que se abría el mecanismo. Entraron en una sombría escalera con una barandilla de hierro forjado que ascendía en interminable espiral.

—Vive en el último piso —la informó Nancy, quitándose el sombrero antes de empezar a subir los escalones de dos en dos—. A ver quién llega antes.

Una vez en el rellano de arriba, Vita se apoyó entre risas en el hombro de Nancy, jadeando.

De la sencilla puerta marrón entreabierta salía una suave melodía sobre un ruido de fondo de gramófono. Nancy empujó la puerta y Vita la siguió hasta el interior del piso de la vidente Alice, con el pulso acelerado a causa de la subida y la curiosidad.

El apartamento estaba abarrotado de muebles. El mullido sofá y los sillones, recubiertos con cojines verdes y amarillos, el voluminoso aparador y las diversas lámparas de flecos las obligaron a abrirse paso de lado por el exiguo salón. Un loro aleteaba dentro de una larga jaula colgada junto a la mesa contigua a la ventana, tapada con un chal de punto.

—Instalaos. Ahora mismo voy. —La voz llegaba a través de una cortina de cuentas, que separaba el espacio de la habitación de al lado.

El loro se puso a parlotear, agitando las alas.

—Eh, psss... psss... psss —dijo una mujer alta y fornida, que apareció por la cortina con una jarra de zumo de naranja en la mano.

Vestía una larga túnica de color rosa y púrpura. En la frente llevaba un turbante naranja sujeto con una resplandeciente joya y un pesado colgante de oro con el símbolo del sol y la luna en el pecho. A Vita le pareció que podía ser de ascendencia caribeña, aunque no estaba segura. En todo caso, nunca se había imaginado que iba a visitar la casa de una persona tan exótica.

La vidente Alice depositó con cuidado la jarra en la mesa, antes de saludar con efusión a Nancy.

—Esta es Vita —la presentó Nancy—. Me dijo que no había inconveniente en que la trajera, ¿verdad?

La vidente Alice escrutaba ya a Vita con alarmante intensidad. Despedía un sofocante olor a perfume almizclado.

—Vas a tener mucho éxito —anunció en voz baja, con gran seriedad—. Veo grandes cosas en tu futuro.

—¿Ves? —dijo Nancy, impresionada—. ¡Ya te lo había dicho!

—Pero eres una chiquilla que sufre una gran preocupación —añadió, bajando aún más la voz, la mujer.

—¿Se refiere a Vita? ¿Está preocupada? —preguntó Nancy con incredulidad—. Bueno, entonces es mejor que la haya traído —agregó, en son de broma.

Vita se sintió como aspirada por la hipnotizante mirada de la vidente Alice, cuando esta alargó la mano para coger la suya. Llevaba las uñas largas como garras, pintadas de un chillón tono rojo anaranjado. La vidente Alice cerró los ojos y respiró hondo.

Vita retiró la mano, con una carcajada nerviosa. Aquella mujer... vidente, o lo que fuera... le había causado un gran desasosiego.

—Venid venid —dijo la vidente Alice, conduciéndolas hasta la mesa.

—No te preocupes —susurró Nancy para tranquilizarla—. Siempre es así.

Nancy se sentó primero y, sacando del bolso dos billetes, los hizo correr sobre la tela roja. La vidente Alice no efectuó ningún comentario al recoger el dinero, que guardó, tras plegarlo, bajo el escote de pico de la túnica.

—Lo que me dijo la otra vez se ha cumplido —declaró con entusiasmo Nancy—. Encontré una nueva amiga.

Sonrió a Vita, al tiempo que la vidente Alice hacía deslizar la tela oscura que cubría un objeto, dejando al descubierto una gran bola de cristal. Era igual que la de Nancy, pero mucho mayor. Se puso a pestañear un momento y Vita tuvo que clavarse las uñas en la palma de la mano para no echarse a reír. Aquello era puro teatro, seguramente. Miró a Nancy, pero estaba muy concentrada.

Nancy apoyó la mano en la muñeca de Vita para indicarle que guardara silencio. Después, cuando este empezaba a hacerse insoportable, la vidente Alice se puso a emitir un quedo murmullo que parecía surgir directamente de su pecho.

—Veo un tren —musitó.

—¿Con qué destino? —inquirió Nancy, rebullendo en el asiento—. Ya te dije que yo iba a hacer un viaje —susurró a Vita—. A París. Apuesto a que es París.

Con los ojos cerrados, rodeando el cristal con dedos temblorosos, la vidente Alice exhaló una

leve exclamación y sacudió la cabeza.

—Veo un hombre. Y un bigote. Y humo... humo de chimeneas...

La manera como hablaba la vidente Alice asustó todavía más a Vita.

—Es poderoso. Muy poderoso. —Juntó con dramatismo las cejas—. Lo que le dijiste... nunca nunca... —Inspiró a fondo y sonó una especie de gemido—. No... no, no, papá.

Vita notó los violentos latidos del corazón. ¿Podía ser posible que la vidente Alice estuviera «viendo» la escena que había tenido lugar en el estudio de su padre?

—¿Papá? ¿El padre de quién ve? —preguntó Nancy.

La vidente Alice abrió de repente los ojos.

—Ya basta —concluyó, rehuendo la mirada de Vita. Luego se apresuró a cubrir la bola de cristal con el paño negro. Su voz había cambiado por completo—. Los espíritus están agitados hoy.

Vita tenía un nudo en la garganta. Solo de pensar que la vidente Alice hubiera podido «ver» la discusión que tuvo con su padre había sido como regresar a Darton Hall. El hecho de volver a estar allí, aunque solo fuera en el recuerdo, le producía una gran desazón.

Pese a su evidente curiosidad, Nancy dio prioridad a su afán por conocer los detalles del viaje a París.

—¿Cree que ha llegado la hora de que me vaya? —consultó, con insólita seriedad—. ¿De que vaya a París?

—Desde luego —confirmó la vidente Alice, sin despegar su penetrante mirada de Vita.

—¿Pronto?

—Lo antes posible.

Vita observó, alarmada, a Nancy.

—Lo sabía —dijo esta—. Será mejor que empiece a preparar el equipaje.

—Yo no me puedo ir —objetó Vita, al comprobar que se tomaba muy a pecho el comentario de la vidente Alice.

—Pero yo tengo que ir. Es mi destino —contestó Nancy.

—Y tú irás con ella —informó la vidente Alice a Vita.

Nancy cogió la mano de Vita y la estrechó.

—Ay, Jesús —exclamó con una carcajada—. Qué maravilla.

Vita torció el gesto, molesta de que Nancy diera crédito a las majaderías de aquella mujer. No podía tolerar que Nancy pensara que las dos se iban a ir a París, porque por más que le apeteciera partir a la aventura, era algo imposible. No podía salir del país sin pasaporte ni documentación. Además, con ello incluso podía arriesgarse a que la policía la arrestara en la frontera.

La vidente Alice asintió con la cabeza, como si comprendiera su estado de confusión. Todo aquello resultaba bastante perturbador. Nancy juntó las manos en posición de oración,

inclinándose ante la vidente Alice, y Vita agarró el bolso, demasiado incómoda para hacer algo más.

Cuando se disponían a salir, la vidente Alice la agarró por el brazo. Sus uñas se hundieron en la tela de la chaqueta.

—Ten cuidado con el desconocido moreno —dijo en un anheloso susurro—. Está al llegar.

Conmoción

Una vez en la calle, Vita respiró a fondo, tratando en vano de disipar el pánico que la atenazaba. Se dio cuenta de que le temblaban las manos.

—Ha sido... —Nancy se llevó la mano al pecho, emitiendo una carcajada de asombro—. ¡Uf! No sé cómo describirlo. Nunca la había visto así. En un momento, me ha parecido como si se fuera a desmayar. ¿De qué padre hablaba? ¡Ah, ya! ¿Del tuyo? ¿Era el tuyo?

¿Debía explicárselo a Nancy? Aquella era la ocasión propicia de decirle la verdad, de revelarle quién era y de dónde provenía. Con el grado de intimidad que habían alcanzado, Nancy lo comprendería.

Tampoco era tan seguro. Si abría las compuertas y le contaba lo de Clement y lo que había hecho, cabía la posibilidad de que Nancy lo divulgara. Si de algo no le cabía duda con respecto a Nancy, era de que le encantaba chismorrear. Seguro que alguna de sus compañeras, probablemente Edith, se sentiría obligada a denunciarla a la policía.

Sentía pavor por todas las mentiras que había contado, una tras otra, tejiendo todo un entramado de engaños. Nancy nunca se lo perdonaría.

—No. —Vita sacudió la cabeza, con terrible desasosiego—. El mío no. Murió hace mucho —mintió, rehuyendo la mirada de Nancy—. La verdad es que no tengo ni idea de qué hablaba.

—Ah —dijo, decepcionada, Nancy—. Nunca me lo habías dicho. Lo siento, chica. No parece que hayas tenido mucha suerte con tu familia, ¿eh?

—Da igual. Ahora tengo amigos —respondió Vita, con fingida animación. Abrió una pausa, sujetando del brazo a Nancy mientras comenzaban a andar por la calle, con un nudo en la garganta—. Olvidémonos de todo esto y vayamos a tomar algo.

—Pero nos vamos a ir a París, cariño —insistió Nancy—. ¿No es genial?

—¿No me digas que te lo crees? ¿En serio? —replicó Vita, deteniéndose para mirarla fijamente.

—¿Y por qué no lo iba a creer? Todo lo que dice la vidente Alice se cumple.

Vita no quedó muy convencida.

—Ten cuidado con el desconocido moreno —prosiguió sin querer abandonar el tema Nancy, imitando a la vidente Alice.

—Bah, para ya. Además, ¿qué iba a hacer yo con un desconocido moreno?

—A mí se me ocurren un montón de cosas —contestó Nancy, con tono insinuante—. Yo encuentro que tiene su gracia. ¿Y si de verdad hubiera alguien, Vita? ¿Un desconocido moreno, que te estuviera esperando en algún sitio?

Vita pensó en Clement, que era moreno de pelo. ¿Era él el que iba a llegar en su busca? ¿Desde el más allá?

—Yo no quiero ningún desconocido moreno —declaró, elevando excesivamente la voz.

Nancy se rio de su reacción, mientras corrían para evitar el tranvía que se acercaba traqueteando.

—Pero ¿qué te pasa?

—En serio, Nancy. No necesito ningún hombre que venga a mandar en mi vida, a decirme lo que tengo que hacer. Estoy muy bien así. —La misma Vita captaba la creciente excitación que alteraba su tono de voz.

La vidente Alice la había conmovido hasta las entrañas, recordándole todo aquello de lo que había huido. Con todo lo que había trabajado durante las semanas anteriores, casi había logrado olvidar que era Anna Darton, porque Vita Casey era muy real y deseaba con desesperación forjarse un futuro con esa identidad.

—De acuerdo. Nada de desconocidos morenos —acató Nancy.

Por fin una pista

Después de pasar más de un mes en casa, Clement agradeció volver al trabajo. Entró en la fábrica apoyado en su bastón, con la nariz cubierta con un pañuelo para protegerse del polvo de algodón que impregnaba el aire. En la piel notó el muro de tibia humedad proveniente del suelo, que calentaban para impedir que se rompiera el algodón, y en los oídos, el ensordecedor estruendo de las máquinas.

Paseó la mirada por los gigantescos telares, los enormes fardos que se iban formando con la superposición de tela que despedían las máquinas y los trabajadores que las manejaban. Era mágico el proceso que partía de la coloración de las hebras de algodón hasta culminar en la creación de la tela, pensó.

Caminando sobre el suelo de cemento, llegó a la escalera de hierro forjado y, agarrándose a la barandilla con una mueca de dolor, subió a la oficina.

Sentado tras el gran escritorio recubierto de piel, su padre apenas le dedicó una mirada.

—¿Seguro que estás en condiciones de trabajar? —le dijo a modo de recibimiento.

—Claro que lo estoy.

—Yo no te necesito aquí.

Clement acusó sus palabras, pero optó por no dejarlo entrever mientras se ponía a revisar las cuentas del último cargamento de algodón enviado a Estados Unidos. Después revisó los diseños realizados por Barrington y su equipo.

Su padre se había levantado y observaba a través de las ventanas los grandes telares de abajo, con las manos contraídas detrás de la espalda.

—No es posible que se hubiera enterado de lo de Arkwright, ¿verdad? —dijo.

Estaba obsesionado, se dijo Clement. Solamente podía pensar en Anna.

—No, no es posible. Seguro que ya se le acabó el dinero que robó —agregó Clement.

—El dinero no es lo importante —replicó su padre.

Casi parecía como si Darius Darton se inquietara por ella. Entonces la puerta se abrió, dando paso a uno de los empleados.

—¿Qué quieres? —espetó.

—Ha venido un tal señor Rawlings, señor.

Darton y Clement cruzaron una mirada. Al cabo de un momento, Rawlings apareció en lo alto de las escaleras. Permaneció de pie mientras padre e hijo tomaban asiento y, tras las expresiones de cortesía de rigor, sacó su cuaderno de notas.

—He interrogado al mozo de cuadra, un tal Mark... Thwaites —les informó, consultado una página.

Clement apretó la mandíbula. ¿Qué le habría contado Mark a Rawlings?

—Me costó un poco sonsacarle información, pero parece ser que vio a la señorita Darton la noche de su desaparición.

—¿Ah, sí? —dijo, sorprendido, Darton.

—Iba campo a través en dirección a las vías del tren.

¿Por qué no se le había ocurrido antes a él? pensó Clement. No solo que Mark hubiera podido ver a Anna, sino también que esta hubiera podido irse por el lado de los campos y no de la carretera. Todos habían dado por sentado que había tenido que irse de Darton por carretera, donde tal vez había encontrado un carro que la llevara, y por eso habían limitado sus pesquisas a la zona de los alrededores. Cuando pusieron el anuncio en el periódico, Clement creía que su hermana podía haber llegado, a lo sumo, a Mánchester.

—¿Podría haber subido a un tren? —planteó, alarmado, Darius.

—Es una clara posibilidad.

—En ese caso, podría estar en cualquier sitio.

—Se trata de efectuar una investigación metódica, para averiguar los trenes que pasaron esa noche. De hecho, he descubierto que había uno con destino a Londres, que se retrasó debido a una avería. No salió hasta después de medianoche. —Miró a Clement y después a Darius Darton—. La encontraré, señor —afirmó con calma—. Solo necesito más tiempo y más recursos.

—Por eso no hay ningún problema —aseguró Clement, recordando la colecta de los trabajadores—. Tendrá lo que necesite. Yo mismo lo acompañaré, si hace falta.

—No seas ridículo, Clement.

—Como quieras —acató Clement, inclinando la cabeza.

—Déjenlo en mis manos —intervino con diplomacia Rawlings—. Siempre consigo resolver los casos. La encontraré.

La caraba en bicicleta

El sujetador que Vita había confeccionado para Nancy era de color rojo bermellón diseñado para que lo utilizara por debajo de su blusa favorita. Vita cruzó los dedos delante de Jane, mientras Nancy se lo probaba detrás del biombo del camerino después de la función del jueves.

—¡Uy! Es la caraba en bicicleta —declaró Nancy, saliendo con los brazos abiertos para mirarse en el espejo—. Fíjate la caída que tiene ahora la blusa. ¿A que ha mejorado? ¡Y mira! —Efectuó una pirueta y unos cuantos movimientos de manos—. Me muevo sin trabas. Ay, me muero de ganas de enseñárselos a Lulu.

Vita estaba encantada con el entusiasmo de Nancy, y más aún con su intención de mostrarle las prendas a su modista.

—¿Qué es la caraba en bicicleta? —preguntó Betsy, que acababa de entrar, arrojando el bolso en la silla.

—Esto —respondió Nancy—. Esta blusa nunca se me había adaptado bien, pero ahora tengo un arma secreta.

—¿Un arma secreta? —inquirió, intrigada, Betsy.

—La ropa interior Tela Fina de Vita —explicó Nancy con un revuelo de manos—. ¡Tachán! —Se levantó la blusa con gesto teatral.

Jane, Betsy, Emma y Jemima... y hasta Wisey... se arremolinaron para mirar. Cuanto más se maravillaban con su creación, más crecía la confianza de Vita. Nancy, claro, estaba en su elemento, exhibiéndose.

—¿Podrías hacerme uno en azul, para llevarlo debajo de mi blusa de seda? —pidió Jemima.

—Sí, pero tendrás que esperar tu turno —respondió Vita, riendo.

—Y no lo va a hacer gratis —anunció con firmeza Nancy.

—Mujer, no voy a... —quiso objetar Vita.

—Por supuesto que vas a cobrar —la atajó con severidad Nancy—. Bueno, vamos al bar. Esto se merece una copa.

Estaban charlando todas sobre el potencial de negocio de Vita, cuando llegó Percy. Matteo abrió otra botella de champán.

—Por Tela Fina —brindó Nancy, entrechocando la copa con la de Vita.

—¿Me estoy perdiendo algo? —consultó Percy.

—Estamos brindando por su fabulosa creación —respondió Nancy—. ¿No ves que ahora me queda mejor la blusa?

Sacó pecho en dirección a Percy y Vita sonrió paladeando la bebida.

—Ya le dije a Vita que podía tener futuro —aprobó Percy.

—Ya lo sé. La vidente Alice dice que va a tener un éxito fabuloso.

Vita miró a Percy por encima de las gafas.

—Mejor no preguntes —le dijo.

—Bueno, entonces supongo que esto es el inicio de una empresa —dedujo Percy—. De todas maneras, si me lo permitís, voy a precisar que media una gran diferencia entre hacer un sujetador y venderlos a montones.

—Solo un poco de trabajo duro —concedió Nancy, con absoluta seriedad—. ¡Por Tela Fina! —propuso de nuevo, alzando la copa. Vita volvió a brindar con ella, riendo—. Y ni se te ocurra olvidarte de quién te animó a lanzarte en este negocio —añadió Nancy.

—Descuida, no se me va a olvidar.

El Café de París

Tomándose al pie de la letra el consejo del señor Connelly, Nancy había dispuesto que debían moverse por la ciudad para ver cómo estaba la competencia y dijo que habían estrenado un nuevo espectáculo en el Café de París. Vita convenció a Percy y a Edward para que las acompañaran el sábado por la noche después de la función.

Percy había prestado a Vita uno de sus modelos de vedette, un vestido de color champán muy ceñido que resaltaba sus curvas. Nancy también iba muy elegante con un rutilante vestido dorado compuesto por entero de flecos. Edward comentó en broma que, si una se acostara encima de la otra, crearían el mismo efecto que un bonito sofá.

Edward les había asegurado que conocía a un individuo llamado Poulsen, que antes trabajaba de maître en el Embassy Club, y que podría incluirlos en la lista de invitados. Al ver la multitud apiñada fuera del Café de París, Vita dudó de que pudieran llegar a entrar.

Después de mirar la fachada del local, con su emblema distintivo y la ornamentada puerta giratoria, cruzó los dedos mientras Edward se abría paso hacia la entrada, donde saludó a alguien tocándose el borde del sombrero de copa.

Una hilera de engalanados hombres y mujeres aguardaba pacientemente ante la puerta y el perfume que irradiaban en la brisa se entremezclaba con la música proveniente del interior. Vita se puso a contar las estolas de piel, los espléndidos vestidos y los magníficos trajes de los jóvenes. La clientela era mucho más acomodada que la que frecuentaba el Zip.

Vita cogió la mano de Nancy cuando Edward volvió a aparecer por la puerta giratoria y les indicó que entraran.

—Es como una especie de mago, ¿eh? —se felicitó con alborozo Nancy, mientras se aproximaban a la entrada a través del gentío.

Se notaba que disfrutaba viendo que la gente se volvía a mirarlos, como si pensarán que eran personas importantes. Vita, en cambio, puso cara de extrañeza mirando a Percy, que también encontró la situación igual de irrisoria que ella.

—Que lo pasen bien —les deseó el portero, confundiéndolos, como el resto de la gente, por dos parejas.

Nancy dirigió una mirada irónica a Vita, antes de depositar un ostentoso beso en la mejilla de Percy.

—Nos vemos en el bar. Pídenos champán, por favor.

Vita y Nancy se empolvieron la nariz delante de los lujosos espejos del servicio, entre los reflejos de los lavabos de mármol y los grifos dorados. Después Nancy dirigió un guiño a Vita a través del espejo. Aprovechando que la encargada se había ausentado un momento, sacó algo de su bolso de terciopelo.

—Mira lo que tengo. ¿Te apetece un poco de nieve?

Vita observó cómo vertía un poco de polvo blanco en el hueco de la mano, su «taza de esnifar», como decía ella, con un sentimiento contradictorio. Una parte de sí, la buena, quería dejar de tomar drogas con Nancy, consciente de que solo podía traerle complicaciones, pero la otra, la que ansiaba ser estrafalaria y atrevida, salió ganadora. No quería decepcionar a Nancy, ni que pensara que era una mojjigata.

—Eso es. Directo al cuerpo —la alentó Nancy, tendiéndole la mano—. Ahí va.

Después de cerciorarse de que nadie miraba, Vita inclinó la cabeza y aspiró el polvo. Luego se frotó la nariz, afectada por el acre picor provocado por la cocaína.

Se miró en el espejo. Aunque tenía las pupilas dilatadas a causa del champán que había consumido ya esa noche, se sentía bien. De inmediato, la asaltó un sentimiento de culpa. Seguro que era pecaminoso divertirse tanto. ¿Y si todo terminaba de repente? ¿Qué haría entonces?

—Qué guapa —dijo Nancy, a su lado. Hizo deslizar las manos por los costados de Vita, sobre las caderas, por encima del ajustado vestido de satén que llevaba—. ¿Te he dicho que me encanta este modelo?

Vita sintió un escalofrío con la caricia de Nancy, pero fue algo fugaz. Con una mirada fulgurante, maliciosa, Nancy le cogió la mano y la apretó.

—Ven. Vamos a divertirnos.

Tal vez se debiera al potente polvo blanco que le había dado Nancy. Lo cierto era que, apoyada en el antepecho del anfiteatro, Vita experimentaba una especie de vértigo extraordinario y un hormigueo palpable en la columna. Allá en lo alto, una enorme araña colgaba del techo, rodeada de fruncidos de seda. Al frente, una escalera doble descendía a lado y lado del escenario donde tocaba la orquesta. Abajo, en la pista, bailaban unas elegantes parejas. Más allá, en torno a las mesas, una multitud de clientes consumía cócteles. Allí de pie, Vita tenía la sensación de hallarse en el corazón de Londres.

—Dicen que este sitio es una copia de la sala de baile del Lusitania —comentó Nancy, inclinándose en la barandilla a su lado.

—¿El barco que hundieron los alemanes?

—Sí. ¿No te gustaría viajar en uno de esos barcos de lujo? —dijo Nancy—. Navegar a otros

países. Imagínate las fiestas...

—No si se pueden hundir —contestó Vita, provocando una carcajada por parte de Nancy.

—¡Oh, mira mira! Llegamos justo a tiempo para el espectáculo de cabaret.

En el escenario estaban presentando el próximo número, protagonizado por una tal Delysia. La sala quedó en penumbra, mientras las luces enfocaban a una mujer con un vestido de tubo recubierto de lentejuelas, que empezó a bajar las escaleras agitando un abanico de plumas de avestruz. Recordando haber visto uno parecido en el taller de Percy, Vita se preguntó si no sería el mismo. Probablemente sí. Empezaba a ver lo interrelacionado que estaba todo el mundo de los cafés y los cabarets. Incluso allí, donde el público era más respetable, había la misma clase de personas, de esa clase a la que a ella le encantaba pertenecer.

Vita no tardó, sin embargo, en comprender el porqué de las dudas que albergaba el señor Connelly sobre la viabilidad del Zip. Todo el mundo estaba en vilo cuando Delysia se comenzó a mover, adelantando alternativamente sus magníficas y largas piernas, escalón tras escalón, imprimiendo un esplendoroso aleteo a su tocado de plumas.

Después empezó a desgranar una canción picante con una profunda voz de contralto, titulada «¿Está enterado tu padre de que has salido?». Vita oyó los aplausos espontáneos y carcajadas que brotaban entre los asistentes, algunos de los cuales se encontraban entonces frente a la galería.

—¡Mira... es él! —exclamó Nancy, dándole un codazo en las costillas.

—¿Quién?

—El príncipe de Gales —susurró Nancy, con júbilo—. Por allí. ¡Mira!

Vita siguió su mirada por la galería hasta detenerla en un apuesto hombre de traje gris con corbata de seda que reía con otra gente, escuchando la canción.

—Ay, Jesús —exclamó a su vez Vita, ruborizada de emoción por ser testigo de ese momento.

¡La señora Bell se moriría cuando se lo contara! El descaro con que Delysia cantaba aquella provocativa letra era algo glorioso. Para nadie era un secreto que el rey desaprobaba la activa vida mundana de su hijo.

—¿No es fantástico? —dijo Nancy, agarrándola de la muñeca para empezar a desplazarse—. Ven. Vamos a conocerlo.

—No podemos. ¿Cómo vamos a presentarnos, así sin más? —arguyó Vita.

—Sí podemos. Podemos hacer todo lo que queramos.

Vita se dio por vencida, encantada como siempre de seguirle la corriente a su amiga.

—¿A que no eres capaz? —la retó Nancy, acercándose más—. ¿A que no eres capaz de hablar con él?

Quizá Nancy tuviera razón. Quizá podían hacer todo lo que quisieran. A fin de cuentas, estaban allí, ¿no? Con toda la flor y nata de la sociedad. Con el futuro rey de Inglaterra. Además, no tenía nada que perder, y menos aún si se trataba de impresionar a Nancy.

Saludo real

Bajo el efecto de la droga y apremiada por el desafío de Nancy, Vita se trasladó con ella por la galería hasta el lugar donde se encontraban el príncipe de Gales y sus acompañantes.

Delysia seguía cantando, concentrando la atención de los presentes, de modo que no les resultó difícil moverse entre el público. Al cabo de poco, se encontraban a menos de dos metros del príncipe.

—Venga, ve —la urgió Nancy, empujándola hacia delante.

Un joven que había cerca reparó en ella y, tras examinarla de arriba abajo con expresión admirativa, sonrió y se hizo a un lado para dejarla pasar. Aunque se sentía bien con el vestido de artista de Percy, tiró hacia arriba el cuello, preocupada de que tal vez fuera demasiado grande el escote.

—Perdón —dijo, abriéndose camino.

Entre la gente, vio a Nancy que levantaba las manos, aplaudiéndola.

Y casi de improviso, se encontró justo al lado del príncipe de Gales. Después de dedicarle una mirada, este apartó la vista, pero luego la volvió a fijar en ella.

Durante una fracción de segundo, se sintió francamente ridícula y el rubor le invadió las mejillas cuando adquirió conciencia de que no solo había captado la atención del príncipe, sino también de cuantos había a su alrededor.

—Señor... siento mucho interrumpirle —dijo, sin saber si debía efectuar una reverencia.

No podía creer que estuviera haciendo aquello. El hombre que hablaba con el príncipe le dio un codazo y sonrió, mirando a Vita. El príncipe parecía confundido y complacido a la vez.

—¿Nos conocemos? —preguntó a Vita.

—Oh, no... señor... alteza —tartamudeó Vita—. Yo solo quería decir...

¿Qué le quería decir? ¿Qué tenía que decirle uno al príncipe de Gales? Se produjo un silencio significativo mientras el príncipe y sus amigos la observaban.

—Es muy descortés por mi parte —dijo, resolviendo que la única alternativa que tenía era la verdad—, pero verás, es que me he dejado llevar por... bueno... un desafío. —Sonrió con timidez y el príncipe soltó una carcajada.

—¿Un desafío?

—Sí, señor. Para... saludarle.

El príncipe se echó a reír otra vez, divertido con su incomodidad.

—Hola pues —dijo.

Vita alargó la mano. Él la cogió y la besó, mirándola a los ojos.

—Es un honor —respondió ella.

—El gusto es mío. ¿Cómo se llama? —preguntó, volviendo a centrar la atención en ella después de dedicar una ojeada a los presentes.

—Vita. Verity Casey. Mis amigos me llaman Vita.

—¿Y a qué se dedica, Vita?

—Soy diseñadora —respondió con aplomo—. De ropa interior femenina —precisó.

—¡Ah! —exclamó él, entre escandalizado y divertido.

Le dirigió una sonrisa y después Delysia concluyó la canción y la multitud estalló en gritos y vítores, y el príncipe desplazó la atención.

En ese momento, sin embargo, un hombre se adelantó con una cámara y, con un fogonazo de luz, la disparó hacia el príncipe, que sin pestañear siquiera dio un paso al frente para demostrar su aprobación. Debía de estar acostumbrado, pensó Vita, con la visión enturbiada por unos puntos luminosos.

Luego se agachó y retrocedió entre el gentío para reunirse con Nancy, que la miraba boquiabierta.

—¿Qué? ¿Qué te ha dicho? —le preguntó con entusiasmo.

Vita se echó a reír y miró hacia atrás para cerciorarse de que el príncipe no la miraba.

—Poca cosa. Solo... bueno... ¡Ay, Nancy!

No se acababa de creer lo que había ocurrido.

—Esto se merece una copa de champán —dictaminó Nancy, conduciéndola hacia las escaleras—. Ya verás cuando se enteren los chicos.

Agarradas una a la otra, atolondradas por lo que acababa de suceder, se dirigieron a la escalera, siguiendo los pasos de Delysia.

—¿No ha sido maravilloso? ¿El número de Delysia, me refiero? —comentó Vita, al ver a la vedette desplazándose de una mesa a otra para recibir felicitaciones.

—Podríamos hacer eso en el Zip. Somos buenas, claro, pero tenemos que subir el nivel. Podríamos plantearle al señor Connelly montar un espectáculo de variedades.

Vita se apartó para dejar paso a una pareja muy elegante que subía. Él llevaba frac, un fular de seda blanco enredado con mucho estilo en torno al cuello y un bastón con empuñadura de plata. Se detuvo, tocándose el sombrero para saludarlas. Tenía los ojos de un color avellana extraordinario, advirtió Vita, esforzándose por no demorar la vista en ellos.

—Buenas noches, señoras —dijo.

Aunque hablaba a las dos, mantuvo la mirada clavada en Vita y esta notó una presión extraña en el estómago. Nunca había sentido nada parecido.

Viéndolo alejarse, aspirando el perfume de la mujer, experimentó un punzante anhelo. Qué maravilloso sería estar en su lugar, estar con aquel hombre tan apuesto, con unos ojos tan asombrosos.

Entonces, al llegar a lo alto de las escaleras, el hombre se volvió a mirarla. Pareció tan sorprendido como ella de que estuvieran mirándose el uno al otro. Vita se mordió el labio, con una irreprimible sonrisa. Era como si compartieran un secreto, aunque no acababa de comprender de qué secreto se trataba.

—¡Ah, fijate! Igual podría ser el desconocido moreno —bromeó Nancy.

La señora Clifford-Meade

La señora Clifford-Meade, Lulu para las amigas, era una persona seria y directa. Aunque Vita le calculó algo más de cuarenta años, parecía muy moderna. Salió a recibirlas en la entrada de su tienda de Chelsea vestida con unos pantalones acampanados, chaleco y una blusa de volantes. Después de cerrar la puerta, mientras aún sonaba la campanilla, dio la vuelta al letrero dejando a la vista «Cerrado» y las hizo pasar al interior.

—Tu madre me mataría si supiera que estás aquí —dijo, besando a Nancy en la mejilla—. Y ni si te ocurra pensar que te voy a hacer nada, jovencita, cuando sabes tan bien como yo que tu madre no va a pagar.

Vita advirtió con agrado el afecto en el tono de la voz de Lulu. Estaba claro que también ella consideraba a Nancy como una fuerza que había que tomar en cuenta.

—Entonces no se lo digas.

—Y ya te avisé de que no trajeras a ese demonio de perro.

—Bah, Lulu, no seas mala con Wild —contestó Nancy, besando al perrillo, que llevaba en los brazos—. Esta vez se portará bien, te lo prometo. Bueno, esta visita es para presentarte a Vita, mi mejor amiga, de quien te hablé.

Vita sonrió, encantada de que Nancy la describiera como su mejor amiga.

—Eres la que habló con el príncipe de Gales —infirió Lulu, estrechándole la mano.

Captando el respeto que se evidenciaba en su mirada, Vita se alegró de que ese momento de osadía le proporcionara aquella popularidad. Entre sus compañeras no se había hablado de nada más que de su entrevista con el príncipe de Gales en el Café de París.

Examinó los maniqués dispuestos por el exiguo local, ataviados con hermosos modelos, entre los que destacaba un vestido rosa con aplicaciones de flores. Nancy le había explicado que la base del negocio de Lulu consistía en los modelos que diseñaba y que luego confeccionaban a medida las «señoritas» de la trastienda. Vita tuvo ocasión de observarlas en acción, cortando con destreza los patrones. Una de ellas estaba montando un exquisito traje de noche en un maniquí, admirando el efecto tornasolado que producía en la tela la luz que entraba por los ventanales.

Hipnotizada, Vita anhelaba quedarse a mirarla, pero Lulu las condujo a otra puerta que daba a un salón. Allí había una tarima alfombrada donde debían de exhibir los modelos de la ropa de Lulu, junto a la cual se encontraban varios sofás y sillones. Lulu tomó asiento frente a una mesa y sirvió té de una tetera metálica. Nancy trató de obligar a Wild a sentarse.

—No tengo mucho tiempo —advirtió Lulu—, así que será mejor que me expliques de qué va esto, Nancy. Pero si alguna de las dos busca trabajo, os diré de entrada que no tengo ninguna vacante.

—Oh, no, no se trata de eso —respondió Nancy.

Yendo directamente al grano, explicó que Vita había confeccionado un sujetador... primero uno para ella misma y después otro para Nancy... y que ella había dictaminado de inmediato que Lulu debía verlos. Vita notó que se ruborizaba cuando Nancy aludió a su «gran talento». Definitivamente, era una vendedora de primera.

—Podría mandarlo hacer a mis costureras —planteó Lulu, recogiendo los impertinentes que llevaba colgados para examinar el sujetador que Vita acababa de sacar de una bolsa.

Al verlo en la mano de Lulu, se dio cuenta de que su iniciativa no debía de presentar un aspecto muy profesional.

—Pero Vita tiene el patrón —puntualizó Nancy, señalando a Vita para dar peso a sus palabras—. Ya los han probado y usado varias personas.

—La confección de cada prenda es delicada —reconoció Vita—, pero procuro que todas se adapten bien al tipo de quien lo lleve.

—A mí me encantan los míos —aseguró Nancy—. Viniendo de mí, es un gran halago, porque ya sabes lo quisquillosa que soy. Esta es una prenda de futuro.

—Como ya sabes, yo corto mis chaquetas y vestidos de tal manera que limiten la amplitud de movimiento.

—Pero nosotras queremos movernos —objetó Vita—. Eso es lo que hacemos en el Zip Club todo el día. Y queremos sentirnos libres... y también seguras, claro.

Nancy hizo levantar a Vita del sillón.

—Se lo vamos a enseñar.

Lulu observó riendo, con una mano apoyada en la cara, el fragmento del número que ejecutaron Nancy y Vita. Wild dio unos ladridos de aprobación y Nancy lo cogió y se volvió a sentar con él.

—La pobre Vita iba ceñida como una momia para evitar que la delantera le bailara de mala manera, antes de que confeccionara su sujetador secreto —explicó Nancy—. Y ahora no hay más que verla.

—Sí, ya entiendo —dijo Lulu, con una carcajada—, pero mis clientas no bailan cada noche en un cabaret.

—Pero podrían, si tuvieran el soporte adecuado. ¿No crees que todas querrán un poco de esa

misma libertad de que disfrutaban las chicas del Zip Club?

Lulu levantó las manos para hacerla callar.

—¡Me rindo! —concedió con un hondo suspiro—. Te haré una prueba. Genevieve, mi ayudante, te dará las medidas de cinco de las señoras que voy a ver la semana próxima. Tráeme cinco sujetadores. Si son del agrado de alguna de ellas, te haré un encargo para que hagas más y los venderé en la tienda. Y te pagaré, claro está.

—¿Y esperas que la pobre Vita trabaje sin fijar una tarifa? —objetó Nancy con un mohín.

—Por supuesto que sí, Nancy. ¡Cómo sois los americanos!

—Le estoy muy agradecida, de verdad —declaró, por su parte, Vita.

—Esperemos que Lance Kenton no sea tan rata —dijo Nancy a Wild.

Lulu volvió la cabeza.

—¿Lance Kenton? ¿Te refieres al de los almacenes W&T?

—Ah, ¿no te lo había dicho? —contestó Nancy—. En W&T están entusiasmados con los sujetadores de Vita.

Vita se disponía a contradecir a Nancy, pero esta la contuvo reclamándole silencio con una mirada, mientras se levantaban para irse. Cuando Lulu le estrechó la mano, Vita captó que la táctica de Nancy había dado resultado.

—Eres una vendedora extraordinaria —le susurró Vita.

—Ya lo sé. ¿A que formamos un equipo sin igual?

Una vez más, Vita sintió un acceso de tristeza, al pensar que Nancy se iba a marchar a París.

La llamada telefónica

Apojado en el bastón en la oscuridad del pasillo, Clement apretaba el frío auricular de baquelita negra contra la oreja. La llamada de Rawlings había interrumpido el desayuno.

—¿Cree que podría ser ella? —volvió a preguntar.

La línea crepitaba de una manera desconcertante. Sabía que Martha debía de estar escuchando.

—Concuerda perfectamente con la descripción. Aquí tengo la dirección. La he visto entrar en el edificio. ¿Quieren que llame a la policía para pedir que la acompañen a casa? —consultó Rawlings.

Clement sintió una bocanada de esperanza en el pecho ante la perspectiva de poder atrapar a su hermana.

—No, no será necesario. Quédese allí y manténgala vigilada. Sígala y averigüe adónde va. Yo mismo acudiré a buscarla.

La puerta del salón se abrió cuando colgaba y Clement tuvo la instantánea certeza de que su madre había oído la conversación.

—¿Son buenas noticias, cariño? —preguntó tímidamente.

Tenía un canario en la mano y acariciaba su plumaje amarillo. El animal daba unos trinos disonantes, como si quisiera echar a volar, pero su madre lo mantenía bien sujeto.

—La han encontrado —respondió Clement, echando a andar hacia las escaleras—. Voy a ir a por ella.

—¿Dónde está?

—En Londres.

—¿En Londres? —A Theresa Darton se le escapó un asomo de vehemencia en el tono de voz—. ¿Tan lejos?

Clement se volvió hacia su madre y en su expresión percibió algo extraño. Más que sorprendida, parecía como si estuviera orgullosa de que Anna hubiera llegado hasta allí.

—Sí, pero la voy a traer a casa. Y entonces se arrepentirá de habernos tenido tan preocupados.

El mensaje del señor Connelly

—Ya está —dijo Vita, con la lengua entre los labios, mientras retorció el último fragmento de alambre de la cascada de plumas que había creado para los trajes del espectáculo de esa noche.

La tendió a Percy, que la sujetó a la espalda del corpiño.

—¿Y qué se supone que son estas plumas? —preguntó, recelosa, Edith.

Vita omitió decirle que el diseño del vestuario del próximo número estaba inspirado en el loro de la vidente Alice. Desde que Jerome había interpretado la música de jazz con aires latinoamericanos en la que se basaba la coreografía, el tema había cobrado vida propia.

—De Latinoamérica.

—Pues parezco un pájaro —criticó con desdén Edith.

—De eso se trata. Más arriba —indicó Vita—, para que caiga por detrás, ahí. —Señaló la cabeza de Edith.

—Yo creo que queda genial —alabó Percy, retocando la posición—. Eres muy lista, Vita. Son muy vistosos. Como no tenga cuidado, me vas a robar el puesto.

—¿Quién le va a robar el puesto a quién? —dijo Nancy, entrando a coger sus zapatos de baile—. ¡Oh! ¿Son para esta noche? —preguntó, distraída por Edith, que se miraba con aprensión en el espejo—. Son espectaculares. ¿Vamos a llevar todas un plumero así? —Por la mirada que le dirigió, Nancy dedujo que Edith lo había interpretado como un comentario sarcástico, de modo que le dirigió una mueca a través del espejo—. Hablo en serio. Por una vez, podrías decir algo agradable.

—Gracias, Percy —dijo Edith en tono conciliador.

—Ha sido todo idea de Vita —precisó Percy, levantando las manos—. No pensaba que lo fuera a acabar a tiempo. Esta chica es capaz de obrar milagros.

—Bueno, por poco no lo consigo —confió Vita, riendo—. Solo he dormido un par de horas. Después de la función, me voy a ir directa a la pensión. Hacer los trajes ya es duro, pero con los sujetadores para Lulu, estoy muerta.

Notó que Edith erguía la espalda. En ningún momento había disimulado su desaprobación por lo que ella llamaba «la pequeña industria rural» de Vita. Le molestaba que las chicas estuvieran tan

entusiasmadas con las prendas.

—No sé para qué pierdes el tiempo, Vita —dijo, inclinándose hacia el espejo para retocarse el pintalabios—. Nadie se va a tomar en serio ese, digamos, «negocio».

Con un despectivo bufido, abandonó la habitación, haciendo vibrar las plumas a su espalda.

—Está celosa —afirmó Percy.

Vita se sentía, no obstante, mortificada. Edith tenía razón. ¿Quién la iba a tomar en serio? Estaba muy bien eso de que Nancy anduviera por ahí haciendo aspavientos, esperando que todo el mundo le hiciera favores, pero en el mundo real los negocios no funcionaban así.

Entre bastidores, la irritación de Edith fue en aumento cuando Jack Connelly pasó revista a las coristas.

—Magnífico —elogió con franqueza, impresionado—. Muy bien, Vita. Muy imaginativo.

Edith frunció el ceño, pero Vita le correspondió con una sonrisa. Era molesto que siempre se diera aquellos aires de superioridad. No tenía por qué ser tan sarcástica, pensó Vita. Se veía que la relación entre ella y el señor Connelly funcionaba bien y la había promovido al rango de vedette del nuevo número de revista que ensayaban.

—Quiero que todas salgáis a la sala después. No hay excusas que valgan —añadió, apuntándolas con el puro habano—. Hay algunos admiradores vuestros, que han preguntado especialmente por ti, Vita.

—¿Ah, sí? —dijo, con cara de extrañeza.

No tuvo tiempo de preguntar más detalles, porque les dieron la indicación para salir a escena.

El señor Connelly dio una palmada en las nalgas de Edith mientras pasaban bailando delante de él.

—Yo nunca dejaría que un hombre exhibiera mis emociones de esa forma —susurró Jane.

—Yo tampoco —convino Vita—. No sé para qué necesitamos a los hombres.

Nuevos admiradores

El número causó sensación, a juzgar por los aplausos, pero privó a Vita de los últimos vestigios de energía. Después de la función, sin apenas molestarse en quitarse el maquillaje, se puso el vestido más viejo que tenía en el camerino. Luego se dirigió a la sala arrastrando los pies detrás de Nancy.

—Estoy cansadísima —gimió—. No quiero conocer a nadie.

—Bah, ánimo —dijo Nancy, sonriendo—. Ya dormirás cuando estés muerta. Veamos qué quiere el viejo Connelly y después nos iremos en taxi al Blanchard's.

El señor Connelly estaba instalado en un palco de cuero rojo en la parte del fondo, con una cubitera y dos botellas de champán en la mesa. Edith, acicalada con un vestido azul, permanecía sentada a su lado, con actitud de recato y aire satisfecho. Vita se arrepintió de no haberse esmerado más en su apariencia.

Los otros invitados, de espaldas a ella, imitaron a Jack Connelly cuando este se puso en pie, con falsos aires de afabilidad.

—Ah, ahí llegan. Chicas, querría presentarles a unos admiradores. Este es el señor Archie Fenwick y...

Vita no oyó el resto, porque en cuanto se dio la vuelta, supo que era él. El hombre del Café de París.

Se quedó mirándole, incapaz de hablar por un instante, con una rara sensación en el estómago y una presión en las entrañas que no había sentido desde que estuvo en la bañera con Nancy. Tomó conciencia de que se estaba ruborizando.

—Hola —dijo él.

Por espacio de un segundo, fue como si el resto del local se difuminara y solo existiera su cara, su voz... su sonrisa. Tenía aquellos extraordinarios ojos que tanto la habían atraído la primera vez que lo vio, y unos pómulos altos, con un lunar en el lado izquierdo de la cara. Lo que más le llamó la atención fue, sin embargo, la boca. Tuvo que forzarse para no detener la vista en sus labios.

—Vamos, preséntate —la animó el señor Connelly con una carcajada.

—Soy Vita. Vita Casey —dijo.

Su voz le sonó extraña mientras él le tomaba la mano y la estrechaba.

—¿Querría concederme este baile, señorita Casey? —pidió Fenwick, sin soltarle la mano.

Vita ni siquiera tenía conciencia de que hubiera música. Él la condujo hasta la pista de baile y, tomándola con soltura entre los brazos, se sumó con ella a la densa clientela que bailaba un foxtrot lento.

Era un bailarín experto, advirtió Vita. Claro que una persona como él debía de haber practicado mucho, se dijo. Se acordó por un instante de la fiesta de Annabelle y de los innumerables hombres que había conocido allí, pero ninguno era ni por asomo tan deslumbrante como Archie Fenwick. También le vino a la memoria la mujer con quien lo había visto en el Café de París. Seguro que estaba comprometido. ¿Cómo podía estar soltero un adonis como aquel?

Lamentó con rabia no haberse puesto el vestido verde, en lugar de ese tan soso de color gris, y no haberse retocado el maquillaje.

—Ya la había visto antes —dijo él.

—Lo sé. Pero no nos conocemos.

—Es como si nos conociéramos ya. Claro que durante esta semana he venido a verla tres veces.

Lo dijo con tono tan impasible que Vita se echó a reír. Luego echó la cabeza atrás para mirarlo directamente a la cara.

—¿Tres veces?

—Desde luego. Desde que me di cuenta de que era usted, no he sido capaz de dejar de venir.

¿Estaría bromeando? Seguro que sí. Al ver, no obstante, la tímida sonrisa que le dirigió, se dio cuenta de que hablaba en serio.

—Apuesto a que yo mismo podría empezar a ejecutar de memoria su número.

—Es halagador —dijo ella—. Creo... —puntualizó.

Él sonrió, haciéndola girar entre sus brazos.

—¿De veras me ha estado buscando? —quiso cerciorarse.

—Desde que la vi en esa escalera he intentado localizarla entre todas las bailarinas de Londres. La oí hablar de eso con su amiga, ¿comprende?

Posó la mirada en su mano, cerrada en torno a la de ella, como si tocara algo muy preciado.

—Estoy segura de que hay espectáculos mejores en la ciudad —comentó ella.

—Es posible, pero en ellos no actúa usted.

Se mordió el labio, asombrada por el cumplido. Hablaba con toda sinceridad.

—Bueno, pues ya me ha encontrado.

—Sí —dijo.

Cuando sonrió, ella percibió el aspecto que debió de tener de niño.

Con cada minuto que pasaba entrelazada con él, se incrementaba la palpitación en su interior. Nadie le había prestado atención para tratar de encontrarla, o para acudir a verla especialmente a

ella. Dejó transcurrir unos segundos, para hacerse cargo de aquella desasosegadora sensación. Si Archie Fenwick había sido capaz de localizarla con tanta facilidad, ¿qué ocurriría si sus padres empezaban a buscarla? Tal vez era errado su convencimiento de haber encontrado una ingeniosa manera de ocultarse.

Siguieron bailando por la pista, pero la canción tocaba a su fin.

—¿Le importaría que le contara un secreto? —dijo él.

—Puede decirme lo que quiera —contestó con desenvoltura, disimulando la euforia que le producía la idea de que quisiera compartir algún tipo de secreto con ella.

La música paró y la orquesta se preparó para el siguiente tema. Vita seguía entrelazada con él. A su alrededor, todo el mundo se movía, pero ellos permanecían quietos.

—Verá, el caso es que...

—¡Eh, Vita, es nuestra canción favorita! —los interrumpió Nancy, cuando la orquesta tocó un conocido tema de jazz—. Luego cogió a Vita del brazo, apartándola de Archie—. Es nuestra canción —le gritó cuando ya se alejaban de él.

Para Vita fue una separación desgarradora. No podía culpar a Nancy, porque al fin y al cabo era uno de sus bailes preferidos, pero cuando Nancy proyectó la pierna hacia arriba y después se volvió para hacer chocar con provocativa actitud la cadera con la suya, se sintió incómoda.

—«Tienes una preciosa carita de niña» —cantaba Nancy.

En lugar de cantar con ella, Vita observó cómo Archie daba un paso atrás, para irse de la pista.

Se preguntó si no estaría arrepintiéndose de lo que le había dicho. Se percataba de que estaría pensando que la persona que él creía que era no se correspondía con la atrevida corista que tenía delante. Vita le dedicó su más espléndida sonrisa de chica del espectáculo, pero él agachó la cabeza, sin corresponderla.

Con el entrecejo fruncido, Nancy también parecía confusa.

—Vamos, nena —la animó con una mirada de duda burlona, poniendo aún más ardor en sus pasos.

Vita se dio cuenta de que no tenía alternativa. Sonrió a Nancy, intentando aplicarse en el baile, aunque no le interesara. Archie dio media vuelta y se alejó de la pista.

¿Cuál sería el secreto? ¿Qué había estado a punto de decir? ¿Algo relacionado con ellos? ¿Con los sentimientos que albergaba hacia ella? Estaba segura de que era eso. El momento había quedado atrás, sin embargo, y era como si se hubiera erigido una barrera entre ambos.

Trató de localizarlo, hasta que vio surgir su cabeza más atrás, entre la gente. ¿Se dirigía a la puerta? ¿Se iba a marchar?

—Ay, me encanta esta canción —exclamó Nancy.

Al ver que lanzaba un beso en el aire destinado a Jerome, que dirigía la orquesta, Vita se preguntó malhumoradamente si no le habría pedido que la tocara, con la intención de apartarla de

Archie.

—Me tengo que ir —dijo a Nancy.

—¿Irte adónde? Quédate, vamos.

—Solo un momento —precisó Vita, antes de empezar a abrirse paso precipitadamente entre la gente.

Vio la nuca de un hombre, Archie seguramente, en las escaleras que conducían a la salida.

—Señor Fenwick —lo llamó—. Espere...

Cuando llegó a su altura, se inclinó hacia ella.

—Lo siento mucho, señorita Casey —dijo, elevando la voz para que fuera audible entre la música—. Acabo de ver la hora que es. Me tengo que ir.

—¿Se tiene que ir? —preguntó—. Pero...

—Ha sido un placer volverla a ver.

Después de tocarse la punta del sombrero, con la mirada esquiva, empezó a subir de dos en dos los escalones hasta llegar a la puerta, y Vita se quedó con la mirada perdida delante del espacio que había ocupado. Se planteó seguirlo, pero era evidente que estaba ansioso por irse, por alejarse de ella.

Abatida, trató de sonreír cuando Nancy le llamó la atención, invitándola con ademanes a reunirse con ella en la pista. En lugar de ello, volvió a la mesa donde se encontraban el señor Connelly y Edith.

—¿Quién diablos era ese hombre con el que estabas bailando? —preguntó Nancy, que acudió a reunirse con ella en la mesa, recomponiéndose jadeante la disposición de las lentejuelas del vestido—. Parecía tremendamente serio.

—Archie Fenwick —respondió con suficiencia Edith—. Por lo visto, su familia era antes propietaria de la mitad de Gloucestershire. Forma parte de la categoría de los que han ido al colegio de Eton. Es de esa clase de tipos.

Con el tono y la mirada de soslayo que dedicó a Vita, manifestó de forma tajante su opinión de que un antiguo alumno de Eton quedaba muy por encima de sus posibilidades.

—¿Qué clase de tipos?

—Ya sabes, de esos que siempre utilizan a la gente.

Vita reaccionó con irritación. Le molestó que Edith diera a entender que Archie la estaba utilizando de alguna forma, solo porque era rico. En todo caso, no parecía pertenecer en absoluto a esa clase de «tipos».

—Parecía muy encandilado contigo —comentó Nancy, dándole un codazo en las costillas.

«Y tú lo has echado a perder», le dieron ganas de replicar.

—Sea como sea, si ha venido aquí, no hay duda de que debe de buscar algo —dijo Edith.

«¡Mira quién fue a hablar!» Ella, que no tenía inconveniente en alardear de su relación con el

señor Connelly, no era la persona indicada para insinuar que Vita o cualquiera de sus compañeras fueran casquivanas.

Excusándose, Vita se levantó de la mesa e indicó con un gesto a Nancy que la siguiera hasta la barra. No quería oír las opiniones de Edith sobre Archie Fenwick. Quería retener todo lo que había dicho y la sensación que había experimentado cuando la tenía rodeada con sus brazos. Pero ¿por qué la había dejado?

Costuras perfectas

Frente al espejo del cuarto de Percy, Vita examinó sus ojeras mientras retiraba los restos de maquillaje de la noche anterior. Se habían quedado hasta tarde en el club. Ella tenía la esperanza de que Archie fuera a volver. No había sido así, no obstante, y el resultado fue que bebió demasiado y sucumbió a la tentación de tomar unas cuantas pizcas del «polvo regenerador» de Nancy a fin de mantenerse despierta.

Ahora se sentía sucia. Su relajó en la fiesta entraba en contradicción con la clase de chica que quería ser para Archie. Nancy había sido muy persuasiva, sin embargo.

Vita cruzó los brazos y, a través de la ventana, dirigió la mirada hacia el cielo blanco. Se preguntó qué estaría haciendo Archie en ese momento. Si estaría en Londres. Si estaría mirando las mismas nubes. ¿Habría pensado en ella desde que se marchó del Zip?

Sin poderlo evitar, repasaba una y otra vez los detalles de su encuentro. Si se había tomado tantas molestias para encontrarla, ¿por qué se había ido tan apresuradamente? Era evidente que le había fastidiado la interrupción de Nancy, pero, aun así, era muy extraño. Solamente habían bailado. A todos los demás parecía haberles encantado el número que habían interpretado. ¿Por qué entonces Archie no les había prestado ninguna atención?

Quizá desaprobaba el grado de amistad que la unía con Nancy. O tal vez era la clase de persona que no le permitiría tener amigos y querría tenerla celosamente vigilada. En ese caso, no era el hombre indicado para ella.

«Como si yo tuviera la opción de elegir.» Una vez más, se sorprendía entrando en el terreno de la fantasía.

Edith estaba en lo cierto. Archie Fenwick quedaba fuera de sus posibilidades. Y, tal como había dicho, probablemente buscaba lo mismo que todos. Pero Archie no era así. No podía ser así.

Aun consciente de que se estaba dejando llevar por la vertiente romántica más rancia de su persona, no podía evitarlo. ¿Por qué se había asustado tanto? ¿Por qué la había dejado?

—Para ya —le dijo Percy, mirándola por encima del borde de las gafas.

—¿El qué?

—Ese hombre con el que bailaste. Se nota que todavía estás pensando en él.

Vita se dio la vuelta para mirarlo. Cosía junto a la mesa baja, con las piernas bajo la máquina de coser. Percy la miró a su vez y luego se puso un alfiler en la boca, antes de agachar la vista hacia la pata fijadora. Era un alivio poder hablar de Archie con Percy. A Nancy nunca podría decirle cómo se había sentido, pero parecía que Percy lo comprendía.

—Es que... no es posible que me hubiera estado buscando entre todas las coristas de Londres. Lo decía solo para halagarme, igual como seguramente halaga a otras muchas mujeres.

Percy se mostró de acuerdo mediante un gruñido. Luego, durante un minuto, se oyó el murmullo de la máquina de coser.

—O sea, que debo olvidarme de él. Ya lo sé. Ya sé que tienes razón. Pero es que era tan guapo, Percy.

—La apariencia no lo es todo —señaló él con ironía.

—Ya sé, pero... Nunca había sentido algo así, como lo que sentí cuando bailamos juntos.

—Si tiene que ser, será —sentenció Percy.

—¿De veras lo crees?

—Por supuesto que sí. Yo creo a pies juntillas en el destino.

—Yo quiero creer en el destino —dijo Vita, con un suspiro—. De verdad, pero lo cierto es que... se marchó.

—Volverá.

—¿Tú crees?

—¿Por qué no iba a volver? Tú eres guapísima.

La seguridad con que Percy lo afirmaba le levantó muchísimo el ánimo.

—A mí me parece que Nancy lo espantó.

—Nancy espantaría a cualquier hombre. Es terrorífica. Y te protege como un sabueso.

Era extraño oír hablar de esa forma a Percy a propósito de Nancy, como si no tuviera buen concepto de ella. Vita casi estuvo a punto de confesar que, a veces, sentía como si Nancy quisiera más de ella de lo que estaba dispuesta a dar.

—Quiere que me vaya a París con ella.

—¿Ah, sí? —Percy no parecía muy entusiasmado con la idea.

—Bueno, evidentemente no me voy a ir —aclaró—. No me voy a ir de aquí, ni ahora, ni nunca.

—Perfecto —aprobó Percy. Después se concentró un momento en su labor—. Más vale que los del Folies Bergère estén atentos, si Nancy anda suelta por allí. —Incluso Vita había oído hablar de la famosa sala de espectáculos parisina—. En cuanto llegue, va a buscar complicaciones, fijate bien lo que te digo.

—No parece que tengas muy buena opinión de ella.

—Nancy es una de esas personas aficionadas a hacer estallar las cosas y después dejarlo todo hecho un desastre tras de sí. —Efectuó un gesto para imitar el estallido de una bomba—. Como

esto, por ejemplo. Nos enredó para que hiciéramos sujetadores para su modista y, aunque lo consigamos y nos haga otro pedido, seguiremos estando en la cuerda floja, como si todo fuera a cambiar.

—¿Cambiar de qué forma?

—No estoy seguro y eso es lo que me preocupa. De por sí, ya encuentro bastante estresante llevar a cabo mi trabajo —confesó.

—¿No quieres participar en Tela Fina?

Vita no pudo evitar que el pánico se trasluciera en su voz. Había creído que eran socios, a partes iguales. Había olvidado lo ocupado que estaba Percy.

—Vita, estoy dispuesto a hacer lo que haga falta para ayudarte, pero la verdad, esto es una creación tuya, no mía. ¿Es eso lo que quieres?

—Sí, Percy. En serio. Lo necesito.

—En ese caso, será mejor que nos pongamos manos a la obra.

Vita se acercó para examinar las costuras de los picardías que estaba cosiendo. Ella misma había insistido en que los nuevos sujetadores causarían mejor sensación si se presentaban como un conjunto, decidida a esforzarse al máximo para impresionar a Lulu.

Percy levantó la palanca de la máquina de coser y observó las delicadas prendas.

—Ay, Percy. Eres una maravilla. Qué costuras más perfectas.

—Eso de confeccionar uniformes de enfermera en la guerra al final también tiene sus ventajas.

Vita alargó las manos, sonriendo.

—Dámelas. No puedo esperar más. Las voy a probar con el sujetador.

Vita notó una confianza renovada, una fuerza que emanaba de su unión con Percy. Ella tenía talento, ¿no? Aunque fuera con la ayuda de él.

Si lograba impresionar a la señora Clifford-Meade con aquella remesa de sujetadores, tal como preveía, a juzgar por la profesionalidad de Percy, era posible que le encargara más y, lo que era más importante, que le pagara. Entonces podría realmente forjarse un camino, aunque no supiera muy bien hacia dónde. En todo caso, de repente tuvo la impresión de que tal vez Nancy estuviera en lo cierto y de que tenía ante sí un futuro lleno de posibilidades.

La chica

Clement detestaba la capital. Bueno, más bien detestaba ciertas partes de la ciudad... como aquella calle abarrotada de coches y carruajes, con todo ese ruido. Caía una molesta llovizna y la luz de las farolas parpadeaba.

¿Cómo había sobrevivido su hermana durante tanto tiempo allí?

Debía de haber encontrado un trabajo, supuso, aunque por lo que él sabía, Anna no tenía ninguna habilidad particular. Quizá había aprendido a las duras: que la única manera de ganar dinero era vendiendo su cuerpo.

De todas formas, daba igual si había cobrado un poco de experiencia. Arkwright no se iba a enterar. Él solo quería carne fresca, y la carne fresca con un poco de vida dentro era siempre la mejor.

Clement sacó el cuaderno del bolsillo y volvió a cotejar la dirección, escrutando la hilera de edificios. Rawlings se había reunido con él en la estación y le había asegurado que había visto a Anna allí, tan solo una hora antes, y que no había salido del edificio. Incluso le había especificado que su habitación estaba en el último piso.

Llamó a la puerta, pero en ese momento preciso esta se abrió dando paso a dos jóvenes que salían.

—¿Necesita algo? —preguntó una, de pelo rubio y cara bonita.

—Estoy buscando a Anna —repuso, con gesto complaciente.

—¿Anna?

—Es mi hermana.

—Ah, bueno, en ese caso, puede subir. Es en el piso de arriba. Pero si ve a la casera, no le diga que le hemos dejado entrar.

—Descuiden. Que tengan un buen día —les deseó, sonriente, Clement.

Se quedó mirando a las dos mujeres mientras bajaban los escalones de la entrada. La del pelo rizado se volvió a mirar y él se llevó la mano al sombrero.

A continuación entró. A juzgar por el olor, alguien estaba cocinando un potaje con tocino, y a través de las paredes le llegaba un sonido de música. Avanzó, ayudándose con el bastón, y

enseguida en su pecho floreció la esperanza, cuando vio el abrigo de su madre colgado del gancho del pasillo. Lo palpó y en el bolsillo localizó la gorra roja de Anna. Al olerla, advirtió un largo cabello oscuro enredado en el cierre. Después desplazó la mirada hacia las empinadas escaleras.

—Ya te tengo —susurró, acariciando la pequeña barra de hierro que llevaba en el bolsillo del abrigo.

La entrega de los artículos

Al final resultó que la señora Clifford-Meade estaba con una clienta cuando Vita llegó para entregar los sujetadores y los picardías, de modo que tuvo que esperar un rato en la tienda. Nancy, mientras tanto, paseaba a Wild por los alrededores.

A Vita no le importó esperar e incluso se alegró de poder estar sola, sin Nancy. Sentada allí, con la bolsa de tela en el regazo, experimentaba una mezcla de orgullo y nerviosismo. ¿Quedaría tan impresionada Lulu como esperaba ella?

Una vez en la trastienda, Vita fue presentando, uno por uno, los sujetadores y Lulu los inspeccionó atentamente, con ayuda de los impertinentes.

—Ha hecho un excelente trabajo.

—Me alegra que lo considere así —repuso Vita, consciente de que el elogio correspondía a Percy—. Me he tomado la libertad de hacer unos picardías a juego.

—¿A juego? —dijo Lulu, con tono de sorpresa.

—¿Por qué no? Yo los encuentro preciosos, ¿usted no? Me parece bonito eso de tener un conjunto. A mí, en todo caso, me gustaría tener unos picardías a juego.

Lulu asintió, impresionada.

—Vamos a ver qué opinan mis clientas, aunque tengo la impresión de que habrá una gran demanda.

—Puedo hacerle más. Cuando quiera.

—Es usted una joven ambiciosa, ¿verdad?

—No tengo la intención de seguir siendo corista —repuso—. Quiero hacer algo en este sector, algo propio, como diseñar esto. Creo que he encontrado una pasión. Ya sé que parece tonto.

—Para nada. La pasión y el trabajo duro forman una combinación ideal. Y también hay que tener audacia. ¿Sabe? Uno de sus conjuntos va a ser para Amelia Grey. ¿Sabe quién es?

Vita negó con la cabeza.

—Es una sufragista, muy audaz precisamente. Siempre dice que uno tiene que derribar las puertas para conseguir lo que quiere.

Vita se regocijó de que algo que ella había creado fuera a ir a parar a una persona como la señora Grey.

—Y ahora, le voy a pagar. ¿Ha decidido un precio?

—Bueno, ya sé que usted misma podría confeccionarlos —reconoció, con nerviosismo, Vita—. También sé que otra gente tiene surtidos de sujetadores...

—El precio, Verity —reclamó Lulu—. No tiene por qué justificarse conmigo. Estoy convencida. Si quiere ser una mujer de negocios, actúe como tal.

Vita se echó a reír, abochornada.

—Bueno, en ese caso...

Precisó el precio que habían estado barajando con Nancy, cruzando los dedos, y Lulu no puso reparos.

—Es un placer hacer negocios con usted —aseguró, mientras le entregaba los billetes que había sacado de la pequeña caja de metal que guardaba en su escritorio—. Y aquí tiene un anticipo —añadió, agregando unos billetes suplementarios—. Quiero más, todos los que pueda confeccionar.

Cuando salió de la tienda de la señora Clifford-Meade para ir a reunirse con Nancy cerca de W&T, Vita sentía lo mismo que aquella mañana en que había despertado en el tren, como si tuviera la vida ante sí, a su disposición. Solo tenía que agarrarse, resistir y tomar impulso, durante todo el tiempo que pudiera. Durante todo el tiempo que tuviera por delante.

¿Y si al final tenía más tiempo? ¿Y si su reinención había dado resultado? ¿Y si era real? ¿No podía ser Vita Casey algo más que una simple corista y llegar lejos?

Había estado obsesionada pensando en Anna Darton y en la posición a la que había renunciado, en la repercusión que ello tenía, en el hecho de que nunca podría estar con alguien como Archie Fenwick.

Aquello, sin embargo, pensaba observando su reflejo en el escaparate de una tienda mientras esperaba a Nancy, palpando el bulto de su monedero, aquello suponía un cambio radical. Podía llegar a ser alguien por sí misma, como empresaria. Sí, sería duro, pero no importaba. Trabajaría para lograr el éxito. Y después podría viajar. A París... a Nueva York... Aquellos sueños podían hacerse realidad. Tal vez...

Vio a Nancy, que doblaba la esquina, tirando de la correa de Wild.

—¿Qué? —consultó.

Vita respondió con una resplandeciente sonrisa.

La señorita Proust

—Señorita, lo siento mucho, pero no se admiten perros —indicó el portero a Nancy, en cuanto empujaron las puertas giratorias de los almacenes W&T.

—Tenemos una cita con Lance Kenton —replicó Nancy, como si el hombre desvariase—. No vamos a tardar mucho. —Se detuvo para mirarlo de nuevo—. ¿Cómo se llamaba su secretaria? ¿La señorita...? Ay, Vita, ¿cómo se llama? Está en el quinto piso, ¿no? —consultó al portero.

—¿Se refiere a la señorita Proust? —respondió el hombre—. Sala seis. En el séptimo piso.

—Gracias, es muy amable —dijo Nancy, exagerando su acento americano, mientras apoyaba la mano en su solapa y le introducía un billete en el bolsillo.

—¿Estás segura de que esto es factible? —preguntó Vita, mientras Nancy dejaba atrás al ruborizado portero, caminando con paso decidido hacia el ascensor, zigzagueando entre los clientes.

El elegante vendedor que mostraba un sombrero de fieltro a un caballero las saludó con deferencia cuando pasaron.

—Le sienta bien —alabó con descaro Nancy.

Estaba utilizando su estratagema habitual, que consistía en actuar como si fuera la dueña del lugar, pensó Vita. Aunque sabía que debería avergonzarse, o cuando menos pedirle que parase, encontraba magnífica la confianza de Nancy.

Aun así, se arrepintió de haberle contado lo que la señora Clifford-Meade había dicho a propósito de la señora Grey y la necesidad de derribar las puertas. Nancy, que parecía tomárselo al pie de la letra, había insistido en que debían pasar a la acción aprovechando que tenían el viento a su favor.

En los almacenes, captaron la atención de Vita los mostradores que exhibían unos preciosos broches de porcelana y una sección surtida con una gran variedad de sombreros. En el mostrador había un jarrón de abigarradas plumas. A Percy le encantaría estar allí.

—Vamos, sígueme —indicó Nancy, prosiguiendo su camino hacia el ascensor, al lado de unas mujeres muy arregladas que se probaban sombreros.

—Pero no podemos llegar allí y exigir una entrevista sin más —musitó Vita.

—¿Por qué no? ¿Tú eres, sí o no, la chica que habló con el príncipe de Gales y le dijo que diseñabas ropa interior? —preguntó Nancy, con evidente regocijo.

—Sí, pero...

—¿Y la chica que acaba de recibir un segundo pedido de una de las modistas con más gusto de la ciudad?

—Sí.

—Pues ya está —concluyó Nancy.

Luego salió con andar imperioso del ascensor y, tras buscar el número de la oficina del señor Kenton en el panel del pasillo, siguió adelante. Al llegar a la puerta número seis, que era de vidrio, la empujó directamente, sin llamar.

—¿La puedo ayudar en algo? —preguntó, detrás de un gran escritorio de madera, la secretaria, con los dedos suspendidos sobre una reluciente máquina de escribir negra.

Sin dar la menor muestra de nerviosismo, Nancy hinchó el pecho, cambiando la posición de Wild bajo el brazo.

—Ah, señorita Proust, justo pasaba por aquí con mi última protegida —dijo con altanería—. No sé si habrá oído hablar de la gama Tela Fina, pero, sabiendo cómo es Lance, se trata del tipo de producto que querría conocer antes que nadie.

La secretaria parecía desconcertada. Estaba claro que se esforzaba en hacer memoria para identificar a Nancy.

—¿Está aquí Lance? —preguntó Nancy, alargando el cuello para mirar a través del vidrio esmerilado de la oficina contigua.

—¿Las está esperando? —quiso cerciorarse, claramente intimidada, la señorita Proust.

—No. Es una visita improvisada.

—Lo siento mucho, pero no sé si el señor Kenton dispone de tiempo para atenderlas.

—Ah, qué lástima —exclamó Nancy con un bufido, como si estuviera muy decepcionada—. Ahora que estábamos aquí... Volveremos, de todas formas. Eh, Verity, cariño, ¿qué día era que teníamos la cita en Selfridges?

Clavó los ojos en los de Vita, instándola a seguirle la corriente.

—¿No era... el miércoles? —aventuró esta.

—¡Ah, sí! El miércoles. Eso es —fingió Nancy.

La señorita Proust las miró de hito en hito y después empezó a pasar las hojas de una voluminosa agenda.

—¿Por qué no vuelven usted y su... socia...?

—Verity. Verity Casey —intervino Vita, alargando la mano, que la secretaria estrechó débilmente.

—Sí... bien, por qué no vuelven otra vez. Digamos... —Dio la vuelta a la agenda, de modo que

Vita pudiera ver las páginas, llenas de citas—. Hasta mayo no hay nada. ¿Qué les parece entonces? ¿El jueves trece, a las doce, les conviene?

—El trece. ¿No trae mala suerte? —objetó Nancy.

—Solo para algunos —dijo Vita, antes de sonreír a la señorita Proust. Aquello le daba un mes de margen. No era mucho, pero resultaba factible—. Resérvenos esa hora —confirmó.

Rosas

Después de aceptar la cita, Vita pasó los días siguientes inmersa en un torbellino, alternando entre el pánico y la exaltación. Si por una parte Percy quedó encantado de que la señora Clifford-Meade estuviera tan complacida con el pedido, por la otra lo alarmó que Vita hubiera pedido cita para presentar Tela Fina en los almacenes W&T.

—Pero tendremos que presentarnos como una empresa de verdad —adujo.

—Ya lo sé, pero lo podemos conseguir.

—¿Sí?

—Si no dormimos. Uy, Dios mío, fíjate en la hora que es. Si no me marcho ahora mismo, llegaré tarde a la función.

Vita se desplazó a toda prisa hasta el Zip Club, con una vorágine de proyectos en la cabeza, y casi estuvo a punto de chocar con Nancy, que bajaba de un taxi. Cuando llegaron a la entrada del personal, Jane, Betsy y Jemima estaban esperando a Vita. Betsy juntó las manos con alborozo.

—Ah, ahí llega —dijo Jane, reclamando silencio a las otras al tiempo que las apartaba, para que Vita pudiera pasar.

—¿Qué pasa? —preguntó Nancy.

—¡Espera y lo verás!

Jane agarró del brazo a Vita y la condujo hasta el camerino.

Tres colosales ramos de fragantes rosas de color blanco y rosa llenaban la totalidad del espacio del tocador. Era tal su presencia que parecía que la exigua habitación se hubiera transformado en un jardín, cuyo ambiente cerrado aligeraban con su aroma.

—¿De quién son? —preguntó Jane.

Vita rozó los sedosos pétalos, de increíble belleza.

—No hay ningún nombre —dijo Nancy, al examinar el sobre de color crema, que se puso a girar con actitud provocativa delante de las chicas.

—Bueno, ábrelo, por el amor de Dios —la apremió Betsy.

Vita sintió un hormigueo en el estómago. ¿Era posible que fueran para ella? ¿Podían ser de la señora Clifford-Meade?

Wisey irrumpió en el camerino.

—No había visto flores como estas desde la noche del estreno de Tosca en Drury Lane — comentó con tono admirativo.

Con un encogimiento de hombros, Nancy despegó la solapa del sobre y luego extrajo la tarjeta del interior, con una expresión felina en la cara.

—Mi muy querida Vita —leyó en voz alta. Betsy y Jane soltaron una exclamación y esta última cogió el brazo de Vita y lo apretó—. Esta noche, a las once. Te contaré el secreto. —Levantó la vista, con ojos como platos—. Vita. ¡Son para ti! —dijo, con tono burlón—. ¡Del desconocido moreno!

—Ándate con cuidado, muchacha. Los rumbosos siempre esconden algo —le advirtió Wisey.

—No le hagas caso —aconsejó Jane—. Si te ha hecho traer esto, debe de ir en serio.

—No puedo ir a la cita —dijo, asustada, Vita.

—¿Por qué? Es solo un hombre que pide verte. No hay para tanto —la tranquilizó Nancy—. Ve y diviértete.

Vita captó, no obstante, algo forzado en sus palabras de aliento.

—No tengo nada que ponerme.

—El rojo —decidió Nancy, apuntando el colgador con la barbilla.

—Pero si es tu preferido.

—Te lo presto —reiteró Nancy, encogiéndose de hombros.

Realmente era afortunada al tener una amiga como Nancy.

—Pero no te excedas, nena. Después de lo de hoy, deberás rendirte a la evidencia de que no tienes tiempo para noviazgos.

Champán y ostras

La orquesta desgranaba los temas de *The Girl Friend*, el musical de moda en Broadway, mientras Archie y Vita permanecían sentados en su mesa al lado de un elegante y servicial camarero. Vita paseó la mirada por el restaurante revestido de paneles de roble, reparando en los otros camareros que evolucionaban sosteniendo bandejas de plata entre los distinguidos comensales, en el rumor de las conversaciones, el tintineo del contacto de los cubiertos sobre la porcelana y el de las copas de cristal tallado.

—¿No te dan ganas de bailar? —dijo a Archie, moviendo los hombros al compás de la música.

Se notaba un poco achispada después de la copa de champán que acababa de tomar, con excesiva precipitación, en el bar. Tenía el cuerpo en efervescencia, cargado de una energía nerviosa. «*Isn't she cute, isn't she sweet*», cantaba, acompañando la melodía. A Nancy le encantaba esa canción. Luego se sintió avergonzada. ¿Interpretaría Archie que la cantaba pensando en ella misma? ¿Como si pudiera aspirar a ser su novia?

Quizá debería parar de tratar de comportarse como si fuera Nancy y ser más recatada, pero lo cierto era que estaba nerviosísima.

—Siempre que salimos a bailar, bailamos esta canción.

—¿Tú y quién más? —preguntó Archie.

—Con Nancy y mis amigos Percy y Edward.

—Eso parece un grupito de dos parejas —señaló, algo desconcertado.

—Oh, no es nada de eso —aseguró, riendo, Vita—. Percy trabaja con nosotras en el vestuario. Y Edward... él solo nos ayuda a entrar en los sitios.

Se mordió el labio, al ver la reacción de Archie. El hecho de admitir que utilizaban a Edward por su dinero y posición le pareció entonces una zafiedad.

—Bueno, no es eso. La verdad es que es una persona muy divertida. De hecho, es posible que lo conozcas. Edward Sopol.

La tenue sonrisa de Archie se disipó por completo, al tiempo que colocaba la servilleta sobre el regazo, sin hacer ningún comentario. El camarero presentó los menús y luego trasladó la cubitera con el champán a su mesa y les llenó las copas. Archie pidió ostras y le consultó con tono

extremadamente formal cuál era su preferencia. Vita le respondió que aceptaría su consejo, pero él le rehuía la mirada. ¿Qué había dicho? ¿Por qué había adoptado de improviso una actitud tan glacial?

—¿Qué? ¿Conoces a Edward? —preguntó, una vez estuvieron solos. Él asintió con la cabeza—. ¿Y entonces? —¿Por qué reaccionaba con aquella reserva?

—Yo no... —Calló un instante—. A mí no me parece bien esa... bueno esa clase de personas.

—¿Esa clase de personas?

—Es homosexual —susurró Archie, juntando las cejas.

—No lo digas así —contestó Vita, adelantando el torso.

—¿Quieres decir que lo sabías?

Archie fijó de repente la vista en ella, como si la viera desde otra perspectiva, y Vita se ruborizó.

—Es un amigo —dijo con indignación—. Lo que haga con su intimidad no me concierne, pero hasta donde yo sé, es todo un caballero.

Se puso a tocar los cubiertos, sin mirarlo a la cara. Si Archie sabía lo de Edward, quizá también estaba enterado de la homosexualidad de Percy. ¿Y si el hecho de hacer alarde de su amistad le granjeaba problemas a Percy?

—Lo siento —dijo Archie, con un suspiro—. No empecemos con mal pie, querida Vita. Es que...

—¿Qué? —Vita estaba al borde de las lágrimas.

—Me acuerdo de cuando estuvimos juntos en el colegio, eso es todo. Sopen fue el causante de que expulsaran a uno de mis amigos. Y antes, le acarreó terribles complicaciones. Es muy encantador y muy gracioso, pero en mi opinión no es una buena persona. No me gusta saber que es amigo tuyo. Para serte sincero, no apruebo ninguna clase de homosexualidad.

—¿Y qué me dices de las mujeres? —preguntó Vita.

—¿Mujeres con mujeres? —exclamó Archie—. Por Dios santo, Vita. Eso es incluso peor.

Le sorprendió que tuviera unas opiniones tan radicales. Se acordó de Lolly y Ra y luego de su propio y vergonzoso secreto con Nancy y pensó en lo horrorizado que se quedaría Archie, si se llegara a enterar. Luego, no obstante, pasó a la defensiva. ¿Cómo podía hacer unas generalizaciones tan tajantes, cuando cada situación era distinta? Además, ella conocía mucho mejor a Edward que al propio Archie. Si iba a juzgar de esa forma a sus amigos, quizá debería marcharse.

—Las personas cometen errores en algún momento de su vida —destacó, con voz trémula—. Y...

—Sí, así es —la interrumpió Archie, apoyando con calidez la mano en la suya en una especie de gesto absolutorio—. Es que me parece como si tú te divirtieras mucho más con tus amigos de

lo que me he divertido yo nunca. Estoy celoso, para que lo sepas.

Lo miró a los ojos.

—Tu vida es... diferente de la mía. Eso es todo. No estoy juzgando a nadie, y menos a ti. Tú eres... bueno, eres fantástica.

Vita esbozó un asomo de sonrisa, conmovida por el halago. Archie le sonrió a su vez y después llegó el camarero y les sirvió más champán.

A partir de ese momento, la conversación se desarrolló sin tropiezos y al poco les sirvieron la bandeja de ostras, encima de un soporte de hielo picado. Vita emitió una risita, alargando el cuello para poder ver a Archie al otro lado. Como nunca había comido ostras, le pidió que le enseñara.

La primera la engulló a medio masticar, con la boca inundada de sabor a mar. Reprimió una arcada, recordándose a sí misma que aquello era el colmo de la sofisticación.

—¿Qué te ha parecido? —preguntó él, observando su reacción.

—Son... interesantes.

—Prueba estas. Son diferentes —dijo, señalando la ostra que tenía justo delante. Vita la comió y aquella vez le agradó más—. Es más cremosa, ¿no? En Hartwell siempre las comemos en las ocasiones especiales. Jeffers, nuestro mayordomo, tiene un conocido que las trae de la costa.

—¿Hartwell?

—Nuestra propiedad.

¿Su propiedad? Lo decía con tanta naturalidad como uno podría haber dicho «nuestro automóvil». Vita se acordó de que Edith había dicho que su familia era adinerada.

—Muchas veces hacíamos apuestas para ver quién era capaz de comer más ostras de una vez.

—¿Tú y quién más? —preguntó Vita, repitiendo a propósito un retazo de su conversación anterior, para cerciorarse de que se había disipado la tensión.

—Horace y yo.

—¿Quién es Horace? —preguntó, limpiándose la boca con una servilleta antes de tomar otro trago de champán.

Estaba bebiendo demasiado, pero no podía evitarlo.

—Era mi hermano —explicó Archie, respirando hondo—. Fue en la guerra, ¿sabes? Ocurrió algo terrible...

—Lo siento.

Lo observó mientras dejaba lentamente la copa de champán en la mesa. Estuvo en un tris de hablarle de Clement, de contarle que también había tenido un hermano. No podía, sin embargo. Por más que ansiara compartir aquel lazo en común, sabía que no tenía derecho a poner su duelo en el mismo saco que el de las personas como Archie, que vivía lamentando la ausencia dejada por la valentía de un hermano.

Ella, en cambio, se alegraba de que su hermano estuviera muerto, aunque fuera algo terrible y

pecaminoso pensarlo. Conteniendo la respiración, se permitió pronunciar mentalmente su nombre, para ver hasta qué punto le dolía, como si tentara tocar una cicatriz. «Clement.» Si pudiera verla en ese momento, comiendo ostras en un restaurante de Londres, con una persona tan refinada como Archie, se pondría morado, como siempre que le daba un ataque de rabia. Después, le estropearía la cena.

Siempre había hecho lo mismo con todo lo que ella había poseído, con todas las personas que le habían atraído. Por lo general, el recuerdo de Clement le provocaba un escalofrío interior que la inducía a ahuyentarlo del pensamiento. Aquella era la primera vez que experimentaba un sentimiento de triunfo, además de la espantosa culpa que en ocasiones la atenazaba. Clement no podía hacerle nada ya, constató. Sentada delante de Archie Fenwick, se sentía a salvo. Lo que ocurriera en adelante sería ella quien lo decidiera y no Clement.

—No nos dejemos llevar por el abatimiento —dijo Archie, serenándose—. Lo hecho hecho está y, como dicen, no se puede cambiar el pasado. Brindemos pues por el futuro.

Levantó la copa y Vita hizo chocar, sonriente, la suya con ella.

—Por el futuro —repitió.

«Por favor, Dios mío, haz que Archie esté en él», pensó.

Georgie

Archie era un buen conversador. En el transcurso de la cena, ahondó en su tema favorito, describiendo el río y el lago donde pescaba de niño con su hermano y los árboles a los que trepaban en Hartwell. Por la manera como la evocaba, parecía una infancia encantada, rodeada de una aureola dorada. Presentaba tan bien los detalles que Vita se lo imaginaba todo, como si se tratara de una película.

—¿Tú viajaste a algún lugar especial de niña? —le preguntó él en un momento dado.

Negó con la cabeza, deseando que continuara con su rememoración, sin indagar en su pasado. No tenía el valor de decirle que, para ella, más allá del condado de Lancashire, el mundo constituía un misterio que solo matizaban sus lecturas y lo que le habían contado sus padres. Esos mismos padres le habían enseñado que el mundo era un lugar peligroso e inhóspito, en especial para ella, y que su sitio estaba en la casa, donde debía hacer lo que le ordenaban.

—No. Mis padres tenían un... negocio —dijo, improvisando una mentira—. No nos podíamos alejar. Pero sí me gustaría viajar —se apresuró a añadir, deseosa de cambiar de tema—. Ir a París, Nueva York, Roma... Me gustaría ir a todas partes, a París sobre todo. Mi amiga Nancy va a ir. Eso dice al menos. —Dejó escapar un suspiro, contrariada por la perspectiva—. Ojalá no se fuera.

—París no está tan lejos —destacó, sonriendo, Archie—. Puedes ir a visitarla.

Mirándole, sintió como si se expandiera, como si floreciera igual que aquellas maravillosas flores que habían inundado el camerino. Él parecía dar por supuesto que el baile era solo una actividad que practicaba de manera temporal y que sus horizontes eran más vastos, como si estuviera embarcada en una especie de trayectoria predestinada, como la que disfrutaba la gente como él, para quienes los viajes al extranjero y las nuevas aventuras no tenían nada de particular. Por espacio de un momento, tuvo la embriagadora sensación de que quizá estuviera a su alcance.

—Háblame del sitio donde te criaste —le pidió él.

—No hay mucho que contar —mintió, mientras en su mente se erguían la fachada de Darton Hall y las columnas de humo de las chimeneas de la fábrica—. Mis padres eran personas corrientes...

Se imaginó a su madre y a su padre, y lo enojado que se pondría su padre si se enterase de que lo describía como una persona corriente. Por otra parte, era verdad. Ahora que había visto la vida de Londres, se daba cuenta. Sus padres, adustos y severos, se habían quedado anclados en una época del pasado. Pensó en los criados que se acobardaban ante las aceradas órdenes de su padre y en el respeto que le profesaban de mala gana los obreros.

—Mi padre nunca volvió a ser el mismo después de la guerra —concluyó, con un encogimiento de hombros.

«Se volvió más rico, más duro, más mezquino», habría querido añadir. Era uno de los pocos industriales que habían capitalizado al máximo la miseria de los demás. Él se había lucrado con la guerra. Había chantajeado a las autoridades para que Clement fuera dispensado de ir a luchar y, gracias a una argucia legal, este se había quedado a buen recaudo en su casa.

—¿Decías que tenían un negocio?

Se acordó de la fábrica... del claustrofóbico y horrible calor, de las máquinas de hilar que engullían el algodón a toda velocidad. Para ella era como el infierno.

—Ah... sí. —Intentó ganar tiempo—. Vendían chimeneas.

—¿Chimeneas? —Archie parecía estupefacto.

—Sí, chimeneas para las casas —dijo, con el pulso acelerado, intentado formarse una imagen del tipo de familia que podía tener una chica como Vita Casey, algo que no diera la menor pista acerca de la verdad, acerca de Darton—. Ese tipo de cosas. Mobiliario —agregó, antigüedades.

Para sus adentros, constató con vergüenza que estaba tejiendo una fina red de engaños. ¿Chimeneas? Incluso a ella le sonaba inverosímil.

—Oh —dijo Archie, levantando la vista.

Se notaba que lo había decepcionado. Lo percibía en su voz. Enseguida se dio cuenta, no obstante, de que había algo más que lo contrariaba.

—¿Archie? —Vita se volvió a mirar a la joven vestida con un rutilante vestido y una estola de piel que se había detenido junto a su mesa—. ¡Me había parecido que eras tú!

Vita soltó el cuchillo para coger la servilleta, al tiempo que Archie se levantaba para saludar a la joven.

—Te hemos estado esperando antes —añadió, con una mueca burlona.

Sus ojos, rodeados de un vistoso maquillaje, revoloteaban posándose alternativamente en Archie y en Vita. Con su maliciosa expresión daba a entender que había deducido que Vita era el motivo de que no hubiera cumplido con sus obligaciones sociales. No era la misma mujer que había visto con Archie en el Café de París. Era otra de las amigas de Archie... incluso más guapa.

—Te presento a la señorita Casey, Georgie —dijo Archie—. Es del Zip.

—¿Ah, sí? Bueno, mucho gusto —dijo la mujer, alargando la mano hacia Vita, que no dejó de notar el esmero de su manicura ni su pulsera de diamantes.

Sonrió débilmente, con un nudo en el estómago. Después de haber hablado de sus padres de clase trabajadora, aunque fueran inventados, el contraste entre una y otra no podía ser mayor.

Frente a la presencia atildada de Georgie, Vita se dio cuenta de lo sencillo y gastado que era en realidad su vestido. Pensó en Nancy y se planteó qué haría ella en su lugar, sintiendo que se achicaba.

Entonces se acordó de la regla de Nancy, según la cual uno siempre ganaba tiempo dedicando un cumplido.

—Ay, me encanta su estola —alabó decididamente en cuanto se presentó la ocasión, desviando la conversación de Archie.

—Gracias —dijo la mujer, levantando la estola hasta la barbilla para acariciarse con sensualidad la mandíbula con ella—. Es maravillosa, ¿verdad? No es mía —agregó con un susurro confidencial. Los diamantes chispearon—. Es de mi hermana. Maud me mataría si se enterara de que la he cogido.

—Eso seguro —confirmó Archie con tono afectuoso.

—Bueno, pues no se lo vayas a contar —dijo, alargando un dedo con el que presionó la nariz de Archie—, y yo tampoco me iré de la lengua.

Archie parecía incómodo.

—Espero que nos veamos pronto, Archie —añadió, dedicándole una mirada significativa—. Adiós.

Archie se volvió a sentar, rehuyendo la mirada de Vita. ¿Qué había sido aquello? ¿Sería una antigua novia suya? En todo caso, se comportaba como si su relación tuviera más repercusión de la que había explicitado.

—¿Es...? —quiso preguntar Vita.

—Es una amiga de la infancia —se apresuró a explicar él—. Mi madre es su madrina. Georgie es un poco exagerada, pero en el fondo no es mala persona.

El secreto de Archie

Vita no podía parar de pensar en Georgie y en la manera como había agriado la velada, mientras llegaba el postre. ¿Por qué se sentía tan desasosegada? ¿Eran celos? ¿Era porque Georgie era tan guapa y tan rica? ¿O era indignación porque Georgie la había tratado con sutil desdén? ¿O tal vez se debía a la persistente sensación, originada más por su actitud que por lo que había dicho, de que ella y Archie compartían una especie de broma entre ellos?

De todas formas, tenía que recordarse a sí misma que no era Anna Darton. Era Verity Casey, una bailarina que no tenía nada en común con los amigos de Archie, el tipo de chica que no tenía derecho a aspirar a una relación con las personas como Archie Fenwick.

Pensó en hablarle a Archie de Tela Fina, pero tenía la impresión de que con ello solo empeoraría las coas. Georgie probablemente encargaba la ropa en los talleres de modistas como la señora Clifford-Meade. El hecho de confiarle a Archie la relación que tenía con ella podía rebajarla todavía más ante sus ojos. Tampoco quería contarle que tenía prevista una entrevista con Lance Kenton, ni la manera un tanto censurable como Nancy había logrado la cita. Todo era demasiado nuevo y demasiado frágil para someterlo al escrutinio de Archie.

—¿Quieres conocer el secreto? —preguntó él en voz baja.

Al ver su expresión de seriedad, Vita se dio cuenta de que él sabía perfectamente cómo se sentía.

—Adelante.

Se preguntó si Georgie se habría vuelto a mirarlos y si podía verlos entonces. Admiró a Archie por no prestarle importancia y atreverse a cogerle la mano por encima de la mesa.

Supo que iba a ser franco y que también merecía que ella lo fuera. Supo que, si en un momento dado se iba a enamorar de él —cosa que parecía muy posible, mirándolo entonces a los ojos—, tenía que sincerarse y contarle su secreto. Se merecía la verdad.

Él guardó silencio un momento, como si se armara de valor, y luego se decidió a hablar.

—Bueno, es una cosa horrible, pero verás, desde que te vi esa noche en el Café de París y cruzamos la mirada, no he sido capaz de apartarte de mi pensamiento, ni por un segundo. Fue como un relámpago. Como si me dijera: «Mira, aquí la tienes, amigo».

¿Cómo podía expresarlo con tanta sencillez? ¿Cómo podía ser tan valiente y decir abiertamente la verdad, sin avergonzarse? No podía creer que lo hubiera admitido, que le hubiera confesado que él también sentía lo mismo. No había sido solo ella. Se había producido realmente un chispazo entre ambos.

Y ahora le estaba ofreciendo esa verdad como un regalo. Había convertido la sensación en algo real, en algo real y verdadero... y eso la aterrorizó.

—Te lo iba a decir esa noche, cuando fui a verte, pero después te pusiste a bailar con tu amiga y perdí el valor. Y me comporté... bueno, me comporté como un tímido rematado, como un idiota.

Fue como si sobre ellos quedara suspendido un silencio denso, durante el cual pareció como si las palabras que Archie había pronunciado con voz tan queda incrementaran su volumen y se transformaran en una declaración, una declaración que lo cambiaba todo.

Entonces, el camarero acudió a servirles más bebida y el momento quedó interrumpido y el silencio horadado, de forma que solo quedó un tenso cascarón. Archie despegó las manos de las suyas, con una mueca de angustia. Mientras observaba al camarero, que se demoró retirando las migas del prístino mantel, Vita trató de digerir lo que había dicho Archie.

Había estado a punto de cogerle a su vez la mano y declarar: «Yo también sentí lo mismo. Sé a qué te refieres. Eso... eso que hay entre nosotros es algo real».

El hecho de pronunciar esas palabras habría sido como cogerlo de la mano y precipitarse al abismo de lo desconocido.

Aquellos segundos cruciales hicieron que la razón prevaleciera sobre el corazón. Después ya no pudo mirar a Archie a la cara. No podía soportar la franqueza de su mirada. Aunque lo tenía sentado delante, sentía como si tiraran de ella, alejándola más y más...

Alejándola de vuelta al pasado, a la persona que realmente era y a lo que había hecho.

No lo merecía. Era demasiado bueno para ella. Pero ¿qué se había creído? El mero hecho de estar allí... alentándolo era un desatino, cuando él era una persona magnífica y ella una criminal, que nunca sería digna de él.

—¿Me permites un momento?

Vita se puso a caminar sobre los talones de los zapatos de Nancy, con el mayor sosiego posible, hasta el servicio. Una vez dentro del cubículo, se apoyó contra la puerta y dejó escapar un gemido de angustia, porque sabía lo que tenía que hacer.

¿Quién va a ganar?

Le importunaba pensar en Londres. Había sido un alivio regresar a casa y dejar atrás el viaje. Además, había comprobado con satisfacción que todavía no había en las noticias ninguna alusión a aquella chica de Londres. Tal vez ni siquiera había denunciado su ataque.

Mientras el coche avanzaba por la carretera, advirtió que tras el repentino chubasco de abril se había abierto un claro de sol. Tendiendo la mirada sobre las distantes colinas verdes, Clement rememoró con desapego lo que había hecho, asombrado de lo fácil que había sido entrar en la habitación de la chica y violarla. Dudaba que la muchacha... Suzanna, se llamaba... estuviera en condiciones de caminar derecha durante una semana, pero a él le había sentado bien desfogarse con ella. Curiosamente, se parecía mucho a Anna. Le volvió a la memoria la cara de sorpresa que puso cuando se abalanzó sobre ella. Era un deleite imaginar esa misma expresión en el rostro de su hermana.

El sol de la tarde relucía en las ventanas del pub, dejando penetrar en él sus haces anaranjados, cuando Clement entró cojeando. Rawlings estaba en una mesa del rincón del fondo, con una botella de cerveza negra en la mano. Al llegar Clement, pidió otra botella para él.

Este agradeció el momento de respiro, antes de zambullirse en los quebraderos de cabeza de la fábrica y de asumir la sombría presencia de su padre, que estaba molesto porque hubiera empleado a Rawlings y todavía no hubieran encontrado a Anna. Clement, no obstante, había defendido su postura. Nadie tenía mayores deseos que él de devolver a su hermana a casa para meterla en vereda.

—Como ya sabe, había un error y era otra chica —dijo Clement, mientras bebían.

—Lo siento, señor Darton. De verdad. Estaba convencido de que era ella. Llevaba el sombrero y el abrigo de su hermana. Cualquiera habría llegado a la conclusión...

—Ya lo sé. Pero eso no altera el hecho de que Anna se ha esfumado.

Clement observó el semblante inescrutable de Rawlings. Le debía dinero por el trabajo que había realizado hasta entonces y lo justo habría sido pagarle. Le repugnaba, sin embargo, darle algo cuando el resultado que ansiaba se presentaba tan lejos de su alcance.

—Puedo seguir buscando —apuntó Rawlings—. En Londres, me refiero. He contactado a alguien que me dejaría a medio camino esta noche, si quiere prolongar la investigación.

—Pero ¿por dónde va a empezar? Anna se fue de esa pensión y desapareció. Podría estar en cualquier sitio —argumentó Clement, repitiendo, palabra por palabra, lo que había dicho su padre.

—Surgirá alguna pista —aseguró Rawlings, al tiempo que Clement le entregaba la suma que le debía en un sobre marrón.

Rawlings miró el fajo de billetes que contenía. Clement se alegró entonces de la colecta de los obreros. Sentía un placer perverso en darle ese dinero a Rawlings, sabiendo lo mucho que lo necesitaban aquellas familias. Su hermana ni siquiera se hacía cargo de la cantidad de gente a la que estaba perjudicando.

—Pero ¿y si no hay ninguna? —objetó Clement.

—Bueno, eso depende —dijo Rawlings.

—¿De qué?

—Dependerá de si la necesidad que tiene usted de encontrarla es mayor que la que ella tiene de esconderse.

Clement chocó la botella con la de Rawlings. No necesitaba dar una respuesta a eso, porque si se trataba de una competición, la iba a ganar. Estaba convencido.

¿Te está siguiendo?

Por más que se esforzaba en apartar a Archie Fenwick del pensamiento, no lo lograba. Cada vez que se repetía que había hecho lo correcto al dejarlo plantado en el restaurante, otra voz interior le replicaba que había sido una estúpida, que nunca había conocido a alguien como Archie.

El problema había venido de su fijación por sincerarse y quedarse con la conciencia limpia. Al fin y al cabo, no le había importado mentir a Percy, a Nancy y a sus compañeras con respecto a su identidad. Ellos no tenían ni idea de que en realidad era Anna Darton. ¿De dónde provenía pues esa compulsión por revelárselo a Archie?

Quizá se debiera a que quería ser sincera con el hombre del que se enamorase. Pese a que era demasiado pronto para determinar que Archie era ese hombre, sí era y con mucho lo más parecido a su ideal.

Por otra parte, tal vez la urgencia por decir la verdad se debía al hecho de que Archie podría haberse enamorado de Anna Darton y que con ella hubiera existido una posibilidad de ser felices juntos. ¿Qué esperanzas podía albergar en cambio Verity Casey, una corista del Zip? ¿Acaso buscaba Archie, tal como había insinuado Edith, una simple aventura? No parecía ese tipo de persona, sin embargo. Se había comportado con seriedad y respeto, como si de verdad le importara ella. «Mira, aquí la tienes, amigo.» Su voz resonaba una y otra vez en su recuerdo.

Vita trató de restar importancia a la cita con sus compañeras, que estaban impacientes por saber si Archie era en realidad tan maravilloso como parecía. Les había dicho que no era para ella, pero viendo la cara de incredulidad que había puesto Wisey mirando a las demás, sospechaba que todas se dieron cuenta de que mentía.

Lo único que la salvaba de la tortura de pensar en Archie era la confección de los pedidos para la señora Clifford-Meade, que le acaparaba todo el tiempo libre. La señora Bell, impresionada con la próxima entrevista que tenía en los almacenes W&T, mandaba bocadillos y té al cuarto de Percy siempre que Vita trabajaba allí y alardeaba con cuantos tenía a su alcance sobre el nuevo negocio de esta.

Nancy, por su parte, pronto se hartó de que Vita estuviera tan ocupada. El jueves declaró que Percy y Vita trabajaban demasiado e insistió en llevarlos a tomar el té a su cafetería preferida de

Haymarket, donde tenían un pastel de hojaldre «de muerte».

—El Carter's... el viernes por la noche —anunció a continuación, como si manipulara una voluminosa tetera de Darjeeling—. El tema es de ambiente romano. Había pensado que nos podrías preparar una toga para todos, Vita —pidió—. Y no pienso aceptar ninguna excusa, ni del uno ni del otro —advirtió con tono tan autoritario que Percy y Vita no pudieron por menos que echarse a reír.

Vita tuvo que reconocer que la perspectiva del té y los deliciosos pasteles de crema le alegraron el ánimo, de modo que asumió el reto de confeccionar los trajes. Casi se había convencido de que las cosas habían vuelto a la normalidad y de que todo lo relacionado con Archie Fenwick era un desvarío, cuando Nancy le dio un codazo durante el primer baile de la función del viernes.

—Es él. Tu querido... Archie —susurró, mientras posaban inmóviles, aguardando su turno.

—¿Cómo? ¿Dónde?

—Lo he visto. Detrás. Estoy segura de que es él. ¿Crees que te está siguiendo?

Vita trató ansiosamente de ver algo a pesar de los focos y el humo de la sala, mientras movía las caderas al son del estridente trombón. Había una parte del baile en que las chicas debían gritar y taparse la boca. Durante la semana, mientras montaban el número, se había divertido adoptando aquella actitud provocativa. Todas se habían reído mucho durante los ensayos con el tono picante de la danza, pero entonces, al tener que inclinar y mirar hacia atrás, se sentía mal, consciente de que el movimiento tenía como propósito realzar los contornos de sus nalgas. También era consciente de que las ristras de perlas apenas tapaban el espacio que dejaba al descubierto el atrevido escote de la blusa. El denso maquillaje de la cara, la sombra de ojos negra y el reluciente carmín de los labios le daban una sensación pegajosa, de aditamento falso.

¿Qué pensaría Archie de su provocativo baile, si realmente estaba allí? ¿Y por qué estaba allí? ¿Para recordarse a sí mismo que no era más que una corista? ¿Había ido allí para burlarse de ella, para mostrar su desaprobación? ¿Para hacerle pagar que lo hubiera dejado plantado de esa forma?

Con la aprensión de que la respuesta a todas esas preguntas fuera un «sí» abrumador, tuvo que invertir todas sus energías para ejecutar todos los números con una gran sonrisa postiza.

Cuando se marchó del restaurante, se había sentido fuerte, convencida de que hacía lo correcto, de que obraba con nobleza. Aquella entereza la había abandonado. Entonces se encontraba débil, dividida entre el anhelo y el temor. Anhelaba volver a ver la cara de Archie y a un tiempo temía que pudiera estar agresivo con ella.

Cuando regresó al camerino con las demás, Nancy no paraba de parlotear sobre los preparativos de la fiesta, y Vita tuvo que recurrir a toda su capacidad de disimulo para no venirse abajo. Nancy, totalmente ajena al torrente de emociones que experimentaba, manifestó sorpresa cuando Vita se sobresaltó porque alguien llamó a la puerta.

—Jesús, Vita. ¿Qué pasa? —preguntó Jane.

—¿Y si es él? —musitó.

—¿Quién? —preguntó Betsy.

—Archie, claro.

Recordó que le había restado importancia a la cita delante de sus compañeras, aduciendo que Archie no era su tipo.

—Ah. ¿Quieres que me deshaga de él? —Era Jemima, que se volvió hacia las otras mientras se dirigía a la puerta.

Vita negó con la cabeza y, viéndola tan afectada, Nancy decidió pasar a la acción. Con un salto, le tomó la delantera a Jemima y abrió la puerta. Al ver en el espejo que era Archie, Vita respiró hondo.

—Vamos, chicas, dejémosla sola —reclamó Nancy, con afectado dramatismo en la voz. Jane, Jemima, Betsy y Emma se fueron con Nancy, que pasó de puntillas junto a Archie con un andar exagerado—. Estaré afuera con las otras, por si me necesitas —añadió con un susurro teatral—. Pero no tardes mucho. No te olvides de que vamos a ir al Carter's.

Empezar desde el principio

Una vez cerrada la puerta, enmudeció de repente la música del club. Archie permaneció un momento con la mano apoyada en la manija, como si dudara de si se iba a quedar. Vita se volvió y, en lugar de percibirlo en el reflejo, lo vio de espaldas, pero aun así se puso a temblar de pies a cabeza. Archie Fenwick estaba allí, solo con ella en el camerino.

Lamentó el aire de descuido que reinaba allí. Los jarrones todavía contenían lo que quedaba de sus flores, pero estas se iban marchitando y el tocador estaba lleno de pétalos caídos.

—Si quieres, me marchó —dijo él.

Se quedó sin respiración, con solo oír su voz. Por supuesto que no quería que se marchara.

Ambos empezaron a hablar a la vez.

—Verity...

—Lo siento mucho...

Él dio media vuelta y se encontraron sus miradas.

—Lo digo por... lo de la otra noche —especificó Vita—. Es que... no lo entenderías.

—Podría intentarlo.

Le debía una explicación, y no solo por la manera como había huido del restaurante. Le debía una explicación en general, con respecto a su identidad, con respecto a su familia, con respecto a Clement.

—Lo que pasa es que... yo no puedo ser la chica que tú quieres que sea —declaró, con las lágrimas agolpadas en los ojos, a punto de desbordar.

¿Por qué tenía que ser tan difícil hacer lo correcto?

Entonces Archie alargó la mano y le hizo volver de cara hacia él.

—¿Y qué es lo que yo quiero que seas?

Parecía ofendido por las suposiciones que había forjado.

—No sé. Alguien que podría... —empezó a responder, pero no pudo continuar. Antes estaba muy segura de los argumentos que tenía para no involucrarse con Archie. Todo le había parecido muy lógico, e imposible. Y sin embargo... sin embargo allí estaba, justo delante de ella—. Yo no soy como ella.

—¿Cómo quién? —preguntó, confuso.

—Como Georgie... esa chica del restaurante.

Él dejó escapar una carcajada de asombro, como si de repente todo encajara.

—Fue Georgie. ¿Fue Georgie la que te arredró?

Ahora que lo había dicho, se daba cuenta de lo mezquina, vanidosa e insegura que debía parecer ante sus ojos.

—No es solo eso —prosiguió—. Yo no soy la persona que... la persona que...

«Díselo. Díselo de una vez —le gritaba una voz interior—. Haz que entienda por qué nunca podría estar contigo. Dile que eres una fugitiva, que hiciste algo imperdonable, algo que podría arruinar la vida de ambos, si alguien lo descubriera alguna vez...»

Fue incapaz de pronunciar ni una palabra.

—¿La persona que podría sentirse también atraída hacia mí? ¿Eso es lo que me intentas decir? ¿Que no correspondes a mis sentimientos? —dijo, con voz triste, Archie. Le levantó la barbilla—. Mirame a los ojos, Verity Casey, y dime que de verdad no sentiste también esa chispa. He pensado en ti a todas horas desde el día en que te vi por primera vez, pero si de verdad no sentiste nada, me iré.

Vita guardó silencio.

—¿Lo ves? No puedes, ¿o sí? —dedujo, suavizando la expresión—. Tenía esa esperanza, porque me has estado volviendo loco. Estaba sentado allá afuera, tratando de armarme de valor para verte, con el temor de que me volvieras a rechazar. Pero no puedes, porque esto es real. Sé lo que se siente. Es algo que asusta, porque a mí tampoco me había pasado nunca algo así.

Siguieron mirándose fijamente, mientras ella se hacía cargo de la enormidad de su confesión.

—Ya sé que somos diferentes —continuó él—. Pertenecemos a mundos distintos y por eso habíamos huido el uno del otro, yo primero y después tú. —Por la manera como lo decía, parecía como si fueran iguales, cuando distaban mucho de serlo—. ¿No crees que estoy igual de confuso que tú? Yo no preveía que fuera a pasar esto y tampoco sé lo que nos puede deparar el futuro, pero no puedo vivir dejándome llevar por el temor de lo que pudiera ocurrir.

Sus resoluciones se estaban desmoronando. Era inútil. Era inútil hacer algo más que no fuera escucharle. Archie era valiente, fuerte y decidido. Nunca había admirado tanto a nadie.

—Tampoco quiero que tú tengas miedo, ¿entiendes? Porque yo no quiero nada de ti, nada en absoluto. Solo sé que me colma ese sentimiento... ese sentimiento que no puedo describir... cuando estoy cerca de ti.

—Ay —exclamó Vita, dando rienda suelta a las lágrimas, pese a que sonreía—. Ven aquí —le pidió, rodeándolo en un estrecho abrazo.

—¿Lo volvemos a probar? —tanteó Archie—. Empezamos otra vez desde el principio, como en los ensayos.

—Sí —aceptó, riendo—. Empecemos desde el principio.

Fue Wisey quien los interrumpió, irrumpiendo en el cambiador. No bien se abrió la puerta, Vita tuvo el convencimiento de que Nancy debía de haber hecho algún comentario.

—Ya sabes que no me gusta que cerréis las puertas —dijo a Vita.

—Solo estábamos... —quiso explicar Vita con expresión de apuro, enjugándose con precipitación las lágrimas.

—Nos íbamos. Nos vamos —anunció él con firmeza.

Miraba a Vita con ojos resplandecientes. Wisey, entretanto, lo sometió a un detenido escrutinio.

—¿Podemos ir a algún sitio? ¿Solo para hablar? —susurró Archie, mientras Wisey se acercaba, con la evidente intención de echarlo.

Se planteó proponerle que salieran por la entrada principal para reunirse con Nancy y las demás, pero no quería que Nancy lo volviera a ahuyentar, ni tampoco encontrarse con Edith y el señor Connelly. Además, incluso si no lo ahuyentaba, Nancy insistiría sin duda en llevar a Archie a la fiesta de romanos.

—Dame dos minutos. Nos veremos fuera, en la puerta del personal.

Archie se marchó y Wisey descargó todos los trajes en el respaldo del sillón.

—Es él, ¿no? —dijo, mirándola a los ojos en el reflejo del espejo—. El que te tenía como alma en pena.

—Sí.

—Hombre, es de buen ver, no te lo niego —concedió—. De todas maneras, ándate con cuidado, señorita. A mí me parece un rompecorazones, y he visto más de uno.

—¿Puedes decirle a Nancy que lo siento y que nos veremos más tarde en el Carter's? Dile que iré lo antes posible.

—Se va a disgustar.

—Lo entenderá —aseguró Vita, aunque para sus adentros previó que Nancy se enfadaría.

El bar de Gordon

Afuera, Archie puso su chaqueta por encima de sus cabezas, para resguardarse del aguacero que caía.

—Esta noche no he traído el coche —dijo.

Ella se rio de su tono de disculpa, encantada de protegerse de ese modo con él de la lluvia.

—Da igual. Vayamos al bar de Gordon. Queda al otro lado de la avenida, en la calle Villiers.

Había estado allí con Percy y Jane. Le gustaba el ambiente acogedor la bóveda de piedra. Ansiaba estar a solas con Archie, en algún lugar donde nadie los mirara ni intentara escucharles. Quería tenerlo solo para ella.

En el rincón alumbrado por las velas, al fondo, mientras sacudía la bufanda de cachemir y la dejaba en la silla libre contigua, Vita se preguntó a qué tipo de lugares iría Archie con amigas como Georgie.

—Es perfecto —aprobó él, como si le leyera el pensamiento.

Después pidió una jarra de vino tinto al camarero. En el rincón opuesto, una mujer empezó a tocar, muy bajito, el acordeón.

—Supongo que estarás acostumbrado a sitios más elegantes —comentó Vita.

—Tengo un club, si es eso a lo que te refieres. El Athenaeum. Seguramente has oído hablar de él.

—No. Es uno de esos sitios donde solo se admiten caballeros, ¿no?

—¿No te parece bien? No me digas que eres una sufragista —bromeó.

—No me importaría serlo, si eso ayudara a que hubiera más igualdad entre hombres y mujeres —replicó, sin proponérselo con inusitada audacia.

—Bueno, estoy de acuerdo —concedió Archie, después de la sorpresa inicial—. Si quieres saberlo, prefiero con mucho los sitios como este, donde la gente puede ser simplemente como es —admitió, sonriendo.

Ni aunque se lo hubiera propuesto, Archie no habría podido ser más diametralmente opuesto a Clement y a su padre.

Él alargó la mano sobre la mesa plagada de arañazos y retuvo la suya un momento. Su contacto era cálido y reconfortante.

—Aquí estamos pues —dijo ella.

—Es por mi culpa, ¿sabes? —declaró Archie.

—¿El qué?

—Todo esto... que ocurre entre nosotros. Me he comportado como un elefante en una cacharrería. La primera vez, cuando nos conocimos y bailamos en el Zip. Después te enredé para que fueras al restaurante. No se me da muy bien ocultar mis sentimientos. Madre siempre me dice que llevo las emociones a flor de piel.

La manera tan formal como dijo «madre» evocaba a una persona estricta e imponente.

—No importa —dijo. Hablaba en serio. Lo que había dicho de que no sabían lo que les deparaba el futuro era lo único que importaba—. Oh, Archie, me he sentido fatal por lo que hice.

El camarero trajo el vino a la mesa y Archie le sirvió una copa. Brindaron mirándose a los ojos.

—Por nosotros —propuso ella.

—Por nosotros —repitió él—. Y hablando de nosotros —se apresuró a añadir—, yo quiero hacer bien las cosas.

—¿Qué cosas? —preguntó, riendo, Vita.

—Ya sabes, llevarte a sitios, ese tipo de cosas. Hacerte la corte...

Vita se mordió los labios, conmovida por su seriedad.

—¿Y a cuántas mujeres has cortejado concretamente? —inquirió, en tono de broma, antes de caer en la cuenta de que podía parecer celosa.

—Oh. Pues... no muchas —contestó, ruborizado.

—Ya. ¿Y qué me dices de ella?

—¿Quién? —Archie tenía un aire confuso.

—Georgie.

—¡Por el amor de Dios, no! ¿Georgie? Es demasiado arrebatada para mí. ¿Y tú? —inquirió—. ¿Algún oscuro esqueleto en el armario del que yo deba tener conocimiento?

Tomó conciencia de que ese era el momento adecuado para decírselo, pero mirándolo a la cara a la luz de la vela, supo que no podría. Ni entonces ni nunca, concluyó para sí, negando con la cabeza.

—¿No tienes otros admiradores? —tanteó él—. Apuesto a que sí. Seguro que en el Zip los hay a montones.

—¡No! Ninguno, de verdad.

Suspiró, mirándola fijamente.

—Bueno, ahora que hemos despejado esa duda, quiero saber todo lo demás de ti —declaró.

—¿Todo?

—Hasta el último detalle —corroboró.

—¿Como por ejemplo?

—No sé... —Sonrió, con mirada chispeante, mientras se le ocurría algo—. ¿Cuáles son tus flores preferidas?

—Los narcisos —respondió rápidamente—. Ah y las rosas —añadió—. Las que me enviaste eran espectaculares.

—Pero ¿prefieres los narcisos? Lo tendré en cuenta la próxima vez que vaya a Harrods.

¿Había comprado esas flores en los almacenes Harrods? Debían de haberle costado un ojo de la cara en ese sitio.

—Es solo que me recuerdan cuando era niña...

Evocó el páramo que había detrás de su casa y su afición a salir a pasear con Dante hasta la verja situada entre los setos, que ofrecía una gran panorámica de los valles con las vacas pastando, de los bosques y de las nebulosas colinas del fondo. Se acordó de cuando iba trotando con Dante por el camino bordeado de narcisos.

—¿Quedaba cerca del campo la tienda? —infirió él.

Vita asintió, con mirada esquiva.

«Díselo. Háblale de Darton», la urgió aquella voz interior, que de nuevo acalló.

—No, pero Archie, ahora que hablamos de eso, tengo un secreto que debería revelarte. Verás, yo no soy solo una bailarina.

Tomó un sorbo de vino y, armándose de valor, le explicó lo de Tela Fina, desde su necesidad inicial de disponer de una ropa interior adecuada para bailar, pasando por el entusiasmo de Nancy, hasta el interés con que había acogido la señora Clifford-Meade los primeros modelos.

—¿Ropa interior? —preguntó él, con una carcajada de asombro—. ¿Así es como lo llamas?

—¿Acaso no es lo que es?

—Sí, supongo, pero...

—No es un asunto de risa. Para que lo sepas, para la mayoría de mujeres es algo horrible. Es una cosa incómoda que no sirve para lo que debería servir.

—¿Para lo que debería servir?

—Sí, para sujetar, para sostener o para aportar la forma o el soporte apropiado.

—Veo que has pensado bastante en la cuestión.

—Por supuesto. Es algo que afecta a todas las mujeres, a todas las que conozco sin excepción.

—A mí no me gusta pensar en las mujeres que conozco con su «ropa interior».

—Pues deberías.

Archie se echó a reír, pero ella prosiguió con gran seriedad.

—La señora Clifford-Meade dice que han tenido muchísimo éxito y me ha hecho otro pedido.

Aparte tengo una cita para presentarlos en los almacenes W&T.

Mientras hablaba, adquirió conciencia de lo orgullosa que estaba de su naciente negocio y de su ferviente deseo de que Archie creyera en ella. Por su expresión, advertía que había subido un escalón en su estima.

—Eso es fantástico, Vita —la felicitó.

—Yo creo que podría llegar a ser un negocio de verdad —apuntó—. Algún día, claro. Primero hay que ponerlo en marcha. Es un poco loco soñar con eso, pero existe un potencial enorme. Tengo constantemente la cabeza llena de ideas sobre la manera de perfeccionar el diseño.

Archie asintió, haciéndose cargo.

—No sé por qué, pero me da la sensación de que lo vas a conseguir.

—¿Tú crees que podría?

—Tengo la impresión, mi querida Vita, de que podrías conseguir lo que quisieras —afirmó.

Vita tomó entonces conciencia de que todo cuanto deseaba en ese momento era estar allí sentada, cogida de la mano de Archie, a la luz de las velas.

Las confidencias de Betsy

Al cabo de mucho rato, cuando por fin regresó a la pensión, Vita no dejaba de repasar en la cabeza los pormenores de su cita con Archie.

—Parece estupendo —opinó Betsy—. Y es muy guapo.

—¿Te ha besado? —quiso saber Jane.

—No, pero yo sí lo estaba deseando.

Sonrió con aire soñador, recordando que, después de hablar largo y tendido, Archie había llamado un taxi en la calle Strand y, mientras permanecían en pie mirándose bajo la lluvia, el beso pendiente entre ellos era tan tangible que ambos se habían echado a reír.

—¿A qué está esperando? —planteó Betsy.

—Se está comportando como un caballero —respondió Jane—. Era solo la primera cita. Bueno, la segunda, pero la primera no cuenta en este caso.

Vita se arrellanó en la cama, abrazada a la almohada, provocando un crujido en los muelles. Luego se volvió de lado, de cara a Jane y a Betsy. Debería haber ido a reunirse con Nancy al Carter's, pero después de que cerraran el bar de Gordon, Archie había llamado el taxi para volver a casa, y ahora se alegraba de estar en su dormitorio y no en una ruidosa fiesta con Nancy.

—¿Qué? ¿Y si te besara, tú lo besarías también? —dijo Betsy.

—Sí. Sí, lo besaría —respondió, dejando traslucir en la voz el anhelo que sentía.

—¿Con la lengua? —quiso clarificar Betsy, ganándose un golpe de almohada por parte de Jane.

—Lo digo solo porque, en cuanto se pone en juego la lengua, no serás capaz de parar, y no te conviene quedarte preñada.

Con su manera dramática de hablar, Betsy había pasado de su estado actual, en que no había recibido nunca un beso de un hombre, al peligro de quedarse preñada... que Vita interpretó sin problema como quedarse embarazada.

—No la asustes —intervino Jane—. ¿Sabes cómo funciona todo eso de la reproducción?

Vita se incorporó, sin dejar de apretar la almohada contra el pecho, sintiendo que empezaba a ruborizarse, que la inundaba una especie de oleada de vergüenza, al recordar la escena de la

bañera con Nancy y cómo se habían besado. ¿Qué pensarían Jane y Betsy si se enteraran? ¿Se horrorizarían?

Aunque lo de esa noche con Nancy no contaba realmente. No era lo mismo que lo que sentía con Archie. Entonces era muy ingenua y estaba bajo el efecto de las pastillas de Nancy. Archie, en cambio, era real.

—¿Has visto... bueno, ya sabes, las partes de un hombre? —susurró Betsy.

—¿Sabes que se agranda y se pone duro? ¿Y que tiene que meterse dentro de ti?

Jane volvió a golpear con la almohada a Betsy y todas se echaron a reír.

—Lo que quiere decir —aclaró Jane con más diplomacia— es que el sexo puede ser maravilloso y que no solo tiene que ver con lo que sienta el hombre... en un plano físico, me refiero. Las mujeres deberían sentir el mismo grado de placer.

—¿Sí? —dijo Vita.

—Yo no creo que tenga nada de vergonzoso acostarse con el hombre al que se quiere —opinó Jane.

—Aunque luego no acabe bien —agregó Betsy, con un suspiro de tristeza.

—¿Tú lo has hecho? —preguntó Vita.

Betsy confirmó con un ademán.

—¿Cómo fue?

—Ay, Vita, fue lo más extraordinario que he vivido.

Vita escuchó con asombro la descripción que hizo Betsy de su amor perdido, Alasdair, y de la primera vez que hicieron el amor en el dormitorio de sus padres.

—¿No estabas asustada? —preguntó Vita.

—No, para nada. Lo quería. Para mí era la cosa más natural del mundo entregarme a él.

—¿Y qué pasó?

—Alasdair se habría casado conmigo. Eso fue lo que dijo, pero después tuvo un accidente en los muelles y nunca volvió a ser el mismo. —Se dio un golpecito con el índice en la sien—. Fue horroroso. Un golpe en la cabeza que lo dejó alhelado y se tuvo que quedar a vivir con sus abuelos. A mí se me presentó la oportunidad de venir a Londres y me vine, pero muchas veces me pregunto cómo habría podido ser.

A Vita le habían enseñado toda su vida que debía someterse a la voluntad de un hombre, que debía casarse y obedecer. Viendo a su madre, siempre le había parecido imposible que hubiera concebido hijos. Aunque había visto las ilustraciones de anatomía de los libros de ciencias que tenía su padre en la biblioteca, nunca había comprendido que el acto íntimo de una mujer con un hombre pudiera ser algo placentero.

Las experiencias de Betsy la abrían, no obstante, a una nueva posibilidad, que le hacía adquirir conciencia de que no era malo sentir deseo. El deseo era algo normal, maravilloso, según Betsy.

Betsy había presentado el acto como algo fácil y natural. Vita dejó entonces florecer en la mente un nuevo y excitante interrogante: ¿llegarían a ser amantes en un momento dado ella y Archie?

—¿Por qué no se las enseñas? —susurró Jane a Betsy.

—¿Enseñarme qué? —preguntó Vita.

—Tenemos unas revistas. Te las prestaré, pero que no las vea la señora Bell.

—No, no. Lo prometo.

Betsy bajó de un salto de la cama y sacó de debajo del colchón una bolsa de papel marrón.

—Son de Francia, así que no podrás leerlas, pero puedes ver las fotos —explicó.

—Gracias —dijo Vita, cogiendo el misterioso paquete. Al abrirlo, se quedó boquiabierta ante la imagen de la mujer desnuda que aparecía en una portada—. Madre mía.

Notó que se ruborizaba mientras pasaba las páginas, llenas de fotos de hombres y mujeres juntos. Las otras dos la miraban atentamente.

Sintió un tenue dolor entre las piernas y la garganta seca.

—Te servirá para formarte una idea general —dijo Jane.

Pese a las risas que compartió con sus compañeras a raíz de un par de imágenes, Vita aún experimentaba ese sordo dolor cuando apagaron las luces. Permaneció despierta en la oscuridad, pensando en Archie y en lo mucho que lo deseaba, y, cuando se durmió, soñó que estaba desnuda en sus brazos.

En el cinematógrafo

Las compañeras de Vita habían previsto ir a ver juntas el noticiario cinematográfico al día siguiente. Ella, que solo había ido al cine en un par de ocasiones, consideró que el Plaza de Leicester Square, con la alfombra roja del vestíbulo y las cornisas doradas del techo, era el lugar más opulento que pudiera existir. Como bien pudo percatarse, los acomodadores no perdían de vista a su grupo mientras aguardaban junto al gigantesco cartel de la película.

Cuando llegaron Edith y Nancy, Vita fue a abrazarla con efusividad, pero ella dio un paso atrás. Vita concluyó que tal vez estaba enfadada porque no había ido al Carter's, hasta que se dio cuenta de que Nancy se mantenía con dificultad en pie y despedía un fuerte olor a alcohol. Cuando subieron por la escalera tapizada con una alfombra roja, lo hizo agarrándose al pasamanos de cuerda.

—¿Estuvo bien la fiesta? —se aventuró a preguntar Vita cuando se iban a instalar en una de las primeras filas.

—En realidad fue una fiesta fantástica —contestó Nancy, apagando el cigarrillo en el cenicero.

Sí, estaba enfadada. No cabía duda por su tono y por la frialdad con que la miró, aunque Nancy siempre dijera de todas las fiestas que habían sido «fantásticas».

—Siento no haber podido ir —se disculpó Vita, con la sospecha de que Nancy ni siquiera se había llegado a acostar—. Es que se hizo muy tarde... cuando acabamos de hablar en el bar de Gordon.

—Mucha palabrería —replicó con saña Nancy, imitando el gesto de hablar con las manos a la manera de un guiñol. Vita acusó el latigazo de su desaprobación. Aunque no había sido su intención molestarla, estaba claro que Nancy se lo había tomado muy mal—. ¿Y para eso merece la pena ese galán tuyo?

—Ay, Nancy —exclamó Vita, casi a punto de confiarle lo que sentía, con la esperanza de que toda su emoción la ablandara—. Es maravilloso.

—Creí que dijiste que no era tu tipo —señaló, ceñuda, Nancy.

—No, sí lo es.

—Más vale que lo sea, si piensas perderte por él las mejores noches de la ciudad.

—No lo volveré a hacer. Te lo prometo —aseguró Vita, pese a saber que no era eso a lo que aspiraba—. Seguramente no va a dar para mucho la relación —continuó, intuyendo que debía restarle importancia.

Solo por el mero hecho de decir eso, no obstante, se sintió desleal.

—¿Y qué, tiene algún amigo disponible? —preguntó Jemima, mientras se arrellanaban en los asientos recubiertos de terciopelo rojo.

—Se lo preguntaré. Mañana me va a llevar a comer al Serpentine —anunció Vita.

—Otra cita galante —comentó, impresionada, Jemima—. Debe de tener muchas ganas de estar contigo.

—Yo no me haría ilusiones, porque tal como te advertí, solo busca lo mismo que todos —intervino Edith.

—Tú no lo conoces.

—No seas tan niña, Vita. Los hombres como él creen que las chicas como nosotras somos mujeres fáciles.

—Archie no piensa de esa forma.

Edith se dio un golpecito en la sien, como si Vita fuera idiota.

—¿A qué fue entonces al Zip? ¿A buscar una novia para casarse?

Vita todavía estaba indignada por el mezquino comentario de Edith cuando empezó el noticiero Pathé News. No obstante, se olvidó del asunto en cuanto empezaron a pasar las secuencias en blanco y negro de los mineros, que habían empezado una huelga. Al ver sus caras tiznadas, quedó consternada de la distancia que parecía separarlos de su mundo. Por un breve instante, se preguntó cómo estaría la situación en la fábrica de la familia. ¿Querrían también protestar los obreros de su padre por sus condiciones de trabajo?

Después el documental pasó a narrar la actualidad de la vida social del príncipe de Gales. En la pantalla empezó a desfilan una secuencia de fotos de publicaciones recientes, y allí, en una página de sociedad de una revista que parecía Vanity Fair, apareció el príncipe riendo y aplaudiendo a Delysia en el Café de París y, a su lado, el inconfundible perfil de una muchacha que se daba la vuelta.

—¡Madre mía, Vita, mira! —exclamó Nancy—. Eres tú. ¡Eres tú!

Le dio un codazo tan fuerte que le hizo caer la caja de bombones que Jane le acababa de pasar.

—Ay, Jesús —dijo ella.

—Vita, eres famosa —la felicitó Jane, aplaudiendo—. Rápido, vamos a comprar el Vanity Fair ahora mismo.

—Podemos comprarlo después —declinó Vita con desasosiego y la cara ruborizada, contenta de que el Pathé News tratara ya otras noticias.

—¿Qué pasa? —preguntó Nancy—. No pareces muy contenta.

—No me gusta salir en la prensa —respondió.

—Pues te tendrás que acostumbrar. No puedes quedarte encogida en un rincón, si quieres que despegue tu negocio.

El Serpentine

Vita se llevó una sorpresa al encontrarse con una manifestación en favor de los mineros cuando aparcó la bicicleta de Jane cerca del famoso Speaker's Corner, en la punta de Hyde Park, donde un hombre arengaba a la multitud allí congregada, utilizando como tribuna un cajón puesto del revés.

—Que ondeen bien alto esas banderas rojas —gritó, suscitando un coro de vítores.

Vita siguió adelante, pero el camino estaba obstruido por un grupo de mineros de caras chupadas y ojos ardientes. Su ropa oscura y la mugre del cuello de las camisas eran tan reales como las de los noticiarios, de donde parecían salidos. Después de pasar a su lado, desasosegada por sus miradas escrutadoras, se preguntó qué le harían si llegaran a saber de quién era hija.

Se sentó a una mesa del salón de té, situado frente al lago Serpentine, y se quedó mirando el reflejo de las nubes en el agua. Los mineros habían abierto la caja de recuerdos de su casa. La imagen de la cara de Clement, con un hilo de sangre en la comisura de la boca y la pierna torcida de una manera extraña, le hizo subir un sabor de bilis hasta la garganta.

¿Qué habría sido de Dante? Clement lo habría llevado seguramente al matadero. Eso era lo que había dicho que iba a hacer, y su padre se habría empeñado en ello, cuando hubieran encontrado el cadáver de su hermano. Se imaginó los ojos negros de Dante, dirigidos hacia ella con mirada suplicante... con un orificio de bala en medio de la frente, un agujero sin fondo, del que ella era la culpable.

La presencia de los obreros con los que se había cruzado para llegar allí se le presentaba como una admonición personal, como si su pasado se agolpara entonces para recriminarle todas las mentiras que le había contado a Archie. ¿Qué consecuencias tendría para él y para su reputación, se planteó, si la descubrían y la hacían comparecer ante la justicia?

Aparte, estaba la cuestión de la foto del Vanity Fair. Pese a que había causado una gran impresión en Wisey y las chicas y había servido para limar asperezas con Nancy, el asunto la había puesto muy nerviosa. Después de salir del cine, había adquirido un ejemplar y había pasado largo rato examinando la fotografía. Para Nancy había sido obvio que se trataba de ella, aunque no

era seguro que otras personas la identificaran tan fácilmente. Había cambiado de manera radical. El pelo, la ropa... todo era diferente.

—Estás muy seria.

Era Archie. Estaba muy arreglado con sus pantalones de tela fina y el sombrero canotier que llevaba.

—¿Pensabas que no iba a venir?

—Sí... no, claro que no.

—Me he retrasado unos minutos porque te traigo un regalo —explicó, mostrando un paquetito envuelto en papel marrón que llevaba en el bolsillo de la chaqueta.

Estaba atado con una cinta, que a la vez sujetaba dos narcisos recién cortados. Abrió el paquete. Dentro había un libro de poesía con encuadernación de piel. En la primera página él había escrito algo: «Para mi queridísima Vita, de Archie Fenwick», leyó ella en voz alta. Rozó con el dedo la tinta negra, pensando que aquella era la primera vez que veía su letra.

—Gracias —dijo.

—He marcado la página con ese poema que habla de los narcisos —explicó—. «Junto al lago, bajo los árboles...»

—«Estremeciéndose y bailando en la brisa» —continuó citando ella. Luego estrechó el libro de poesía contra el pecho—. Lo guardaré como un tesoro.

Mientras tomaban un té acompañado de bocaditos, siguieron charlando, sobre la posibilidad de una huelga al principio y sobre los mineros que Vita había visto.

—Madre dice que es una vergüenza, una cosa ilegal —comentó Archie—. Tiene miedo de los bolcheviques, claro.

—Yo creo que los mineros deberían defender sus derechos —opinó Vita—. Todo el mundo debería hacerlo.

Archie le sonrió con calidez, con la mirada prendida de sus ojos, y entonces acudió el camarero.

—¿Se enfadó Nancy porque no llegaste a ir a la fiesta la otra noche?

—Dijo que fue una fiesta fantástica. Debió de serlo, porque se quedó por ahí toda la noche. No lo hace siempre —precisó, al ver la expresión de asombro de Archie.

Se sintió desleal con Nancy. ¿Por qué trataba de presentarse como más convencional y distanciarse de ella, cuando había estado más que dispuesta a ir a todas las fiestas a las que esta la quisiera llevar? Se sintió culpable por pintar a Nancy como la más alocada de las dos. Como intuía que Archie no veía con buenos ojos que pasara tanto tiempo con Nancy, omitió hablarle de la foto del *Vanity Fair*.

—Mi vida parece muy poco animada en comparación con la tuya —señaló Archie—. Tú tienes la suerte de tener a esas chicas de la compañía. ¿Qué te parecería si os invito a todas una noche

después de la función? ¿Al American Bar, por ejemplo? Queda cerca. Quiero conocerlas a todas.

—Ellas también quieren conocerte, seguro —afirmó Vita.

Se reprimió para no contarle que, durante unos días, él había sido su principal tema de conversación, además de las especificaciones que había tenido que dar para explicar cómo había llegado a hablar con el príncipe de Gales.

—Entonces estamos de acuerdo. Tú reúne a la tropa y yo haré lo posible por seguirlos el ritmo a todas.

Vita quedó encantada con la perspectiva de volver a salir con él.

—Y antes de eso, he reservado unos asientos para la ópera.

Vita se echó a reír por el interés que le demostraba.

—¿Te gusta la ópera? —le consultó él.

—¿Quién sabe? Nunca he ido.

Después de tomar el té, Archie propuso que fueran en barca por el lago. Vita tomó los narcisos y, tras prender uno en la solapa de Archie y el otro en su sombrero, cogió unos cuantos terrones del azucarero para el perro de Nancy.

—Se me da bien remar —le aseguró Archie—. En Hartwell tenemos un lago donde voy a pescar.

—Hartwell. Ya lo mencionaste la otra vez.

—Lo considero el sitio más hermoso de la tierra —declaró—. Tienes que verlo. Los bosques, las alondras... Es impresionante, de verdad, sobre todo en esta época del año. Te llevaré un día.

La conmovió que quisiera enseñárselo, pero, aunque realmente tuviera intención de hacerlo, sería difícil poder ausentarse con él. Hasta entonces no había tomado conciencia del ritmo frenético de trabajo que llevaba en el Zip Club. Además, con el negocio de ropa interior que quería montar, apenas tenía tiempo libre para nada.

La idea de estar en el campo con Archie caló, no obstante, en su imaginación y, por un momento, vislumbró la posibilidad de encontrarse a solas con él en Hartwell. En cuanto lo pensó, se acordó de las imágenes que había en la revista que le había prestado Jane. Aunque procuró ahuyentarlas, en su fantasía irrumpió Archie sin camisa.

—¿Qué harías si pudieras hacer lo que quisieras? —le preguntó, admirando la musculatura de sus brazos, que quedó patente tras haberse arremangado la camisa.

Desvió la vista, con aquella misma sensación de calor entre las piernas.

—Madre quiere que monte un negocio.

—No es eso lo que te he preguntado.

—¿A lo que yo quería te refieres? —cotejó él, sonriendo—. Pocas personas me han hecho esa pregunta, ¿sabes?

—Pues yo sí.

Soltó un momento el remo, con gesto de turbación. Luego se frotó la mejilla y posó la vista en el agua.

—Bueno, pues la verdad es que me gustaría terminar mi novela.

—¿Escribes?

Su sorpresa duró tan solo unos segundos, porque se lo imaginaba perfectamente tecleando en un máquina de escribir, con esa expresión tan seria que tenía a veces.

—Eres la primera persona a quien le hablo de ello.

Sonrió, halagada por aquella prueba de confianza.

—¿De qué trata?

Archie le resumió el argumento. El protagonista era un joven soldado que caía prisionero durante la guerra. Ella le escuchó explicar como en sueños que su deseo sería alquilar una villa en Italia y escribir por la mañana y dar paseos por las colinas, y que abrigaba el ferviente convencimiento de que tenía algo que decir sobre su generación. Ella se imaginó que vivía con él y trabajaba en sus diseños, mientras sonaba el teclear de la máquina de escribir en otra habitación. Podrían cultivar sus propios tomates y ella lo ayudaría con la novela.

También hablaron del pedido de la señora Clifford-Meade.

—Admiro mucho tu espíritu emprendedor —alabó Archie—. No es algo corriente.

—¿Tratándose de una chica? —preguntó ella.

—No es eso lo que quería decir —respondió con timidez—. No lo es en general, aunque sí, aún lo es menos tratándose de una chica. Desde luego, en ninguna de las chicas que he conocido he encontrado tu talento ni tu visión.

—Supongo que no tengo nada que perder —confió con franqueza.

—Tú eres muy especial —destacó él.

Con el sol reflejado en la cara, hablaba con tanta sinceridad que a Vita la embargó una carga tal de emoción que hasta le costaba respirar.

Adelantando el torso, Archie le apartó un mechón de la cara y la miró a los ojos. A Vita le latía con violencia el corazón mientras aproximaba los labios a los suyos.

Se separaron de repente, con un sobresalto. Una barca había golpeado la suya. El hombre que iba en ella efectuó unos efusivos gestos, mientras Archie se agarraba a la borda.

—Eh, vaya por Dios, amigo mío —lo llamó—. Nos había parecido que eras tú. Te estabas yendo directo a las matas de la orilla.

Archie parecía furioso.

—Oh, no —dijo—. Es Diggers, de Oxford.

—Nunca fue capaz de dirigir una chalana y tampoco parece que sea mejor con una barca —comentó en son de broma el hombre a Vita.

Llevaba una chaqueta rosa y sombrero canotier y tenía las mejillas coloradas. El amigo que lo

acompañaba, visiblemente borracho, levantó a modo de saludo la cerveza que tenía en la mano. Ambos parecían unos pazguatos relamidos, y la incomodidad de Archie era patente.

Hablaron un minuto, intercambiando cumplidos, pero Archie no presentó a Vita, a pesar de la curiosidad manifiesta de Diggers. Luego Archie formuló una excusa, dio media vuelta y regresó remando a toda velocidad al amarradero.

Cuando Vita preguntó por Diggers, Archie le explicó, con expresión de fastidio, que formaba parte de un grupo de personas de las que había procurado por todos los medios distanciarse.

—A veces me gustaría reinventarme —dijo—. Marcharme y convertirme en otra persona.

—Yo no quiero que seas diferente —aseguró Vita, con el corazón en un puño.

¿Qué diría Archie si supiera que eso era precisamente lo que había hecho ella? También le quedó el interrogante de saber qué habría ocurrido si se hubieran llegado a besar.

Un rayo de esperanza

En su segunda estancia en Londres, Clement tenía la impresión de ver a su hermana por todas partes. Habría jurado que la chica que vio en bicicleta cerca de Hyde Park era Anna. Seguramente se debía a la medicación que le había dado el doctor Whatley, pensaba, o al intrigante mensaje de Rawlings en el que este le contaba que tenía una pista y le pedía que se reuniera con él para hablar de la cuestión.

Se había dado cita con Rawlings en el Lyons Corner House de la calle Coventry, pero no esperaba que se tratara de un sitio tan cavernoso ni tan abarrotado de gente. Todas las mesas estaban llenas de jóvenes habladoras, cuyas caras escrutaba de forma inconsciente Clement para ver si correspondían a la de Anna. ¿Adónde se habría ido después de dejar la pensión de Bloomsbury? ¿Cabía la posibilidad de que estuviera allí?

No podía desprenderse de la sensación de que estaba cerca.

Se sentó y observó el ambiente mientras esperaba a Rawlings. Era un local animado y ruidoso, de techos altos, de los que pendían resplandecientes lámparas, y paredes decoradas con curiosas columnas de madera de estilo clásico. Detrás de la larguísima barra, en la que se exponía un variado surtido de comida y pasteles, había unos gigantescos dispensadores de té y café.

—Mira qué tipo —oyó decir al cliente de la mesa de atrás, a propósito de la camarera, que pasó a su lado con una bandeja, apartando la cadera para evitar que la tocara.

La joven se detuvo a continuación junto a la mesa de Clement y depositó la taza de café y la leche. Aunque se mantenía a distancia del otro individuo, se volvió a mirarlo y le sonrió. Evidentemente, no se había tomado a mal sus atenciones.

Clement quedó asombrado por el aplomo de la joven. ¿Sería esa la forma de ser de las mujeres de Londres? Observándola de nuevo, comprendió que el elegante uniforme negro, complementado con el delantal de lino blanco y los botones cosidos con hilo rojo, acentuaban su atractivo. Debajo de la gorra con el monograma del establecimiento, lucía una bonita sonrisa.

—Dígame, ¿siempre hay tanta gente aquí? —preguntó.

—Uy, sí, señor. Es un no parar. También abrimos toda la noche, ¿sabe? Servimos hasta unas cinco mil personas al día —explicó con orgullo.

Y aquello era solo una cafetería, pensó Clement. ¿Cómo demonios iba a encontrar Rawlings a Anna entre tantísima gente?

La camarera posó la mirada en el periódico que estaba leyendo Clement y reparó en la foto de la nueva princesa.

—Elizabeth. Qué nombre más bonito, ¿no le parece? —comentó.

Clement reprimió una expresión de exasperación. Nunca había entendido el sentimentalismo con que consideraban las mujeres ese tipo de cosas. De nada servía celebrar el nacimiento de una princesa si, como era evidente, nunca iba a llegar a ser monarca.

La camarera sonrió, pero Clement fingió no verlo. No pensaba dejarle una buena propina, así que de nada le iban a servir sus pamemas. Volvió el periódico del revés y entonces vio a Rawlings en la puerta y, al levantarse para hacerle una señal, acusó el dolor en la pierna. Una vez que el detective estuvo instalado en la mesa, Clement fue directamente al grano.

—¿Qué? ¿Tiene algo? ¿Por qué no podía decírmelo por teléfono? —preguntó, previendo cuál iba a ser la respuesta.

En una metrópolis como aquella, encontrar a su hermana era un cometido imposible. Por eso tenía sus dudas de si sería práctico seguir pagando a Rawlings.

—No sé... es posible.

—¿Es posible? —replicó con irritación.

No estaba allí para recibir esa clase de respuestas. Había transcurrido un mes desde las carreras del Grand National y tenía que entregar lo antes posible a Anna a Arkwright para poder llevar a buen puerto sus planes.

—No estoy seguro de si esto va a dar algo —explicó el detective, sacando una revista enrollada del bolsillo de la chaqueta—. Estaba en el salón de té de la National Gallery y por casualidad vi a una mujer que leía esto. Después compré un ejemplar.

Clement miró, confuso, cómo alargaba hacia él un número de la revista *Vanity Fair* y la abría por la página que tenía marcada con un pliegue.

—¿Cree que podría ser ella? —le consultó Rawlings.

Clement se fijó en las largas piernas de la mujer que se volvía en la foto, luciendo un vestido de noche descubierto por la espalda. No podía ser Anna, arreglada de esa forma. Y con... ¿con el príncipe de Gales? Aproximó la revista a la cara.

—No puede ser.

—Pues se le parece bastante, ¿no? Aunque lleva otro tipo de peinado, claro.

Clement se acordó de la joven de estilo moderno que había visto yendo en bicicleta. Debían de ser figuraciones suyas. Rawlings también debía de estar soñando, si pensaba que aquella mujer podía ser su hermana. Era absurdo... inconcebible que hubiera podido estar tan cerca del futuro rey de Inglaterra. Sacudió la cabeza, disipándose a devolver la revista a Rawlings.

—Es que recuerdo que, cuando le pregunté si su hermana tenía algún rasgo distintivo, usted mencionó un lunar en el hombro, y fue solo cuando lo miré con más detenimiento que reparé en esto.

Rawlings extrajo una lupa del bolsillo y la entregó a Clement, apuntando con el dedo la foto. Clement se inclinó para inspeccionarla. Sí, había un lunar en el hombro de la chica... y era igual que el de Anna.

Por Dios santo. Ese hombre tenía razón. Era su hermana.

—No puede ser —susurró, con el pulso acelerado.

—Voy a ir a hacer averiguaciones en el Café de París. Si le apetece, puede acompañarme — propuso Rawlings—. Aunque sea tenue, no se puede descartar ninguna pista.

Cuando llegaron a ese lugar, el portero, un tal Poulsen, no les fue de gran utilidad.

—No sabría decirles —dijo, rascándose el bigote mientras miraba la foto.

Clement dirigió un gesto a Rawlings, que se lamió el dedo para agregar otro billete al que ya tenía en la mano. Poulsen observó con expresión codiciosa el dinero.

—Pero sí estuvo aquí. Como dice en la revista: «El príncipe de Gales escuchando a Delysia». Eso fue hace unas pocas semanas. ¿No se acuerda?

—Es que viene toda clase de gente, en su mayor parte personas de categoría. Ella tiene la misma apariencia que una de las tantas señoritas que acuden al local. Con ese tipo, podría ser una de esas chicas del espectáculo, diría yo.

—¿Chicas del espectáculo?

—Sí, una corista.

Clement y Rawlings intercambiaron una mirada.

—Yo de ustedes, si buscara a alguien así, empezaría por los teatros y los cabarets. O si fuera de más alto copete, igual habría que probar en la ópera.

Gemelos de teatro

Pese a estar situadas en el balcón principal de la Royal Opera House, las localidades reservadas por Archie no eran muy cómodas. Por ello, hacia el final de la primera parte, Vita tenía incluso dificultades para mantenerse quieta en el asiento. Si bien debía reconocer que Lotte Lehmann hacía un buen papel como Condesa y Elisabeth Schumann interpretaba con maestría a Susanna, el calor del auditorio, sumado al desmayado abrigo con reborde de plumas de avestruz que le había conseguido Percy para ir a juego con el vestido, no ayudaban. Demasiado cohibida para dejarlo en el guardarropa, lo había plegado sobre el respaldo del asiento, pero las plumas no paraban de pincharle los brazos y elevarse hasta la cara, para hacerle cosquillas en la nariz.

Aun sabiendo que debería quedar impresionada por aquella elevada forma de arte, nunca había comprendido la fascinación que inspiraba a tanta gente la ópera. Le resultaba difícil seguir el argumento, a pesar de que Archie le tradujera de vez en cuando el libreto del italiano.

—¿Quieres que nos vayamos? —le consultó Archie al oído. Al volverse hacia él, Vita casi le golpeó la cara con los gemelos y ambos dejaron escapar unas risitas contenidas—. Pensaba que sería una buena idea, pero...

Se escaparon de la ópera, importunando a otros espectadores de la fila, antes de bajar corriendo cogidos de la mano las escalinatas y atravesar el imponente vestíbulo.

Una vez en la calle, Vita soltó una carcajada, aspirando el tibio aire.

—¡Ay! —exclamó, al darse cuenta de que todavía llevaba los gemelos de teatro en la mano.

—Quédatelos —le restó importancia Archie—. Yo no les pienso decir nada.

Vita los guardó, sonriente, en el bolsillo del abrigo.

—¿Adónde quieres que vayamos? —preguntó él.

—No sé. La temperatura es agradable. Podemos dar un paseo —propuso.

—Dame, yo te llevaré ese ropón —se ofreció Archie, alargando el brazo para coger el abrigo—. ¿De dónde lo has sacado?

—¿No te gusta? Es una de las creaciones de Percy para un espectáculo de teatro.

Archie enarcó las cejas.

—Se nota. ¡Tú y tus plumas!

Se acordó del sombrero que llevaba en la cena del Serpentine y de que él se había reído de su gesto de fastidio cuando la pluma le rozó la cara.

—Querida Vita, necesitas un abrigo como Dios manda —declaró con contundencia.

Se acordó por un instante del abrigo de su madre, el que había vendido a Suzanna. Era un abrigo muy bueno. Ojalá lo hubiera aprovechado bien Suzanna. Se estremeció pensando lo que habría sido de ella, si se hubiera quedado en aquella pensión. Entonces no estaría allí, de no haber sido por la ayuda de Nancy... y también de Percy.

—Estoy esperando a tener un abrigo de piel —bromeó, fingiendo llevar uno—, algo magnífico.

—Entiendo —contestó Archie—. Y mientras tanto te conformas con hacer estornudar a todo el mundo.

Entrelazó los brazos con los de él mientras caminaban tranquilamente por Covent Garden.

—O sea, que, por lo visto, no vas a tener prisa por volver a la ópera —comentó él.

—Quizá algún día, aunque no acabo de verle el atractivo. Además, ya estoy un poco harta de los teatros, aunque sean tan lujosos como ese.

—Sí, tienes razón. No se me ocurrió. Perdona —se disculpó, deteniéndose de repente.

—No te disculpes, Archie —replicó, riendo—. La verdad es que no se puede comparar el Zip Club con la Royal Opera House. Están en extremos opuestos del espectro, ¿no crees?

—Quería impresionarte.

—Y lo has conseguido —aseguró—. Perdona si te he estropeado la función. Es que no me podía concentrar. Mi vida es demasiado apasionante en este momento.

—Estoy de acuerdo. La ópera es quizá de ese tipo de cosas que nos dicen que debemos apreciar —constató con aire nostálgico—. Quizá un día me esfuerce en tratar de encontrarle gusto, igual como podría obligarme a comer setas.

—¿No te gustan las setas?

Archie puso cara de repugnancia. Ella pensó en la cocinera de Darton Hall que, cuando era niña, la dejaba ir a recoger setas al bosque. Eso fue hasta que Clement se enteró y puso fin a su contribución, con el argumento de que Anna podría envenenar a toda la familia. Qué maravilloso era no tenerlo encima, criticándola y poniéndole cortapisas a todo.

—Mira, estamos casi al lado del taller de Percy —dijo, advirtiendo la entrada de la callejuela adoquinada.

En la taberna de enfrente había luz y también en la ventana del taller de Percy.

—¿Sabes? Le he hablado de ti. Él me ayuda con los sujetadores. Es de verdad un gran amigo. Me encantaría presentártelo, si aún está ahí. Tienes que ver el taller. Es mi lugar favorito.

Archie asintió y, mientras seguían caminando, Vita advirtió el reflejo de ambos en la vitrina del café italiano. ¿Qué diría Giovanni, que siempre le hacía un descuento en las pastas, si la viera en ese momento? Se sentía orgullosísima yendo del brazo de Archie.

—El otro día te dije una mentira, ¿sabes? —confió este.

—¿Ah, sí?

—Yo sí pienso en una persona y en su ropa interior, casi de continuo.

—¿Sí?

Vita se paró y lo miró a los ojos. Él inclinó la cabeza y la miró a los labios. Después se aproximó a su cara y la besó.

Tela Fina

Vita todavía flotaba en una nube al día siguiente, cuando la compañía se reunió en el taller de Percy para probarse los sujetadores.

—Parece un primer beso perfecto —opinó Jane, masticando una de las galletas que tenía guardadas Percy.

—Dentro de unas semanas tenemos un estreno —señaló este, dándole una palmada en la mano—. Tienes que guardar la línea.

—Te gustó Archie, ¿verdad, Percy?

—Es estupendo —concedió Percy—. Se os ve bien juntos.

Vita sonrió, evocando la visita improvisada de la noche anterior. No se habían quedado mucho rato, pero después había llevado a Archie por el callejón secreto que servía de atajo hacia la calle Strand y la había vuelto a besar.

Jane se bajó del banco cuando Vita la llamó desde la cortina del probador. Betsy posaba en sujetador frente al largo espejo de Percy, volviéndose a uno y otro lado.

—Una vez que tengáis todas los sujetadores y que os queden a la medida, esperemos, quiero oír los comentarios, para que Percy y yo podamos confeccionar el prototipo que podría servir de modelo para su fabricación.

—¿Entonces, cuál es el plan para cuando vayamos a W&T?

—Pregúntale a Nancy. Fue idea suya —dijo Vita.

—Yo pensaba que podríamos presentar una parte de nuestro número —explicó Nancy.

—¿Qué número?

—¿Y si cantáramos «Tela Fina» con la melodía del número que hicimos el otro día? Ese, ¿sabes? Tu-tu-tuuu.

—¿Y el baile que va con la canción? —añadió Jane—. ¿O algo como de ballet más clásico?

Imitó unos cuantos movimientos y posturas de ballet, que suscitaron un coro de risas.

Jane se subió de un salto a la mesa de trabajo de Percy y atrajo a Betsy tras ella. Vita la agarró por el sujetador mientras ejecutaba unos pasos, como si estuviera delante de un público.

—Tela Fina, Tela Fina, para realzar la figura femenina... —cantó.

De improviso Jemima subió al lado de Betsy y se puso a acompañarla en armonía improvisando la letra. Percy entregó a Betsy un bastón con empuñadura de marfil y esta le reclamó con un gesto un sombrero de copa. Una vez que tuvo ambos complementos, ejecutó el baile en sujetador, encabezando una hilera con Jane y Jemima, que movían de forma sincronizada los pies.

Vita reía, aunque estaba claro que con la letra inventada se extralimitaban más allá del territorio de argumentación de venta del sujetador.

—Es exactamente lo que tenía pensado —aprobó Nancy, aplaudiendo.

—Pero no tengo ni idea de cómo hace los pedidos ese hombre, el señor Kenton —alegó Vita.

—¿Y qué? No es un mal comienzo —arguyó Nancy—. ¿Qué tenemos que perder?

—Sí, vamos, Vita, no tengas miedo —terció Jemima—. Será divertido.

Alguien llamó a la puerta y todos se quedaron paralizados.

—Uy, Dios mío —exclamó Betsy—. ¿Quién será? A ver si nos pilla en ropa interior.

Percy acudió a abrir a la puerta.

—Es Ida, del Adelphi —les informó.

La joven puso cara de extrañeza al ver a las chicas del Zip Club en diferentes estadios de desnudez, encima de la mesa de trabajo de Percy, hasta que Vita le explicó qué estaban haciendo.

—Ya verás cuando las bailarinas del Adelphi se enteren de esto —pronosticó Ida, admirando los sujetadores de Nancy y Betsy—. ¿Se lo puedo contar?

—Claro —dijo Nancy—. Pero más vale que te des prisa. Se van a vender como rosquillas.

El misterioso taller

Clement contemplaba la calle a través del cristal empañado, mientras Rawlings terminaba su plato de hígado encebollado en el pequeño bar próximo a la estación de metro Earls Court, donde se habían encontrado. El detective le había explicado que había estado siguiendo a una joven y que estaba convencido de que era Anna, pero Clement tenía sus dudas. La vez anterior se había equivocado de persona y estaba claro que con esa chica obraba obedeciendo a una corazonada.

—¿Estaba con un hombre? ¿Qué clase de hombre?

—Un caballero. Aunque se besaron en la calle, o sea, que quizá él tenga otras intenciones.

Clement crispó el puño. Solo de pensar que Anna pudiera haber estado retozando por Covent Garden y la ópera con un pretendiente le hervía la sangre. ¿Qué tipo de vida debía de llevar? Primero aparecía fotografiada con el príncipe de Gales y después alguien la llevaba a la ópera. Quienquiera que fuese, era casi seguro que ignoraba quién era realmente su hermana... y de lo que era capaz.

—Después la seguí, hasta un taller —prosiguió Rawlings.

—¿Un taller?

Rawlings consultó su cuaderno de notas.

—El propietario es un tal Percival Blake. Es alguien relacionado con el teatro, un diseñador de vestuario, creo.

—¿Y cree que era ella?

Clement se arrellanó en la silla y juntó los dedos. No parecía que se tratara de su hermana, aunque también era verdad que siempre había tenido un buen olfato para cuestiones de moda. Era lógico que Anna se sintiera atraída por ese tipo de persona.

—No puedo estar seguro, pero, en todo caso, se le parecía. Como le he dicho, me encontraba por casualidad en la zona. Fui porque esa noche había un espectáculo de ópera y me pareció un sitio idóneo para empezar.

Clement asintió, aprobando la diligencia del detective. Parecía que se había tomado como un reto personal el hecho de encontrar a Anna.

—¿Y adónde fue después de haber visitado a ese tal Percival Blake?

—Bueno, eso es lo más extraño, señor. Estuve esperando en el bar de enfrente...

Clement advirtió que se sonrojaba.

—¿No la vio salir del taller?

—No, señor. Y me quedé hasta que cerraron.

—Igual se le pasó por alto.

Observando la expresión pesarosa de Rawlings, Clement estuvo a punto de recordarle que se había jactado de que siempre conseguía resolver los casos.

—Muy bien —dijo—. Empecemos por ese Percival Blake.

El American Bar

Vita supo que la huelga de los mineros iba en serio cuando fue testigo de un enfrentamiento delante del Zip Club, el sábado por la noche. Un par de hombres, mineros a juzgar por su aspecto, gritaban y dos corpulentos policías trataban de obligarlos a marcharse de allí.

—¿Qué demonios era eso? —preguntó Jane, mientras caminaban por la calle hacia el hotel Savoy, donde se iban a reunir con Archie, en el American Bar.

—¿No has leído los periódicos? —dijo Emma—. ¿Tú tampoco, Vita?

—No. He estado trabajando sin descanso, como bien sabes.

—Por lo que parece, ha habido un cierre patronal de las minas. Les pidieron que trabajaran más horas por menos jornal —explicó Emma.

—Eso no es justo —opinó, torciendo el gesto, Jane.

—Dicen que todos los sectores se van a solidarizar, pero ya veremos —añadió Betsy—. ¿Qué haremos si todo el mundo se pone en huelga?

A Vita se le ensombreció el humor. Había estado viviendo tan a gusto en la burbuja del teatro y del taller de Percy que había dado la espalda al resto del mundo. Entonces, cuando se volvió a mirar a aquellos hombres, captó su desesperación y se compadeció de ellos.

Sabía que sus condiciones eran peores que la de los obreros de la fábrica, que ya eran de por sí espantosas. Sabía lo peligrosas y malsanas que eran las plantas textiles y las horas desorbitadas de trabajo que su padre exigía por un jornal de miseria. Darius Darton siempre había hecho oídos sordos a quien hablara abiertamente de ello, y pocos eran los que se atrevían. No tenía empacho en proclamar su convencimiento de que los huelguistas no eran más que unos agitadores comunistas. Los llamaba «chusma traidora» y declaraba que había que encarcelarlos y fusilarlos.

Evocó las hileras de casitas de los obreros que se sucedían en la ladera de la colina y el desdén de su madre cuando pasaban en coche por esas calles el día de la fiesta nacional, repartiendo paquetes de comida. Theresa Darton siempre había considerado que los trabajadores estaban situados muy por debajo de ella y los tildaba de ingratos.

Se acordó de la vez en que se presentó en la puerta de atrás de su casa, era diciembre, una niña, hija de uno de los trabajadores de la fábrica, pidiendo comida con la mano tendida, apenas capaz

de hablar. Cuando Martha preguntó qué debía hacer, el padre de Vita reaccionó con indignación, mandándole los perros. Vita salió corriendo por la puerta de la cocina en busca de ella, con una barra de pan caliente escondida debajo del abrigo, pero no la pudo encontrar.

¡Qué lejano le había parecido el desagradable mundo cerrado y egoísta de su familia! La visión de los mineros desencadenó, no obstante, los recuerdos.

Se acordó de Harrison, el amable capataz, y de Meg y de Ruth, las señoras del taller de corte, y se preguntó qué les habrían contado sus padres con respecto a su desaparición. Le apenaba que pudieran pensar que los había abandonado.

Se dijo que no debía caer en el sentimentalismo. Aquella era su vida de antes y ahora, en su nueva vida, había un hombre apuesto esperándola para invitarla a tomar algo. No lograba acallar, sin embargo, la voz de la conciencia.

—Venga, vamos. No quiero hacer esperar a Archie —dijo.

Sus compañeras hablaban a menudo del American Bar del hotel Savoy, pero aquella era la primera vez que iba. En el local, abarrotado, había un audible rumor de conversaciones y de entrecocar de copas. El pianista, muy elegante con chaqué y un clavel en el ojal, cantaba frente a un reluciente piano de cola, tratando de hacerse oír entre el ruido ambiental. Mientras bajaban las escaleras, Vita oyó un coro de risas que llegaba del bar.

Advirtió que sus compañeras escrutaban a los presentes, esperando ser el blanco de su atención y, de hecho, constató que todas las miradas se concentraban en ellas, sobre todo en ese momento, en que la música cambió de repente y el pianista empezó a interpretar la canción del último número que bailaban en el cabaret. Por las sonrisas de las distinguidas mujeres que allí había, dedujo no obstante que las chicas del Zip Club eran una novedad en el lugar. Era comprensible, se dijo. Su cabaret era mucho más sórdido que ese bar.

Archie dio unas palmadas y les hizo señas para que se acercaran a la mesa que había reservado. Vita aceptó, sonriente, su beso en la mejilla y después enlazó el brazo con el de él mientras le presentaba a sus compañeras. Se percató, no obstante, de que Nancy parecía poco interesada y aburrida.

Después de que Archie pidiera champán, se sentaron todas a la mesa y Jane empezó a hablar del plan que habían concebido para la presentación de los sujetadores y explicó que entre las bailarinas del Adelphi había corrido la voz sobre el ingenioso diseño de Vita. Estuvieron hablando animadamente hasta que la orquesta se puso a tocar un famoso tema de jazz y todas se pusieron a cantar a la vez. Vita advirtió que Archie estaba incómodo con su desenfado, pero no le dio importancia. Así era como se comportaba ella dentro del grupo. De todas maneras, se quedó con él cuando las demás se levantaron para ir a bailar.

Se había acurrucado junto a él, mirándolas, cuando advirtió que alguien se inclinaba hacia ellos.

—Ah, hola, Vita —oyó que la saludaba alguien. Era Annabelle Morton, la anfitriona de la fiesta de cumpleaños. Vita notó que se ruborizaba cuando se adelantó para darle un beso. Annabelle, vestida con un refinado atuendo de seda negra, olía a perfume exótico—. Me había parecido que eras tú.

Vita sonrió, halagada de que Annabelle la hubiera reconocido. Aun así, se le encogió el estómago a causa de la ansiedad. Aunque Nancy hubiera prometido no decir nada, cabía la posibilidad de que Annabelle supiera que habían sido ella y Nancy las que habían provocado la inundación. En ese caso, ¿qué sucedería si, Dios no lo quisiera, se le ocurriera mencionarlo allí?

Vita le presentó a Archie, consciente del calor que le había invadido la cara.

—Vaya, parecen unos tortolitos —comentó Annabelle, con un asomo de regocijo—. Se está volviendo bastante famosa, ¿sabe, señor Fenwick?

Vita frunció el entrecejo, con el pulso acelerado. «Oh, no, no...»

—Cuando Lulu Clifford-Meade me habló de una joven fantástica del Zip Club, deduje que debías ser tú —prosiguió Annabelle.

Archie manifestó una sorpresa positiva, y Vita experimentó un intenso alivio. Annabelle no sospechaba nada del baño, por lo visto. Oyéndola mientras seguía desgranando alabanzas a su favor, le dieron ganas de abrazarla, porque suponían un balón de oxígeno, un puntal para su orgullo. Después, cuando empezó a sonar una música más lenta y se alejaba en dirección a algún otro conocido, Annabelle les dirigió un gesto con la mano a ambos.

—Tienen que venir a cenar un día —les dijo.

Vita miró de soslayo a Archie. ¿Se plantearía siquiera ir a cenar con ella a casa de Annabelle? Sentía como si, de alguna manera, su categoría hubiera cambiado, a raíz de aquella invitación. Archie no hizo, sin embargo, ningún comentario. Le dio solo la mano para levantarse y fueron a bailar a la pista.

—Ay, Archie, qué divertido es salir a estos sitios contigo —confesó.

—Me gustan tus amigas.

—Y ellas consideran que tú eres el no va más —afirmó.

—¿De verdad?

Le respondió con una sonrisa.

—Vita querida, no sé si querrías...

—¿Qué?

—Solo nos podemos ver durante unos ratos tan breves... El próximo fin de semana tengo que ir a Hartwell, por el partido de críquet anual. Sería maravilloso si pudieras venir. ¿Qué dices?

A ella también le habría encantado ir a Hartwell, pero con los horarios de las funciones del club, era imposible.

—No puedo.

—¿No puedes o no quieres?

—Sí iría, quizá, pero no hay forma de que Connelly nos conceda a ninguna un fin de semana libre. Me temo que hay que descartarlo. De todas formas, necesito prepararme para la presentación en los almacenes.

—Pero si pudieras, ¿irías? —quiso clarificar Archie.

—Sí —afirmó con una carcajada.

—Oh, Vita, mi queridísima Vita, tengo tantas ganas de estar contigo...

—Yo también.

—Encontraremos la manera. Después de todo, pueden ocurrir muchas cosas en una semana.

La marca de pintalabios

Clement había aprendido mucho durante las horas que había pasado en aquel bar, espiando el taller de enfrente. Observaba a la clientela, asombrado ante la variedad de nacionalidades que la integraban, con una predominancia de irlandeses e italianos.

Tenía previsto regresar a Darton y dejar a Rawlings a cargo de la investigación, pero los trabajadores del ferrocarril se habían solidarizado con los mineros y el país entero había quedado paralizado. Había recibido un telegrama de su padre en que le decía que los obreros de la fábrica también habían abandonado el trabajo. Aun sabiendo que su padre debía de estar furioso, desde el otro extremo del país, él no podía hacer nada. Era culpa de su hermana que se encontrara allí.

En el bar, muchas conversaciones giraban en torno a la huelga, y ya había habido una pelea entre dos trabajadores, a uno de los cuales acabaron echándolo a la calle. Clement permanecía silencioso en un rincón, con la cabeza gacha.

A medida que avanzaba la noche, los obreros se fueron yendo, reemplazados por la gente de teatro. Luego un hombre con una gorra empezó a tocar canciones populares al piano. Dos muchachas chabacanas se colocaron a su lado, mientras el dueño pulía una jarra de metal, con una irónica sonrisa en la cara.

¿Sería ese el tipo de gente con la que se había estado codeando su hermana? Clement dio un respingo cuando una de las chicas apoyó el pie en el taburete de terciopelo que había justo a su lado. Al ver la piel rosada que asomaba por encima de las medias, algo se agitó en su interior. Después, sin dejar de cantar, la joven apoyó las posaderas en su rodilla. Los otros hombres se echaron a reír y aplaudieron, pero a Clement no le hizo ninguna gracia. La joven, muy maquillada, le clavó una mirada ardiente y le dio un beso en la mejilla.

Clement se puso en pie y, suscitando un coro de abucheos, sacó el pañuelo y se limpió la marca de pintalabios. Luego se dirigió a la puerta ayudado del bastón, justo a tiempo para ver cómo aquel individuo... el que había mencionado Rawlings, Percival Blake... se acercaba al taller de enfrente.

Clement se apresuró a cruzar cojeando la calle. Faltó poco para que no lo consiguiera, pero justo cuando Blake abría la pequeña puerta de madera, Clement lo agarró por detrás, apretándole

la hoja de su navaja contra los riñones.

—¿Dónde está Anna? ¿Dónde está?

—No me haga daño —rogó, con voz aguda y los ojos desorbitados, el hombre, dejando caer las llaves en los adoquines del pavimento.

Clement le retorció el cuello de la camisa por atrás, haciendo presión.

—¿Dónde está, he dicho?

—¿Quién?

—Anna. Anna Darton.

—No conozco a nadie... que se llame así... Lo juro —añadió, sin aliento el hombre.

—Es una chica que viene aquí. Usted la conoce.

—Aquí vienen muchas chicas. Actrices... bailarinas. No lo sé. Se lo aseguro.

—¡Eh!

Clement se volvió al oír el grito. La chica de la taberna había salido afuera.

—No te vayas, guapo —lo llamó.

Exhaló un gruñido de frustración. ¿Se habría equivocado Rawlings? En todo caso, había afirmado con insistencia que Anna había entrado y salido del taller.

Clement siguió agarrando a Blake por el cogote unos segundos más, sin saber qué hacer. Después, impulsado por su instinto, empujó con fuerza al hombre, que se golpeó la cara contra el marco de la puerta. Disfrutó al oír el ruido que produjo el cráneo en contacto con la madera y el crujido de las gafas al romperse.

Blake lanzó un grito y Clement le propinó una patada mientras se venía abajo. Después se inclinó para recoger el bastón que había caído al suelo. Sí, no le vendría mal. Le gustaba la empuñadura de marfil. Sería un buen complemento para el club de caballeros donde se iba a hospedar esa noche.

El abrigo

Vita, Jane y Emma estaban reunidas en torno al aparato de radio del salón de la pensión, escuchando el discurso del primer ministro y su llamada a la calma. Esa mañana, los trabajadores en huelga sumaban ya más de un millón y el tráfico estaba paralizado.

La señora Bell estaba horrorizada por la imposibilidad de adquirir leche. Vita, en cambio, se alegraba de poder dedicar más tiempo a coser. Pese al fastidio de no poder desplazarse hasta el taller de Percy, había logrado terminar los sujetadores de Jane, Betsy y Emma para la presentación y unos cuantos más para el pedido de la señora Clifford-Meade.

El miércoles fue a pie con sus compañeras hasta el Zip, abstraída en la planificación de todo lo que le quedaba por hacer.

Estaba hablando de ello con Nancy y de los sujetadores que debía entregar a Lulu, cuando Jerome acudió al camerino con un misterioso paquete de cartón atado con un decadente lazo de seda blanca.

—¿Qué es? —preguntó Nancy una vez lo hubo depositado sobre el sillón de cuero.

Era un regalo, no cabía duda, y ambas sabían que podía ser de Archie.

—Llegó hace un rato. He visto al chico de reparto y ha dicho que era para ti, Vita —explicó Jerome.

—Ah, ya veo que la huelga no afecta a ciertas personas —comentó Nancy.

Vita deshizo el lazo, lamentando tener que hacerlo ante el escrutinio de Jerome y de Nancy. Para colmo, Wisey se detuvo en el umbral para ver qué sucedía.

Dentro de la caja había un relleno de papel de China y debajo algo blando. Vita sacó el abrigo de visón y lo levantó, y Nancy dejó escapar un quedo silbido de admiración. Se lo acercó a la cara, sintiendo la increíble suavidad de su tacto en la mejilla. Debía de ser por lo que le había dicho a Archie, de que quería tener un abrigo de piel.

—¡Caramba, es un señor abrigo! —elogió Wisey, apoyada en la jamba de la puerta.

—No lo puedo aceptar —dijo de repente Vita, devolviéndolo a la caja.

—Me lo quedaré yo —dijo Jerome—. Con lo que me dieran al venderlo, conseguiría un mes de sueldo.

Percatándose de la expresión de agobio de Vita, dio la vuelta y se fue con Wisey, que soltó una carcajada mientras se alejaba.

—La gente va a pensar... —adujo Vita, sabiendo que Nancy comprendería a qué se refería.

—¿A ver, qué va a pensar la gente? Todo el mundo sabe que sales con Archie. Dan por sentado que sois amantes. Lo mínimo que puede hacer es regalarte un abrigo de pieles por haber arruinado tu reputación.

—No somos amantes —replicó con repentina indignación Vita.

Luego se acordó de cuando se encontró con Annabelle en el American Bar. Nancy estaba en lo cierto. Annabelle había dado por supuesto que eran amantes.

—¿No lo sois? ¿Quieres decir que no lo habéis hecho?

—Claro que no. Si no, te lo hubiera contado.

Vita sintió que entraba en un terreno movedizo. ¿Acaso el hecho de salir con Archie había tenido tanto impacto en su amistad con Nancy? ¿De veras había pensado esta que no le iba a confiar algo de tanta importancia para ella?

—¿Y por qué no? ¿A qué estás esperando? ¿A que te pida en matrimonio?

Entonces Vita comprendió lo necia que era al considerar que todo lo que había entre ella y Archie era maravilloso y noble, cuando desde el punto de vista de los demás era tan solo una corista a quien hacía la corte un hombre guapo y rico con la intención de divertirse.

—Tú no lo entenderías —dijo Vita.

—¿Ah, no? Te olvidas de que yo lo sé todo de ti —espetó Nancy. Viendo cómo entornaba los ojos, Vita se dio cuenta de que se refería a lo del baño—. Yo te conozco de una manera en que no llegará a conocerte nunca él.

—Para —le pidió, asustada, Vita—. Dijiste que... bueno... ¿no vas a...?

—Tranquilízate. No voy a estropear tu pequeño romance —replicó—. Aunque no veo a qué estás esperando. Si lo quieres, ¿por qué no lo tomas?

Vita se quedó mirándola, sorprendida de que pudiera pensar de esa manera. De que la gente estaba ahí simplemente para «tomarla». Por otra parte, era lógico que tuviera esa actitud. Nancy siempre lograba lo que quería y se enorgullecía de ello.

—Igual no le has hecho llegar las señales correctas —sugirió Nancy.

—¿Qué clase de señales?

—No sé, pero esto sí es una señal clara de que él va en serio —dijo, acariciando el abrigo. Vita percibió un asomo de envidia en su expresión—. No te regalaría un abrigo de pieles si no te deseara, ¿no crees?

—Supongo que no —concedió Vita.

—Pues ya está, lo tienes a tu disposición.

—¿Así de sencillo? —contestó Vita, riendo.

—Sí, ah, pero espera. Más vale que lleves esto —dijo, hurgando en el bolso, de donde sacó una bolsita de papel.

—¿Qué es? —preguntó Vita, mirando el interior.

—Control de natalidad.

—¿Control de qué?

—Hay que ser práctica. Esto se lo tiene que poner él, para que no te quedes embarazada.

Vita se sonrojó como nunca. ¿Cómo podía ser así de desenvuelta Nancy? ¿Cómo podía hablar como si tal cosa de algo tan escandaloso?

—¿Qué? —prosiguió Nancy—. Es una cosa de la vida moderna. Siempre hay que mantener el control, nena —reiteró, dándole un golpecito en la nariz—. No lo olvides.

—No puedo. Es que no sabría ni cómo empezar para pedirle que...

—Tienes que dejarte de todos esos melindres que tanto gustan a los ingleses —dijo Nancy—. No tienes por qué disculparte ante nadie. Sé atrevida. Tú puedes.

Vita sintió que se acobardaba. Por más que deseara a Archie, aquello se le aparecía como demasiado real. ¿Cómo sería, si las cosas iban más allá de un beso? Nancy, no obstante, le dirigió aquella mirada suya, la mirada que la obligaba a ser Verity Casey, la chica que había surgido de la nada y ahora llevaba una vida de ensueño, la misma que le decía que agarrara la vida a manos llenas y la viviera a fondo. Cogió la bolsita, asintiendo.

—Sí puedo. Tienes razón —acordó, procurando creer lo que decía.

El prototipo

Vita recorrió con lentitud el trayecto de callejón que mediaba entre el teatro y el taller de Percy, cargada con la caja del abrigo. A medio camino se detuvo, en el mismo lugar donde había besado a Archie, y levantó la cabeza para mirar la estrecha franja de cielo azul, con un hormigueo en el estómago.

—Ay, Archie, ¿qué me has hecho? —dijo en voz alta.

Todavía conservaba un resto de sonrisa cuando cruzó la puerta del taller.

—Ah, aquí estás. Justo a tiempo para el té, como de costumbre. ¿A ver? ¿Qué te parece? —dijo Percy, mientras ella depositaba con dificultad la caja encima del banco de trabajo. De pie junto a la tetera, de espaldas a ella, alargó el brazo señalando el maniquí—. Para la presentación.

Allí estaba, glorioso, completamente acabado, el último sujetador. Percy le había agregado algunos retoques inspirados en las sugerencias de sus compañeras y había usado una cinta rosa. Era fantástico. Estilizado, práctico y femenino a la vez.

Vita se precipitó hacia el maniquí, olvidándose de Archie y del abrigo.

—Eso es. Es perfecto, aunque yo pondría quizá unos tirantes más delgados todavía —dijo, estrechando con el dedo la cinta de seda—. De todas formas, es magnífico.

—Me alegro de que te guste.

En ese momento, cuando Percy se volvió con las dos tazas en la mano, vio que tenía un ojo morado y le faltaba una parte del cristal de las gafas. Soltó un grito ahogado y se tapó la boca, corriendo hacia él.

—¡Percy! Pero ¿qué te ha pasado?

—Ah, eso —contestó él, dejando el té en la mesa para tocarse con cautela el pómulo.

—¿Percy? —insistió ella.

—Me topé con la puerta. Fue una tontería...

—¿Fue Edward?

—¡No! Por supuesto que no. Me agredió un tipo. No recuerdo muy bien cómo fue, solo que se llevó mi bastón.

—¿El que tiene el puño de marfil?

Percy confirmó con pesados ademanes. Vita sabía que era un regalo de Edward.

—¿Has llamado a la policía?

—¿Yo? ¡No! Además, no lo vi. Había muchos borrachos por los alrededores. La gente está como enloquecida con la huelga. De todas maneras, estoy bien —afirmó, apoyando las manos en sus hombros.

—¿Seguro? —preguntó con preocupación Vita.

—Seguro. Ahora tenemos trabajo. Pruébatelo.

Estaba claro que Percy no quería seguir hablando del asunto. Desistiendo, Vita se fue a poner el sujetador detrás de la cortina que Percy había colgado en un rincón.

—¿Quieres verlo? —preguntó a Percy.

—Desde luego.

Descorrió la cortina, sonriendo. Percy retrocedió un poco para mirarla.

—Oh, Vita —exclamó, juntando las manos con satisfacción.

—¿Crees que le gustará a la gente?

—Les va a encantar.

—A mí también me encanta —declaró Vita, mirándose en el espejo, con las manos en las caderas—. Si nos hicieran el pedido en los almacenes W&T, podríamos confeccionar algunos y empezar a venderlos directamente.

Percy dejó escapar una especie de carcajada de frustración.

—Sí, pero ¿cómo? Llevó horas hacer este. Tal como están las cosas, tú y yo no podemos atender más trabajo.

—Entonces tenemos que encontrar un inversor, para poder pagar a alguien que los cosa.

—Pero eso supondría implicar a otras personas, aparte de mí, para que vieran el potencial. Y eso podría ser complicado.

Vita apretó los labios, pensando.

—Archie —dijo.

—¿Qué tiene que ver él con esto?

Presionando el índice sobre los labios, siguió observando sus propias curvas sedosas con ojos entornados.

—Su madre quiere que monte un negocio.

—¿Y?

—¿Qué mejor negocio que este?

—Vaya, a mí no me parece que... Bueno, tú lo conoces mejor que yo —concedió Percy, frotando con el suéter el cristal que le quedaba de las gafas.

—Lo podemos intentar. Ahora mismo se lo voy a enseñar —anunció, imbuida de repente del intrépido espíritu de Nancy.

—¿Qué? ¿Ahora?

Se aproximó a la caja y sacó el abrigo de piel. Percy soltó un silbido, impresionado.

—¿Por qué no? Es lo de ver para creer. Nos interesa que él invierta. Voy a enseñarle el producto en el que debería invertir. Cogió la muñeca de Percy para consultar la hora—. Me queda el tiempo justo para volver para la función.

—Te acompañaré —se ofreció Percy—. No sé qué intenciones tienes, pero, según sospecho, no son buenas. Vamos. Todavía tengo el coche de Edward.

Para sorprender a Archie

La casa de Archie era un edificio blanco situado en una elegante calle semicircular con vistas a Regent Park. De pie en las escaleras, mientras Percy se alejaba para aparcar el coche, Vita se arrebujó el cuello con el abrigo de piel, dudando de que alguien hubiera oído llamar a la campanilla. En el taller de Percy, aquello le había parecido una buena idea, pero ahora que estaba allí —vestida solo con la nueva ropa interior, zapatos de tacón y el abrigo de piel—, notaba que le flaqueaban las fuerzas. Pese a que antes había considerado que era una idea atrevida, algo que estaba impaciente por explicar a Nancy, ahora se sentía ridícula. Se pasó la lengua sobre los dientes, por si le había dejado alguna marca el pintalabios rojo que llevaba.

¿Y si Archie no estaba en casa? ¿O si, lo que era peor, Archie era de esa clase de hombres que no apreciaban las sorpresas? Quizá lo mejor sería que se fuera a buscar a Percy, que había dicho que iba a dar un paseo por el parque para relajarse. Estaba a punto de dar media vuelta cuando oyó unos pasos y se abrió la puerta.

Un mayordomo apareció en el umbral, delante de un vestíbulo de resplandecientes baldosas blancas y negras. Sobre la frente arrugada, llevaba el cabello cano alisado con brillantina.

—Buenas tardes. ¿En qué puedo ayudarla? —preguntó.

—No sé si... es que, ¿está en casa el señor Fenwick?

Vita le dirigió una radiante y afable sonrisa, pero el mayordomo permaneció impasible.

—¿La está esperando?

—No. Se trata de una visita improvisada.

—Me temo que el señor Fenwick está ocupado en este momento.

—¿Podría quedarme esperando para verle? —preguntó, moviendo la rodilla bajo el abrigo, pues sus piernas acusaban ya el frío de la tarde.

Casi a punto de dar media vuelta y echar a correr, en el último momento se preguntó: «¿Qué haría Nancy en mi lugar?».

Vita resolvió aprovechar la ocasión. No había llegado hasta allí para que la detuvieran. Avanzó dos pasos hacia el mayordomo, que retrocedió, alarmado.

—Él se lo agradecerá, puede estar convencido. Soy la señorita Casey. Tenga la amabilidad de decirle que estoy aquí.

El mayordomo cedió y abrió la puerta.

El vestíbulo, presidido por una gran escalera que ascendía en curva hacia el suelo de mármol, era tan espacioso que habría servido de pista de baile.

Pese a sus reticencias, el mayordomo la hizo pasar por la lujosa puerta que daba a la biblioteca. Una vez que se retiró el hombre, Vita fue a examinar las fotografías dispuestas sobre la repisa de la gran chimenea del fondo. Había fotos de Archie y de su madre, y un retrato en blanco y negro de un hombre de expresión severa vestido con uniforme militar.

Se volvió para observar el resto de la habitación. Había dos estanterías que cubrían por entero la pared, llenas de libros, modernos y antiguos. Se acordó del estudio de su padre y de la última vez que estuvo allí y le sustrajo dinero. Se acercó al escritorio y, sentada en la silla giratoria, pasó la mano por encima de la cubierta de cuero verde. Era emocionante encontrarse en el espacio privado de Archie. Quizá era allí donde escribía su novela.

La puerta se abrió de improviso, provocándole un sobresalto.

Archie iba vestido de etiqueta, con una pajarita y un cuello tan rígidos que parecían a punto de estrangularlo.

—¡Vita! ¿Qué haces aquí?

—Darte una sorpresa —respondió, agarrando la parte de delante del abrigo, antes de mirar por encima del hombro en dirección a la puerta—. ¿Aún sigue ahí el mayordomo?

—No.

—¿Estamos solos?

—Bueno, sí —respondió con nerviosismo—. Por un minuto, pero es que estoy en medio de...

Vita atravesó a toda prisa la habitación y lo besó con vehemencia en los labios.

—Gracias por el abrigo —dijo, retrocediendo.

Él sonrió con timidez. Le encantaba pillarlo desprevenido de ese modo.

—Te queda bien.

—Pero estoy mejor sin él —declaró ella, abriendo el abrigo para poner al descubierto la ropa interior.

—Oh... —exclamó Archie—. Ay, Dios mío.

—¿Te gusta? —preguntó, acercándose de nuevo. Él clavaba, con ojos desorbitados, la mirada en su cuerpo—. Dijiste que querías ver mi ropa interior —bromeó.

Entonces él la cogió y la atrajo hacia sí. Luego le acarició un pecho, dejando escapar un hondo suspiro. Vita sentía que se fundía con el hondo y apasionado beso que le dio. Después, al cabo de un momento, la apartó de sí con un jadeo y se pasó el dorso de la mano por encima de los labios, para limpiarse el pintalabios.

—No podemos.

Hundió las manos en los bolsillos, con las mejillas encendidas.

—No es que quiera que te vayas, y menos aún cuando estás... bueno, cuando vas así. ¡Estás magnífica, caramba!

—Me alegra que te guste —dijo, bajando la vista.

—Sí me gusta.

—Por eso he venido. Porque, verás, soy yo quien lo ha hecho.

—¿Cómo?

—Lo he hecho yo. Bueno, con la ayuda de Percy... pero es mi creación. Es el sujetador que diseñé yo sola, el que voy a presentar en los almacenes W&T.

—¿En serio? —Archie parecía francamente sorprendido—. Creía que habías estado en una boutique de lujo.

—Ya te dije que quiero ser diseñadora. Voy a montar una empresa de verdad, vendiendo esto.

—Madre mía.

—Y ahí es donde intervienes tú.

—¿Yo?

—Sí. Tú podrías ayudarme, ¿no?

—Vaya, no veo de qué manera... —repuso, incómodo.

—Tú mismo dijiste que estabas buscando oportunidades de hacer negocios.

—Sí, pero...

—Si tuviera un plan detallado de las perspectivas de crecimiento del negocio, ¿te lo plantearías? —clarificó.

Archie no tuvo tiempo de responder, porque en ese momento se abrió la puerta.

En el umbral apareció una mujer alta con un anticuado vestido negro con cuello alto de encaje. Después de mirar a Archie, pasó a observar con severidad a Vita, que se apresuró a cerrar el abrigo. La mujer alcanzó a ver, no obstante, lo ligera de ropa que iba debajo.

—No sabía que tenías una invitada —comentó a Archie, con patente expresión reprobadora.

Vita se sintió muy mal.

—Madre —dijo, cabizbajo y ruborizado, Archie—. Esta es...

—Soy Verity, Verity Casey —se presentó Vita, adelantando la mano libre, mientras con la otra mantenía cerrado el abrigo. Dejó caer la mano, porque la señora Fenwick seguía quieta en el umbral, con la mirada fija en Archie—. Mis amigos me llaman Vita.

—¿Ah? ¿Y querría tu... amiga... reunirse con nosotros, en lugar de quedarse escondida aquí? —preguntó su madre.

Aunque las palabras eran educadas, la agresividad quedó manifiesta en el tono acerado de la voz.

—Ya me iba —dijo Vita, mirando primero a Archie y luego a su madre.

Él tenía el semblante tenso. Aunque su madre fuera sincera en su invitación, no podía quedarse de ninguna manera, puesto que no llevaba nada bajo el abrigo.

—Estábamos hablando de un asunto de negocios, madre —explicó Archie.

La madre se enderezó, comprimiendo los labios, lo cual no hizo más que acentuar el sonrojo de Archie. Tras la confusión inicial, Vita se ruborizó también, atónita por la conclusión que evidentemente había sacado la señora Fenwick de su comentario.

—De una inversión —especificó Vita, tratando de salvar alguna dosis de dignidad—. En una empresa, de productos de alta gama. Se podría decir que con futuro. Para las mujeres. Su hijo ha sido el primero en recibir esta oferta de negocio, pero si no la aprovecha, pronto habrá otros inversores.

—No me cabe duda —afirmó la señora Fenwick, posando por fin la vista en Vita—. Pero, verás, Archie tiene invitados que atender, de manera que esas ofertas tendrán que esperar hasta la hora de los negocios. ¿Archie? Los demás están esperando.

Sin mirarlo, Vita se apresuró a seguir a la señora Fenwick cuando salió de la habitación.

—¿Vita? —susurró Archie, cogiéndola del brazo.

—Perdona. No sé qué me ha dado, con la ocurrencia de venir aquí —dijo.

Estaba tan entusiasmada con la idea de que Archie la viera con la ropa interior que no se había planteado que pudiera estar ocupado, ni que fuera a toparse con su imponente madre.

—¿Nos podemos ver? ¿Mañana?

—Voy a ir con mis compañeras a la manifestación de Trafalgar Square.

—Entonces nos veremos en las escaleras de la National Gallery.

Asintió, antes de observar a través de la puerta abierta de enfrente la escena que se desarrollaba en el comedor. La mesa estaba puesta con todo el protocolo. En una bandeja de plata del centro, un humeante asado desprendía un delicioso olor que se mezclaba con otros aromas de comida.

Dos mujeres se pusieron en pie, una de cierta edad y otra más joven, de apariencia insulsa. Ambas la miraron con curiosidad, después de fijarse en Archie, que estaba detrás.

—Adiós, señorita Casey —dijo la señora Fenwick, abriendo la puerta de la calle.

En el club

Su padre iba tan raras veces a Londres que a Clement no se le había ocurrido que aún pudiera mantener su cuota de miembro del club. Lo cierto era que le había bastado con efectuar un par de llamadas para que a Clement lo acogieran en ese club de caballeros y le dieran una pequeña habitación en la planta de arriba, donde podría quedarse durante toda su estancia en la capital.

Arrellanado en el sillón verde de orejas de la sala de desayunos, repasó lo que le había contado Rawlings, mientras terminaba de comer una tostada con mermelada. Le agradaba el ambiente de aquella luminosa estancia y los hombres que allí se reunían. A lo largo de los días anteriores, había mantenido varias y estimulantes conversaciones en torno a la cuestión de la huelga y de las sufragistas. Era reconfortante haber encontrado un sitio donde estaba rodeado de personas de su misma mentalidad.

Había tomado, asimismo, conciencia de una nueva sensación de libertad. Londres era un mundo muy distinto del de Lancashire y empezaba a comprender por qué le había costado tan poco a Anna cortar con su antigua vida. A él le sentaba bien disfrutar de un respiro de todas las responsabilidades y la austeridad de la fábrica, y poder paladear una comida refinada y un buen vino. Rawlings estaba, con todo, fuera de lugar, sorbiendo el té en una taza de porcelana china, antes de rascarse el bigote.

Clement no le había confesado que había tratado de hacer hablar a ese tal Blake. Estaba muy molesto por no haber logrado su propósito. De todas formas, después de haber tenido que despachar a esa zorra que le había echado el ojo, había estado más que dispuesto a dejar que el detective lo relevara en la vigilancia del taller de Blake.

—¿Así que lo vio con una chica? ¿Era Anna? —preguntó adelantando el torso.

—No sabría decirle.

—¿Qué aspecto tenía?

Rawlings consultó el cuaderno de notas.

—Llevaba un abrigo de piel.

—¿Y adónde fueron?

—No estoy seguro. No me dio tiempo a seguirlos. Aunque sí anoté el número de la matrícula del coche. —Se lamió el dedo para pasar la página—. Tengo un amigo en la comisaría central que podrá localizar al propietario.

Clement asintió, satisfecho, apoyándose en el respaldo. Volvió a pensar un momento en la mujer de la taberna. Qué fácil había sido atraerla hasta la oscuridad del callejón... Al principio ella demostraba muchas ganas... y después ya no tantas. Oh, sí, al final aquello estaba resultando una aventura muy agradable.

—Dice que podrá darme la información por la mañana. Aunque con la huelga no es seguro. Todos sus agentes están concentrados en Trafalgar Square, según tengo entendido. Hay una manifestación.

—¿Ah, sí? —dijo Clement, con cara de desdén. Esa mañana había recibido otro telegrama de su padre en el que le explicaba que la fábrica de la familia y la prensa... todo estaba paralizado—. Bueno, espero que sus amigos de la policía sofoquen todo intento de rebelión. Esta huelga es algo escandaloso.

Trafalgar Square

Vita no esperaba encontrar tan lleno Trafalgar Square. Parecía que hubiera manifestantes por todas partes. Se escudó los ojos, escrutando el hervidero de gente. Betsy y Jane estaban en medio de la multitud con una pancarta.

Hacía un día extraordinariamente cálido para principios de mayo. El sol quemaba tanto que Vita se alegró de poder lucir su sombrero rosa, que había combinado con un vestido sin mangas de color verde claro, al que había añadido un cuello de marinero de encaje. Aparte llevaba sus sandalias preferidas, de tono rojo coral, y había confeccionado una rosa de seda del mismo matiz para la cintura baja del vestido. Confiaba que su apariencia recatada, bien distinta del abrigo de pieles de la tarde anterior, tranquilizara a Archie.

Aguardaba, nerviosa, con dos helados que se iban derritiendo en la mano, escrutando las caras en busca de la de Archie. Y luego, cuando lo vio de repente, los celos que le había inspirado aquella joven que vio en su casa se esfumaron, gracias a la sonrisa que le iluminó la cara.

Él aceptó, riendo, el helado y después se sentaron en las escaleras, observando la muchedumbre.

Sus miradas se cruzaron y entonces el recuerdo del beso que habían compartido adquirió una tremenda intensidad. Vita lo miró a los labios, notando el deseo que crecía en su interior.

—Bueno, por lo de anoche... —acabó por decir Vita, armándose de valor para sacar a colación el objetivo de su visita—. Tenéis una casa muy bonita.

—Oh, no es nuestra —precisó Archie.

—¿No?

—Nuestra casa la transformaron en un horrendo edificio de pisos moderno, de «apartamentos de solteros», como los llaman. Madre no soporta ni oírlo mencionar. Ella sigue igual, haciendo como si fuera la propietaria de todo Regent's Park.

La miró un instante y Vita captó una poderosa corriente de estrés debajo de su desenfadado comentario.

—¿Estaba muy enfadada por que me presentara así?

Archie guardó silencio un momento, observándola lamer el helado, y luego le acarició el brazo con el dedo.

—Da igual lo que piense ella. Lo que yo pienso es que eres la mujer más inteligente que he conocido —afirmó—. Y que además estás imponente con tu «ropa interior», por cierto. Desde entonces, no me he podido quitar esa imagen de la cabeza.

Sintió deseos de preguntar a Archie si la consideraba más inteligente y dotada que la joven con la que había estado cenando, pero se contuvo. Se daba por satisfecha con sus elogios y, aparte, no quería aparecer como una persona celosa o mezquina. Debía demostrar que tenía carácter.

—¿Significa eso que vas a invertir?

—Sí. Bueno, quizá... sí, sí —contestó—. ¿Cómo no iba a hacerlo si es la propuesta más interesante que he tenido hasta ahora?

—¿De verdad? ¿Apoyarías a Tela Fina?

Archie asintió con la cabeza.

—Ay, Archie. Gracias. No te arrepentirás. Te prometo que vas a doblar, o triplicar, el dinero.

—Pero... —Dejó inconclusa la frase.

—¿Hay un pero? —preguntó ella.

—Sí, bueno... no. Es que... preferiría que cualquier inversión quedara dentro del ámbito privado.

Primero puso mala cara, pero luego lo disculpó.

—Comprendo. Puedes ser un socio en la sombra. ¿Estás de acuerdo?

—De todas formas, no esperaba relucir tanto como tú —bromeó.

Siguieron charlando sobre las perspectivas de la empresa y ella le detalló sus planes para la presentación en W&T y la ayuda que le iban a prestar sus compañeras.

Archie escuchaba, con el entrecejo fruncido.

—Pero si consigues un gran pedido, saldrá caro confeccionarlos a mano.

—Ya lo sé. Y la demanda aumentará rápidamente, de tal forma que tendremos que disponer de una gran capacidad de manufacturación. Conozco algunas fábricas textiles en Leed. Hablaremos con ellos.

—¿Cómo está enterada de todo eso una chica que proviene de un pueblecito? —planteó, con sincero asombro, Archie.

Vita omitió decirle que había estado observando a su padre durante toda su vida, que llevaba en la sangre esa manera de ver las cosas a lo grande.

—No puede ser tan difícil —afirmó, con un encogimiento de hombros—. Lo puedo conseguir.

—¿Y el baile?

—Hombre, tampoco puedo hacer eso para siempre —arguyó—. Además, quiero ganar dinero por mí misma y hacer algo que me apasione.

Archie se la quedó mirando con aire pensativo.

—Es una actitud muy moderna.

—Yo soy moderna. ¿No te habías dado cuenta? —replicó, dándole un apretón en el brazo. Lo miró terminar el resto del cucurucho, hasta que se limpió la boca con el pañuelo—. No quiero ser una de esas mujeres que se quedan sentadas esperando a que un hombre las pida en matrimonio.

Había surgido de forma espontánea. A posteriori, se dio cuenta de que había sido una afirmación osada. Se aventuró a lanzar una mirada de soslayo a Archie. Nunca habían tocado, ni de lejos, la cuestión del matrimonio.

—¿No te quieres casar? —preguntó él, guardando el pañuelo en el bolsillo—. Llegado el momento... —se apresuró a añadir.

Se echó a reír, sin saber si debía interpretarlo como una propuesta de matrimonio. Estaba claro que Archie pensaba lo mismo, porque parecía aterrorizado.

—Claro que sí. Pero nadie debería casarse si no está totalmente enamorado de la otra persona, ¿no crees?

Archie tardó en contestar.

—Sí, puede —concedió, rehuyéndole la mirada.

¿Le estaría ocultando algo? Él no podía plantearse casarse por otros motivos ajenos al amor, o tal vez se equivocaba...

Tras un breve lapso de silencio, Vita optó por cambiar de tema.

—Debería ir con Betsy y Jane, que están en la manifestación. A Connelly le va a dar un ataque cuando no se presenten esta noche.

—¿Eh? ¿No van a ir a bailar al Zip esta noche?

—No, nos sumamos a los obreros. Nancy piensa que es el no va más. Va a dar una fiesta de huelga en su casa.

—¿Y tú vas a ir?

—Hombre, si ellas hacen huelga, yo también la voy a hacer, claro. Aunque no creo que me quede mucho en la fiesta de Nancy. Francamente, preferiría estar trabajando para Tela Fina.

—Yo tengo una idea mejor —anunció Archie.

—¿Qué es?

—Ven conmigo a Hartwell.

—¿Hoy?

—Sí. Ahora mismo. Si tus compañeras boicotean la función, no tienes nada que perder.

—Pero si no tengo nada de ropa, ni pijama para esta noche.

—No importa. Ya encontraremos algo. Vamos, Vita. Di que sí, por favor.

Un hotel de dudosa reputación

Clement soportaba de pésimo humor los empujones y apreturas en medio de la multitud congregada en Trafalgar Square. Parecía como si el mundo entero se hubiera trasladado a Londres. El mero volumen de la concentración de cuerpos le impedía pensar.

Con las axilas húmedas de sudor, maldijo una vez más a su hermana. La huelga no cesaba de recordarle su casa y el dinero que estaba perdiendo la fábrica. Tenían que reanudar pronto la producción para poder cumplir las fechas de los pedidos que había que enviar a América.

Sin embargo, el fervor con que los trabajadores respaldaban a los mineros no hacía más que acentuarse, a pesar de las reiteradas llamadas a la calma del primer ministro. Era escandaloso que hubieran tomado como rehén a todo el país. ¿Cómo se atrevían esos obreros a desafiar a sus patronos? ¿Quién se habían creído que eran?

Había ido a Trafalgar Square porque sabía que Harrison y otros empleados de la fábrica estaban allí, con la esperanza de mitigar su ardor con su presencia. No obstante, se había visto atrapado entre el gentío e incluso lo habían tomado por un manifestante. Alguien le entregó una bandera roja con un asta, que él dejó caer para luego aplastarla con el pie.

Le supuso un alivio ver a Rawlings, que se abría paso hacia él entre la gente. El detective lo ayudó a salir de entre la multitud y, aunque apenas lo oía, por la expresión de su cara se notaba que estaba contento.

—Ya lo tenemos, señor.

—¿A quién?

—A Blake. Percival Blake. Es uno de esos, señor. —Enarcó las cejas.

—¿Uno de qué?

—Un marica —precisó al oído de Clement—. Y ahí no acaba todo.

—¿Qué quiere decir?

—El coche que conducía Blake, ¿adivine a nombre de quién está registrado? —gritó.

Acababa de salir de una reunión con su contacto en la comisaría. Clement observó a los hombres que trepaban, como hormigas, hasta lo alto de las gigantescas estatuas de los leones.

—¿De quién?

—Del mismísimo Edward Sopol.

—¿Sopol? ¿Es alguien conocido?

—El hijo de lord Sopol.

Clement bajó la cabeza, digiriendo la noticia. Había leído algo sobre Sopol en el periódico, estaba seguro.

Mientras caminaban por Whitehall, Rawlings propuso que entraran en una taberna, al abrigo de la muchedumbre. Una vez dentro, Clement pidió dos jarras de cerveza.

—Esta misma mañana, he seguido a Blake en el coche. Ha ido a Clifford Court —explicó Rawlings, cuando estaban instalados ya en una mesa del fondo.

—¿Qué es eso?

—Un hotel. El tipo de hotel donde la gente raras veces se queda a pasar la noche.

—Comprendo.

—He hecho algunas preguntas. Parece que Sopol alquila a menudo una habitación allí.

—Jesús.

Clement estaba impresionado. Rawlings había marcado un buen tanto al relacionar a ese tal Blake con el hijo de lord Sopol.

—Según mi experiencia, señor, en esta situación basta con aplicar una presión mínima para sacar a la luz la información que uno desee.

Clement asintió, antes de entrechocar la jarra con la de Rawlings. Había trabajado bien esa mañana. Era como si estuviera apuntando con un rifle y Anna apareciera por fin en el punto de mira. Estaba impaciente por apretar el gatillo.

En el campo

Archie fue aminorando la velocidad en las carreteras rurales y Vita aspiraba con fruición el aire, sacando la palma de la mano para recoger las flores que caían de los árboles.

—Qué bien haber salido de la ciudad —se congratuló, consciente de lo mucho que había echado de menos el aire puro.

Durante semanas, había permanecido dentro de la burbuja de Londres, evolucionando alrededor del cabaret, la pensión y la vida social de Nancy, y aquello era como recuperar de repente otra clase de libertad.

—Ya hemos llegado —anunció Archie, parando el motor.

Luego se bajó y fue a sacar de debajo de una piedra una llave con la que abrió unas grandes verjas de hierro. Estas emitieron unos sonoros chirridos cuando las hizo girar sobre la gravilla.

—Esta no es la entrada habitual, pero es la que brinda la mejor vista de la casa —explicó, volviendo a subir al automóvil.

Al ver la larga avenida bordeada de castaños de Indias, provistos ya de sus racimos de flores blancas, Vita experimentó cierto nerviosismo. Hartwell era un lugar tan entrañable para Archie, y él lo había mencionado tantas veces, que comprendía que estaba ansioso por que ella lo apreciara también. Cuando la casa apareció ante su vista, supo que no iba a tener necesidad de fingir.

—Oh, Archie, es una maravilla —exclamó.

En cierto sentido, le recordó a Darton Hall, en la medida en que tenía una pista de entrada rodeada de jardín y un porche muy espacioso, pero mientras que Darton era un sitio frío y oscuro, con bordes angulosos y sombrías ventanas negras, Hartwell era un edificio de líneas más suaves, con ventanales de piedra tallada en arcadas, en la planta baja y en los pisos de arriba. Delante había rosas, cultivadas en macetas, y cuando se acercaron, un perro labrador salió brincando de la entrada.

—Este es Benson —explicó Archie, con una afectuosa carcajada.

Archie paró delante de la casa, en el mismo momento en que aparecía en el umbral un anciano criado. Vita, que había tomado con las prisas algo de ropa prestada a Wisey en el Zip Club, se desanudó la bufanda y se quitó las gafas oscuras, con las mejillas sonrojadas por el viento y el

sol. Los pétalos de flores se arremolinaron en el aire, formando un minitornado, cuando bajó del coche.

—Hola, Jeffers, ¿cómo estás? —saludó con jovialidad Archie al criado, dándole una palmada en el hombro, antes de encorvarse para acariciar a Benson, que también tenía una edad avanzada para un perro—. He traído a la señorita Casey para presentártela. ¿Está Bobby dentro? —preguntó con aire inocente.

Archie había explicado que entre los criados se iban a producir sin duda habladurías si pensaban que estaba solo con Vita y que por eso había ideado una artimaña. Su amigo, Bobby Chartwell, iba a acudir a la finca para el partido de críquet, pero él lo tenía todo previsto para que pudieran estar solos los dos esa noche.

Jeffers, que parecía una réplica, en más anciano, de Jenkins, el mayordomo de Londres, inclinó con gravedad la cabeza en dirección a Vita.

—El señor Hopson ha recibido un telegrama. El señor Chartwell se ha retrasado, por este asunto de la huelga. Espera estar aquí por la mañana antes del partido de críquet.

—Ah, vaya. Parece que al final solo vamos a estar nosotros, querida Vita. ¿Te importa?

—En absoluto.

—¿Van a querer algo de comer, señor? —preguntó Jeffers.

—Algo para ir de merienda, más bien. ¿Qué te parece, Vita?

—Fetén —aprobo, recordando una de las expresiones favoritas de Nancy.

—Muy bien, señor... señorita —dijo, con expresión impasible el sirviente, agachando con deferencia la cabeza, antes de volver al interior mientras Archie sacaba las maletas del coche.

—Por lo visto, vuelve a tener molestias en las caderas —susurró a Vita.

Vita sonrió, alborozada de que la hubiera tratado como a una igual a Archie. Habría apostado algo a que dentro de poco iba a ser el centro de animadas murmuraciones entre el personal de servicio de la casa.

Por dentro, Hartwell era igual de bonita que por fuera. En el centro de una mesa redonda de caoba, se exhibía en un jarrón un tupido ramo de claveles del Japón. En mitad de las escaleras había un espacioso asiento en el hueco de una ventana, en el cual se arrodilló Vita para mirar la parte posterior de la casa.

—¡Qué jardines más preciosos!

—Los diseñó Capability Brown —la informó Archie—. Ven, que me hace ilusión enseñártelo todo.

En el pasillo de la primera planta, Archie abrió una puerta.

—Este es tu cuarto —anunció.

Vita observó con una sonrisa la pequeña cama con columnas, cubierta con una hermosa colcha con bordados de rosas. Cuando Archie abrió los postigos, la luz del día inundó la habitación,

definiendo los relieves de los bonitos muebles cubiertos con tapetes de encaje. Vita pensó en la fría habitación de huéspedes de Darton, con su suelo de planchas negras, y en los pocos invitados que la habían usado.

Al mirar a Archie, tuvo el convencimiento de que sería incapaz de dormir en ese cuarto tan precioso, sabiendo que él estaba en la misma casa. El hecho de estar allí con él, los dos solos, significaba que él esperaba... ¿qué expectativas tenía en concreto? Aunque no lo sabía a ciencia cierta, la situación era tan emocionante que le quitaba el aliento.

—Vamos, sigamos explorando —propuso alegremente Archie.

Lo siguió por el pasillo y las escaleras. Él las bajó saltando los peldaños de dos en dos, para luego precipitarse hacia un gran armario donde se puso a rebuscar.

Lo oyó murmurar algo, pero no alcanzó a entender qué decía, hasta que volvió a su lado.

—Patines de ruedas —anunció, sosteniendo un par en cada mano—. Es la única manera de desplazarse por aquí.

—¿Hablas en serio?

—Sí. Madre está totalmente en contra, pero Horace los vio en Nueva York y los trajo. Nos divertíamos mucho —añadió, sentándose a su lado en las escaleras—. Él también los usó en la travesía. Decía que era la única manera de moverse en aquel buque tan grande.

Vita observó, enternecida, cómo le caía el flequillo sobre los ojos.

Se ató los patines a los zapatos. Aunque eran demasiado grandes, quedaron sujetos y, temblando, con ayuda del pilar de arranque, se puso en pie. Estaba acostumbrada a patinar en el estanque de Darton cuando había heladas, pero aquello era una sensación distinta. Notaba la dureza de las baldosas bajo las ruedecillas. Resbaló varias veces y Archie tuvo que estabilizarla cogiéndola por el codo, antes de que se acostumbrara.

—Eso es. Ven —dijo Archie—. Por aquí.

Se lanzó a toda velocidad por el pasillo y ella tuvo que apurarse para alcanzarlo, sosteniéndose de vez en cuando en las paredes y procurando no volcar ninguno de los jarrones que adornaban las mesas junto a las que pasaban.

Al final de un corredor, Archie se volvió de repente, como un experto, y se detuvo delante de una lujosa puerta de doble batiente. Desde allí, la cogió cuando cayó en sus brazos.

—Sabía que se te daría bien —apreció.

Abrió la puerta y ella entró tras él, impresionada por el esplendor de la lámpara de araña. Luego fue rodando sobre la alfombra hasta las contraventanas, que llegaban hasta el techo, y las abrió. Una luz cargada de motas de polvo iluminó la vasta sala.

—No hagas eso —le dijo Archie.

—¿El qué?

—Estar tan bonita que no queda más remedio que besarte.

Se acercó a ella y la cogió con aire juguetón. Vita se desequilibró y, al perder pie, cayó de espaldas en el sofá. Archie aterrizó encima de ella, pero ninguno se lastimó. Vita sentía la presión de su cuerpo mientras reían. Después él le apartó con ternura el cabello de la cara y la besó.

—Nos van a pillar —susurró Vita, pese a no tener ningunas ganas de que interrumpiera el beso.

—Eso es lo mejor de los patines. El viejo Jeffers tardará una eternidad para recorrer el pasillo. Nunca nos pillaba.

Ambos se dieron cuenta de que con ese «nos» hacía alusión a Horace y a sí mismo.

—¿Lo echas mucho de menos? —preguntó Vita, acariciándole la mejilla mientras lo miraba a los ojos—. ¿A Horace, me refiero?

—Sí, sobre todo cuando estoy aquí. Toda la casa está impregnada de recuerdos. —Alargó la mano para coger una fotografía con marco de plata de la mesa contigua al sofá—. Mira. Es él.

Vita se retorció bajo Archie para poder coger la foto. El parecido entre Horace y Archie era asombroso. En la imagen, Archie miraba con expresión de adoración a su hermano.

—Tú eres más guapo —afirmó Vita.

—No digas eso —replicó Archie—. Horace era más guapo... Era mejor en todo —declaró con evidente tristeza en la voz—. Era inteligente, brillante. Era la niña de los ojos de mi madre. Durante todo este tiempo no he parado de pensar que tenía que haber sido yo el que fuera a la guerra. Pero era demasiado joven para ir. Tendré que vivir con eso para siempre, seguramente.

Ardía en deseos de aportarle consuelo, compungida de que hubiera compartido con ella algo tan personal. Habría querido poder sincerarse y hablarle de su propia familia. Confesarle que sabía muy bien lo que era sentirse subordinado a un hermano situado en un plano superior, que ella también había experimentado el dolor de no sentirse nunca a la altura, de saber que sus padres querían más a su hermano y que siempre iba a ser así.

Por espacio de un vertiginoso instante, pensó en cómo sería pronunciar aquellas palabras, dejarlas salir de la boca para que subieran hasta el techo, dejar que Archie fuera testigo de la descarga de su culpabilidad.

No era seguro que lo comprendiera. ¿Cómo podía explicar el tormento diario que le había hecho vivir Clement, sin presentarse como un ser débil? ¿Cómo podía explicar lo frágil y patética que siempre le había hecho sentir su padre? ¿Lo duro que había sido plantarle cara? ¿Lo mucho que había ansiado, durante toda su vida, ser libre? ¿Que siempre había sabido que la de Anna Darton no era la vida que estaba destinada a vivir, pero que había descubierto que la de Verity Casey sí le convenía?

Archie era un hombre recto. Él jamás habría encerrado expresamente a alguien en una cuadra con un caballo furioso, por más que lo tuviera merecido. Además, mientras él todavía lloraba con desesperación la muerte de su propio hermano, sería imperdonable oír lo que ella le había hecho de forma deliberada al suyo. No había forma de soslayar la cuestión.

No obstante, anhelaba decirle quién era de veras. Que en otras circunstancias, las familias de ambos habrían podido aprobar su noviazgo... incluso alentarlos. Se imaginó a su padre, fumando un puro en aquella misma habitación, codeándose con el círculo de Archie. No era una imagen inverosímil.

Sin embargo, aquello no iba a ocurrir. Nunca se arriesgaría a contarle nada de los Darton a Archie. Por más doloroso que fuera, tenía que guardar el secreto para sí.

La merienda campestre

Archie recogió la cesta de pícnic que había preparado la señora Hopson y, en cuanto se hallaron fuera del campo de visión de la ventana de la cocina, se cogieron de la mano y bajaron por el jardín hasta la verja que comunicaba con el bosque. La luz del sol penetraban en diagonal entre los árboles, iluminando la alfombra de hierba y florecillas silvestres. Las mariposas danzaban a su paso y los pájaros trinaban en lo alto de las ramas. Vita suspiró, embelesada. El hecho de estar sola de esa forma con Archie, en un lugar tan hermoso, la colmaba con un sentimiento de felicidad que nunca había experimentado. Aparte, la expectación le producía una trepidación interior.

—Te voy a enseñar la mejor vista del mundo para mí —anunció Archie, agachándose para entrar en un túnel practicado en un gigantesco rododendro.

La condujo de la mano, encorvado, hasta llegar al otro lado. Vita contuvo la respiración, estupefacta por la panorámica que se abrió ante ellos. La campiña inglesa descendía, impoluta, hasta un valle. El río resplandecía, a lo lejos, bajo el sol. Las vacas pastaban en el campo del otro lado.

Archie caminó un poco más allá y después extendió la manta y el cesto en la sombra moteada de un enorme abedul blanco.

—Cuando era pequeño, éramos propietarios de todo hasta donde alcanza la vista, pero ahora solo tenemos la parte que llega hasta el río —explicó.

—Es muy bonito —elogió ella, dejándose caer en la manta antes de quitarse los zapatos.

Él sacó una petaca del cesto de mimbre.

—Apuesto a que es el jugo de flor de saúco de la señora Hopson —dijo, escanciando el líquido en una taza de plata—. Ah, mira, Jeffers ha puesto fresas. Las cultiva en el huerto. Son extraordinarias. Prueba —la animó, dejando la fresa suspendida, de tal forma que Vita tuvo que alargar el cuello y la boca para alcanzarla.

—Ay, qué maravilla —exclamó.

Era deliciosa. Archie se inclinó y la besó con ardor. Le dieron ganas de decirle que cada beso era como una puerta que se cerraba con respecto a su pasado, como si él fuera igual que una

multitud de capas de bondad que iban enterrando todo lo malo que le había sucedido. Cada beso era una tabla de salvación a la que se aferraba.

—¿Desde cuándo ha sido dueña de esta finca tu familia? —preguntó al final, separándose de él.

Se volvió a recostar y observó como en sueños a Archie, mientras hablaba de su tatarabuelo, que había hecho fortuna en el extranjero y había encargado la construcción de Hartwell a un famoso arquitecto de la época.

—Sois afortunados de poder mantenerla todavía. Últimamente se han demolido muchas casas preciosas —comentó, recordando dos mansiones que conocía en Lancashire, que habían sido derribadas en los dos años precedentes. En Derbyshire y Yorkshire, el fenómeno era aún más acusado—. Se entiende por qué se acaban las casas, pero es una lástima cuando se pierde una vista tan magnífica.

—¿Sabes? No sabría definirlo muy bien, pero hay algo en ti que no acaba de encajar.

—¿De encajar? ¿A qué te refieres? —Bajó la cabeza, con el corazón alterado.

—Eres demasiado inteligente.

—¿Para ser una corista, quieres decir?

—No, no es eso. Eres como un misterio para mí. Eso es todo. ¿Por qué no me hablas de eso, Vita?

—¿De qué?

—De tu infancia, de tu familia, del sitio donde te criaste.

—Porque no hay prácticamente nada que contar —mintió.

—¿Nada? Tú no eres nada. Lo eres todo.

—Es aburrido —adujo—. Esto es lo que importa ahora. Nosotros.

—Pero yo quiero saber...

Lo hizo callar posando el dedo en sus labios.

—No —le dijo—. No quiero hablar de eso porque no quiero ser esa persona. Esta vida, la que he creado para mí misma, es la que quiero tener. No soy como tú, con tus tradiciones y tus lazos familiares. No es lo mismo.

A medida que avanzaba la tarde, aumentó el calor. Cuando se hubo desplazado la sombra, se levantaron y Archie la llevó a un lago que formaban las aguas del río. Era un lugar recóndito, resguardado entre los árboles, que no se veía desde lo alto de la colina. En el otro extremo del lago, había una casa de verano y, más allá, un embarcadero de madera se adentraba en las calmadas aguas. Bajo el zumbido de los insectos, en la cristalina superficie, se formaban de vez en cuando algunos círculos concéntricos.

—Ven. Vamos a bañarnos —dijo Archie.

—No tenemos trajes de baño —alegó ella.

—Si no hay nadie por aquí —contestó él, riendo—. Con Horace siempre nos bañábamos

desnudos.

Vita se sonrojó.

—¿Qué? ¡No vale la pena hacerte la tímida ahora! Ya te he visto en ropa interior —señaló, riendo, Archie.

Se quitó la ropa deprisa, conservando solo los calzoncillos. Luego se fue corriendo hasta la punta del embarcadero y se lanzó de un salto. Afloró a la superficie, sacudiéndose el pelo, con expresión de alborozo.

—Vamos —la llamó—. No tiene ninguna dificultad.

—No mires —le pidió ella, mientras se desabrochaba el vestido antes de quitárselo.

Estaba temblando, indecisa. Si seguía adelante, ¿significaría que se estaba entregando a Archie?

Sí, la respuesta era clara, pero le daba igual, pese al temor que le inspiraba. Lo único que quería en ese momento era estar con él en el agua.

Se desprendió de toda la ropa, con excepción de las bragas, y empezó a andar de puntillas hacia el embarcadero.

—Lo mejor es ir corriendo y saltar —le aconsejó él, dándole la espalda.

Se zambulló y el fresco contacto del agua la acogió al instante. Sacó la cabeza, jadeando entre risas.

—Toco el fondo —dijo—, pero ¡está fangoso y resbala!

Archie se llenó la boca de agua y la escupió formando un arco.

—No hay nada que temer —aseguró—. Las últimas anguilas se marcharon hace mucho.

Vita dio una leve sacudida en el agua.

—¡Para!

Archie se acercó nadando, la cogió por la cintura y la abrazó.

Consciente del frescor del agua y de la calidez de su piel, Vita emitió un gemido cuando la besó. El agua relucía a su alrededor.

—Ay, Vita —musitó—. Te deseo tanto...

Ella también lo deseaba. Se acordó de la conversación que había mantenido con Betsy en el dormitorio, de cómo había descrito aquella sensación. Era natural entregarse a alguien cuando era la persona adecuada.

—Yo también te deseo, pero...

—Pero ¿qué?

—¿No vas a pensar...? Bueno, ¿no vas a tener otro concepto de mí?

—¿Cómo podría cambiar lo que siento por ti, aparte de quererte más?

Vita contuvo la respiración un instante, observando el reflejo del sol en las gotas prendidas de sus pestañas, mientras se hacía cargo de lo que acababa de decir. Lo miró a los ojos y vio que era sincero.

—Lo digo de verdad, Vita. Te quiero. Quería decírtelo desde la primera vez que te vi. ¿Es una locura?

Lo volvió a besar.

—No, pero...

—No tenemos por qué dar el paso —señaló, besándola con más ardor aún—. No estamos obligados a nada.

—Sí. Bueno, yo sí quiero.

—Mira —susurró, cogiéndole la mano.

Después la posó sobre su miembro, bajo el agua. Vita notaba su respiración anhelante, mientras él le movía la mano con la suya, induciendo aquella inédita caricia.

—Ven conmigo al cobertizo de las barcas —musitó.

El cobertizo de las barcas

Vita temblaba sin poder remediarlo cuando entraron en el cobertizo, pero no se debía al frío. Era consciente de que las bragas se le transparentaban, pegadas a la piel, mientras Archie apartaba unas sillas y amontonaba los cojines en el suelo. Por su parte, fue a dejar en un rincón la ropa de ambos, que había traído desde el embarcadero.

—Ya está —dijo él—. Es un sitio seguro, te lo prometo. Nadie nos descubrirá aquí.

Después se acostó de lado y alargó el brazo hacia ella, que se arrodilló a su lado. Veía su miembro, erguido entre el vello del vientre plano, aguardándola. Pensó qué extraño era que, aunque esa fuera la primera vez que veía a un hombre en carne y hueso de esa forma, lo sentía como algo natural, como si conociera su cuerpo desde siempre.

—Nunca he hecho esto antes —confesó con timidez, al tiempo que se acostaba sobre él, mirándolo a los ojos.

—¿No? Yo pensaba que igual... bueno...

Sacudió la cabeza. ¿De verdad lo había creído? ¿Era eso a lo que se refería Edith al decir que los hombres que iban al Zip creían que las chicas como ellas eran mujeres fáciles?

—No quería ser grosero —aseguró Archie, claramente avergonzado—. No era para nada mi intención. Quizá deberíamos esperar.

—¡No! —exclamó, besándolo—. Yo deseo hacerlo contigo, ahora.

Lo miró a los ojos, junto a la gota que le resbalaba desde el flequillo.

—¿Estás segura? —le preguntó.

Ella asintió y él pegó el cuerpo al suyo y se unieron en un profundo beso.

—Pero... eso no significa, ¿entiendes?, que yo sea de esa clase de chicas —musitó mientras él la besaba en el cuello.

—Ya lo sé. Eres mía. Esa es la única clase de chica que necesitas ser.

Después él le quitó las bragas y fue como si hubieran estado atravesando a rastras un desierto para llegar a unirse, por la intensidad del alivio experimentado cuando se entrelazaron sus brazos y sus piernas y se juntaron sus torsos.

—¿Y...? Bueno, Nancy me dio algo, pero está en casa —reconoció.

—Ah, sí, sí —dijo Archie, como si se acordara—. Yo tengo algo. Espera.

Se arrodilló y se puso a buscar en el bolsillo de la chaqueta. Luego deshizo un paquetito, de espaldas.

Después se tumbó sobre ella, mirándola a los ojos. Estuvieron besándose largo tiempo, hasta que él se introdujo en su interior. Vita exhaló un grito ahogado a consecuencia del agudo dolor y, a continuación, notó que se distendía y rendía, como si fuera una flor que se abría por primera vez. Luego perdió la noción de las cosas.

Más tarde permanecieron acostados juntos. Con la cabeza recostada en el pecho de él, Vita se abría paso con los dedos entre el ensortijado vello, encantada de reconocer su cuerpo. Después de tanto preguntarse cómo sería entregarse a un hombre, se había instalado una gran sonrisa en su rostro.

Archie se inclinó para mirarla.

—¡Qué sonrisa! —observó—. Parece como si hubieras ganado un premio.

—Me siento como si hubiera ganado un premio —confirmó, levantando la cabeza para apoyar la barbilla en las manos—. Me siento como si se me hubiera deshecho un nudo.

—¡Caramba! —dijo, con tono de broma, Archie—. ¿Y es una sensación agradable?

—Muy agradable —confirmó, con una carcajada que precedió un torrente de besos.

Volviéron a hacer el amor, más despacio y con más intervalos de palabras y risas, descubriendo la conexión de sus cuerpos. Ambos coincidieron en que parecían encajar perfectamente.

Vita podría haberse quedado así con Archie para siempre, pero cuando la luz empezó a menguar, tuvieron que regresar a la casa. Antes, Archie sacó una navaja de los pantalones y gravó un corazón con sus iniciales en el suelo.

—Ya está —dijo, y ella se echó a reír.

Se paraban sin cesar para besarse y después reír, explorando su inédita condición de amantes. No obstante, cuando la casa apareció a la vista, Archie dejó de darle la mano.

—Es como si fueras mi caballero que se vuelve a colocar la armadura —comentó.

—Estoy obligado —reconoció con pesar—. Sé muy bien que siempre hay quien observa todo lo que hago aquí. Apuesto a que la señora Hopson y Sally deben de estar observándonos ahora mismo por la ventana del primer piso.

Vita se escudó los ojos para mirar la casa, preguntándose qué veían, si el personal podía percatarse de lo que había ocurrido y de que todo era diferente. Todo era diferente, en efecto. Ella y Archie estaban enamorados y ella se había entregado a él sin reparos. Ignoraba qué iba a suceder a continuación, pero la vida iba a ser totalmente distinta, no le cabía duda.

—Entonces procuraré tener un comportamiento normal —dijo—, aunque no me siento nada normal.

Cielo estrellado

Una vez en la casa, Vita se cambió para la cena en su cuarto. Cuando se miró en el espejo de caoba, se ruborizó y se echó a reír. Se planteó qué diría Nancy, si le parecería bien. En todo caso, ella sentía que aquel era el acto más valeroso e intrépido que había llevado a cabo en toda su vida.

El gran interrogante que bailaba en su cabeza era: ¿qué repercusiones tendría el hecho de que Archie le hubiera dicho que la amaba? Aquello debía desencadenar un gran cambio. Anna Darton había muerto de manera definitiva. Ahora era la Vita de Archie. Eso era lo único que contaba.

Cenaron juntos en el comedor, en platos de plata que Jeffers servía con gran ceremonia. Vita estaba impresionada de que observaran las formas hasta ese nivel. Estaba claro que Clarissa Fenwick tenía un elevado concepto de su posición social. Ella sería capaz de estar a la altura, de todas formas. Podía hacer gala del mismo grado de clase y alcurnia que cualquier persona del círculo de Archie, no le cabía duda.

Archie habló un poco de los asuntos de la finca y del partido de críquet que se iba a celebrar en el pueblo, pero ella no escuchaba. Sabía que, con cada palabra, hacía todo lo posible por no cruzar la mirada con ella.

Después de la cena, él anunció que se iba a acostar temprano. Antes le puso una nota en la mano:

«Ni se te ocurra imaginar que vas a dormir sola, o que vas a dormir siquiera. Cuando el reloj dé las once, reúnete conmigo en el pasillo. Trae el batín que hay colgado en la puerta del cuarto y el edredón de la cama. Vamos a subir a la azotea».

Vita yacía en un estado de nerviosismo, atenta para oír las campanadas del reloj, mientras rememoraba con detalle lo ocurrido en el cobertizo.

Al cabo de lo que se le antojó una eternidad, cuando el viejo reloj de péndulo empezó a sonar, abrió la puerta y miró el corredor. Archie asomó, efectivamente, la cabeza desde la escalera y le indicó con un gesto que lo siguiera. Luego reclamó silencio llevándose el dedo a los labios.

Después de coger el edredón de la cama, fue con él por el pasillo del piso de arriba, hasta llegar a un desván, cuya temblorosa bombilla eléctrica iluminaba el alero del tejado. En el

extremo había una trampilla que abrió Archie. Salieron a la azotea y él cogió el edredón.

Era una noche perfecta. Las estrellas comenzaban a hacerse visibles en un cielo despejado. Vita advirtió con sorpresa que Archie ya había preparado su llegada, con un candelabro lleno de velas encendidas, una botella de champán y dos copas.

—Aquí arriba podemos hablar —dijo, desenroscando el alambre protector del tapón, que salió disparado seguido de un chorro de champán. Oyeron el ruido distante que produjo al caer en la fuente del jardín—. Podrías quedarte en mi habitación, pero Jeffers tiene un oído de murciélago y, en cuestión de minutos, lo tendríamos ahí.

Vita se acurrucó contra Archie y este la tapó con el batín. Vita le acarició el vello del pecho.

—Es maravilloso —se felicitó, cogiendo la copa.

—Tú eres maravillosa —respondió él.

Tomaron champán y después estuvieron besándose durante mucho rato.

—Es que no puedo parar de besarte —comentó él, riendo—. Me atraes demasiado. ¿Es un desatino que te quiera con tanta locura?

—No, porque yo también te quiero así.

Archie le acarició el cabello.

—En realidad, creo que puedo decir sin faltar a la verdad que siempre te querré —declaró—. Pase lo que pase.

—No hablas en serio. Uno no puede decir que querrá a alguien pase lo que pase.

Él apartó la cabeza para mirarla.

—Sí se puede. Uno sabe cuándo alguien le ha cautivado el corazón.

—Pero si casi no me conoces.

—Conozco lo bastante como para saber que tienes un alma buena.

A Vita se le formó un nudo en la garganta, al pensar en el cuerpo inmóvil de Clement en la cuadra y el hilillo de sangre que le manaba de la boca.

—Pero ¿y si no la tuviera? —logró articular.

Archie le cogió la mano y la besó en la palma.

—No sé qué ideas extrañas tienes en la cabeza, pero yo veo cómo eres. Sé que eres una persona buena, amable, leal, cariñosa, inteligente y asombrosa. —Hacía hincapié en cada calificativo con un beso.

A Vita se le saltaron las lágrimas.

—¿Por qué lloras? —le preguntó él, atrayéndola hacia sí.

—Es porque... —dijo, respirando hondo, estremecida.

Debía decírselo. Tenía que hacerlo. Debía decirle que no había sido franca, que había vivido toda una vida de la que él lo ignoraba todo.

—Shhh, amor mío —la tranquilizó él—. Ven aquí. —Estrechándola entre sus brazos, señaló el

cielo—. Ahora mira.

Recostada contra él, observó el firmamento estrellado con un sentimiento de desgarró. Debía decírselo, resolvió. Ahora que se había entregado a él, debía sincerarse, entregarse por entero.

Fue entonces cuando vio aquella intensa luz que atravesó el cielo.

—Archie. ¡Mira! ¿Has visto eso?

—Sí, sí —respondió él—. Una estrella fugaz. Piensa un deseo.

Vita cerró los ojos y deseó de todo corazón que llegara el día en que se viera libre del sentimiento de culpa por lo de Clement y que ella y Archie siguieran juntos.

—¿Cuál ha sido el deseo? —preguntó él.

—No te lo puedo decir, porque si no, igual no se cumpliría.

Entre la espada y la pared

No fue difícil localizar a Sopol. Tras unas cuantas y sencillas indagaciones, averiguaron que era miembro del club situado al lado del de Clement, en Pall Mall. Clement y Rawlings no tuvieron problemas para soslayar al portero en la entrada de lujosas columnas de mármol.

Se trataba de un lugar opulento, con una escalinata de mármol y en las paredes grandes retratos al óleo de militares fallecidos. Gracias a las discretas preguntas que formuló a uno de los mayordomos de librea, Clement supo que podía encontrar a Sopol en el bar de la primera planta, y allí se dirigieron, orientados por un estridente sonido de risas. Aquejado por una punzada de dolor en la espalda, Clement agradeció que Rawlings le prestara apoyo con su brazo al subir las escaleras. Abreviaría al máximo la gestión para poder retirarse y ponerse la inyección.

El bar estaba repleto de humo y de grupos de hombres, que hablaban a voces. Detrás de la gran barra de madera que dominaba uno de los lados, una pared cubierta de espejos reflejaba un surtido de exóticas botellas de ginebra y de whisky.

—Es ese —susurró Rawlings.

Clement observó al joven vestido con traje formal que se hallaba junto a la barra. Era bien parecido y se notaba los aires de grandeza con que conversaba con el corro congregado en torno a él. Se dirigieron hacia una mesa y esperaron a que Sopol se encontrara solo. Caminaron directamente hasta él y se situaron uno a cada lado.

—Eh, señores míos, pero ¿qué creen que hacen? —los interpeló Sopol.

Enseguida vio, sin embargo, el bastón que Clement llevaba en la mano y calló. Clement sintió un escalofrío de satisfacción al ver el desconcierto de ese joven, tan seguro de sí mismo.

—¿Lo reconoce? —inquirió Clement.

—¿Quién diablos es usted? ¿Qué significa esto? Esta noche estoy de fiesta con unos amigos, o sea, que si son tan amables de excusarme...

—Percival Blake —dijo Clement en voz baja, aproximándose más.

El camarero estaba sirviendo unas bebidas, de espaldas a ellos.

—No tengo ni idea... —balbució, buscando las palabras para negar su conexión— ... ni idea de qué me habla.

—Tenemos fotos de los dos —mintió Rawlings—. Cuando se encontraron en su hotel, en Clifford Court.

—Así que no vale la pena negarlo —prosiguió Clement, asestando una de sus duras miradas a Sopol—. Mi colega y yo estábamos pensando que sería un mal asunto si las fotos llegaran a manos de la prensa, o... de su padre.

Sopol se quedó sin habla un instante.

—¿Qué es lo que quieren? ¿Dinero? —susurró, desviando la mirada hacia la zona de la sala donde lo esperaban sus amigos.

—Solo queremos sacarle cierta información al señor Blake, eso es todo —respondió Rawlings, con un tono inexpresivo que suscitó la admiración de Clement.

—¿Qué información? ¿Qué ha hecho?

—Pídale que se reúna con usted en esa habitación del hotel —le indicó Clement—. No hay necesidad de que usted esté presente. Nosotros nos encargaremos del resto. Llámelo. Y cuando él esté allí, llame a este número.

Rawlings le entregó una tarjeta con el número de teléfono del club de Clement.

—Pregunte por el señor Darton.

El partido de críquet

Vita regresó por fin a su cuarto al amanecer, después de haber hecho el amor con Archie toda la noche bajo las estrellas, y cayó en un sueño profundo. Cuando la señora Hopson la despertó, tardó un poco en recordar dónde estaba. Si la anciana ama de llaves sabía qué había estado haciendo esa noche, no dejó entrever nada.

Avergonzada por haber dormido hasta tan tarde, Vita se lavó la cara, se vistió a toda prisa y bajó al comedor. Allí encontró a Archie vestido con la indumentaria blanca de críquet. Bobby Chartwell, su amigo de Londres, había llegado un rato antes en calesa, tal como le explicó Archie. Entre los dos reinaba un clima de camaradería. Vita tuvo de inmediato la certeza de que Archie le había contado lo ocurrido entre ellos. La manera como la miró su amigo la hizo ruborizarse.

Aunque Archie le había dicho que le iba a encantar Bobby, este le inspiró una clara antipatía desde el primer momento. Era el tipo de pelmazo mojigato, de cara colorada y risa de ganso, del que se hubiera mofado a conciencia Nancy, de haber estado allí.

Vita sintió una punzada de aprensión, al percibir que habían efectuado planes para la velada. Ella había previsto pasar otra noche a solas con Archie, pero ahora que Bobby estaba allí, iba a ser imposible. El reloj de pared desgranó sus campanadas en la entrada. ¿Solamente habían transcurrido doce horas desde que abandonó su habitación para reunirse con Archie en la azotea?

—Bueno, será mejor que nos pongamos en marcha —dijo Archie, juntando las manos, con las mejillas acaloradas—. No podemos defraudar al equipo. ¿Podrás soportar mirar el partido? —le preguntó, como si fuera solo una amiga... alguien que podría preferir quedarse sola en la casa.

—Será un placer —mintió, mirándolo fijamente mientras cogía un grano de uva del frutero y se lo llevaba a la boca.

Aguardó a que él le dirigiera alguna señal especial, un roce, una mirada, pero era evidente que ambos estaban excitados con la perspectiva del partido.

Mientras se alejaban en el coche por el camino de grava y bordeaban la impresionante pared de piedra seca para dirigirse al pueblo, Vita se estremeció al ver las nubes grises que se iban acumulando en el cielo. Automáticamente, pensó en la última vez que había pasado por allí, el día anterior, y la impresión tan distinta que le producía todo.

—Esperemos que la lluvia espera hasta el final del partido —le dijo Archie, volviendo la cabeza—. Tú puedes mirarlo desde el pabellón, Vita, por si acaso.

Una vez que Archie hubo aparcado el coche deportivo y que Bobby se hubo bajado de un salto, tampoco pudo disfrutar de un segundo a solas con él. Eran los últimos en llegar al campo y, mientras se apresuraban a ir a ocupar sus puestos, vio que varios hombres saludaban con efusión a Archie.

—No te preocupes —le dijo, agitando el bate—. Todos son muy agradables.

Después de mandarle un discreto beso, se fue al pabellón de madera y se puso a hacer cola para servirse una taza de té. Notando las miradas de las mujeres, que charlaban animadamente en torno al dispensador, se dirigió al porche de delante con la taza y el plato de porcelana para asistir al inicio del partido.

—Veronica —se presentó, volviéndose para estrecharle la mano, la mujer que tenía delante. Era alta y llevaba un suéter de críquet encima del vestido de verano y un gran fular estampado atado alrededor de la cabeza—. Somos los vecinos de los Fenwick. Conozco a Archie desde que éramos niños. —De repente depositó la taza en la balaustrada de madera y se puso a gritar a pleno pulmón, ensordeciendo a Vita—: Vamos, cariño. Corre, corre.

Vita desplazó la mirada hasta el campo, que atravesaba a la carrera un muchacho tocado con una gorra blanca.

—Es mi hijo mayor —explicó—. Le he dado la orden estricta de ganar a su padre.

Vita sonrió, inclinando la cabeza.

—¿Está aquí?

—¿Mi marido? Sí... Es un hombre horrible —añadió Veronica, aunque Vita no pudo discernir si hablaba en serio o en broma—. Es el lanzador que está al lado de Archie.

Vita siguió su mirada hasta el lugar donde se encontraba Archie, rodeado de un grupo de jugadores con los que debatían la táctica que debían adoptar.

—Somos amigos de Londres —dijo Vita, pensando que tal vez Veronica intentaba averiguar qué tipo de relación tenían.

—¿Solo amigos? Es una lástima. Sería estupendo tener a gente de Londres aquí. Esto es muy aburrido. Y ahora todas las tradiciones se pierden. Es horroroso que este sea el último partido de Hartwell.

—¿El último?

—¿No se lo ha dicho Archie? Por eso está aquí.

—¿Por qué el último?

Verónica se introdujo un voluminoso pedazo de pastel de crema en la boca y se lamió los dedos.

—Porque tienen que vender la propiedad. Clarissa está totalmente arruinada. El campo de

críquet está incluido en la venta.

—¿La venta? Pero yo creía...

—Por desgracia, la única forma en que la familia Fenwick podría salir del atolladero es si nuestro querido Archie cambiara de estado.

—¿Cambiaría de estado? —preguntó Vita.

Veronica no respondió, sin embargo, porque el partido se puso muy emocionante. Vita se sumó a los espectadores, lanzando gritos de ánimo a Archie, pero aunque era agradable estar incluida entre las esposas, aquella nueva información le producía desasosiego. ¿Por qué no había mencionado Archie que Hartwell estaba en venta, cuando habían mantenido precisamente una conversación sobre las casas de campo? Verónica debía de estar en un error.

El «té» del partido fue en realidad una comida. Archie, que había logrado la victoria con sus compañeros, estaba radiante. Lo observó relacionándose con la otra gente, ansiosa de que le dirigiera al menos una mirada.

—Lo está mirando como si se lo fuera a comer —comentó a Vita otra mujer, una amiga de Veronica.

—Ah —exclamó, riendo, Vita—. ¿De verdad? Solo estaba fantaseando. —Se dio cuenta de que no había hecho más que empeorar la impresión.

—Es comprensible. Va a tener que sumarse a la cola. Por aquí todas hemos estado enamoradas de Archie Fenwick desde siempre. Pero parece que ya es demasiado tarde.

Vita se preguntó qué había querido decir exactamente. ¿Que había estado enamorada de Archie, pero que ahora veía que Vita se había ganado su corazón?

Veronica se acercó a ellos cuando Archie acudió junto a ella. Mientras barajaba el interrogante de si sabía que todas habían estado hablando de él, Vita se vio gratificada con una sonrisa por su parte. Después, se percató de que la mujer que tenía al lado se tensó al ver la mirada que ambos intercambiaron.

—¿Por qué no venís a casa? ¿Qué dices, Arch? Puedes traer a Vita.

—Oh, no. Eres muy amable, Ron, pero no podemos —contestó Archie.

—Tiene que volver a Londres —dijo Bobby, dando una palmada a Archie en la espalda. Archie se volvió y le lanzó una mirada extraña—. Bueno, él me va a llevar —especificó Bobby—. Con esta maldita huelga, no hay trenes y yo prometí que estaríamos allí sin falta esta noche.

—¿Qué estaríais dónde? —La misma Vita se percató del tono agudo que había empleado.

—¿No te lo explicó? —dijo Bobby. Vita advirtió que a Archie se le cubrían de rubor las mejillas—. Su presencia es obligada en el club, por un asunto entre amigos, ¿entiendes? Cuando uno de nosotros se casa, tenemos que celebrarle una buena despedida. Los chicos me mandaron para asegurarme de que Archie fuera a la fiesta.

—¿Sí? ¿Y quién se casa? —preguntó Vita,

En ese momento sonó un estruendoso trueno que sobresaltó a todo el mundo y los jugadores restantes acudieron a refugiarse en el pabellón.

—Le prometí a Bobby que lo acompañaría —dijo Archie, con tono apaciguador—. Siento que no podamos quedarnos más tiempo. Vendrás con nosotros, ¿no, Vita?

—Eso implica que tendrás que ir apretujada atrás, chica —advirtió Bobby, como si tratara de disuadirla.

—No me importa —contestó, aunque sí le importaba.

Lo que más le molestó fue que Archie le rehuyó la mirada. Ella había faltado a la fiesta de Nancy por él, exponiéndose a las iras de esta, ¿y él no iba a renunciar a una fiesta por ella? ¿Por qué estaba haciendo lo que le decía ese hombre tan horrible? ¿Por qué iba a volver a Londres, cuando ella habría deseado quedarse allí otra noche con él? ¿Y por qué no le había hablado de la necesidad de vender la casa? Y lo que era más inquietante aún: ¿qué se había hecho del Archie de la noche anterior, el que le había dicho que la amaría siempre?

Apretujada en el asiento de atrás

Las nubes habían empezado a soltar su carga cuando llegaron a Hartwell y la lluvia martilleaba con fuerza el techo de lona del coche. Vita abrigaba la esperanza de que Archie pudiera tratar de zafarse de las disposiciones que había insistido en tomar Bobby, sobre todo a la hora del té, cuando tanto Jeffers como la señora Hopson expresaron su preocupación de que se fueran a ir con aquella lluvia. Bobby se mostró inflexible, no obstante, y al cabo de poco Vita se encontró apretujada en la parte trasera del vehículo, tal como había predicho él.

Permanecía sentada allí, con mirada colérica, respirando con dificultad mientras Bobby fumaba delante. Le costaba seguir la conversación, a causa del ruido del motor y del movimiento incesante del limpiaparabrisas. Se estremecía, recibiendo las salpicaduras que entraban por un resquicio de la ventana, a su lado. Archie perdió en más de una ocasión el control de los neumáticos y, según avanzaba el viaje, Vita llegó a dudar que llegaran de una pieza. Por eso, fue un alivio para ella distinguir el río y la silueta de Londres a través de la bruma.

—No te importa, ¿verdad? —le preguntó Archie, mientras aparcaba junto a la acera en Pall Mall, al lado del edificio blanco que que quedaba en la esquina de Haymarket.

Con las bocinas de los automóviles y la multitud de transeúntes, parecía como si los hubiera engullido la ciudad y la tranquila merienda del día anterior hubiera tenido lugar hacía un año. Vita se alegró, con todo, de poder estirar las piernas cuando se bajó del coche.

—Te llevaría a casa, pero estamos muy atrasados ya.

—Entonces ve —respondió, consciente de la proximidad del imponente edificio blanco—. No pasa nada. Puedo ir a pie desde aquí.

Se estremeció, porque la ropa se le había mojado con el agua que entraba en el coche. Archie abrió el maletero y sacó un paraguas.

—Toma, llévatelo —dijo, tapándola con él.

Procuró no dar rienda suelta a las lágrimas que retenía, mientras se refugiaba bajo el paraguas. Estaba desconsolada. Archie la estaba abandonando. La magia de la noche anterior, de todo lo que habían compartido, se había esfumado.

Archie observó cómo Bobby desaparecía dentro del edificio y después la atrajo para abrazarla.

—Perdona —susurró—. Bobby es la persona más chismosa del mundo. No quería darle más munición de la que cree que tiene.

¿Por qué le importaba tanto mantenerla como algo secreto? ¿Qué más daba que Bobby se enterara? A ella le tenía sin cuidado que el mundo entero supiera que estaban enamorados.

Como si le leyera el pensamiento, él la cogió por la barbilla y la besó con infinita ternura en los labios.

—Ay, cariño. Hoy ha sido una tortura —reconoció.

—Lo sé —respondió ella, reconfortada.

Correspondió a su beso, hasta que quedaron pegados y, embarazado por el espectáculo que estaban dando, él se apartó.

—¿Te volveré a ver? —alcanzó a articular Vita.

—¿A verme? —preguntó él, asombrado. La cogió por los hombros y la miró a la cara—. Por supuesto. ¿Te acuerdas de lo que te dije anoche?

¿Cómo lo iba a olvidar? Asintió, ahogándose en su mirada, anhelando que se lo volviera a repetir.

—Bueno pues —dijo Archie.

—Vamos, hombre —lo llamó Bobby, saliendo al porche—. Todos están esperando.

—Será mejor que vayas —dijo Vita, conforme con la aclaración, aunque ansiaba arrojarle en sus brazos y pedir que le prometiera que nada los iba a separar.

El talonario

La señora Bell servía la cena cuando llegó Vita. Al entrar en el salón, notó que se asentaba sobre ella el peso de lo que había sucedido. La radio difundía una conocida canciónailable, pero de improviso Archie, su club y sus amigos parecían situados a miles de kilómetros de distancia. Era como si él hubiera quedado absorbido por su mundo y ella se hubiera visto arrojada de vuelta al suyo, y el espacio de ambos, aquel lugar mágico donde podían estar juntos los dos, hubiera desaparecido.

—¿Dónde te habías metido? Las chicas dijeron que estuviste fuera de Londres —indagó, cejijunta, la señora Bell—. Fuera, Casper —ordenó, apartando al gato de la silla de Vita.

Vita se sentó, cabizbaja, en la silla, demasiado cansada para inventar una excusa. Por la forma como la miraba la señora Bell, intuía que en la pensión habían corrido los chismes. Casper saltó a su regazo y ella lo acarició, hundiendo la cara en su pelaje, con unas repentinas ganas de llorar.

—Entonces ¿estuviste fuera?

—Fui a ver a una amiga —respondió, con la vista fija en el plato de jamón y patatas hervidas, dudando de si volvería a ser capaz de comer.

Al pensar en Archie, que cenaba en su elegante club de caballeros, el contraste con su pensión le pareció abismal.

En las escaleras sonó un crujido de pasos y luego entró Percy, que se sentó sonriendo a su lado.

—Ah, ya estás aquí —la saludó, sin reparar en su sombría expresión—. Mira lo que llegó al taller.

Le entregó un sobre muy grueso.

Después de dejar a Casper en el suelo, miró lo que había en el sobre y sacó un talonario. Abrió la primera página. «Coutts and Co.», leyó, pasando los dedos sobre la ensortijada insignia de aquel banco privado.

—Un talonario en toda regla —dijo, haciéndose cargo de la enormidad de la presentación que iban a realizar y de lo que podía implicar—. Paddy Potts cumplió su parte al final, gracias a Nancy.

—Fíjate qué bonito —comentó, admirativa, la señora Bell—. Están muy bien hechos. Este negocio tuyo está arrancando.

—Está muy bien eso de tener una cuenta de banco, pero está vacía —le recordó Percy, acercándose más—. ¿Le preguntaste a Archie si quería invertir? Necesitamos contratos y también un abogado.

—Ya lo sé, pero... No pude pedírselo de manera formal. Habría parecido...

—¿Inadecuado? —susurró Percy sin rodeos.

—No fue así —protestó ella—. Aportará el dinero. Lo prometió.

Aportaría el dinero, ¿no? Había forzado a Archie a comprometerse y, ahora que sabía que su madre tenía que vender Hartwell, le preocupaba la posibilidad de que no tuviera la fortuna que ella creía.

De todas formas, aún tenían la casa de Londres, aunque estuviera alquilada. En cualquier caso, no iba a dar crédito a las habladurías de la gente. ¿Quién sabía cuál era la verdadera situación económica de Archie?

—Bueno, termina de comer. Mejor que hayas vuelto. Tenemos bastante que hacer, si quieres que salga bien esa presentación. Solamente faltan cinco días.

Después de cenar, ayudó a Percy en su cuarto, confeccionando a máquina un sujetador para la señora Clifford-Meade. Por fin iba cogiendo soltura y cada vez trabajaba más deprisa.

Escuchaban un programa cómico en la radio, pero Vita no estaba de humor para reír. Era consciente de que no tenía mucha lógica. Sabía que, en ese mismo momento, Archie estaba en una fiesta, pero ansiaba recibir aunque fuera una sola palabra que calmara su aprensión.

—Las cosas fueron bien, supongo —comentó Percy, una vez que hubo apagado el aparato, cuando empezaban las noticias.

Ambos estaban hartos de la huelga.

—Fueron muy bien, hasta que apareció su amigo y lo echó a perder todo.

—Y ese Archie... ¿es tu hombre ideal?

—Ay, Percy —se lamentó Vita, parando de coser—. Si es esto estar enamorada, no lo voy a poder soportar.

—Bienvenida al mundo, nena —se mofó, adoptando acento americano.

Siguieron trabajando en silencio. Por una parte, Vita ansiaba contárselo todo, describirle la mágica experiencia que había vivido en Hartwell. Por la otra, temía que, si lo hacía y reconocía lo que había hecho, disminuiría la estima en que la tenía Percy. Tal vez había cometido un error...

Hilvanó la tela y colocó la costura bajo la aguja de la máquina, pero le costaba concentrarse, pues no paraba de evocar los momentos que había pasado con Archie en la azotea. Él había sido sincero, estaba segura. Bajo aquel cielo estrellado, habían compartido un amor verdadero, no le cabía duda. Tenía que aferrarse a aquella convicción.

—¿Vas a salir con Edward esta noche? —preguntó a Percy, una vez hubo acabado la costura.

—Quería que nos viéramos, pero no voy a salir con él hasta que hayamos arreglado lo de la presentación. Le he dicho que tenía otras prioridades. Creo que es bueno decirle que no de vez en cuando. Debe de haber funcionado, porque me ha invitado al hotel, aunque yo de todas maneras le he dicho que no estaría disponible hasta el jueves.

—Dios mío. El jueves —repitió, recordando la presentación.

Ojalá pudiera hacer como Percy y centrarse más en sus quehaceres.

—Va a ser estupendo —pronosticó él, sonriendo—. Me parece que Tela Fina va a tener un gran éxito.

—¿De verdad?

Percy le dirigió una mirada burlona.

—¡Vamos! ¿Qué se ha hecho de mi Vita? Estás muy callada. ¿Adónde ha ido a parar mi rayo de sol?

—Estoy aquí —afirmó, con pesadumbre—. Es que estoy cansada, nada más.

Más tarde, en su habitación, se desvistió despacio, recordando lo que había sentido al estar desnuda en brazos de Archie. Aquello había sido la noche anterior.

Trató de recordar todo lo que había dicho, cómo le había declarado que la amaba y que la amaría siempre. Sin saber por qué, tenía la extraña sensación de que aquello no era suficiente.

Archie la quería, sin embargo, se recordaba a sí misma. Se lo había dicho una infinidad de veces. No sabía de qué manera, pero encontrarían la forma de estar juntos. No debía desanimarse. Debía tener fe, se repetía una y otra vez.

Billetes para París

A Vita la despertó el ruido que hacían las palomas torcaces en lo alto de la chimenea. Permaneció inquieta en la cama, asaltada por un rosario de preguntas. ¿Dónde estaba Archie en ese momento? ¿Qué hacía? ¿Con quién estaba? ¿Cómo había sido la fiesta del club? ¿Cuál de sus amigos se iba a casar? ¿La invitaría a acompañarlo a la boda? Y en tal caso, ¿qué ropa se pondría?

Por más que se repitiera lo que le había dicho en la azotea, que la amaría siempre, aquella separación tan repentina era una tortura para ella. Incapaz de seguir más tiempo allí, se levantó y se vistió. Disponía de un par de horas libres antes de reunirse con Percy en el taller.

Llegó al apartamento de Nancy jadeante, tras haber atravesado en bicicleta una buena parte de la ciudad. Nancy llevaba una combinación bajo un vaporoso batín de seda, y gafas de sol, a pesar de estar dentro de casa. Tenía recién pintadas las uñas de los pies y las manos, que le enseñó mientras se acababan de secar.

—El rojo de París —explicó.

—Ah —dijo Vita, recordando con un sobresalto que Nancy seguía adelante con su proyecto de irse a París.

—¿Qué? —inquirió Nancy, soplándose las uñas mientras observaba a Vita por encima de las gafas de sol—. ¿Al final hiciste el asunto?

¿Acaso se notaba tanto? Vita se mordió el labio, inquieta por la insólita crueldad que había detectado en el tono de voz de Nancy. Había creído que Nancy estaría orgullosa de que hubiera sido tan atrevida.

—No lo digas así.

—¿Cómo?

—Como si hubiera hecho algo malo. Creía que te alegrarías por mí.

No bien lo hubo dicho, Vita se dio cuenta de que no era cierto. En el fondo, siempre había sabido que Nancy estaría celosa. Tal vez abrigaba la esperanza de que perder la virginidad con Archie le reportaría una especie de ascenso de escalafón, pero entonces se arrepintió de no haber ido directamente al taller de Percy.

Nancy dulcificó su actitud, abrazándola.

—Y me alegro. Es solo que me molestó que no vinieras a mi fiesta. Ven y cuéntamelo todo. Disculpa el desorden —añadió, señalando las pilas de copas acumuladas encima de las mesas.

Los discos estaban diseminados por la alfombra. Pese a la brisa que entraba por la puerta del balcón, en el aire persistía el olor a humo. A través de la puerta abierta del dormitorio de Nancy, vio a dos personas dormidas bajo la colcha negra.

—Ven a la cocina —le indicó Nancy, encendiendo un cigarrillo.

Sentada en el sillón de Nancy, con Wild acurrucado en el regazo, Vita relató con detalle la noche que había pasado con Archie.

—Pero ahora me siento... no sé. Como si me hubiera estado ocultado cosas —precisó, aliviada de poder desahogarse—. Como si hubiera cosas de las que no estoy enterada.

Nancy suspiró y se quitó las gafas de sol. Luego se pellizcó la nariz.

—Por Dios santo, Vita, no voy a consentir que pierdas la cabeza por un estúpido como ese.

—No es un estúpido.

—Por supuesto que lo es, por haberte tratado de esa forma. No te merece.

Vita no esperaba que Nancy reaccionara de ese modo. Por más que quisiera defender a Archie, tenía que reconocer que había sido un poco mezquino. Nunca se le había ocurrido pensar que Archie no pudiera estar a su altura. Solo se había planteado la posibilidad inversa.

—Pues yo tengo buenas noticias —anunció Nancy—. He comprado un billete para París. Bueno, dos. Uno para mí y otro para ti.

Fue hasta el aparador y del cajón sacó dos billetes para Le train bleu. Luego los dejó encima de la mesa y Vita cogió uno. Se quedó mirando a Nancy, antes de volver a examinar el billete. Era para el fin de semana siguiente. ¿Cómo podía estar tan segura Nancy de que la huelga habría terminado para entonces y que sería posible viajar a Francia? Después recordó que los acontecimientos conspiraban de forma inevitable para que Nancy se saliera con la suya.

—Pero ¿y la presentación? Es el jueves.

—Ah —exclamó Nancy.

Vita vio que se había olvidado por completo.

—Y habrá pedidos, ¿no? —señaló Vita—. Bueno, esperemos que los haya.

—¿Y qué?

—Pues... que me es imposible ir contigo. Creía que querías que fundara Tela Fina. Fue idea tuya —destacó Vita.

—Podrías dirigirla desde París —contestó, con un encogimiento de hombros, Nancy—. ¿Por qué no?

—Porque... porque todo está aquí. Y Percy también. No puedo hacerlo sin Percy.

—A lo que te refieres es que Archie está aquí —puntualizó Nancy, molesta.

A Vita no le gustó nada la manera como le hacía sentir Nancy, como si tuviera que elegir entre ella y Archie.

—Sí. Archie está aquí. Toda mi vida está aquí.

—Pero yo he comprado los billetes ahora. Toda esta historia de la huelga es muy aburrida. Vamos, Vita. ¿No quieres salir de aquí? ¿Vivir otra aventura?

—No —respondió Vita, horrorizada de que Nancy se comportara de esa forma.

¿Cómo podía calificar de aburrida la huelga? ¿No se hacía cargo de lo que aquello suponía para las personas reales, en el mundo real?

En cuanto a lo de vivir una aventura, la suya acababa justo de empezar. Había pensado que Nancy la compartiría con ella. Por un instante, se planteó rogarle que se quedara y expresar lo mucho que necesitaba su ayuda con la empresa, pero en la altivez de su mirada dedujo que sería inútil. Ya había tomado su decisión.

—Bueno, tú te lo pierdes —espetó Nancy.

La presentación

La señora Bell iba y venía agitada ante el aparato de radio.

—Es increíble. Han hecho descarrilar el expreso de Edimburgo —dijo, apagando el noticiero, que permanecía en sintonía constante desde el fin de semana.

La casera, que no se perdía ni un detalle de la huelga, mantenía regularmente informada a Vita.

—No puede durar para siempre —comentó.

—Todo parece tan extraño, ¿verdad? —prosiguió la señora Bell—. No me gusta ver los camiones del ejército. Y sabe Dios cuándo vamos a poder tener leche.

Vita cogió una manzana del frutero y la mordió. Después apretó el brazo de la señora Bell.

—¿Estás segura de que tu presentación va a salir bien?

—No hay motivo para que no vaya bien —respondió con nostalgia Vita, pensando en el entusiasmo que había sentido en el American Bar en compañía de Archie.

Ay, Archie. Estaba ansiosa por tener noticias de él y no paraba de acariciar la idea de ir a su casa, pero como la vez anterior había encontrado a su madre, sabía que debía esperar a que él se pusiera en contacto con ella.

La huelga terminó el miércoles y se reanudaron las funciones en el Zip Club. Vita inspeccionaba la penumbra de la sala buscando a Archie entre el público, pero no acudió. El jueves, el día de la presentación en W&T, estaba hecha un manojo de nervios. Percy debía de estar harto de ella, pensaba, mientras envolvía los conjuntos de ropa interior que habían confeccionado para sus compañeras.

—No te preocupes por Archie —le dijo Percy—. Lo que tenga que ser será.

—Podría haber encontrado una manera de venir a desearme suerte —destacó, cayendo en la cuenta de que su temor se transformaba en rabia.

—Quítatelo de la cabeza y concéntrate en la presentación —le aconsejó Percy, besándola.

—Ojalá vinieras tú.

—No me necesitas —aseguró él.

Sabía que Percy estaba bastante atrasado con los trajes para las coristas del Apollo y que se quedaba para poder terminarlos, antes de ir a encontrarse con Edward en el hotel. Vita le hizo

prometer que se reuniría más tarde con ella en el Zip Club.

—Déjalos impresionados —la exhortó, cuando ya se iba.

Nancy, Edith, Jemima, Jane, Betsy y Emma la esperaban ya delante de los almacenes.

—Gracias a todas —dijo Vita, aliviada de ver que no faltaba nadie. Hasta Edith había ido—. Edith —la saludó, inclinando la cabeza.

—He pensado que ya era hora de ver de qué va todo este trajín —explicó.

—Vamos a cambiarnos —dijo Vita—. No nos conviene llegar tarde.

Después de repartir entre sus compañeras los conjuntos que había traído en la bolsa de tela, se dirigió con ellas a los probadores de la primera planta.

Arriba en el sexto piso, la señorita Proust parecía molesta de que hubieran acudido tantas jóvenes a la cita, pero Nancy, comportándose como si fuera la dueña del lugar y aquello entrara dentro de lo previsto, las hizo pasar sin más preámbulos a la oficina del señor Kenton. Vita no salía de su asombro ante la capacidad que tenía Nancy para embarullar a la gente.

El señor Kenton se puso en pie ante la repentina intrusión. Vita se llevó una agradable sorpresa al ver que era joven y de aspecto atildado, rubio de cabello y de rostro atezado. Después de estrecharle la mano, Nancy cogió una de las tarjetas de visita del escritorio y le presentó a Vita como si fuera una especie de apasionante espectáculo.

—¿Señorita Casey? —dijo él, estrechándole la mano a su vez—. No esperaba que fueran tan numerosas.

—Espero que no le moleste, pero he traído a las chicas del Zip Club —explicó.

—Creía que esto iba de sujetadores —dijo, mirando con desconcierto cómo las jóvenes empezaban a quitarse las chaquetas.

—En efecto —confirmó Vita—, pero es mucho mejor enseñárselos de forma que vea cómo quedan puestos.

Lance Kenton enarcó las cejas. El enfoque era poco convencional, desde luego, pero daba igual. Vita tenía que conseguir que viera aquello para comprender.

—Oh, no. Aquí no hacemos las cosas así...

—Adelante, chicas —ordenó Nancy.

Sin dejar margen de protesta al señor Kenton, despejó el espacio con ayuda de Betsy. Después Jane sacó un diapasón y, tras golpearlo, lo dejó en el escritorio de madera para que diera la nota correcta. Luego, todas empezaron a cantar en armonía:

—Tela Fina, Tela Fina, para realzar la figura femenina...

Vita observó la cara del señor Kenton cuando las chicas empezaron a quitarse la ropa.

—Flexible —cantó Betsy, haciendo el pino, de tal forma que Jemima la cogiera por las piernas.

—Y práctico —cantaron todas—. Para bailar o para correr... una sujeción perfecta.

Alguien llamó a la puerta y la señorita Proust asomó la cabeza, pero Lance Kenton levantó la

mano para indicarle que no lo interrumpiera. Para entonces, todas en ropa interior, las jóvenes iniciaron la ronda de claqué del número. Vita tuvo que reprimir una sonrisa al ver la expresión del señor Kenton. Estaba encantado... aunque no quisiera. Se notaba. Movía, además, el pie al compás de la canción.

Desplazó la mirada hacia la señorita Proust, que se tapaba la boca, con ojos desorbitados, mientras las chicas hacían girar los hombros.

—Y segura —cantaron.

Terminaron adoptando una pose estática, con un brazo levantado y un pie estirado hacia delante. Vita juntó las manos con arrobó. Estaban magníficas.

Inclinó la cabeza hacia ellas, aplaudiéndolas. Luego las chicas relajaron la postura y el señor Kenton agachó la vista hacia sus zapatos, como si estos tuvieran la respuesta. Vita experimentó un momento de terror. Quizá pensaba que estaba loca, por creer que aquello iba a funcionar. Tal vez había hecho el ridículo.

—Estoy atónito, señorita Casey —reconoció—. No sé qué decir.

Edith salió al frente y, apoyando la mano en el escritorio, adelantó el torso hacia él.

—No somos solo nosotras las admiradoras incondicionales de estos sujetadores. Vita tiene otros distribuidores interesados en la prenda —declaró.

—Sabemos que sus almacenes ponen un empeño especial en presentar los últimos productos en boga, o sea, que sería una lástima que se quedaran atrás —añadió Vita.

Lance Kenton parecía acorralado.

—A ver, enséñame otra vez ese pedido, Vita —reclamó Edith.

Pese a que no lo habían ensayado, Vita se levantó y enseñó a Edith la página en blanco de su cuaderno. Aunque no tenía ni idea de qué se proponía, su intervención atrajo sin lugar a dudas la atención del señor Kenton.

—¿Lo han confirmado? —preguntó con un teatral susurro.

Nancy se acercó a mirar por encima del hombro de Edith.

—Sí. Han encargado cincuenta para empezar —afirmó.

Vita miró de reojo a Lance Kenton, que tenía la vista fija en Edith. Entonces Vita se volvió para recoger su bolsa de tela y la puso encima del escritorio. A continuación, sacó los modelos y los expuso delante de él.

—Esto es lo que vamos a confeccionar, porque esto es lo que quieren las mujeres —declaró con aplomo.

Lance Kenton respiró hondo y puso los ojos en blanco. Después de exhalar el aire, sacudió la cabeza, como si estuviera extrañado, no solo con la situación, sino consigo mismo.

—Muy bien, joven. Pasemos a hablar de cifras —propuso.

Archie por fin

Se fueron cogidas del brazo, llenas de júbilo, hacia el Zip Club bajo el sol. Vita sostenía en el aire el pedido que había anotado la señorita Proust. Nancy había visto un conocido en la calle y se había rezagado, pero a Vita no le importó.

Asombrada de lo bien que había salido la entrevista, charlaba animadamente, analizando lo ocurrido.

—Y tú has estado genial, Edith —la felicitó con sinceridad.

—Yo debería tener mi propia empresa —declaró Edith—. Siempre lo he pensado.

—Qué ganas tengo de contárselo a Percy —dijo Betsy—. Cien sujetadores. ¡Es un pedido como Dios manda!

—Y eso es solo el principio —le recordó Emma.

—Ahora vas a tener que trabajar sin parar —opinó Jane, mientras doblaban la esquina del callejón de la puerta trasera del teatro.

—¡Cómo si no lo supiera! ¡Ay, Dios mío! —exclamó Vita con alborozo, al ver a Archie que esperaba junto a la puerta.

Él aplastó una colilla con el pie. Esa era la primera vez que lo veía fumar, advirtió Vita. Contentísima de verlo, se adelantó corriendo.

—Estás aquí. Ay, Archie, ¿dónde estabas?

Tenía muchas preguntas pendientes, sobre la fiesta de la otra noche, sobre sus problemas de dinero, pero en ese momento se disiparon todas, mientras se miraban a los ojos.

—Lo siento. Tenía cosas que hacer. Madre...

Lo interrumpió con un breve beso, que precedió al escandaloso coro de saludos de sus compañeras. Archie parecía turbado. Vita lo miraba, radiante de alegría.

—Ahora estás aquí. ¿A que no sabes una cosa? Hemos hecho la presentación...

—Le han hecho un pedido —intervino Betsy.

—Ha sido maravilloso, Archie —afirmó Jane—. Hemos representado todas nuestro número de baile.

Jemima y Emma se sumaron también a la conversación para relatar la entrevista y ponderar lo impresionado que había quedado el señor Kenton.

—Vita ha estado magnífica —confirmó Jemima—. Deberías haberla visto en acción.

Vita se ruborizó con tantas alabanzas, mientras trataba de observar la reacción de Archie.

—Eso significa que ya es una empresa de verdad, tal como te dije —señaló, intentando reprimir una sonrisa.

Quería que se alegrara, no solo por ella, sino por lo que representaba. A partir de esa tarde, iba a despegar, iba a ganar dinero. Iba a dejar de ser una simple bailarina.

—Vamos, vamos, señoritas —dijo Nancy, entrando como un vendaval en el camerino—. Ah —exclamó al ver a Archie, que cada vez parecía más fuera de lugar rodeado de tantas jóvenes.

Se pasó la mano sobre el cabello.

—¿Te acuerdas de Nancy? —dijo Vita, evitando mirarla a la cara—. Ella me ha ayudado a conseguir el pedido. Ay, Archie, deberías haberles visto la cara.

—Sí —confirmó Nancy—. Vamos a celebrarlo más tarde, después de la función. Te quedarás, ¿no?

—Puede. El caso es que no me puedo quedar para la función. Antes tengo cosas que hacer. Eso es lo que había venido a decirte.

—Eso debe de poder esperar. Necesitamos celebrar este éxito. No te vayas, por favor.

—Vamos... fuera, fuera —ordenó Wisey, irrumpiendo en el camerino—. No se permite la entrada de caballeros aquí atrás. Ya conocéis las reglas.

Archie se tocó el sombrero para despedirse de las chicas, que le correspondieron mandándole besos. Una vez en la puerta, se volvió a mirar a Vita. La miró a los ojos un instante, como si fuera la cosa más valiosa del mundo.

—Te quiero, Vita —susurró—. Lo sabes, ¿verdad?

—Vamos, terminad ya —intervino Edith, mirándolos—. Por si lo habéis olvidado, tenemos que salir a escena.

—Nos veremos después —dijo Vita.

Archie dio media vuelta y se alejó por el pasillo.

—¿Siempre es tan serio? —preguntó Jane.

—Vamos, dejaos de chismes y preparaos —atajó Edith.

—Vais a tener que aprovechar al máximo mi presencia, bonitas —destacó Nancy—. Esta va a ser una de mis últimas representaciones.

Clifford Court

Clement se mantenía apretado contra la pared de la ducha del exiguo cuarto de baño de la habitación del hotel de Clifford Court. La piel se le erizaba de repugnancia al pensar en la clase de actividades que debían de tener lugar en ese mismo espacio.

De hecho, le resultaba poco menos que insoportable estar cerca de ese tipo que había encontrado Rawlings. Procuraba mantenerse lo más alejado posible del joven, en cuyo cuello asomaba un tatuaje, por encima del ligero batín de seda que llevaba puesto. Rawlings, que lo había recogido en una calle de mala fama, lo había definido como chapero. Clement se preguntó cuántos años tendría. Seguramente no pasaba de los veinte, aunque cuando lo miró, en sus ojos advirtió un considerable bagaje de edad y de conocimiento.

Rawlings parecía controlar la situación. Estaba hablando con calma al joven, cuando de repente se llevó los dedos a los labios para reclamar silencio.

Clement oyó cómo se abría la puerta de la habitación.

—¿Estás aquí, guapo?

Era Percival Blake.

Clement aguzó el oído, deduciendo que Blake estaba leyendo seguramente la nota depositada en la cama. En ella había escrito a máquina: «Entra y ponte cómodo».

Oyó una risita.

—No sé qué misterios te traes —dijo Blake—. Ni siquiera sé si estás ahí. En todo caso, yo también te he echado de menos.

Clement se crispó al percibir el detestable tono cariñoso empleado por Blake. Resolvió concederle unos minutos más.

—Bueno. Ya puedes salir —oyó.

Clement dirigió una señal al joven, que abrió la puerta del cuarto de baño. Rawlings lo acompañó con la cámara. Era de esperar que obtuviera la foto perfecta. El joven desnudo se acercó a Percival Blake, que permanecía acostado, también desnudo, en la cama.

—Pero ¿qué hacen? ¿Qué es esto? —gritó Blake—. ¿Dónde está Edward?

Clement salió del cuarto de baño al tiempo que Percival Blake se cubría con la colcha. Rawlings siguió haciéndole fotos mientras él intentaba taparse la cara con la mano.

—Pare. ¡Pare! —gritaba.

Rawlings inclinó la cabeza, mirando al joven, que regresó a vestirse en el cuarto de baño sin haber pronunciado ni una palabra.

—Queremos información sobre Anna Darton —dijo Clement, acercándose a la cama.

—Es usted. Usted...

Percy dejó escapar un chillido, al reconocer la voz, y se acurrucó junto a la cabecera, arropado hasta el pecho con la colcha.

Clement se inclinó y arrojó sobre la cama el ejemplar de *Vanity Fair*, con la foto de Anna y el príncipe de Gales rodeada con un círculo.

—Ella... esa es Anna. Dígame dónde está.

Por la manera como abrió los ojos, se notó que la reconocía. Estaba patético, cuando negó con la cabeza.

—No la conozco. No sé de quién me habla.

—Maldita sea, dígame lo que sabe. Necesito encontrarla.

Clement cerró la mano en torno a la garganta de Blake, pero este persistía en su negativa.

—No sé nada —afirmó.

Rawlings apoyó la mano en el brazo de Clement y este se retiró.

—Señor Blake, piénselo bien. Tenemos pruebas de su encuentro con un joven destinado a cometer un acto sexual.

—Nunca lo había visto en toda mi vida.

—¿Sabe lo que ocurrirá, si lo detienen? —prosiguió Rawlings. Clement advirtió que a Blake se le arrasaron los ojos—. Y a su amigo Sopel, también.

—¿Edward?

—Sí. Fue él quien montó todo esto, a petición nuestra.

Clement observó la conmoción que afloró en la cara de Blake.

—Solo queremos saber dónde está la chica.

—No lo sé —respondió en un susurro.

—Sí lo sabe.

Percival Blake sacudió la cabeza con vehemencia.

—Puede pegarme, si quiere, pero no le voy a decir nada. ¿Me oye?

Clement miró a Rawlings.

—Muy bien —dijo, dirigiendo una señal a Rawlings, que descolgó el teléfono de la mesita de noche—. Operadora, póngame con la comisaría de Paddington.

Clement consultó a Blake con la mirada. Todavía estaba a tiempo para revelar lo que sabía de

Anna, pero Clement percibió un obstinado desafío en sus ojos.

—Inspector. Perdona que le moleste, pero se ha producido un incidente en Clifford Court, un flagrante acto de indecencia homosexual. Le sugiero que mande a uno de sus agentes para llevar a cabo una detención. Sí, señor. El hombre en cuestión se llama Percival Blake.

Del sueño a la realidad

Después de la función, Vita acusó el agotamiento de los días anteriores y la excitación de lo sucedido ese día. Le resultaba abrumador el enorme compromiso que había adquirido con W&T y, además, no le parecía correcto celebrar el éxito sin Percy.

Mientras se quitaba el maquillaje, tuvo que controlarse para no sonreír demasiado. Lo habían conseguido. Habían conseguido que los grandes almacenes les hicieran un pedido. Tenía ganas de dar brincos de júbilo. ¡Y Percy! Se iba a poner contentísimo.

Archie también tenía que haberse alegrado. Se acordó de la solemnidad con que le había dicho que la quería un rato antes. ¿Por qué se había preocupado tanto, si todo era perfecto?

Se apresuró a salir a la puerta principal a buscarlo.

—Aparecerá pronto —anunció Nancy, mientras permanecían acodadas en la barra.

Matteo les dio una botella de champán, pero Nancy insistió en tomar también una copa de licor. Estaba claro que pretendía emborracharse.

—Dos funciones más y se acabó. Después del espectáculo del sábado, me voy a coger el tren para París en la estación de Charing Cross —explicó a todo el mundo—. Todavía me queda un billete, por si alguien quiere venir.

Nancy miró con expresión impasible a Vita. Aún estaba molesta porque esta no la iba a acompañar. En ese momento, mientras Nancy pregonaba lo fabuloso que iba a ser vivir en París, Vita se sintió ofendida también. ¿Cómo se podía marchar, así sin más? ¿No las iba a echar de menos a todas y en especial a ella?

—Yo estaría interesada en ir contigo —confió Edith.

—¿De verdad?

—Él no se va a comprometer nunca —confesó Edith, refiriéndose a Jack Connelly—. Y aparte, quién sabe qué va a pasar con el local. Es un milagro que aún esté abierto.

Vita se acordó entonces de la primera vez que estuvo allí con Nancy para la audición y del alboroto que se había formado.

—¿Crees que podrían cerrar?

—Estoy segura. Es solo cuestión de tiempo. He visto los libros de cuentas y sé que él las ha falsificado. Solo queda que se descubra el pastel. ¿Sabes, Vita? Es una desgracia que los hombres sean tan falsos.

Vita miró a Edith, asombrada por aquella confesión.

—No me mires así, mujer. No necesito que me compadezcas. Además, tú vas a quedar en una buena posición —añadió—. Tú y Percy tenéis vuestro negocio. Tú puedes dedicarte a eso. Yo por mi parte... —Exhaló un hondo suspiro—. Me conviene empezar desde cero, ¿entiendes?

A medida que transcurrían los minutos, la inquietud de Vita iba en aumento. Percy y Archie deberían estar allí para festejar la ocasión con ellas, pero al cabo de una hora ni uno ni otro habían hecho acto de presencia. No paraba de escrutar la sala, llena de humo y de gente, ansiosa de ver aparecer a Archie en la puerta. Recordando la declaración de amor que le había hecho antes, se hizo cargo de la tristeza de su expresión.

No obstante, en cuanto estuviera bailando abrazada a él, todo sería perfecto, se decía. Mientras tanto, se decidió a bailar con sus compañeras, para disfrutar de cada momento que les quedaba por pasar juntas, hasta que Nancy la cogió del brazo.

—Te acuerdas de Marcus, ¿no? —le gritó, sacándola de la pista.

Vita notó que se erizaba cuando el periodista se volvió hacia ella y la escrutó de pies a cabeza.

—De modo que no es solo una bailarina, por lo visto —dijo Fox.

—¿Cómo dice? —preguntó Vita.

—¿Ha montado un negocio?

Vita estaba molesta. No quería que Marcus Fox se enterara de la existencia de Tela Fina. Aún era demasiado pronto. No estaba preparada. Ya no había forma de volver atrás, sin embargo. ¿Cómo podía ser Nancy tan indiscreta?

—Por favor, permítame que le preste un servicio —le rogó—. La simple mención de su nueva empresa en mi columna acarreará una subida exponencial de las ventas.

Ese hombre tenía algo que le ponía los pelos de punta. Solo faltaba la condescendencia con que había pronunciado la palabra «empresa».

—Aquí está —anunció Nancy.

Vita descubrió con horror que Nancy había traído un fotógrafo.

—Por favor —dijo Vita, levantando las manos—. No. No quiero que me hagan fotos.

—No seas tonta, Vita —intervino Nancy—. Marcus no puede sacar el artículo sin tu foto. Te tienes que vender a ti misma —declaró con una risita, como si hubiera dicho algo de gran envidia—. Marcus dice que en el periódico reclaman más reportajes sobre jóvenes modernas como tú.

—Pero no quiero ninguna fotografía.

—Bah, no le haga caso —confió Nancy al fotógrafo—. Le sacaron una fotografía con el príncipe de Gales.

Vita puso una mueca de disgusto cuando el flash del fotógrafo descargó de repente un fogonazo en su cara. Nancy frunció el entrecejo y luego acudió a su lado y se puso a ahuecarle el pelo.

—Vamos, muchacha. No seas tan arisca. Te vas a tener que acostumbrar, si quieres lograr el éxito —arguyó, antes de volverse para posar sonriente ante la cámara, como una estrella de Hollywood—. Saque otra. Vita, sonríte esta vez.

Vita procuró sonreír, aunque estaba aterrorizada. Sabía que Nancy solo pretendía ayudar, pero habría sido mejor que no se hubiera inmiscuido. ¿Qué iba a escribir Marcus en su columna? ¿Incluiría también su foto?

No era lo mismo que aquella otra foto con el príncipe de Gales, donde nadie la habría reconocido. Claro que Nancy ignoraba el interés que ella tenía en mantenerse apartada de la prensa.

Fox consultó el reloj.

—Justo a tiempo para la edición de mañana —calculó—. Adiós, señorita Casey.

Había algo demasiado categórico en su manera de despedirse. Vita miraba, ceñuda, la expresión salaz del periodista cuando Nancy la distrajo, porque había visto a alguien conocido.

—Ah, mira, allí está —dijo, saludando con la mano.

Vita vio bajar las escaleras de la entrada a una mujer que le resultó conocida, mientras Nancy se precipitaba entre el gentío hacia ella.

—Es la nueva amiga de Nancy —explicó Jane a Vita—. Estaba en su fiesta. A Betsy y a mí no nos gusta mucho.

—Es Georgie —dedujo Vita.

Nancy abrazaba a la amiga de Archie. ¿De qué conocía Nancy a Georgie?, se preguntó, dirigiéndose hacia ellas.

—Ah, vaya... eres tú —dijo Georgie, juntando las manos, cuando vio a Vita.

Vita aceptó su beso en la mejilla. Miró a Nancy en busca de una explicación, pero esta rehuyó la mirada. ¿A qué venía esa repentina amistad entre Georgie y Nancy?

—¿Dónde está Douglas? —preguntó Nancy.

—Vendrá dentro de un rato —respondió Georgie—. Todavía tiene una resaca brutal desde la noche del sábado. Parece que la fiesta del club fue por todo lo alto. Y el pobre tuvo que trabajar, con todo el mundo de huelga. Qué mala suerte. Tiene que ahorrar para poder comprar el anillo correspondiente.

Agitó el dedo delante de la cara de Vita.

—¿Estáis comprometidos? —preguntó esta.

¿Habría estado ese tal Douglas... su novio, por lo visto... en la misma fiesta del club de Archie la noche del sábado? Quizá había sido la celebración de despedida de soltero de Douglas. Era raro que Archie no hubiera comentado nada.

—Digamos que es inminente.

Georgie intercambió una mirada con Nancy, que enarcó las cejas, reprimiendo una sonrisa. Vita conocía muy bien esa expresión. Tenían un secreto, estaba convencida.

Georgie se quitó la chaqueta y miró a su alrededor, encaminándose al bar. Su diadema de diamantes era demasiado lujosa para el Zip.

—Un pajarito me ha contado algo —dijo animadamente Georgie a Vita, entrelazando el brazo con el suyo.

¿Qué le habían contado? Vita se volvió hacia Nancy, que de nuevo mantuvo la mirada esquiva. ¿Le habría hablado a Georgie de su relación con Archie? ¿Le habría revelado que habían pasado la noche juntos?

—La pobre Clarissa está bastante histérica, ¿sabes? —comentó Georgie, inclinando la cabeza hacia Vita.

—¿Por qué?

—Mujer, porque Archie te llevó a Hartwell, claro —contestó.

Por las palabras usadas, se habría dicho que lo suyo era un simple chismorreo, pero las pronunciaba con una frialdad extraña.

Vita sintió que se le clavaban en las entrañas, difundiendo un mal presagio. ¿Se había enterado ya Clarissa Fenwick de todo? ¿Qué consecuencias podía tener eso? Detestaba oír aquella información de labios de Georgie. Le resultaba repugnante que ella y Archie anduvieran en boca de todos de esa forma. Se sentía marcada, como si llevara escrito en la frente que ella y Archie eran amantes, cuando lo que había habido entre ambos era algo privado y mágico.

Se esforzó por comportarse con intrepidez, sin dejar entrever su tumulto de emociones.

—¿Ah, sí? —dijo con la mayor desenvoltura posible, mientras llegaban a la barra y Georgie cogía la copa de champán que le ofrecía Nancy.

Entretanto, en su cabeza se agolpaban los pensamientos. ¿Si Georgie y la señora Fenwick estaban al corriente, cabía deducir que Archie había hecho públicos sus sentimientos hacia ella? ¿Le habría confesado a su madre que estaban enamorados? En tal caso, habría obrado de manera acorde con su declaración. Él la quería. Iba a hacer lo posible para que pudieran estar juntos.

—Pues se ha formado un buen escándalo —prosiguió Georgie con regocijo, con regodeo casi, después de tomar un sorbo de champán, como si aquel hubiera sido el propósito de Vita desde el principio.

El tono de Georgie no hizo más que acentuar sus recelos. ¿A qué se refería con lo del «escándalo»? ¿Tenía problemas Archie?

—¿Qué? ¿Me lo vas a contar todo? —inquirió Georgie, mirándola.

Ni en el infierno le pensaba contar nada.

—No hay nada que contar —mintió.

No tuvo necesidad de mirar a Nancy, porque se le había erizado el vello de la nuca. En ese momento, adquirió la certeza absoluta de que Nancy se lo había explicado todo a Georgie. Pese a lo chismosa que era, Vita nunca había sospechado que pudiera traicionarla de esa forma.

—Tengo entendido que fuiste a la fiesta de Nancy —comentó, cambiando de tema.

—Ah, sí. Te perdiste una borrachera de fábula, Vita.

—Eso parece —replicó sin entusiasmo.

—¿Y no te ha contado nada Nancy? —continuó Georgie.

—¿El qué?

—Como madre está redecorando la casa, nos vamos a tener que alojar una temporada en otro sitio. ¿A qué no sabes adónde me voy a mudar? —dijo Georgie.

—A mi apartamento —respondió Nancy—. Bueno, ya que estás aquí, ven a bailar —animó a Georgie, llevándola a la pista.

—Ay, ojalá hubiera venido antes al Zip Club. ¡Es superdivertido! —exclamó Georgie.

Vita se quedó temblando de ira. Detestaba a Nancy por ser tan falsa y a sí misma por la oleada de celos e indignación que la embargaba. En cuanto se había dado la vuelta para irse a Hartwell, Nancy la había sustituido por Georgie, y ahora estaba dejando bien claro de qué lado se decantaban sus afectos.

«Buen viento se la lleve.» Vita se alegró entonces de que Nancy se fuera a París. ¿Para qué quería una amiga que propagaba secretos demostrando tan pocos escrúpulos?

Tenía ganas de llorar de rabia... y de miedo también. ¿Qué estaba pasando? ¿Cuáles eran las secuelas concretas del escándalo del que tanto se regocijaba Georgie? Tenía que averiguarlo. Tenía que ver a Archie sin tardanza. Eso era lo único que importaba.

Archie no está en casa

Afuera en la calle, Vita se envolvió con el abrigo de piel y logró encontrar uno de los pocos taxis que circulaban por el Strand. Sentada detrás, el trayecto hasta Regent's Park se le hacía interminable. Miraba por la ventana, pensando en Georgie y en Nancy, que seguían en el Zip Club. ¿Estarían chismorreando a su espalda? ¿Se habrían percatado siquiera de que se había ido?

Al llegar a Regent's Park, pidió al taxista que redujera la marcha para escrutar las casas hasta que localizó la de Archie. Después de pedirle al hombre que la esperase, subió corriendo las escaleras. Había solo unas cuantas luces encendidas, observó mientras llamaba al timbre. Estaba tan segura de que Archie se encontraría allí que hasta ese momento no se le ocurrió la posibilidad de que estuviera ausente.

Al cabo de una eternidad, oyó un ruido al otro lado de la puerta y luego Jenkins la abrió despacio.

—¿Está en casa el señor Fenwick? —preguntó con precipitación, molesta por la desdeñosa actitud del mayordomo.

—No, lo siento, señora.

—¿Quién es, Jenkins?

La señora Fenwick se adelantó, rozándolo, y miró a Vita desde el umbral. Después tendió la mirada hacia la calle y la invitó a entrar con un gesto.

Al principio Vita pensó que la acogía amablemente en casa de Archie, pero cuando Clarissa Fenwick cerró la puerta, se dio cuenta de su error. En la severa expresión de la madre de Archie no había ni un ápice de amabilidad.

El mayordomo se alejó, dejándolas solas en la penumbra de la entrada. El tictac del reloj de la mesa contigua se hizo audible. La señora Fenwick no la hizo pasar al salón, ni a la biblioteca.

Vita recordó la advertencia de Archie, cuando le explicó que casi todo el mundo le tenía miedo a su madre. En ese momento lo encontró gracioso, pero entonces se asustó.

—Espero que no haya venido aquí otra vez por el asunto de su supuesto «negocio» —arrancó Clarissa Fenwick—. ¿Qué fue lo que dijo Archie? —Se llevó los dedos a los labios, como si tratara de hacer memoria—. Ah, sí. Eso es... ropa interior.

Al oír la hablando de esa forma, como si de una broma horrible se tratara, Vita notó que se ruborizaba.

—Es un negocio de verdad —corroboró Vita—. Tenemos pedidos y...

—Lo dudo mucho.

—Es cierto. Pregúnteselo a Archie. —Trató de armarse de valor, para hablar con aplomo—. Él es capaz de tomar sus propias decisiones.

Clarissa Fenwick enarcó las cejas con expresión sardónica.

—Permítame que le diga que no es el caso. Y si le ha dicho lo contrario, me temo que le ha hecho creer lo que no es.

—Pero...

—Y francamente, dudo que él fuera a... invertir en el tipo de mujer que tiene que descubrir su cuerpo para hacer dinero —declaró con desdén Clarissa Fenwick, observándola con frialdad.

Vita se sonrojó, recordando que la señora Fenwick debió de haberla visto en ropa interior en la biblioteca.

—Ah, no se crea que no estoy enterada de todo lo que hace mi hijo —prosiguió la mujer, sorprendiéndola.

Lo dijo con tal convicción que en el acto tuvo la certeza de que Georgie estaba en lo cierto. Clarissa Fenwick estaba al corriente de todo lo ocurrido en Hartwell.

—Pero él prometió...

Clarissa Fenwick la contuvo, levantando una huesuda mano.

—Él ha prometido muchas cosas a mucha gente, querida, como por ejemplo a su prometida. — La miró fijamente, taladrándola con los ojos.

¿Había oído bien? ¿Su prometida? ¿Había dicho «prometida»?

—¿Ah? ¿No lo sabía? Archie y Maud se van a casar.

¿Maud? ¿La hermana de Georgie?

—¿Se van a casar? —logró articular.

—Ah, sí. Creo que usted la conoció... bueno, casi la conoció... esa noche en que se presentó de manera tan maleducada, sin previo aviso y sin que la invitaran.

«Sin previo aviso y sin que la invitaran.» Aquellas palabras insultantes dieron en el blanco, tal como pretendía. La madre de Archie se irguió, mirándola de hito en hito, con un brillo de satisfacción en los ojos, al advertir que sus dardos surtían efecto, como un frasco de veneno, con el trasfondo de su revelación.

Era Maud la que cenaba con Archie esa noche... en compañía de las madres de ambos... tomando champán. Quizá estaban celebrando el compromiso de Archie.

Clarissa Fenwick sonrió satisfecha, mientras Vita apoyaba la mano en su pecho, como si no pudiera contener el dolor físico que la agobiaba.

—En realidad debo darle las gracias. Ha sido muy útil para nuestros propósitos.

—¿Sus propósitos? —alcanzó a musitar Vita.

La señora Fenwick le asestó una mirada despiadada, antes de inclinarse para seguir hablando en tono confidencial.

—¿Por qué cree que Archie fue a verla a ese horrendo cabaret? ¿Por qué cree que buscó una simple corista, eh?

En sus ojos había un destello de amenaza, pero Vita apenas podía respirar. No podía soportar aquello por más tiempo.

—Yo no podía aceptar que mi hijo fuera al matrimonio siendo virgen. Tampoco podía consentir que fuera con una prostituta, de manera que encontré algo parecido, pero mejor... usted.

La amenaza de Georgie

El taller de Percy estaba cerrado y, por más que aporreó la puerta, el interior siguió a oscuras. Vita dio media vuelta y se apoyó en la puerta de madera, mirando la amarillenta luz de la farola, con los ojos arrasados en lágrimas.

Necesitaba ver a Percy. Necesitaba el calor de su taller, que él la reconfortara con su bondad y su afecto. Solo Percy era capaz de borrar las ponzoñosas palabras que había pronunciado Clarissa Fenwick.

Dejó escapar un tenue sollozo. No paraba de repetirse que no podía ser verdad. Archie no podía hacerle aquello, después de todo lo que había ocurrido entre ambos.

No era posible que estuviera comprometido.

Se acordó de la ternura con que la había mantenido abrazada bajo las estrellas en Hartwell y le había dicho que la amaría siempre. Hablaba de verdad. Sabía que no mentía. No podía estar con otra persona, no podía...

Los hechos, iluminados por la revelación de Clarissa Fenwick, se erguían con toda crudeza, como piedras en su camino. Como el hecho de que la fiesta del club había sido para Archie... por eso había tenido que volver de manera tan repentina a Londres. La había dejado para ir a su propia despedida de soltero.

De ello se deducía que ya estaba comprometido cuando la llevó a Hartwell. La había utilizado... tal como había afirmado su madre.

Por eso había acudido al teatro para despedirse antes, porque sabía que ella lo iba a descubrir.

Cada constatación era como un golpe físico. Regresó como pudo hasta el teatro en busca de Percy, torturándose con la idea de que Archie y Maud estaban juntos, eran novios.

Los imaginó cogidos de la mano. Archie tocaba la cara de Maud, igual como había tocado la suya, y le ponía un anillo en el dedo.

También se acordó de la advertencia de Edith: «Solo busca lo mismo que todos». Quizá Edith tenía razón desde el principio y ella había caído en la trampa. Había cedido fácilmente. Se había entregado por entero, creyendo que Archie hablaba en serio cuando decía que la amaba, creyendo... como una estúpida, ahora se daba cuenta... que encontrarían la manera de estar juntos.

En el cabaret, había aún más gente y el ambiente era un tanto opresivo. Todos estaban borrachos, la orquesta sonaba con estridencia y la gente bailaba con desenfreno.

—Me tienes que ayudar —rogó Vita a Georgie, sacándola de la pista entre la masa de cuerpos sudorosos. Era evidente que Georgie estaba drogada, probablemente con el polvo de Nancy—. Tengo que hablar con Archie. ¿Sabes dónde está?

—No va a hablar contigo, Vita. Está con mi hermana en este momento —le informó Georgie, zafándose—. Tiene un compromiso, por así decirlo.

—Pero no puede... no puede hacer esto —dijo Vita, con la voz quebrada y la cara bañada en lágrimas, sin tener que disimular su angustia en medio del aire cargado de humo del local—. No puede casarse con ella, después de...

—De nada sirve llorar, Vita. Lo hecho hecho está. Y mañana todo el mundo estará al corriente. Madre ha puesto el anuncio para que salga en el *Times* de mañana.

—Pero Archie no la quiere a ella. Me quiere a mí.

—Ah, vaya —replicó Georgie, pellizcándole con condescendencia la mejilla—. Pobrecilla. ¿De veras creías que Archie se iba a casar con alguien como tú?

—¿Qué quieres decir?

—Tú eres una corista, chica. No representas ni de lejos un buen partido para Archie.

—Tú no lo sabes. No me conoces.

Georgie puso los brazos en jarras y miró a Vita con ojos entornados.

—Sí, te conozco. Sé que eres una fulana que va luciendo los pechos por toda la ciudad.

—¿Luciendo? ¡Es un negocio!

¿Era eso lo que realmente pensaba Georgie? Vita sentía el pulso de la sangre en los oídos. ¿Cómo se atrevía a llamarla «fulana»?

—No sé por qué te ofendes tanto. Tú te quedaste con la mejor parte del trato.

—¿De qué trato?

—Clarissa y yo estábamos de acuerdo en que Archie debía adquirir un poco de experiencia antes de casarse, y cuando Nancy te mencionó a ti, enseguida vi que eras exactamente el tipo de Archie. Por eso lo arreglamos para que pasara una noche contigo.

—¿Nancy? Nancy dijo eso —musitó Vita—. Nancy lo sabía...

—Ah, sí. Fue Nancy la que sugirió que fueras tú.

Vita sacudió la cabeza y se tapó los oídos, desbordada por la repugnancia. No podía ser verdad. Archie la quería; se lo había repetido antes. Y Nancy era su amiga.

—No, no te creo. Debisteis de haberlo engañado de alguna forma. Tengo que detenerlo. Está cometiendo un gran error.

—Yo, en tu lugar, no lo haría —contestó Georgie, juntando la cabeza con la suya—. Mira, si haces algo para impedir este compromiso, le explicaré quién eres exactamente.

Vita notó que la boca se le inundaba de saliva. De repente, Georgie hablaba con una fría sobriedad. No podía saber de dónde era ella. No era posible que supiera que en realidad era Anna Darton.

—Le contaré a Archie todos los detalles de tu relación lésbica con Nancy. Por si te interesa saberlo, Archie no reaccionaría muy bien. Él no ve con buenos ojos esa clase de cosas.

En la comisaría

Vita regresó al camerino, tan enfurecida que descargó un puñetazo contra la puerta.

Jane estaba con Betsy, que recostada sobre su hombro ni siquiera se percató de lo alterada que estaba Vita.

—Saca a esas dos de aquí, por favor —pidió Wisey a Vita—. No sé qué os pasa a todas esta noche. Nunca había visto a nadie tan piripi.

Vita ayudó a Betsy y a Jane a salir de allí. Después las subió a un taxi que las llevó hasta la pensión, y allí les prestó apoyo para subir las escaleras antes de que las viera la señora Bell.

Se planteó volver a bajar, pero estaba demasiado cansada y abatida para ver a Percy en ese momento. Se había equivocado de pleno previendo que el destino podía facilitar que ella y Archie estuvieran juntos. No iban a estar juntos, ni entonces, ni nunca. Ayudó a Betsy a acostar a Jane y después Betsy se dejó caer pesadamente en su cama.

—Ay, cómo nos hemos divertido esta noche —dijo.

Tendida en su lecho, con la vista fija en el techo, Vita no le prestó atención.

Por la mañana, bajó con infinito cansancio las escaleras, sin haber dormido apenas.

—¡Ah, por fin apareces! Me moría de ganas de que me lo contaras todo —dijo con excitación la señora Bell.

—¿Sobre qué? —preguntó Vita.

—Sobre la presentación en los almacenes, claro —repuso la casera—. ¿Cómo fue?

—Ah, eso.

Habían ocurrido tantas cosas desde entonces que Vita casi lo había olvidado. La señora Bell estaba sobre ascuas y le debía una explicación, de modo que le relató la actuación de sus compañeras y reconoció que había obtenido un pedido.

—No pareces muy contenta —observó la señora Bell—. Creía que era eso lo que querías.

—Es que han pasado muchas cosas, en el teatro y... —Vita tragó saliva—. Perdone.

Era incapaz de explicarle a la señora Bell la hondura del sentimiento de traición que la embargaba, no solo por Archie, sino también por Nancy. Ello implicaría, además, admitir que había sido una estúpida y una ingenua. Ella había seguido pensando como Anna Darton, cuando lo

único que veía Archie todo ese tiempo era a Verity Casey, una chica de clase trabajadora, alguien a quien podía explotar sin problemas. Archie le había seguido simplemente la corriente con lo de Tela Fina. Seguro que hasta se había burlado de ella a su espalda, con Georgie. Nunca había tenido ninguna intención de invertir...

—¿Vita?

—No pasa nada.

La voz se le quebró, no obstante, y no pudo contener las lágrimas.

—Vamos, vamos, muchacha —la tranquilizó, abrazándola, la señora Bell—. Ven a sentarte conmigo y cuéntame todo.

—Ay, ni se lo imagina, señora Bell —se lamentó, invadida por la tristeza—. He sido una tonta. Verá, yo creía que estaba enamorada. Estoy enamorada —reconoció—. Lo que ocurre es...

—Ah, vaya —dijo la señora Bell—. Voy a buscar una taza de té y luego me lo cuentas todo.

Entonces sonó la campanilla de la puerta. La señora Bell fue a abrir y, a pesar de todo, en el corazón de Vita anidó la esperanza de que fuera Archie, que venía a arreglar las cosas.

—¿Vita? Es para ti —oyó decir a la señora Bell.

Se precipitó hacia la entrada. No era Archie, en realidad. Era Matteo quien se esperaba en el umbral. Vita nunca había visto al camarero del Zip Club a la luz del día. Con el flequillo caído sobre la cara, parecía mucho más joven que detrás de la barra.

—Hola, Vita —la saludó.

La señora Bell observaba desde atrás, con expresión severa. Vita sabía que no aprobaba que acudieran caballeros a la casa.

—¿Matteo? ¿Qué ocurre? —preguntó Vita, reparando en su semblante sombrío.

—Es Percy. Es que me acabo de enterar que lo han detenido. Me ha parecido que querías saberlo.

—¿Detenido? Pero ¿por qué?

—No lo sé.

—¿Dónde está?

—¿Todo va bien, Vita? —preguntó la señora Bell, sin disimular su curiosidad.

—Sí, sí... Es que me tengo que ir.

—Pero si acabo de preparar el té.

—Volveré tan pronto como pueda.

Cogió el abrigo y salió con Matteo, que había acudido en bicicleta para darle la noticia.

—Debe de estar en la comisaría de Paddington —apuntó él.

—Gracias, Matteo —le dijo Vita, despidiéndolo con la mano mientras él se alejaba con la bicicleta.

Se apresuró a cruzar la calle y tomó un autobús que la condujo a la boca del metro, y desde allí

se dirigió a Paddington. La comisaría se encontraba en un sucio edificio de ladrillo de recios muros. Al llegar, vio que unos agentes echaban sin contemplaciones a una mujer.

—No pueden tenerlo ahí. Él solo estaba haciendo huelga. Tiene derecho a hacer huelga, ¿saben? ¡Y ahora se ha acabado todo, además! —gritó la mujer. Luego se sacudió la ropa, furiosa—. Más vale que tenga cuidado ahí adentro, señorita —la avisó—. Son unos auténticos brutos.

Después de cruzar la puerta, Vita hizo cola delante de la ventanilla, donde un policía con cara de agobio le indicó que aguardase en la sala de espera que había al otro lado del vestíbulo.

Mientras transcurrían los minutos, Vita observó una mosca que arremetía una y otra vez contra el cristal de la elevada ventana de la zona. A ese ritmo, no iba a llegar a tiempo para la función. De todas formas, tampoco tenía mucha importancia ahora, se dijo. Si Edith estaba en lo cierto y el Zip Club iba a cerrar, qué más daba.

Por otra parte, aún no estaba en condiciones de enfrentarse a Nancy. Aún no había digerido lo que le había revelado Georgie. Que Nancy fue quien la propuso para emparejarla con Archie. Que Nancy y Georgie se conocían de antes. De ello se deducía que Nancy formaba parte del círculo de Archie, del mismo tipo de personas contra las que la había prevenido Edith. «Siempre utilizan a la gente.» Pese a la indignación con que había reaccionado en su momento, Vita debía reconocer que Edith tenía toda la razón.

—Disculpe, ¿puedo hablar con alguien en relación al señor Blake? —preguntó Vita, levantándose a toda prisa cuando vio cruzar la puerta a otro policía. El hombre la miró de arriba abajo con desdén al verla acercarse—. Llevo horas esperando.

—¿Quién es usted?

—Vita. Verity Casey —explicó—. Soy amiga suya.

—¿Y qué tipo de amistad tiene con él?

Vita captó la insinuación perceptible en su tono de voz.

—Trabajo con él.

—¿Y en qué trabaja usted, señorita, si me permite preguntarle?

Estuvo a punto de hablarle de Tela Fina, pero se contuvo.

—Soy bailarina, de la compañía del Zip Club —respondió, consciente de que no era la información más conveniente, porque lo más probable era que pensara, al igual que Georgie y la madre de Archie, que era una especie de mujer inmoral de las que rondaban de noche por las calles.

—Es lógico que Blake se relacione con personas de su especie —comentó, con un chasquido de lengua.

—Usted no conoce a Percy. Él no le haría daño a nadie —alegó Vita—. Déjenme por lo menos verlo.

—Me temo que no va a ser posible. Por lo visto tuvo un pequeño accidente anoche, cuando lo

trajeron. Resulta que se frotó de manera indebida a su compañero de celda. ¿No se lo han dicho? Está en la enfermería.

—¿En la enfermería?

—Recibió una paliza —especificó el policía—. Son cosas que pasan de vez en cuando, con gente de su clase...

¿Cómo se atrevían a dejar desprotegido a Percy? Hubiera hecho lo que hubiera hecho, no se merecía que le dieran una paliza. Recordó que Percy le había explicado lo mucho que detestaba la violencia y que vivía atemorizado por el tipo de individuos que podrían querer ensañarse con él por lo que era.

—Déjeme verlo, por favor.

—Mire, señorita, yo de usted me marcharía. No va a sacar nada de esto. Hay un testigo que posee pruebas incriminatorias contra su socio, el señor Blake. El juez tiene muy mal concepto de los homosexuales, si quiere que le diga.

—Pero Percy... no le haría daño a nadie.

El policía la miró con altivez.

—Las personas como él son nocivas para la sociedad. Yo, en su lugar, me iría para no empeorar todavía más las cosas.

Marcus Fox

De pie junto al escritorio de Marcus Fox, Clement miraba al periodista, que fumaba con los pies encima de la mesa, dejando al descubierto unos calcetines bastante chillones. Llevaba el cuello de la camisa abierto y el nudo de la corbata aflojado. La oficina estaba abarrotada de inestables pilas de periódicos, que llegaban hasta el techo, y en el aire se propagaba el ruido de las teclas de las máquinas de escribir.

Puesto que Percival Blake se había negado en redondo a hablar, incluso cuando Rawlings lo había amenazado físicamente, no habían tenido más remedio que entregarlo a la policía. Aunque era evidente que se moría de miedo, se había negado a decir nada de Anna. ¿Qué tipo de relación debía de tener Anna con él? Era raro, porque Blake no debía de actuar así por lealtad. De todas formas, la gente de Londres era muy extraña y no paraban de sorprenderlo.

Ese periodista, Fox, sin ir más lejos, lo tenía asombrado. Después de todos los esfuerzos realizados, Clement casi se había atragantado con la tostada del desayuno cuando Rawlings había dejado sobre la mesa el periódico, desde donde le habían saltado a la vista su hermana y la pelandrusca de su amiga.

Había leído, atónito, el artículo. El periodista hablaba del Zip Club, un antro de amoralidad y de vicio donde se lavaba dinero de la mafia. ¿Y Anna? Anna bailaba allí. ¡Era una corista!

—Por supuesto que la conozco. Estaba allí cuando tomaron la foto. Si esta es la chica que busca, se trata de la bonita Verity Casey.

—Anna Darton.

—¿Cómo dice?

—Es Anna Darton. Yo soy su hermano, Clement.

—¿De verdad?

—Somos los propietarios de Textiles Darton, en Lancashire.

Clement irguió la postura, molesto por el poco respeto que le demostraba el periodista.

—Sabía que era del norte —corroboró, frotándose las manos, Marcus Fox—. Me tenía intrigado, porque parecía que ocultaba algún secreto. Se mostraba bastante esquiva, sí.

—¿Ha hablado con ella?

—Yo lo sé todo de ella, amigo mío. De sus amigos, su negocio...

—¿Su negocio?

—Recursos no le faltan, debo reconocer. Consiguió que le hicieran un pedido consistente en unos grandes almacenes para su empresa de ropa interior.

Clement basculó el peso sobre el bastón de Blake, adelantando el torso para cerciorarse de que había oído bien.

—¿Ropa interior? ¿De qué habla, señor mío?

Fox le dispensó una sonrisa procaz.

—Ah, sí, todo es legal. Yo iba a mencionarla en el artículo, pero el asunto de Jack Connelly era aún mejor. Me dieron un soplo. Le han hecho cargar con el muerto completo al hombre.

Clement estaba estupefacto. Anna había conseguido todo eso desde que se fue de casa.

—No es tonta, fijese lo que le digo —prosiguió Fox, bajando las piernas del escritorio—. He efectuado mis indagaciones. Uno de mis informantes dice que, si juega bien las cartas, podría ganar una fortuna. Parece que en W&T están muy entusiasmados. Van a distribuir sus sujetadores, ¿sabe?

Clement montó en cólera. ¿Cómo se atrevía a tener tantos logros Anna? ¿Cómo se atrevía a forjarse otro camino hacia el futuro, lejos de la fábrica, lejos de su padre, cuando su propia vía estaba decidida de antemano? ¿Y cómo se atrevía a hacerlo por sí sola?

—Solo necesito saber dónde está.

—Entonces será un placer para mí presentársela. Va a bailar esta noche en el Zip.

La reacción de Edward

La señora Meyrick llevaba el pelo corto, dispuesto en ondas, y un kimono dorado orlado de piel que parecía demasiado juvenil para una mujer de su edad.

—Debe de estar allí —informó a Vita, señalando otra sala.

El 43, el club que regentaba en Gerrard Street, estaba casi lleno, pese a que solo eran las ocho de la tarde. Vita pasó entre las diversas mesas, ocupadas por hombres y mujeres, algunos de ellos arreglados ya con trajes de noche. En un rincón, un hombre tocaba canciones de Noël Coward. En otras circunstancias, a Vita le habría apetecido quedarse a tomar algo y charlar, pero en ese momento solo le interesaba localizar a Edward.

Entonces lo vio, saliendo de otra sala. Se dirigía a una mesa donde había varias personas, con dos grandes vasos de ginebra en la mano.

—Hola, Vita —la saludó al verla—. ¿Qué haces aquí? ¿No deberías estar en el Zip?

Se acercó y se llevó a Edward a un lado.

—¿Te has enterado de lo de Percy? —preguntó en voz baja, con precipitación.

—¿Qué le ha pasado?

—Lo han detenido —respondió, mirándolo fijamente para ver cómo reaccionaba. Se percató de que apretaba la mandíbula y por la forma en que movió los ojos percibió su culpabilidad—. ¿Lo sabías? ¿Estabas con él?

—¿Es eso lo que dijo? —musitó Edward.

Cuando cruzó la mirada con él, Vita comprendió de golpe que sabía mucho más de lo que dejaba entrever.

—No. Fui a verlo, pero está en la enfermería de la comisaría. Le han dado una paliza, Edward.

Edward respiró hondo para tranquilizarse, como si le mortificara la noticia. Después desvió la mirada hacia sus amigos y levantó la mano para dar a entender que enseguida iba a reunirse con ellos.

—Tú sabes algo, ¿verdad? Dímelo, Edward —imploró Vita—. Se trata de Percy, de nuestro amigo. Tienes que ayudarlo.

—No puedo.

—Sí puedes. Tú puedes salir valedor por él. Puedes sacarlo de allí. ¿Sabes lo que le hacen a las personas como Percy en la cárcel? Él detesta la violencia.

Edward apretó los labios, sacudiendo la cabeza.

—Lo siento, Vita. No puedo implicarme en esto.

Hizo ademán de alejarse, pero ella apoyó la mano en su brazo para contenerlo.

—Pero ¿por qué?

Había elevado, sin quererlo, la voz. Torciendo el gesto, Edward la atrajo hacia la puerta. Era evidente que quería librarse de ella.

—Tenían información. Información sobre Percy y yo.

—¿Quién? ¿Quién iba a por Percy? ¿Qué ha hecho?

—No tengo ni idea. No quiero tener nada que ver con todo esto. No pienso hablar más de esta cuestión.

—¡Edward! ¡Por favor!

—¿No has oído lo que te he dicho? No es mi problema —musitó—. Ahora márchate, por favor.

Se desprendió de su mano y se alejó hacia la mesa. Vita lo observó, horrorizada de que pudiera ser tan desalmado. Por un instante, estuvo tentada de acercarse, para decirles a las dos mujeres y al hombre con quien estaba qué clase de persona era Edward Sopol, pero entonces se acordó de la advertencia que le había hecho Archie en el restaurante. Edward era el tipo de hombre aficionado a poner a la gente en aprietos y luego escurrir el bulto. De todas formas, nunca había imaginado que fuera a hacerle eso al pobre Percy.

La intransigencia de la señora Bell

Puesto que la función había comenzado ya, Vita desistió de ir al Zip Club y regresó a la pensión. Se sentía demasiado mal para enfrentarse a sus compañeras. A su llegada, todo parecía haber empeorado allí. En cuanto le abrió la señora Bell, se precipitó en sus brazos.

—Ay, señora Bell, es horrible —sollozó.

La señora Bell dio un paso atrás, arrastrando a Vita al interior, y luego cerró precipitadamente la puerta. Vita temía explicarle las razones por las que habían detenido a Percy, pero al parecer la casera se había enterado ya.

—Es un asunto terrible —comentó—. Nunca habría pensado eso de Percy...

—Alguien le puso una trampa.

—¿Una trampa? —preguntó, con mala cara, la señora Bell—. Se lo tendría merecido. Me cuesta creer que sea verdad. ¿Es un homosexual? —consultó con un ronco susurro.

—Ya lo sé, pero...

—¿Tú lo sabías?

—Sí, pero...

—Y todo esto pasaba delante de mis narices, en mi propia casa —espetó la señora Bell.

Oyéndola, a Vita se le secaron las lágrimas. Se acordó de lo que le había dicho Percy, de que la gente no lo entendía. Nunca había imaginado, sin embargo, que la señora Bell pensara así.

—No, señora Bell, no era de esa manera...

—No puedo seguir teniéndote aquí —declaró, respirando hondo, la casera, con la mirada esquiva—. ¿Has visto el periódico? ¿Lo que dicen de ese Zip Club? La señora Bradbury me lo ha traído. «Un antro de amoralidad y de vicio», nada menos. Incluso sale una foto de ti con esa chica americana. Parecéis borrachas las dos.

Vita miró el periódico, con el pulso acelerado. La foto era terrible. No se mencionaba para nada Tela Fina. El artículo era un ataque en toda regla a Jack Connelly.

—Es un periodista malicioso, simplemente. No puede... bueno...

—Lo siento, no te puedes quedar. Mi cuñado va a venir a recoger las cosas del cuarto de Percy. Me repugna entrar siquiera allí.

—Pero él va a volver aquí, a su casa. Es todo un malentendido.

—No, aquí no va a volver. Y lo mismo te digo a ti. Quiero que te vayas, Vita. Lo siento, pero ya está decidido.

—No me puedo ir. Percy y yo tenemos un negocio. Tengo pedidos que atender.

—Es inmoral —decretó sin rodeos la señora Bell—. Todo, todo inmoral. Nunca debía haberos aceptado a ninguno en esta casa.

Vita se quedó pasmada, mientras la señora Bell se alejaba por el pasillo en dirección a la cocina.

—Quiero que os marchéis antes de que acabe la semana —precisó—. Díselo a las demás.

Vita llegó temblando a su habitación. ¿Cómo podía ser tan cruel la señora Bell? ¿Cómo podía echarlos a todos por un motivo tan infundado? ¿Adónde iban a ir? Y las pobres Betsy y Jane, que no habían hecho nada malo...

Sacó la bolsa de tela de debajo de la cama y bajó al cuarto de Percy. Después de encender la lámpara de la mesita, empezó a recoger todos los patrones y sujetadores que había confeccionado con él. También cogió su cuaderno de notas, pues sabía lo mucho que significaba para él esa recopilación de papeles donde plasmaba sus ideas. Mientras lo guardaba en la bolsa, cayó una foto de Edward.

¿Qué podía haber hecho Percy para que lo detuvieran? No lo entendía. Él siempre había sido prudente y discreto. Era Edward quien asumía riesgos.

Estaba claro que era Edward quien le había traído complicaciones. Seguro que el pobre Percy lo había aceptado, para proteger a su amigo. Volvió a recordar el comentario negativo que había hecho Archie a propósito de Edward y lo mucho que se enfadó ella. La verdad era que Archie tenía razón.

Al pensar en Archie, pensó también en Maud, y la asaltó de nuevo el llanto.

—Ay, Percy. ¿Qué vamos a hacer? —susurró, entre sollozos, apretando el cuaderno contra el pecho.

La última función

Las repercusiones del artículo sobre el Zip Club aún duraban. Jane y Betsy se quedaron consternadas al averiguar que la señora Bell tenía la intención de echarlas. Jane despertó a la casera a su regreso del cabaret para tratar de hacerla entrar en razón, pero fue inútil.

Pasaron el sábado empaquetando sus cosas y tratando de encontrar un lugar adonde trasladarse. Por la tarde, después de varias llamadas telefónicas, encontraron alojamiento para las dos en casa de una prima de Betsy, que vivía en Tottenham, pero Vita todavía no sabía qué iba a hacer.

Wisey estaba en la puerta del escenario cuando por fin llegaron al teatro. Jane y Betsy habían tenido que recurrir a toda su capacidad de persuasión para lograr que Vita acudiera a la función.

—Menudas horas de llegar —señaló Wisey, abriendo la puerta del escenario—. El señor Connelly está que trina. Ese artículo del periódico lo ha puesto de un humor terrible. Dice que este podría ser el último espectáculo, si se presenta la policía. Tomad, coged esto —pidió, empujando un riel de ropa hacia Vita y sus compañeras— y déjadlo por ahí un momento. No se necesita aquí atrás, ahora que Nancy y Edith han hecho las maletas. Son como ratas que abandonan el barco antes de que se hunda, eso son.

—¿Edith ha hecho las maletas? —preguntó Jane.

—¿No te has enterado? Después de lo que salió en el periódico, decidió irse a París con Nancy.

Vita dio un puntapié al riel, que había quedado bloqueando el paso, y cerró la puerta del escenario de golpe.

—Ah, y ha llegado esto para ti —añadió Wisey, hurgando en el bolsillo para sacar un sobre que entregó a Vita—. Lo dejó alguien afuera en la entrada. Seguro que será un pobre admirador.

—¿Por qué pobre? —preguntó, mientras lo guardaba en el bolsillo del abrigo.

—Mujer, tú ya estás con alguien, ¿no? O estabas —agregó, haciéndole salir los colores. ¿Wisey estaba al corriente de lo de Archie? En caso afirmativo, todas las chicas lo sabían, y seguro que habían estado chismorreando todas a su espalda—. Yo ya te avisé —susurró Wisey—. Te dije que tenías que ser inteligente y no dejar que nadie abusara de ti.

Vita iba a replicar que Archie no había abusado de ella, pero tuvo que reconocer que eso era precisamente lo que había hecho. Wisey debía de pensar que era una estúpida y una ingenua

rematada. Vita optó por entrar en el camerino, procurando no llorar.

—¡Gracias a Dios que habéis venido! —exclamó Jemima, mientras Jane y Betsy saludaban con un gesto—. Pensábamos que íbamos a tener que hacer el espectáculo solas.

—¿Dónde estabais? —preguntó Edith.

—¿Estás bien, muchacha? —se interesó Jemima, reparando en la cara enrojecida de Vita—. Anoche nos quedamos preocupadas cuando no apareciste.

Vita sacudió la cabeza, con los ojos anegados en lágrimas.

—¿Estás triste por lo de Archie? —preguntó Nancy—. Porque si quieres saber mi opinión, estás mucho mejor sin él.

—¿Cómo pudiste? —logró articular Vita, pese a las lágrimas que amenazaban con desbordarla.

—Vamos, no te pongas así —dijo Nancy—. Vas a estropear nuestra última noche.

Vita se irguió, dispuesta a dar rienda suelta a la cólera y echarle en cara a Nancy su traición, pero en ese instante Edith se interpuso entre ambas, poniéndole el traje de escena en las manos.

—Déjalo, Vita. Faltan dos minutos para empezar.

Vita volvió la espalda a Nancy, dejando para un momento más oportuno la discusión. Se cambió a toda prisa, sin prestar apenas atención al maquillaje. ¿Qué más daba el aspecto que tuviera ahora?

—Vamos —indicó Nancy, haciéndolas salir al pasillo—. Se acabó, señoras. Esta es la última vez que estamos juntas.

—No digas eso —chilló Jane—. Es horrible.

—Que sea una función memorable —dijo Edith, sonriendo por una vez.

Al llegar tambaleante al escenario, Vita pestañeó ante la crudeza de las luces. Viendo ejecutar patadas altas a sus compañeras, se puso a imitarlas. Su cuerpo se movía de manera automática y su voz era un ronco graznido. Era como si se observara a sí misma desde un rincón de la sala.

El júbilo que había experimentado después de la presentación había quedado reducido a cenizas. Dirigió la vista hacia la penumbra, allá donde se encontraba el público. Archie no estaba allí, sin embargo. Nunca iba a volver. Mientras adoptaban las posturas finales, los ojos se le inundaron de lágrimas.

—Es triste, ¿verdad? —dijo Betsy, apretándole la mano, al tiempo que ejecutaban una reverencia—. La última vez que vamos a estar todas juntas. De todas formas, tampoco te debes dejar abatir, Vita. Tú no tienes por qué preocuparte por el futuro, con ese magnífico pedido que te hicieron.

—Señoras y caballeros, esta es la última función que da nuestra compañía actual —anunció el señor Connelly al público, señalando con las manos a las chicas—. Venid a tomar algo con nosotros —las invitó—. Ya os cambiaréis después.

Las bailarinas abandonaron sus posturas hieráticas y el señor Connelly las ayudó a bajar una a

una del escenario, como si siempre hubiera sido el jefe más caballeroso del planeta. Vita iba detrás de Edith, que rechazó su mano.

—Vamos, Edith, no seas así —le oyó decir a Jack Connelly—. ¿No podemos quedar como amigos?

—Nunca entenderé a las mujeres —comentó a Vita, al ver que Edith no le respondía.

—¿De verdad que te vas a ir con Nancy? —preguntó Vita, al llegar a la altura de Edith.

—Eso parece —contestó.

En la barra, Jack Connelly las invitó a champán a todas y brindó por el viaje de Nancy y Edith.

—¿Estás bien? —preguntó Vita a esta, reparando en la dificultad que tenía para mantener el dominio de sí.

—No mucho, pero gracias por mostrar interés —repuso Edith—. Pensaba que iba a luchar por mí y también por el club, por todos, pero él solo va a lo suyo.

Nancy se mantenía en el centro de un corro, evitando la mirada de Vita. Tenían que hablar y, por un momento, pareció que se iba a presentar la ocasión, cuando Nancy puso una mueca y empezó a caminar hacia ella y Edith.

—Jesús, ahí llega ese rastrero de Marcus Fox. No os volváis a mirar. Vamos, Edith, tenemos que pasar a otros asuntos —susurró Nancy al oído de Edith—. Yo tengo que ir a buscar a Wild, así que nos veremos en la estación. —Tocó someramente la mano de Vita, como si todo funcionara bien entre ambas—. Vendrás a despedirnos, ¿verdad, querida?

¿Cómo podía ser tan fresca?, se preguntó Vita. Había creído que eran amigas, que Nancy era incluso su mejor amiga, y ahora veía que solo pensaba en sí misma.

—Nuevos horizontes para todas. Qué emocionante, ¿no?

Edith y Vita cambiaron una mirada, sin compartir el entusiasmo de Nancy. Vita no salía de su asombro ante su insensibilidad y su capacidad para pasar a otra cosa sin inmutarse siquiera.

Marcus Fox llegó a su lado, impidiéndole replicar nada.

—Ah, aquí hay muchos cambios, según tengo entendido —comentó, mirando fijamente a Vita.

—Déjeme en paz, por favor, señor Fox. Ya causó bastantes perjuicios con su artículo. Me extraña que lo hayan dejado entrar. Yo, de usted, procuraría que no me viera el señor Connelly.

Observando cómo Nancy cogía del brazo a Edith y se apresuraba a subir al escenario, donde las otras chicas se arremolinaron en torno a ellas para despedirse, a Vita la invadió un sentimiento de absoluta desolación. Creía haber encontrado un núcleo de solidaridad, un grupo duradero de amigas, y ahora se daba cuenta de que se trataba de algo inconsistente y pasajero.

—No me voy a quedar. Es que ayer la echamos de menos aquí. Traje a un amigo para que la viera —explicó—. Ah, ahí llega.

Vita se volvió y entonces pareció como si el mundo se detuviera. El hombre que caminaba hacia ellos se apoyaba en un bastón de empuñadura de marfil. Pese a la cicatriz que le desfiguraba la

cara, no había margen de error. Era él.

—Hola, Anna —dijo Clement, asestándole una mirada abrasadora.

—Por fin se han vuelto a reunir —dijo Marcus—. Aunque me encantaría quedarme a presenciar su reencuentro, los voy a dejar solos en la intimidad.

Un fantasma ambulante

¿Estaba vivo? Tanto tiempo creyéndolo muerto y ahora resultaba que Clement estaba vivo. Vita retrocedió dando trompicones. Había vivido con el temor de que la detuvieran por asesinato. Después de tanto disimular, después de todas las evasivas a las que había recurrido para no revelar su identidad a Archie, descubría que su hermano estaba vivo...

—De modo que era aquí donde te escondías. —Pese a su tono calmado, la voz de Clement estaba impregnada de aquel ponzoñoso desdén que tan bien conocía—. Aunque no fuiste muy eficaz, que se diga. Ya te había encontrado, ¿sabes?, antes de que salieras exhibiéndote en ese periódico.

Vita reparó en el bastón que llevaba, en la empuñadura de marfil. Era el bastón de Percy. ¿Había atacado Clement a Percy con el propósito de llegar hasta ella? ¿Había sido Clement el causante de la detención de Percy?

—Lo reconoces, ¿eh? Pertenece a tu amiguito marica.

—Percy —susurró—. ¿Qué le hiciste a Percy?

—Nada, de verdad —replicó Clement, con evidente regocijo por lo afectada que se había mostrado ella.

—Lo detuvieron.

—Ah, sí. Sí. Conseguimos que ese tipo horrible, Sopol, lo hiciera ir a su nidito de amor. Fue muy fácil.

Vita dio otro paso atrás, pero él la agarró. La presión de los dedos sobre el brazo le produjo aquel mismo y horrendo dolor que tan bien conocía.

—Ah, ah —dijo—. ¿Adónde crees que vas a ir?

Trazó de zafarse, pero solo logró que la atenazara con más fuerza.

—Escúchame bien. No montes ningún escándalo. Te voy a llevar a casa —anunció Clement.

Al oír la palabra «casa», en su cerebro se irguió la desoladora imagen de Darton Hall, barrido por los vientos.

—No puedo. No pienso ir. Suéltame.

La miró, extrañado de que se atreviera a desafiarlo, y luego sus ojos relampaguearon de rabia.

—Ah, no. ¿Sabes? Ahora que te he encontrado, no te voy a dejar escapar. Nunca, hasta que hayas pagado por lo que me hiciste. —Le propinó un golpecito en un costado de la rodilla con el bastón de Percy—. Se te acabó eso de bailar por ahí, jovencita.

En los ojos de Clement volvió a asomar aquel brillo demoniaco, que desencadenó en ella una oleada de terror, igual como le ocurría de niña. Tenía que hacer algo, sin demora.

—Eh, Emma —llamó, aprovechando la ocasión—. Betsy, Emma, venid aquí.

Vita agitó las manos para llamar la atención de las jóvenes, que acababan de despedirse de Nancy y de Edith.

—Permitidme que os presente al señor Darton —dijo, tratando de impedir que le temblara la voz.

—Me suena su cara —comentó Emma—. ¿Nos hemos visto antes?

—No dejéis que se vaya a ningún lado el señor Darton —indicó, taladrando con la mirada a Betsy—. Ahora vuelvo. Me voy a cambiar —añadió, echando a correr hacia el escenario.

La huida

Sabía que no había ni un minuto que perder. Una vez detrás de los decorados, siguió corriendo por el pasillo y agarró a Wisey del brazo.

—No dejes que nadie llegue aquí atrás. ¿Me oyes?

—¿Qué pasa, Vita? Pareces como loca.

—Me tengo que ir. Me tengo que ir.

Entró como un vendaval en el camerino. Edith estaba recogiendo sus utensilios de maquillaje en el tocador.

Vita cerró de un portazo y se apoyó contra la puerta.

—Madre mía —dijo—. ¡Madre mía!

—¡Vita! —exclamó Edith, observando cómo iba hasta el tocador, se arrancaba la diadema de plumas y la arrojaba al suelo.

—Ay, Edith —musitó, con voz entrecortada, Vita—. Está vivo.

De su garganta brotó un sollozo. Luego se llevó las manos a la cabeza. Tenía que pensar. —Ay, Dios.

—¿Quién?

—Clement —respondió, estremecida—. Mi hermano. Creía que estaba muerto. Creía que lo había matado, pero ahora me ha encontrado... Tú no lo entiendes. Me tengo que ir —reiteró, con un sollozo—. Tengo que escapar.

—Cálmate, Vita.

—No me puedo calmar —gritó—. No lo entiendes. Tú no sabes cómo es, de lo que es capaz. Fue él el que atacó a Percy.

—Oí decir que lo detuvieron.

—Fue por culpa de mi hermano. Hará cualquier cosa con tal de alcanzarme, para destruirme. Me ha amenazado... Me va a hacer daño, a mí y a todas las personas que cuentan para mí —afirmó con otro sollozo. Cogió la bolsa de tela—. El pobre Percy, tan bueno. Fíjate, esto es lo único que nos queda, los patrones y los planes. Esto es lo que queda después de haber trabajado

tanto los dos. Y ahora me tengo que marchar lejos. Lo más lejos posible —añadió, agarrándola por la solapa de la chaqueta—. Si Clement entra aquí, hazme un favor y entreténlo.

—¿Que lo entretenga de qué manera?

—No sé. Como se te ocurra.

—¿Adónde vas a ir? —preguntó, mientras Vita se ponía precipitadamente el abrigo.

—Da igual, con tal de que sea lejos. Una cosa más, Edith, quiero que sepas que tú tenías razón desde el principio.

—¿Sobre qué?

—Sobre todo, sobre Archie. Fui una tonta dejándome utilizar. Era una muchacha ingenua cuando llegué y vosotros dejasteis que me quedase aquí. Siempre os estaré agradecida.

Edith pestañeó, asombrada.

—Que te vaya bien en París, Edith. Dile adiós de mi parte a Nancy.

Se encaminó a la puerta, pero Edith se apresuró a interponerse en el umbral.

—No sé qué está pasando, pero tengo la sensación de que no vas a llegar muy lejos. En todo caso, sin esto.

Edith le enseñó su billete de tren y su pasaporte.

Vita miró a los ojos a Edith, con el corazón desbocado, consciente de que lo que le ofrecía era un bote salvavidas. El gesto era sincero. Se notaba en el brillo de su mirada.

Vita volvió a posar la vista en el pasaporte y en el billete. El billete para París, para otro mundo, muy lejano.

—Pero... ¿por qué? ¿Por qué ibas a darme esto?

—Porque tú tienes algo que yo quiero a cambio.

—¿Qué? —preguntó Vita, perpleja.

—Esto —respondió Edith, señalando con la barbilla la bolsa de tela—. En realidad no me apetece ir a París. Lo único que necesito es poder partir de cero, un medio para mantenerme que no implique tener que recurrir a tipos como Jack Connelly. En esa presentación, me diste mucha envidia.

—¿De verdad? —preguntó, con incredulidad, Vita.

—No lo entiendes. Yo quiero lo que tú tienes: los pedidos y los patrones. Dame Tela Fina, Vita, y te podrás quedar con esto.

Vita soltó una exclamación y luego cogió el billete.

—Pero Nancy...

—Nancy quería ir contigo desde el principio, no conmigo. Estará encantada de que ocupes mi lugar, créeme.

Vita no estaba tan segura, dado el comportamiento que había tenido Nancy. De todas formas, no tenía tiempo para discutir. Después de besar a Edith en la mejilla, se asomó al pasillo y, tras

cerciorarse de que no había nadie, se dirigió corriendo a la puerta de atrás.

La rubia

Clement notaba el martilleo de la sangre en la cabeza, mientras aporreaba, presa de pánico, la puerta del camerino con el puño.

—Un momento —oyó decir a una joven.

—Eh, caballero, por favor. No se permiten hombres en esta zona —lo amonestó la mujer de mediana edad, tratando de interceptarle el paso. Clement se volvió y le dio un empujón que la proyectó contra la barra de la pared—. Qué barbaridad —exclamó—. En toda mi vida...

—¿Dónde está? —gritó Clement.

La puerta se abrió y una chica rubia se apoyó en el marco, como si tuviera todo el tiempo del mundo. Era guapa, advirtió Clement. Era rubia y llevaba un batín de seda rosa bordeado de encaje, con el cinturón bastante suelto. A pesar de la furia que sentía por haber perdido a Anna, no dejó de despertar cierto ardor en él.

—Hola. Me parece que no nos han presentado —dijo tranquilamente ella.

—¿Ha visto a Anna? A Verity, quiero decir. ¿A Vita?

—¿Vita? Ah, sí, está por ahí —repuso la rubia.

Esa joven tenía algo especial, un aplomo, una ausencia de temor que lo atraían. Le costó desviar la vista de sus ojos. Era hipnotizante, como un gato.

Recordando su propósito, Clement siguió adelante, rozándola, pero en el camerino no había nadie más aparte de la rubia.

—Vaya. Pensaba que estaba aquí. Debe de haberse marchado —aventuró la chica con un encogimiento de hombros—. ¿Y usted quién es?

—Clement Darton, su hermano.

—¿Su hermano? Fascinante. Nunca lo mencionó a usted. —Cuando Clement intentó salir, le impidió el paso alargando el brazo—. ¡Qué mala! ¡Mira que esconder a alguien tan apuesto!

Clement se ruborizó. Nadie lo había calificado de apuesto hasta entonces. Y la manera como lo miraba... con atrevimiento, descaro, pero también con fuerza. Repasó todas las mujeres que había poseído, consciente de que ninguna lo había hecho sentir de esa forma. Era inquietante. Lo había

dejado paralizado. En condiciones normales, habría recurrido a la fuerza, le habría pegado, tal vez, pero no lograba desprenderse de su hechizo.

—No parece muy parlanchín, señor Darton —destacó ella, en son de broma—. ¿No me va a preguntar cómo me llamo?

—Sí... sí, señorita. Es que me tengo que ir.

—Edith. Edith Montgomery —lo informó ella—. Me puede localizar en el listín telefónico.

Clement se puso colorado con la licenciosa insinuación y luego se acordó de por qué estaba allí.

—Disculpe —dijo, abriéndose paso hacia el pasillo.

Una vez allí, propinó un golpe a la otra mujer para tener vía libre hacia la puerta de atrás, pero al llegar allí, descubrió que estaba cerrada por fuera. Por más que arremetió contra ella, no cedió, porque estaba atrancada con una especie de barra.

—Maldita sea —gritó con ira.

No debía de haber perdido de vista a Anna. De regreso al cabaret, retrocedió hasta la sala a través del escenario.

—Se ha ido —informó con un gruñido a Rawlings, que también estaba buscando a Anna.

Puesto que iba más deprisa que él, Clement dejó que se le adelantara mientras cogía el abrigo y, sin despedirse del señor Connelly, que lo había invitado a una copa, se fue por las escaleras. Una vez en el Strand, escrutó ambos lados de la calle.

Entonces vio a la joven con el abrigo de pieles y zapatos de tacón alto, que corría por la acera. Un hombre la perseguía. Era Rawlings. Casi estaba a punto de alcanzarla.

Clement retuvo la respiración, observando, pero en el último momento Anna se bajó de la acera y cruzó precipitadamente la calzada, dirigiendo una señal a un autobús. Rawlings salió disparado tras ella.

Clement oyó la bocina y luego un golpe. El autobús había atropellado a Rawlings. Aunque volvió la cabeza hacia otro lado, alcanzó a ver la sangre que salpicó la parte delantera del vehículo, hasta el parabrisas. Desde la acera, una mujer lanzó un chillido cuando el autobús chocó contra la farola.

Clement se desplazó lo más deprisa que pudo para cruzar la calle y mirar al otro lado del autobús, tratando de localizar a su hermana.

Sin embargo, no vio ni rastro de ella.

Le train bleu

Vita caminaba por el pasillo del tren en marcha, procurando mantener la calma, en busca del número de vagón especificado en el billete que le había dado Edith. Mientras el tren empezaba a acelerar a la salida de Charing Cross, percibió su reflejo en el cristal.

No podía creer lo mucho que había cambiado desde la última vez que estuvo en un tren. Por aquel entonces, cuando era Anna Darton que viajaba a Londres por primera vez, ansiaba ser radicalmente distinta. Ahora sentía, en cambio, nostalgia por la desaparición de aquella inocente muchacha. La persona de atrevida inmoralidad que había deseado ser se le aparecía plasmada en esa cara repintada, orlada con un abrigo de visión.

Se estremeció, haciéndose cargo de lo que acababa de ocurrir. No podía dejar de pensar en el hombre que la perseguía. Era como si el sonido del impacto del autobús que lo alcanzó justo detrás de ella resonara en la médula de sus huesos. Ese hombre, probablemente relacionado con Clement, había salido muy mal parado. Lo más seguro era que estuviera muerto.

Siempre había pensado que la descubrirían y le harían rendir cuentas por lo sucedido el día de la cacería, pero jamás pensó que fuera el propio Clement quien fuera tras ella. Rememoró la manera como le había golpeado la pierna con el bastón de Percy. En ese momento había tenido la certeza absoluta de que haría todo lo posible por destruirla, a ella y a cualquier persona a quien quisiera.

Como al pobre Percy, su muy querido Percy. Se acordó del morado que tenía en el ojo. Debía de haber sido obra de Clement. ¿Por qué habría tenido si no el bastón de Percy en su poder? Debió de habérselo quitado cuando lo agredió.

De su garganta brotó un sollozo al pensar en Percy, postrado en la enfermería de las dependencias de la policía. Su precipitada huida no iba a socorrerlo, pero su necesidad de huir de Clement era más imperiosa que su deseo de tenderle la mano a Percy. Ojalá Percy pudiera perdonarla un día. En todo caso, ella encontraría, no sabía cómo, una manera de ayudarlo.

Introdujo la mano en el bolsillo para ver si tenía un pañuelo con que secarse las lágrimas y entonces encontró el sobre que le había dado Wisey. Lo había olvidado por completo.

Respirando hondo, lo abrió. En su interior había un papel plegado. Lo desdobló, con mano temblorosa. Allí estaba el narciso seco, pegado con una cinta al papel, y junto a él, otro más pequeño, que cayó al suelo. Al recogerlo, vio que era un cheque bancario. El signatario era: «A. S. FENWICK».

«Archie.»

Evocó su cara cuando le dio el narciso. ¿Significaba aquello que, después de todo, aún creía en ella, en su negocio?

El negocio que acababa de ceder a Edith.

También podía ser una especie de compensación generada por la culpabilidad, un dinero entregado a modo de consolación, por haberla tratado como a una prostituta. De todas formas, en su corazón no hallaba rabia suficiente contra él.

«Creo que puedo decir sin faltar a la verdad que siempre te querré, pase lo que pase.» El eco de sus palabras resonó en su memoria. ¿Y si Archie había hablado con sinceridad? ¿Y si todavía sentía lo mismo? Su familia lo había manipulado y obligado a aceptar una boda con una mujer a la que no amaba, simplemente porque Maud era rica y podía salvar Hartwell. Pese al rencor que le inspiraba su debilidad, no conseguía odiar a Archie. No lo podía odiar porque ella también lo quería, aunque lo hubiera perdido definitivamente.

La puerta se abrió tras ella, provocándole un sobresalto. Nancy se quedó parada en el umbral del compartimento.

—¡Dios mío, Vita!

—¡Sorpresa! —exclamó esta con tristeza.

—Uy, estás fatal.

—¡Ay, Nancy!

—¿Qué ha pasado?

—Me he tenido que escapar.

—¿Escapar? ¿De qué hablas?

—Es largo de contar —respondió Vita.

Wild dio un ladrido y efectuó una pirueta en el asiento. Vita se acercó y el animal le lamió la mano. Nancy cerró la puerta y las dos se quedaron solas en el compartimento.

—¡Ay, Nancy! —sollozó—. Todo lo malo que podía pasar se ha producido...

—Vamos, nena —dijo Nancy, abrazándola—. Desahógate. Todo va a salir a pedir de boca, ya lo verás.

Vita dio rienda suelta al llanto. Lloró por Percy, por sí misma y por Archie. Lloró por la pérdida del Zip Club y de sus amigas. Lloró asimismo de alivio, porque Clement estaba vivo y ella no era una asesina y también porque, una vez más, había conseguido huir in extremis de él.

Pese a que aún seguía enfadada por Nancy por haberla traicionado, sus brazos le ofrecían cobijo y, a medida que Nancy la consolaba, se iba tranquilizando.

—¿Tienes algo de beber? —preguntó por fin, cuando logró contener las lágrimas.

Luego se separó de su amiga, molesta por haberse entregado a su abrazo.

—Claro. Matteo me ha dado una botella de champán de despedida.

—Servirá —aceptó Vita, secándose la cara. Después respiró hondo—. Aunque, para serte franca, tú eres una parte del problema. Estoy muy enfadada contigo.

—Bah, no te amargues tanto —replicó Nancy, sacando la botella y las copas de la bolsa.

—No hay nada que celebrar.

—Te equivocas. Tú estás aquí y eso es razón suficiente.

—Bueno, igual no voy a durar mucho en el tren. No sé si me voy a poder hacer pasar por Edith Montgomery.

Vita miró la foto de Edith en el pasaporte, pensando que una vez más debería mentir sobre su identidad.

—Bueno, no me cabe duda de que lo vas a conseguir —afirmó Nancy—. Al fin y al cabo, ni siquiera te llamas Verity Casey.

Vita levantó la vista, con el pulso acelerado.

—¿Cómo? ¿Lo sabías?

—Por supuesto. Tú me lo contaste todo esa noche en la bañera.

—¿Ah, sí?

Notó que se sonrojaba mientras Nancy asentía con la cabeza. No podía ser verdad. Vita apenas recordaba lo que había ocurrido después de que se besaron. A partir de ahí solo tenía conciencia de haberse despertado al día siguiente.

—Me contaste todo lo referente a... ¿cómo era? Eso de que encerraste a tu hermano en la cuadra y te fuiste corriendo, antes de que te casaran con un individuo horroroso.

—¿Te conté eso?

—Sí, sí. No parabas de insistir en que habías matado a tu hermano, aunque a mí me parecía que la culpa fue más bien del caballo y no tuya. De todas maneras, no te pude convencer. Por más que pienses que soy una cotilla incorregible, no se lo conté a nadie. Ni siquiera te di a entender que lo sabía, cuando me di cuenta de que tenías un lapso de memoria.

¿Nancy sabía desde el principio quién era? Vita se masajó la frente, tratando de comprender. De todos modos, Nancy no podía instalarse ahora en un territorio de altura moral, después del sufrimiento que había causado.

—Pero le hablaste a Georgie, de nosotras... y de la bañera.

—Solo para demostrar que estabas dispuesta a pasar algún buen momento.

—¿Para poder mover los hilos y emparejarme con Archie?

—Ah, Archie, sí. Tuve que hacerlo, por mi propia salud mental.

—¿Tu salud mental?

—Tuve que tomar una medida drástica para dejar de estar enamorada de ti. —Nancy colocó una mecha de pelo detrás de la oreja de Vita—. No te preocupes. Funcionó. Ya lo tengo superado —aseguró, con un suspiro.

—Oh, Nancy, yo...

—No digas nada más del asunto. Estoy bien.

—No lo sabía.

—Ya. De todas formas, siento que Archie te hiciera daño. No era mi intención. Solo pretendía que disfrutaras de unos días divertidos y dejaras de ser tan perdidamente ingenua, antes de irnos a París.

—¿Un momento! ¿Cómo sabías que iba a ir a París contigo?

—Porque así tenía que ser. Porque era tu destino. Nuestro destino. —Hizo girar el tapón de la botella de champán.

Vita sacudió la cabeza. Nancy estaba loca. Tal vez se debía a su obsesión con la vidente Alice.

—Por eso le dije a Edith que te diera su billete.

—¿Sí?

—Por un momento pensé que no te lo daría, lo cual habría sido horroroso. Ya sabes lo mucho que quería que me acompañaras.

—¿Qué quieres decir?

—Querida Vita, tú eres como yo —afirmó, haciéndole sostener una copa para verter el espumoso líquido—. Eres una aventurera. La diferencia entre tú y yo es que tú tienes talento.

—¿Talento? ¿De qué hablas?

—De Tela Fina, claro. Del negocio, de tu talento.

—Pero se lo he cedido a Edith.

—¿Ah, sí? Vaya. Eso no entraba dentro del plan. —Nancy se mordió el labio—. ¿No has traído las muestras?

—No. Se las he dado a ella.

—Bueno, da igual. No hará nada con ellas. En menos que canta un gallo, se va a liar con otro hombre de esos que no le convienen.

—Nancy, no lo entiendo.

—¿No lo ves?

—¿El qué?

—Piensa en lo mucho que has conseguido con prácticamente nada. Con tu visión, puedes conseguir un éxito fantástico. Y con mi ayuda, por supuesto. Por eso tenemos que ir a París juntas, porque es la meca de la ropa interior. Allí es donde vamos a montar algo formidable.

—Pero si tengo un pedido... Bueno, tenía un pedido —rectificó Vita, procurando hacerse cargo de todo lo que le decía Nancy.

—De poca monta. De todas formas, podemos escribir al señor Kenton desde París.

A pesar de todo lo ocurrido con Clement y con Percy, Vita percibió un atisbo de esperanza. Nancy hablaba en serio. Creía de veras en ella.

—¿Qué? ¿Qué te parece? —preguntó Nancy—. Por nosotras... y por París. Por la aventura que comienza.

Al fin libre

Clement entró, haciendo repiquetear el bastón en las baldosas del vestíbulo de Darton Hall. Colgó el sombrero en la percha, con una sensación de agotamiento. Acababa de llegar de la fábrica, donde su padre había dirigido un discurso a los trabajadores, en el que había dejado claro que a partir de entonces no consentiría ninguna insubordinación más. Parecía casi como si la vida hubiera reanudado su curso normal. Lo malo era que, después de lo ocurrido en Londres, nunca volvería a ser normal para él. El recuerdo de lo sucedido lo atormentaba demasiado.

Su hermana había desaparecido, y el pobre Rawlings también. Aunque no quisiera reconocerlo, Clement le había tomado aprecio al detective. De todas maneras, su muerte representaba que no había tenido que pagarle, por lo menos. Todavía se preguntaba si tenía algún familiar. En tal caso, la policía debía de haberse puesto en contacto con ellos.

Clement achacó, sin dudar, la culpa de su fallecimiento a su hermana y, a medida que transcurrían los días, su indignación no hacía más que crecer.

Después de reflexionar un momento, había decidido no presentarse como testigo del accidente de autobús que había costado la vida a Rawlings. Su relación con el detective privado tenía ciertas zonas oscuras que no convenía explicar a la policía. Su opción fue centrar la atención en Percival Blake, pero ocurrió un incidente realmente desafortunado. Cuando fue a recoger los negativos que le había dado Rawlings al estudio del Soho, resultó que el condenado empleado los había destruido, no se sabía muy bien cómo. Con eso, se había quedado sin pruebas para incriminar a Blake.

Clement se planteó denunciar de todas formas a Blake y contar a la policía lo que había visto, pero no quiso que el nombre de los Darton apareciera en la prensa, ni tampoco quedar reducido a que hubiera que poner en una misma balanza su palabra contra la de Blake. Además, si llegaran a relacionarlos a él y a Rawlings con Anna, cabía la posibilidad de que hubiera repercusiones en lo concerniente a la muchacha de la pensión de King's Cross.

Como consecuencia de todo aquello, Percival Blake, ese detestable marica que había protegido a su hermana, había salido impune a la calle. Clement se encontraba al otro lado de la calzada y lo

había visto salir de la comisaría. Aquella mujer de más edad del Zip Club, que esperaba afuera, lo había acogido con un abrazo maternal y se lo había llevado de allí.

¿Qué atractivo había podido ejercer en su hermana aquel sórdido cabaret que albergaba personas de tan baja estofa?, se preguntó Clement. Luego su pensamiento derivó, una vez más, hacia aquella chica... la rubia, Edith, que estaba en el camerino de Anna. Al pasar junto al espejo de la entrada, se acordó de que lo había considerado un hombre apuesto. Se volvió a representar a la joven, de pie junto a la puerta, con aquella salaz sonrisa en la cara y el pasmo que le había provocado.

Había regresado al Zip Club para verla, después de que Anna se hubo esfumado, pero la policía había llegado para clausurar el local y no le habían permitido entrar. La rubia debía de saber adónde había ido su hermana, o conocer a alguien que lo sabía. Sí, Edith Montgomery era la clave para resolver el misterio. En cuanto pudiera, encontraría alguna excusa para volver a Londres para localizarla y averiguar la información de que disponía.

Encontró a su madre en el invernadero, con la cara expuesta al sol frente a las puertas abiertas. Al acercarse, advirtió que las puertas del aviario estaban también abiertas y la jaula vacía.

—¿Qué has hecho? —preguntó, alarmado.

—No me dirijas la palabra —contestó Theresa Darton.

—¿Madre?

Clement se ruborizó de improviso. Su madre nunca le había hablado con ese tono.

—Ha llegado esto —añadió ella, señalando sin volverse la carta que había encima de la mesa.

Clement la cogió:

Querida madre:

Perdona que no te haya escrito antes, pero me estaba forjando una nueva vida en Londres. Te escribo estas líneas con prisa, porque necesito contarte algunas cosas. Fue Clement el responsable de que me escapara. Me amenazó, tal como ha hecho toda la vida. Tú ya lo sabes. Sabes la clase de persona que es. Pensé que Dante lo había matado y que había sido por mi culpa. Por eso hui. De todas formas, igualmente me habría ido. ¿Sabías que Clement y padre me quieren casar con Malcolm Arkwright? No lo pienso consentir. Cuando me case, lo haré por amor. No voy a volver a casa para tener que plegarme a la voluntad de padre y de Clement. Tú siempre me dijiste que mi carácter independiente me iba a traer complicaciones. Así ha sido, madre. Me ha traído complicaciones, un cambio maravilloso de vida, que no me habría perdido por nada del mundo.

Te sorprenderá saber que he encontrado algo que me apasiona, un nuevo negocio que tengo intención de sacar adelante. Me voy a vivir al extranjero, así que no desperdiciéis el tiempo tratando de encontrarme, por favor. No necesito nada de vosotros. Me desenvuelto perfectamente por mí misma.

Clement sintió una oleada de furia, que le encendió las mejillas. ¿Cómo se había enterado Anna de lo de Arkwright? ¿Quién le había hablado de su plan? No podía tratarse del propio Arkwright... ¿Cómo se atrevía a echarle la culpa de que se hubiera escapado? ¿Cómo se atrevía

a... desafiarlo de esa forma? Su tono de rebeldía lo sacaba de quicio. Rawlings había dicho que localizaría a Anna si la necesidad que tenía de encontrarla era mayor que la que ella tenía de esconderse. Clement había tenido la certeza de que él iba a ganar. Le había faltado poco, pero ella se había escabullido y ahora se iba al extranjero. ¿Por dónde iba a empezar a buscarla a partir de entonces? ¿Y cómo, sin la asistencia de Rawlings?

Aplastó el papel entre los dedos, con un gruñido. Al oírlo, su madre se volvió y él la observó, previendo que estaría igual de molesta y escandalizada que él por la carta. En realidad, tenía una mirada ardiente.

—¿Madre? —dijo, horrorizado por la expresión de su cara.

—Una de nosotros es libre, Clement —declaró—. Déjala de una vez por todas.

Nota de la autora

Desde niña, tengo debilidad por los musicales, de manera que el hecho de tener que inspirarme en ellos para esta novela ha sido una delicia (el brillo de *Dreamgirls*, el claqué de *La calle 42*). Me encantan todos. La amalgama de la música, las luces, los trajes de lentejuelas y el clima de camaradería de las compañías tiene algo que siempre ha estimulado mi imaginación. Por ello, el hecho de poder personificar a mi propia chica moderna de los años veinte en el personaje de Vita ha sido una experiencia genial.

Espero haber evocado una época, pero debo precisar que esta es una obra enteramente de ficción. Aunque he procurado atenerme a la fidelidad histórica en la medida de lo posible, también confieso haberme permitido unas buenas dosis de licencia artística. He utilizado algunas letras de canciones en el texto: «You got the cutest little baby face» (de Baby Face) en el capítulo 61, «Isn't she cute, isn't she sweet» (de The Girlfriend) en el capítulo 67 y «When the red, red robin comes bob, bob, bobbin» a lo largo del capítulo 81.

Joanna Rees, 2018

Agradecimientos

En primer lugar, por la oportunidad que me brindó de escribir este libro, quiero dar las gracias a mi maravilloso editor, Wayne Brookes, el mejor del mundo. Gracias a Jeremy Trevathan, Stuart Dwyer, Alex Saunders, Mel Four y a todo el equipo de Pan Mac. Entre todos, lográis que sea un privilegio publicar en esta casa. Mi agradecimiento inmenso, también, para Susan Opie, que con su perspicacia y su aliento introdujo importantes mejoras en el libro.

Gracias a todo el personal de Curtis Brown, en especial a Alice Lutyens y a mi asombrosa agente, Felicity Blunt, y gracias, como siempre, a mi hada madrina de la publicación, Vivienne Schuster.

Hay varias personas a las que querría agradecer su ayuda en la fase de investigación: el historiador de teatro Alan Strachan, la diseñadora de vestuario Harriet Gubbins y la periodista Shan Lancaster, por sus perlas de sabiduría y su apoyo moral.

Pese al enorme placer que supuso para mí la redacción de esta novela, el proceso se demoró un poco a causa de una enfermedad que me obligó a efectuar una pausa. Son por ello numerosas las personas a quienes quiero dedicar un caluroso saludo. Gracias de todo corazón al personal del Montefiore Hospital, que contribuyeron a mi restablecimiento, en especial a Sarah, Michelle, Clare, Lynette, Maria y David. También a mi grupo de Runtastic: Birgit, Jane, Hannah, Maddie, Paula y Ros.

Gracias, en particular, a mi hermana, Catherine. ¡No te pierdas ni un musical! Gracias a la tía Meryll y a la tía Liz, a papá y a Dianne. Mis amigas... ¿qué sería de mí sin vosotras? Anna, Bronwin, Clare, Dawn, Dinah, Eve, Harriet, Katy, Lizzie, Louise, Mette, Ruth y Suzannah... gracias. Y a Paddy y a Fortisthsby-Smythe. Gracias a mis queridas hijas, Tallulah, Roxie y Minty, que nunca permiten que pierda el sentido del humor y siguen recordándome, día tras día, lo que es importante. Y sobre todo, mi amor y agradecimiento para mi marido, Emlyn Rees.

Título original: *The Runaway Daughter*

© 2019, Joanna Rees

Publicado por primera vez en 2019 por Pan Books, un sello de Pan Macmillan, una división de Macmillan Publishers International Limited.

Primera edición: octubre de 2019

© de la traducción: 2019, Dolors Gallart

© de esta edición: 2019, Roca Editorial de Libros, S. L.

Av. Marquès de l'Argentera 17, pral.

08003 Barcelona

actualidad@rocaeditorial.com

www.rocalibros.com

Composición digital: Pablo Barrio

ISBN: 9788417968328

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

Sumario

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

43

44

45

46

47

48

49

50

51

52

53

54

55

56

57

58

59

60

61

62

63

64

65

66

67

68

69

70

71

72

73

74

75

76

77

78

79

80

81

82

83

84

85

86

87

88

89

90

91

92

93

94

95

96

97

98

99

100

101

102

103

104

105

106

107

108

109

110

111

112

113

Nota de la autora

Agradecimientos